DIAZ Y PEREZ

DE MADRID

A

LISBOA.

PRECIOS:

5 pts. Madrid.
6 en Provincias.
12 en Ultramar.
(en oro.)

MADRID: 1877.

L47
2698

16 Marzo 77

DE MADRID Á LISBOA.

(IMPRESIONES DE UN VIAJE)

POR

D. NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

18.918
Leg 1847

MADRID.
ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE M. MINUESA,
Juanelo, 19, y Ronda de Embajadores.

1877.

37

28—3ª Liv.

DE MADRID Á LISBOA.

28-3ª-Liv.

DE MADRID Á LISBOA.

DE MADRID Á LISBOA.

147-2698
3728

DE MADRID Á LISBOA.

(IMPRESIONES DE UN VIAJE)

POR

D. NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

Nicolás Diaz y Perez

MADRID.
ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE M. MINUESA,
Juanelo, 19, y Ronda de Embajadores.
1877.

Registrado folio 216 libro 24

Esta obra es propiedad de su autor. Queda hecha la entrega de dos ejemplares en el Ministerio de Fomento, para los efectos de la ley de 10 de Junio de 1847.

ILUSTRÍSIMO Y EXCELENTÍSIMO

SR. ALEXANDRE HERCULANO.

Mi distinguido amigo: No hace muchos años, en el de 1874, nos conocímos por vez primera en casa de la distinguida escritora, nuestra comun amiga la Excma. señora doña Guiomár Torresão. Lo recuerdo muy bien. Era á principios de Noviembre. El cuarto de nuestra amiga, situado en la espaciosa calle de San Benito, frente casi al palacio de las Cámaras, en un piso 3.°, de la casa núm. 218, estaba alegre como un nido de parlero ruiseñor. Yo venia de un largo viaje por el Norte de Europa. La nieve, la eterna sábana blanca que cubre valles y montes en los pueblos helvéticos, habia debilitado mi espíritu. Yo siempre he querido el sol, la luz, la libertad. Mis pulmones se ensanchan respirando el aire del Mediodía. El aburrimiento, la *nostalgia* que embargó mi alma, en todo el largo verano de 1874, se disipaba de mí á medida que me acercaba á Lisboa, la hermosa Lisboa, que juega con las doradas aguas del Tajo, y parece como sonreir al claro cielo que la cubre. El sol de Lisboa es un sol agradable, hermoso y hasta bello. Tiene los rayos del sol americano y, sin embargo, no tiene la fuerza abrasadora que mata á los hijos del viejo continente.

Yo celebraba Portugal; hablaba de lo bueno que encuentro siempre Lisboa, del viaje, de los amigos, de los libros;

en fin, y V. sonreia, mientras la Torresão meditaba. Tal vez me excedia de los límites á toda ponderacion hablando de las cosas y de los hombres de Portugal.

Usted tambien participaba de algunas de mis ideas sobre los pueblos del Norte, y me decia:

—Escriba V. un libro sobre su viaje. Diga V. algo de lo bueno que tienen los pueblos de la Península Ibérica.

Y yo, despues de pensar un poco en ello, le repliqué:

—Lo escribiré. Publicaré mis impresiones de viaje, esto es, no una crónica detallada é indigesta, sino las notas que he recogido en mi cartera unas veces en el wagon del ferro-carril, otras desde un almenado castillo y no pocas sobre un fragmento romano.

Dos años han pasado desde entonces. Las notas desordenadas que pude recoger en 1874 las ofrezco á V. en este volúmen, ya que V. fuese tambien el que me impulsára á publicarlo. Como V. verá, en mi libro no hago nada nuevo. No invento, cuento solo lo que veo. Refiero lo que me dicen. Copio lo que junto á mi aparece. Julio Verne hubiera idealizado en estas narraciones. Yo he preferido decir fria y severamente la verdad, y la verdad hasta en lo referente á mi amigo Scott, el tipo más característico de la mercantil Inglaterra.

No sé si he hecho bien en ello. A V. de seguro le agrada, porque, como yo, es partidario de que se diga siempre la verdad.

Ofrezco, pues, á V. este libro, como testimonio de las profundas simpatías que siento hácia V., y de la admiracion que guardo al mejor historiador que ha tenido Portugal.

Soy de V. afectísimo amigo,

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

Madrid 1.º de Enero 1877.

DE MADRID Á LISBOA.

PRIMERA PARTE.

En España.

CAPITULO I.

Desde Madrid.

Madrid, el viejo Madrid, estrecho y mal formado, como espaldar de un jorobado, aburre y entristece cuando su Prado está desierto, sus calles recorridas por la muchedumbre que se empuja y mira sin conocerse, sus plazas colmadas de holgazanes y pretendientes, sus teatros cerrados, sus cafés visitados por las gentes domingueras, sus alrededores poblados de árboles secos, y animados por sus mujeres, sobre todo por estas mujeres, que huyendo de la nieve y del frio, se encarcelan en las jaulas que los caseros, esos eternos tiranos de nuestros tiempos, hacen pagar tan caras para vivir en ellas, tan incómodas como poco distraidas.

Madrid tiene, es cierto, muchos atractivos. Desde

la Puerta de Alcalá hasta el Campo del Moro, es particular y todo él raro, con una fisonomía especial, que no se le parece á ningun otro pueblo. A cualquier hora del dia, la Puerta del Sol, que no tiene puerta ni sol, encanta y extasía á los más indiferentes. Los soldados agrupados en la Plaza Mayor, oyendo cantar á Perico *(el ciego)* canciones patrióticas, sobre el mismo lugar en que Cárlos II mandaba levantar el tablado para que ejecutase sus sentencias el Santo Tribunal; la calle de Toledo, encanto en otros tiempos de mancebos y dueñas, y hoy poblada de maritornes y especieros; la Plaza de la Cebada, donde Riego murió por su amor á la libertad, convertida hoy en mercado aristócrata, por su hermosa construccion; y en fin, desde la Plaza de Anton Martin, donde los provincianos van á celebrar la fuente churriguera que no tiene agua, hasta los populosos barrios de Salamanca que cuentan 20.000 habitantes, y el de Pozas que tiene 14.000, todo aquí es siempre nuevo; cuando hace buen tiempo, porque el Salon del Prado, Recoletos y la Castellana entretienen á los desocupados; cuando llueve porque las mujeres tienen que lucir sus botitas imperiales, desde la esquina de la calle del Lobo hasta la calle Mayor, inocentes entretenimientos más honestos que los bailes de Capellanes, y más baratos que las funciones del Teatro de la Opera, donde por *diez perros grandes* puede uno ver *La Aida* ó *La Favorita*.

Y aun así y todo, con estos encantos casi de balde,

llega dia que Madrid aburre y cansa hasta el extremo que dejamos de leer *La Correspondencia*, y apenas si se permite uno salir de casa á pasear por el Botánico ó la Cuesta de la Vega, recuerdo del Madrid antiguo, que nos trae á la memoria los tiempos del austero Felipe II y los de Felipe IV, en que la sombra de la princesa de Evoli se nos aparece entre las pendientes escalinatas del Campo del Moro, ó el cadáver del marqués de Villa-Mediana, le vemos nadando en su propia sangre al pié del célebre ciprés del Retiro, que aún existe como para dar testimonio á la tradicion del inmortal Quevedo, ó en la calle del Sacramento, segun otra tradicion, como todas las de Madrid, de ayer mañana, como suele decirse, porque Madrid no tiene nada antiguo. Sus recuerdos no pasan del siglo XIV, como el palacio de Cisneros y la Torre de los Lujanes, prision que fué de Francisco I, pues aún la Capilla del Obispo, situada en la Plaza de la Paja, precioso monumento levantado á expensas del Obispo de Plasencia, es del siglo XV, como lo es del XVI la portada del convento de las Latinas.

Todo lo antiguo de Madrid está reducido á los alrededores del palacio de los Carvajales. La plazuela de la Paja, con tanta indiferencia mirada por los madrileños, ha sido teatro de solemnes y terribles escenas, y cuna de célebres varones. Allí están las casas de los Vargas y Castillas; allí moraron los Coellos, Aguileras y Sandovales; allí los Mendozas y Lujanes; allí se al-

bergaron los reyes Fernando é Isabel, antes de que Madrid tuviese ínfulas de córte. Aquel recinto tuvo albergue digno, para Cid Rodrigo de Vivar y para Hurtado de Mendoza, cuyo solemne bautizo, siendo padrino el rey Felipe II, fué ceremonia tan pomposa, que mereció estamparse en las historias. Allí resonó la voz del cardenal Cisneros el dia en que, mostrando este sus cañones á los grandes de Castilla, les dijo: «Ese es mi diploma de gobernador.» Allí ocurrió el saqueo de la casa de los Vargas. Allí se albergó Gonzalez de Clavijo, el gran orador del siglo XV. Allí se hizo expléndido recibimiento á la desdichada doña Juana la Loca y á D. Felipe el Hermoso, su marido. Aquel fué teatro del heróico arrojo de doña Juana Coello, y allí tuvo prision Antonio Perez y sepultura San Isidro.

Fuera de esta plaza histórica, Madrid no conserva nada de su *ayer*. Por lo mismo, los hombres que viven de recuerdos históricos y gusten de esparcimientos en las investigaciones arqueológicas, tampoco en Madrid encuentran donde distraer el aburrimiento de la vida periódica y monótona del que vejeta entre la Puerta de Bilbao y el Portillo de Embajadores, y tiene que sacudir su *spleen* entre la Fuente Castellana y la Florida, huyendo de los teatros que ya conoce, de los museos que ha visitado y de las calles que ha recorrido una y mil veces, para recibir á cada instante un desengaño ó algun empujon de un gallego que le obligue á guardar cama una semana entera. El que busque al Madrid

de Fernando el Grande y de Ramiro I, pierde el tiempo, porque el Madrid de hoy, ni aun la más leve fisonomía conserva de aquellos pasados dias, por las trasformaciones que sufriera cuando las guerras de Alfonso VI, y más tarde por el saqueo y cerco de árabes. Madrid, todo él, es de la época presente, y sus mejores monumentos se deben al siglo pasado; como el Palacio Real y la puerta de Alcalá; como el ministerio de Hacienda y la antigua Aduana levantada por Cárlos III, y el Museo del Prado, que es el edificio más suntuoso de cuantos hoy existen. Madrid, que no tiene iglesias, que no tiene edificios, que no tiene historia, vive de presente, y viene siendo un pueblo artificial donde se disputan la vida 350.000 habitantes, á lo que debe el ocupar el sexto lugar entre los pueblos metropolitanos de Europa, necesitando su poblacion una superficie de 7.779.025 metros cuadrados, casi una cuarta parte que París, que mide 34.379.016, y poco más que una vigésima octava parte que Lóndres, que mide 210.000.000.

Madrid es la capital de España, que tiene una extension de 50.703 kilómetros en la Península, y 47.923 en sus colonias ultramarinas; con 16.410.908 habitantes en la primera y unos 10.900,000 en las segundas. A la centralizacion que rige en el sistema monárquico, debe Madrid su engrandecimiento y su vida artificial. Dentro de él existen constantemente el enorme número de 38.973 habitantes que cobran ó

viven á expensas del Estado, clasificados de este modo:

Militares activos y de reemplazo. .	16.406
Retirados.	1.757
Marinos.	183
Empleados.	6.854
Cesantes y jubilados.	2.032
Enfermos y acogidos en los asilos.	11.963

Reducido Madrid á los recursos que le proporcionára su riqueza industrial, artística y agrícola, sería un pueblo poco más que Valladolid y algo ménos que Sevilla, y la riqueza que afluye á su comercio se distribuiria entre las provincias á quienes roba tanta vida para sostener á 38.973 familias que viven de una nómina mensual, sin producir nada.

Pero aparte de estas demostraciones numéricas, y sin cuidarnos tampoco que queremos dejar á Madrid, que deseamos cruzar el Manzanares para ir á Lisboa, hermoso pueblo bañado por el turbulento Tajo, cuyas márgenes tocó un dia Camoes como náufrago y supo eternizar como poeta; diremos aquí que la vida de siempre hastía, cansa, incomoda, y la nostalgia que se apodera de nuestro espíritu, hay que sacudirla dentro de un wagon de primera ó en un buque de vapor, que nos aleje por una corta temporada de aquellas cosas y de aquellas personas por quienes suspiramos muy prouto, porque no sabemos olvidar mucho tiempo los que hemos pasado sufriendo y amando una corta vida de sensaciones, de transiciones bruscas, de contrarieda-

des repetidas, como siempre trae en sí la vida del trabajo, la vida laboriosa de los que han de escribir, participando constantemente sus impresiones, sus ideas, sus sentimientos á la vulgaridad, entregando á la indiferencia pública sus más íntimos recuerdos y hasta las impresiones más recónditas de su alma... Pero ¿á dónde vamos á parar con estas consideraciones?... Basta ya... Madrid nos cansa, nos fastidia, nos mata... ¡Huyamos de él como de un infestado!

. . . . . .

Viajar es vivir... Una locomotora arrojando humo por su negra boca, es nuestro ideal presente. Esos quejidos que produce su válvula, los lamentos desesperados que dá al viento sus silbidos y, sobre todo, la mole que arrastra tras sí, es el encanto maravilloso del presente siglo.

Antes, no há muchos años, en 1820, necesitaríamos prepararnos para ir á Lisboa, ni más ni ménos que para llegar al Japon ó Pekin, y nos prevendríamos con un equipo de diez mundos colosales y de un cinturon con cuatro ó cinco mil duros. No estamos ya en aquellos tiempos. Hoy todo nuestro equipaje cabe en un mundo manuable, que no excede de treinta kilógramos, guardamos en el porta-moneda trescientos duros y en treinta y tres horas llegamos á Lisboa, sin otra novedad que la de haber gastado cuatro cientos reales, si hemos de ir en primera, gozando de la comodidad de los príncipes, ó trescientos si nos conformamos con ir modesta-

mente en segunda, y si fuésemos de la madera de los especieros, ya nos conformaríamos con gastar doscientos reales para ir en tercera... ¡porque no hay cuarta! De cualquier manera, llegar á Lisboa por cuatrocientos, por trescientos ó por doscientos reales, precisamente lo que costaba ántes el pasaporte; recorrer ciento sesenta leguas en treinta y tres horas, sin haber entrado en una posada, ni haberse entendido con ningun zagal, ni haber tratado con ningun postillon, ni haber visto las galeras aceleradas, ni aun los carros de cuatro mulas, es un prodigioso adelanto que asombra á los más incrédulos y satisface á los más descontentadizos.

El vapor ha venido á trasformar la faz de nuestros pueblos. La locomotora ha desterrado los antiguos medios de locomocion, que acababan con nuestra paciencia y con nuestro dinero. El famoso Stephenson, ha unido á todos los pueblos, por medio de las paralelas formadas por unos cuantos rails de hierro. La humanidad debe al ingeniero americano más que á todos los reyes de la tierra. Pero... seamos justos esta vez; no todo este prodigioso adelanto se debe solamente a Stephenson. Hagamos un poco de historia sobre este asunto, y sobre todo, digamos la verdad.

En 1543, el 17 de Junio, un español natural de Toledo, Blasco de Garay, ensayaba en las aguas de Barcelona la aplicacion del vapor, á una nao de 200 toneladas. Si el esfuerzo del ilustre toledano fué estéril, si

Salomon Caus tampoco pudo, en 1615, aplicar el vapor á la locomocion, James Watt, que habia nacido en Gremock, en 1736, intentaba secundar la obra de Garay y de Caus, doscientos cuarenta años despues que el primero, en 1763, abriendo así el camino para que otro hombre más feliz, Stephenson, resolviera el problema, aplicando en 1825 el vapor á la locomocion terrestre, y contribuyendo así poderosamente para que otro gran genio, Fulton, trienta y nueve años más tarde, lo aplicara á la locomocion de los barcos.

Por eso, cada vez que vemos á una locomotora recorriendo la tierra ó á un vapor que surca las aguas, cinco nombres se nos vienen á la mente; cinco nombres que creemos leer entre las españadas de humo que despide la máquina: los nombres de Garay, Caus, Watt, Stephenson y Fulton, que han realizado la obra más gloriosa, la obra más grande de los tiempos modernos.

Pero, haciendo alto en estos datos históricos, para preparar nuestro equipaje, dispongámonos á partir y recoger las emociones alegres que nos brinda el trayecto inmenso que separa Madrid de Lisboa, sobre el cual volaremos como un pájaro, llevándonos un caudal de ilusiones y deseando recojer otras nuevas que nos distraigan y entusiasmen, hasta el extremo que nos haga soñar, porque Portugal guarda para los hijos de la Peninsula Ibérica encantos desconocidos que en vano queremos buscar más allá de los Pirineos, en el bullicioso París, en la pensadora Alemania, ó entre las elevadas

montañas helvéticas, donde la nieve nos incomunica á cada paso, y el sol nos niega sus dorados rayos.

. . . . . .

Al tren!... Al tren!... Ya estamos contentos; ya somos felices de esta suerte, ó de este tono...

«Meo Deos, disse entre mim, oh! cuanto é doce,
Cuanto é bella esta vida, assim vivida!
Agora, logo, aquí, alem notando
Uma pedra, uma flôr, uma lindeza,
Um seixo da corrente, uma conxinha
A beiramar colhida!...»

¿No es verdad que es muy dulcemente lírico el tierno Gonzales Dias? Parece un griego vestido de luto. Un mármol del Pentélico derritiéndose bajo el ardiente sol americano. Pero en Portugal todos los génios son así, como Gil Vicente, como Camoes, como Garrett, mesianistas del entendimiento humano y... *ainda mais*.

Pero el tiempo corre. Son las seis de la tarde. A las nueve sale el tren: ¡qué alegría!... Comamos y á partir, que los momentos son preciosos. Basta ya de digresiones, y sirva lo dicho como introduccion á nuestro viaje.

Acompáñame, lector, siquiera hasta Lisboa. ¡Es tan alegre viajar!!...

CAPITULO II.

En casa y en la estacion.

Preparar un viaje no es una cosa cualquiera, y más si uno tiene amigos, y esposa y suegra, y si por añadidura la esposa y suegra tienen tambien parientes y conocidos, porque entonces los encargos, las visitas y las cartas de recomendacion, son bastantes para volver loco al más cuerdo.

Por ejemplo, lo que me pasaba poco há, que en el momento en que preparaba el equipaje, habian subido á despedirse los vecinos, los amigos, los parientes y hasta los conocidos que por *La Correspondencia* habian tenido noticia de mi salida para el extranjero; por supuesto, cada cual dándome algun encargo, ó pidiendo un recuerdo á mi regreso.

—Tráeme un loro real, que hable bien; un loro del Brasil,—dice mi suegra.

—Pues yo quiero que me traigas un mono de Angora,—replica mi señora.

—Yo necesito un collar de oro con cruz; pero que sea de oro portugués,—añade su hermana.

—Y yo quiero otro igual,—exclama su amiga.

—Pues yo lo que quiero es un cesto lleno de plátanos; porque los que me mandan de la calle de Sevilla, no son muy allá,—dice mi vecino del segundo.

Y cuando parecia que todos estaban satisfechos, comienzan los que hasta entonces habian permanecido prudentes, á quienes sin poderles prestar gran atencion, pude entenderles solamente:

—Yo quiero un sombrero marino para los baños de Santander.

—A mí tráigame V. una caja de instrumentos quirúrgicos, que en Lisboa los hay ingleses muy buenos; á Toca le han traido una de Gibraltar por 2.000 rs. que no he visto cosa mejor.

—Mi esposo quiere que V. se entere de los precios del vino, para ver si puede hacer negocio...

—Pregunte V. por Miguel, el primo de Bárbara, que debe estar allá huido desde la última quinta.

—Tráete para casa cuatro libras de té.

—Y á mí cómprame dos libras de rapé.

—Pues yo queria veludillo inglés del de mi vestido, para hacerme una túnica con abalorios.

—¡Váyanse Vds. todos con los demonios de aquí y déjenme arreglar mi equipaje!—les dije indignado al oir tantas exigencias.—¿Me quieren Vds. volver loco? No haré ni un solo encargo, ni me acordaré de nada absolutamente de cuanto Vds. me dicen. Lo que yo quiero es hacer el equipaje y perder á Vds. de vista un poco de tiempo. Esta noche mismo... ¡Pero ahora recuerdo!... ¡Estoy perdido!... ¡No tengo cédula de vecindad, y me detendrán en la frontera! Esto es atroz; esto es para rabiar... ¡Ah! nos conformaremos con esperar á mañana, y nos proveeremos del indispensable documento. Y á las siete de la mañana del siguiente dia, nos preparábamos al último sacrificio, dirigiéndonos á casa del barbero de la calle.

—¿Está el señor alcalde?

—No es hora; vuelva V. de diez á doce.

Y volvimos á las diez y media.

—¿Está el señor alcalde?

—¿Qué queria V.?

—Un volante para la cédula.

—¿Su nombre de V.?

—D. N. N.

—Si, el del cuarto de allí enfrente... ¿Es V. soltero?

—Soy casado.

—Pues en el padron no lo dice... pero, en fin, allá va; con su pan se lo coma V.

—Muchas gracias,—le repliqué, y tomé en direccion al estanco.

—¿Me da V. una cédula?

—¿De familia?

—No señora, de hombre solo.

—Ya... de dos pesetas...

—Eso es; de ocho reales.

Y salimos calle abajo á la alcaldía del distrito.

—¿Está el señor alcalde?

—¿Qué traia V.?

—Que me extiendan esta cédula.

—Pase V. al despacho del secretario, y espere turno.

A las cinco de la tarde, pude abrirme paso y llegar hasta la mesa del negociado de cédulas.

—¿Me puede V. despachar, que estoy aquí desde las doce?

—Si señor, ahora mismo... estos malditos expedientes de la reserva nos traen locos en la alcaldía...

—¿Trae V. el volante del alcalde de barrio?

—Este es, con la cédula que le acompaña.

—Tiene V. que pagar una peseta.

—¡Otra!... ¡Y son tres!

—Más caras son otras cosas, caballero... y si no quiere gastarse estos doce reales, ¿quién le manda tomar la cédula? A nadie obligan para estas cosas... En fin, despues que les sirven á Vds. con preferencia á otros que esperan desde ayer, ¡todavía murmurando!

—Usted dispense y me perdone por la indiscrecion...

Y salí más que de prisa para casa... ¡Eran las cin-

co de la tarde!... Tres horas despues me dirigia en un coche á la estacion del Mediodia.

Las estaciones de los ferro-carriles tienen una fisonomía enteramente nueva. No se parecen á ninguno de cuantos establecimientos ni edificios hemos conocido hasta hoy. Los coches que llegan hasta las empalizadas, las gentes que se ven cruzar por el salon del despacho de equipajes y el traje de los empleados que sirven al público, todo es nuevo para los que no han viajado.

Al llegar al despacho de billetes, nos acercamos á la ventanilla para tomar puesto. Antes que nosotros habia varias personas que sostuvieron diálogos preciosos con el que los expendia.

—Uno de primera para Alicante.

—Falta dinero.

—¿Cuánto?

—Treinta y seis reales.

—¡No es posible!... A ver... cuente V... es lo justo... esto es, ciento noventa y tres.

—Eso era antiguamente, caballero; ahora con el impuesto de guerra, cuesta doscientos veintinueve.

—¡Treinta y seis reales más!... Esto es un robo, que debe pagarlo quien tenga la culpa de que la guerra continúe... ¡Ah!... ¡No hay gobierno!

Y despues una señora empieza:

—Un billete para Villacarrillo.

—¿Qué clase?

—Primera... allá van, noventa y dos reales.

—Faltan diez reales.

—No puede ser... mire V., setenta y siete que costaba antes y quince del impuesto de guerra, es la cuenta.

—No señora, han aumentado otro cinco por ciento.

—¡Qué escándalo!... ¡Qué infamia!... Vamos, está visto que no se puede vivir ya en España.

Me tocó el turno, y tomé billete para Aranjuez, pasando al salon de descanso. La hora de partir se acercaba. El tren estaba parado. La máquina chillaba frecuentemente, silbaba y daba unos gritos aterradores. Más de mil personas se colocaban en los wagones, y la campana sonó por tres veces. Me coloqué cómodamente en un departamento, y poco despues, dando el tren una enorme sacudida, sonó el silbato, y un ruido sordo, prolongado y majestuoso se dejaba oir, mientras los wagones rodaban por los rails como por una prolongada pendiente. En mi departamento iba otra persona, alta, rubia, con patillas y sombrero de copa blanco. Me saludó cortesmente y le devolví el saludo, fraternizando desde aquel momento con tan buen compañero de viaje, hasta el punto de sacar una tarjeta y entregármela con esta agradable frase:

—Quiero ser amigo de V.

Yo cogí la tarjeta entre mis manos, y leí: *J. W. Scott.* Este nombre me recordó el de un coronel inglés, que habia conocido en Gibraltar, y le pregunté si era pariente suyo.

—No tengo más familia,—me replicó,—que un hermano llamado M. Scott, el hombre más notable y feliz de mi país, y de quien V. habrá oido hablar, indudablemente.

—No tal, amigo mio; jamás he oido nada de ese señor... ¿Es militar, político, literato ó científico?

—Nada de eso: es simplemente un rico propietario de Chislehurst, y su celebridad nace de la amistad que hizo con Napoleon III, cuando estuvo emigrado habitando su palacio en mi pueblo. Desde aquel dia toda Europa conoce á mi hermano, siquiera por la curiosa historia que corre acerca de los angurios con que él revestía todos los actos de Napoleon III.

Yo ardia en deseos por conocer esta misteriosa historia, y no ocultándolos, el nuevo amigo, contento como unas páscuas, cruzó una pierna sobre la otra, y comenzó diciéndome:

—El dia 2 de Diciembre, cuando Napoleon dió el golpe de Estado y subió al trono, M. Scott, mi hermano, mandó llamar á su arquitecto, y le dijo:

—Dentro de diez años, dentro de quince lo más tarde, Napoleon se verá precisado á refugiarse en Inglaterra. Quiero tener la satisfaccion de ofrecerle hospitalidad en mi casa. Trazadme el plano de una hermosa quinta... Entre tanto veremos lo que sucede.

El arquitecto puso manos á la obra, y á la par que mi hermano, que por espacio de años enteros estuvo siguiendo á Van Ausburg, el domador de fieras, espe-

rando que algun dia le viera devorado por sus leones, no perdió nunca de vista al Emperador de los franceses, en la persuasion de que más tarde ó más temprano le devoraria tambien el pueblo francés.

Todo marchaba á las mil maravillas en los primeros años, y mi hermano decia á cada paso á su arquitecto:

—No hay necesidad de ir aprisa; nos queda mucho tiempo todavía.

Cuando Napoleon III partió á la guerra de Italia, mi hermano mandó llamar á los tapiceros, y les encargó que le hiciesen los muebles para la quinta, encomendando además á un jardinero muy afamado que arreglase en la parte posterior de la casa un agradable parque, donde el alto personaje que más adelante debia ocupar esa mansion de recreo, pudiese entregarse libremente á sus meditaciones. Al volver á su país el vencedor de Magenta y de Solferino, dejáronse abandonadas por completo las obras de la quinta de Chislehurst, sin que por esto mi hermano perdiese de vista un solo instante á Napoleon.

A cada mala noticia que llegaba de Francia, mi hermano compraba alguna alfombra ó algun reloj; y más adelante, viendo que el telégrafo comunicaba mejores noticias, en vez de mandar trasladar á Chislehurst los muebles, que para la quinta habia adquirido, los guardó en la casa que habitaba en Lóndres.

El dia en que el Emperador escribió su famosa car-

ta del 19 de Enero, fué un dia de triunfo para mi hermano, quien sintió la misma grata sensacion que debió experimentar, sin duda, cuando vió hundirse en las abiertas fáuces del leon, la cabeza de Van Ausburg. El dia 20 de Enero, mi hermano convocó á los operarios encargados de la construccion y del arreglo de su quinta, y les dijo:

—Es preciso que mi quinta de Chislehurst quede lista antes de tres meses, pues dentro de este plazo, Napoleon estará ya en Inglaterra.

Desde ese dia, los operarios se pusieron á trabajar sin descanso, bajo la direccion de mi hermano, quien atendia á todo, á fin de que la casa fuese digna del personaje cuya llegada aguardaba tanto tiempo hacia. Cuando apareció el primer número de la *Linterna*, mi hermano no cupo en sí de gozo, y desde entonces no se pasaba dia, sin que llegase á Chislehurst con tapices, alfombras, sillones, cortinajes ó algun adorno de chimenea. Al trasmitir el telégrafo á Inglaterra las primeras noticias de los motines de Belleville, mi hermano mandó colocar flores en todos los jarrones de la quinta y velas en todos los candelabros; y luego, al cabo de tres dias, cuando los guardias municipales de Paris hubieron apaciguado los disturbios de Belleville, mi hermano, no pudiendo resistir por más tiempo las encontradas y violentas impresiones, que hasta aquel momento habia recibido, cayó enfermo. Durante el largo tiempo que hubo de guardar cama, no

cesaba de exclamar en sus accesos de delirio febril:

—¡Ya vendrá! ¡ya vendrá! ¡ya está ahí!

Imposible es describir á V. el gozo que debió embargar á mi hermano, cuando Napoleon III desembarcó, al fin, en Inglaterra. La primera persona que se presentó en casa del proscripto fué él, y él tambien quien puso á su disposicion la quinta de Chislehurst. Al dia siguiente, uno de los oficiales que acompañaba á Napoleon, recibió el encargo de llevar al dueño de la quinta la siguiente contestacion:

—El Emperador ha visitado vuestra quinta, pero no le es posible quedarse con ella: es demasiado buena para S. M., que no quiere pagar más allá de mil francos de alquiler al mes.

Al oir estas palabras mi hermano, que de pronto se puso pálido, prorumpió en un grito de alegría:

—Cabalmente me proponia pediros mil francos,— dijo.

Ajustóse el trato en esa cantidad, y mi hermano, apenas entró en su casa, dijo con tono conmovido á su familia:

—¡Ahora ya puedo morirme!

Y desde aquel dia, amigo mio, hiciese mal ó buen tiempo, los moradores de Chislehurst vieron al dueño de la quinta, á mi feliz hermano, pasearse por delante de ella para gozar de su triunfo. La muerte sorprendió á Napoleon III, y desde aquel fatal momento mi pobre hermano se fué á Lóndres, donde su celebridad

es tal, que todo el pueblo le conoce por el amigo del Emperador.

Y al llegar Scott al fin de esta curiosa historia, el tren iba parando lentamente. Un hombre pone sus manos sobre las ventanas de nuestro wagon, gritando al mismo tiempo:

—¡Getafe, cinco minutos!

Habiamos llegado á la primera estacion de la línea del Mediodía.

Hasta entonces puede decirse que no comienza nuestro viaje.

CAPITULO III.

Desde un wagon.

Salir de Madrid en el ferro-carril y parar frente á Getafe, es tanto como querer recibir una desagrable sorpresa. Apenas si se han extinguido de nuestros oidos los desentonados ecos de los vendedores de billetes de loterías de Beneficencia, que pululan por la Puerta del Sol ; aun conservamos el tono aguardentoso de los que gritan en la estacion central: *¡El Diario Español* y *La Correspondencia!* ó de los que ofrecen libros á peseta y guías del viajero á dos reales, cuando se extiende la vista hácia un pueblo que parece un cementerio de lo triste y solitario, sin poderse una explicar que puedan existir séres vivientes entre aquellas tapias y corrales sin lucir y bajo aquellos tejados, tan raros como desiguales.

Mi amigo Scott, sacando la cabeza por la ventanilla del wagon, despues de mirar bien aquel puñado de casas que teniamos en frente, me preguntó:

—Getafe, ¿tiene catedral?

—Ni parroquia, tal vez; es un pueblo insignificante.

—¡Ah!... Dispense V., creí fuera obispado.

Le miré fijamente por si se burlaba; pero Scott estaba sério y reflexivo, como si en realidad no acertara á comprender la verdad de mi contestacion.

—Getafe,—añadí,—es uno de los partidos judiciales de la provincia de Madrid, situado entre la capital, Chinchon, Illescas y Navalcarnero. No tiene más industria ni comercio, que la que le producen los granos de su suelo, y por los eriales que le rodean, podrá V. comprender la importancia de su agricultura.

—¡Ah!... eso lo veo bien; lo que no veo claro es que no sea obispado.

—Por Dios, amigo Scott, que la cuestion de convertir en obispado á Getafe, le hace á V. pensar demasiado.

—¡Ca!... no, señor: yo he creido que en todos los pueblos de España, ó al ménos en todos aquellos donde hay juzgados, habia tambien catedrales y por consiguiente obispos.

—Eso es una idea equivocada. En España, es verdad, hay muchos obispados, pero constando de más de 9.500 ayuntamientos, comprenderá V. que no puede tener un obispado para cada uno de ellos.

Y el tren comenzó á rodar sobre los rails, como si temiese no llegar á tiempo á su destino. Más de media hora habia trascurrido, sin que hablásemos una palabra. Scott, ensimismado en repasar unos apuntes de su cartera, ni se daba cuenta que iba viajando; y yo, contemplando al inglés, permanecí mudo, hasta que el tren comenzó á parar, y exclamé:

—¡Estamos en Pinto, Sr. Scott!

—¡Oh!... á fé que es peor que Getafe.

—Poco ménos, sí; pero de muchos recuerdos para la historia de Madrid, especialmente en el período de la Edad media. Allí, entre aquel grupo que forman esas trescientas casas, habitaron largos años los duques de Arévalo, en un suntuoso palacio construido en el siglo XIII, y del cual existe aun en pié el torreon de su antigua fortaleza. En 1476, dió el duque la villa al caballero Rodrigo de Mendoza, por haberlo reconciliado, en Madrigal, con la reina doña Isabel, habiendo pasado despues la villa á poder de los duques de Feria, dueños y señores de su castillo. La madre del príncipe de Pastrana, la hermosa princesa de Éboli, fué conducida y presa á este castillo, en 26 de Julio de 1579, por mandado de Felipe II. ¡Cuántos misterios guardan estos restos diseminados del antiguo Pinto! Testigos mudos de la política de Felipe II, cómplices fueron tambien, y más de una vez, de los misterios que guardára en su pecho la favorita de aquel poderoso monarca.

Y el tren andaba á más y mejor, sin habernos aper-

cibido de que estábamos próximos á Valdemoro, la patria del famoso arquitecto Juan de Castro, contemporáneo de Herrera y de Juan Badajoz. Así que llegamos frente á la estacion, Scott me preguntó:

—¿Tampoco es obispado Valdemoro?

—No señor; tiene una parroquia, un convento de monjas y una ermita solamente: ignoro si el párroco es obispo, ó está mitrado, como el del Cármen de Madrid.

—¿Y plaza de toros, tiene?

—No señor; no tiene circo.

El tren comenzaba á andar, mientras Scott apuntaba en su cartera la siguiente nota: «Getafe muy feo, »Pinto muy antiguo y Valdemoro nada: en España no »hay apenas obispos ni circos de toros. España es poco »conocida por los extranjeros.»

Yo pude leer con disimulo estas líneas, y me sonreí. Scott me miraba con el rostro lleno de alegría. Su satisfaccion por viajar en mi compañía era incomparable. A mi lado, solamente conmigo,—decia él,—podria conocer á España y hablar de ella como no lo habia hecho ningun extranjero. Diciendo esto mismo, el tren paraba. Habíamos llegado á Ciempozuelos.

Mi amigo Scott miró hácia aquel grupo de casas colocadas sobre una pequeña colina bañada por el Jarama, y me dijo:

—Supongo que haré bien en seguir, porque este pueblo no ofrecerá gran cosa al viajero que quiera estudiar España.

—Desde luego: aquí no tiene V. más que 300 casas con aspecto ruinoso. Creo que usted no querrá morir entre escombros.

—No tal, señor.

Y el tren, despues de haber sonado el silbato, y de haber tocado la campana el mozo de estacion, rompió con precipitada velocidad hácia adelante, dejando atrás á Ciempozuelos, envuelto en los misterios de una noche serena de Enero.

Scott se reclinaba hácia atrás, arropando sus piernas con la manta de viaje: de cuando en cuando hacía nuevos apuntes en su cartera. Yo leia *La Correspondencia*, que es la cena eterna de todos los que vivimos en Madrid, y con ménos sueño que mi compañero, pude llegar hasta *El Correo de la noche*, gracioso entretenimiento que explotan algunos desocupados, en el diario noticiero, para dar que hablar á los críticos de las gacetillas, y asustar á las madres de familia. Pensando iba en el mal que hace *La Correspondencia*, por haber abierto en sus columnas *El Correo de la noche*, cuando Scott me sorprendió con la noticia de que tenia un amigo en Ciempozuelos.

—¿Usted?—le dije yo.

—No, mejor dicho, mi mujer, que conocia á un don Juan de la Peña, que era de ese pueblo.

—¿Su señora de usted era española? — le pregunté.

—No, señor; era francesa... La mujer más rara que

V. puede figurarse. La conocí en París, y le diré á usted cómo y por qué me casé con ella.

En el año 1871, llamaba la atencion de los parisienses una mujer que se mostraba al público en los teatros ambulantes y en las férias, porque poseia el raro mérito de tener dos cabezas. Yo me enamoré perdidamente de la mujer bicéfala y la pedí su mano. Celebróse el casamiento con gran ostentacion, no sin que antes hubieran ocurrido sus dudas, respecto á si podia considerarse este matrimonio como caso de bigamia. Casado, en fin, decidí pasar la luna de miel en la costa de África, junto á Sierra-Leona, donde poseo vastas y riquísimas propiedades, lindantes con los terrenos que ocupa la tribu de los Bin-jocsk, negros montaraces, que habian dado en repetidas ocasiones pruebas de la mayor ferocidad.

Realizado el viaje sin contratiempo, nos instalamos en mi rica posesion de la costa africana. Aconteció que una noche serena y apacible, una verdadera noche tropical, en que yo y mi esposa paseábamos á orillas del mar, fuimos de repente asaltados por una horda de salvajes negros, que nos llevaron á los espesos montes donde tenian sus guaridas.

Indecible fué el asombro de aquellos salvajes al ver una mujer con dos cabezas. En su estupefaccion, la consideraron como un sér superior y le rindieron ferviente culto, colocándola en una especie de choza sagrada, y destinándome en clase de sacerdote ó santero

de la nueva diosa. Esto nos libró de una muerte cierta, porque los negros de la expresada tribu eran caníbales, y hubieran dado buena cuenta de nosotros en el primer almuerzo patriótico, que las circunstancias hubieran hecho necesario, á no ser por la venturosa cualidad de que acabo de hacer á V. mencion.

Sin embargo, nuestra buena estrella pareció eclipsarse. Una maga ó hechicera, que era el oráculo de la tribu, y que no pudo ver sin profundos celos la adoracion que á la mujer blanca tributaban los salvajes, decidió su muerte, y valiéndose de un feroz esclavo nubio, obtuvo de éste la promesa de que, aprovechando las sombras de la noche, mataria á su enemiga. El esclavo cumplió su promesa. En las primeras horas de la mañana se presentó á la hechicera, que le aguardaba palpitante de emocion.

—¿Cumpliste?

—Cumplí... ¡Toma!

Y arrojó á los piés de la maga, la cabeza de mi pobre mujer.

—¡Desgraciado!—gritó la maga.—¿No le has cortado más que una?

En el semblante del esclavo se pintó el más profundo asombro.

—Pues, ¿cuántas tenia?—exclamó.

La circunstancia de ignorar el asesino que su víctima tenia dos cabezas, habia salvado á la heroina de los teatros de París, á mi pobre mujer.

—No acierto á comprender esto,—le repliqué un tanto confuso por tan extraña relacion, propia solo de Julio Verne.

—Yo se lo explicaré á V.,—añadió Scott.—Alarmados un dia mis amigos y colonos, al notar la ausencia de mi señora y la mia, y temerosos, hasta cierto punto con razon sobrada, que hubiésemos sido víctimas de una asechanza, prepararon una numerosa y bien armada expedicion, que, cayendo de improviso sobre la tribu negra, la dispersó completamente, haciendo en los salvajes una gran matanza, y recogiendo gran número de prisioneros, entre los que se hallaba el esclavo nubio.

Arrepentido este de su criminal accion, y deseoso de obtener el perdon de la pena que habia de imponérsele, corrió á donde se hallaba mi esposa, y con ayuda de ciertas yerbas, cuyo secreto él solo conocia, logró cicatrizar en breve la herida de su víctima.

De este modo pudimos regresar á Europa, con pocos deseos de volver entre aquellos cafres.

—¿Y la esposa de V.?

—La he metido en un convento, hasta que los tribunales decidan en nuestra demanda de divorcio.

—¿Por infidelidad?

—Nada de eso: mi esposa me ha sido siempre muy leal compañera; pero he pedido el divorcio apoyándome en que me casé con ella única y exclusivamente por la circunstancia de poseer dos cabezas, y hoy, ha-

biendo perdido una de ellas, me considero engañado, y pido la nulidad de mi matrimonio: creo que esto es justo.

Yo miraba atentamente á Scott, sin atreverme á comprender la existencia de un sér tan raro y escéntrico, y la circunstancia de ser él inglés, me retraia de darle algun consejo.

—Yo no digo que sea ó deje de ser justo,—repliqué, —lo que digo que me pareció originalísimo su hermano de V., desde el momento que mandaba levantar la casa en su quinta de Chislehurst, para ofrecérsela á Napoleon III cuando no fuese Emperador; pero V. me parece más originalísimo aun que él, casándose con una mujer bicéfala y de la cual se quiere divorciar en el momento que queda con una cabeza: yo sé que son excentricidades inglesas, pero no dejan de admirarme.

—Y yo, por el contrario, creo estas cosas mias muy naturales y comunes. Si me divorciaran los tribunales, correria en busca de otro sér como aquellos que nos presenta en cera el Museo Hartkopff. El tipo de la, ó de las hermanas Headed Girl, es mi encanto, y buscaría otro igual, aunque recorriese el mundo. Un cuerpo con cuatro pechos, dos cabezas y cuatro piernas es notable, si pertenece todo ello á un sér inteligente y simpático. Amar á este sér, es separarse de la vulgaridad y no igualarse á todos los hombres. Yo fraternicé en extremo con unas paisanas mias, las señoritas Bunker, desde el momento que supe que contraian matri-

monio con los gemelos de Siam, los hermanos Chang y Eng, que tantos años estuvieron expuestos en Nueva-York, en el Museo de Mr. Barnum. Aquellas dos simpáticas señoritas amaron entrañablemente á dos séres que estaban unidos por una membrana ó ligadura de carne de un pié de larga, dos pulgadas de ancho y cuatro de espesor, provista de una artéria que establecia entre ellos igual circulacion de sangre y una respiracion comun. Yo creo que mis amigas fueron felices con sus esposos, hasta el punto de que la casada con Chang tuvo seis hijos y la que lo estaba con Eng, cinco.

Yo no sabia qué replicar á mi amigo Scott; pero es lo cierto que me encantaban tamañas excentricidades, y no me atrevia, por lo mismo, á ridiculizarlas. Sobre todo, tampoco lo hubiese hecho, porque soy amigo de respetar todas las ideas, y las que Scott tenia del matrimonio y aun de la familia, siquiera porque eran sustentadas por un sér inteligente, merecian respeto por mi parte, y más cuando él tambien rendia profundo respeto á las ideas de los demás. No obstante de todas estas consideraciones, yo me disponia á entablar con Scott una larga discusion sobre el concepto moral de la familia y el legal del matrimonio, porque queria conocer hasta dónde llegaba lo más raro de un sér excéntrico. Pero sonó el silbato, el guarda-freno hizo acortar el paso del convoy, y el tren caminaba por entre un espeso arbolado que daria envidia á los jardines de Versalles. Esto me hizo conocer que estábamos pró-

ximos á Aranjuez. En efecto, dos minutos más tarde el tren paraba frente á una bonita estacion. Scott me preguntó:

—¿Para V. aquí?

—Sí, señor, todo el dia; quiero conocer bien este antiguo sitio real, donde se ha escrito, puede decirse, la historia española desde Felipe II hasta los contemporáneos tiempos de la hija de Fernando VII.

—¡Oh!... pues yo me quedo con V.; vamos al pueblo y nos acomodaremos en un hotel.

Emprendimos el camino, y á muy pocos pasos, Scott, poniéndome la mano sobre el hombro, me dijo con aire misterioso:

—Aquí sí que habrá obispo.

Yo, sin poderme contener, me reia á carcajadas. No sabia si mi amigo viajaba para conocer á los obispos españoles ó por estudiar á España.

CAPITULO IV.

En Aranjuez y Castillejo.

A las once de la noche entrábamos en el hotel; poco despues habíamos cenado y nos disponiamos á dormir, para dedicar todo el siguiente dia, desde bien temprano, á visitar la villa. Nos habian puesto las camas en una misma habitacion. Yo, con más frio que nunca, esperé que estuviese acostado Scott, para meterme tambien en mi cama y poder dormir tranquilamente. Apagué la luz y nos dimos las buenas noches. Scott no paraba de moverse; tosia mucho, y al cabo de un buen rato, encendió la luz. Yo, abriendo los ojos, le preguntaba:

—¿Se pone V. malo?

—No, señor, estoy bien; pero mi imaginacion no me

deja dormir... ¡Mala noche me aguarda!... ¡Maldita curiosidad!

—¿Tiene V. algun recuerdo desagradable que le atormente?

—Nada de eso; lo que me tiene sin dormir es la duda de si en Aranjuez hay catedral, y como V. no me lo ha querido decir...

—Aranjuez, amigo Scott, no es obispado, ni le hace falta el obispo para ser una villa preciosa, alegre y muy amena, situada á la márgen izquierda del Tajo, sobre las antiguas carreteras que conducian á Valencia y Andalucía, en un extenso valle rodeado de sierras. Su poblacion pasa de 4.800 almas, y en la villa no falta nada para hacer agradable la vida. Palacios y paseos, jardines y santuarios, plazas y calles suntuosas, cafés y fondas, hospital, teatro y billares, tiendas de comercio y escuelas públicas, adonde concurren unos 500 niños de ambos sexos.

—¡Oh!... muchos niños son esos... y en España... ¡No puede ser!

—En España la instruccion pública no anda muy mal. Existen en la actualidad, amigo Scott, el respetable número de 27.876 escuelas públicas y privadas de primera enseñanza, concurriendo á ellas 1.391.792 alumnos de ambos sexos. El sostenimiento de las escuelas públicas cuesta á los Municipios la suma de 52.947.324 rs.

Estos datos se aproximan á la verdad cuanto es po-

sible, y por ellos puede V. comprender que España está, en punto á instruccion pública, por cima de Rusia y de otras naciones de primer órden. Pero aparte de esto, tiene tambien Aranjuez una *Escuela de Agricultura*, teórica y práctica, que poco há fundó mi amigo el conde de Peracamps, con el buen propósito de dar la enseñanza á las clases acomodadas y de que sirva á la vez de asilo de aprendices agrícolas.

—¡Magnífico establecimiento!... ¿Tiene mucha vida?

—Ninguna, amigo Scott, porque en España, pueblo eminentemente agrícola, los jóvenes desprecian los estudios útiles y se hacen curas ó militares.

—¡Oh!... eso es un mal.

—Sí señor, muy grande, y lo peor del caso es qu- nadie lo conoce. La prensa de Madrid se ha venido ocue pando estos dias—á propósito del establecimiento fundado por el conde de Peracamps,—de los buenos servicios que viene prestando al país la *Escuela Agrícola de la Moncloa*, establecimiento oficial dirigido por muy buenos profesores y favorecido por un *considerable* número de alumnos. Sin querer, por mi parte, desmentir á los que se han ocupado de este asunto, daré á usted, amigo Scott, los siguientes datos: El presupuesto anual que señala el Ministro de Fomento para la *Escuela de Agricultura de la Moncloa*, es de 700.000 rs. próximamente. Existe esta escuela desde 1855. En los 19 años que cuenta de vida, ha consumido 13.300.000 rs. El número de ingenieros que cuenta en la actualidad, sa-

lidos de su clase, es de 74. Ha costado, pues, al Estado cada ingeniero 179.725 rs. para poder presentar 49 secretarios á las juntas provinciales de Agricultura, los cuales consumirán al Estado anualmente la suma de 490.000 rs. por redactar semanalmente 49 actas, que, despues de todo, para nada han de valer.

—Estos datos son asombrosos... y revelan más que todo, los esfuerzos que hace el gobierno español por difundir la enseñanza agrícola en un pueblo que, á pesar de tener su riqueza en los productos de su suelo, es refractario á los estudios agrícolas... ¿Quién explica esto?

—Es una triste realidad, que debo confesarla, amigo Scott... Por lo demás, Aranjuez es un pueblo que tiene una buena historia. En el siglo IX se conoció una aldea llamada Almuzundica, que más tarde, en 1118, se llamó *Aranz*, segun el privilegio de D. Alfonso VII.

Más tarde Aranz desapareció del mapa antiguo, juntamente con Ateca y otros pueblos de las inmediaciones de Yepes y Ciempozuelo, cuando las guerras de doña Urraca y en la entrada que hizo el emir Taschfyu, en el antiguo reino de Toledo.

Despues de la reconquista, otra vez aparece poblada la aldea de *Aranz*, cuyo nombre vemos en los Anales toledanos, degenerado en Aranzuet y Aranzuel hasta el siglo XIII. Ya en el XV Aranjuez era pueblo pequeño y debió su engrandecimiento á los Maestres de la órden de Santiago, que levantaron un suntuoso pala-

cio, le señalaron la villa y su término como *mesa maestral* de la órden, le erigieron en sitio real desde los reyes Católicos, siendo desde entonces célebre en los fastos nacionales, y muy principalmente en las guerras de sucesion, por haber establecido en él su gobierno el marqués de las Minas, cuando pasó á apoderarse de Madrid en 1706, con las tropas inglesas y portuguesas; como en los tiempos de Esquilache, por iniciarse en él el primer pronunciamiento del pueblo español contra el gobierno; y finalmente, cuando el ministro Floridablanca, que fué herido por la espalda de mano de un extranjero.

En Aranjuez nacieron la infanta Isabel, hija de Felipe II; en 1775 la infanta Carlota, hija de Cárlos III; en 1786 el infante Pedro Cárlos Antonio, hijo del infante don Gabriel; en 1788 el infante Cárlos; en 1792 el infante Felipe M. Francisco, y en 1794 el infante Francisco de P. Antonio; y murieron, en 1758, la reina doña Bárbara, mujer de Fernando IV; en 1771, el infante Javier, hijo de Cárlos III; en 1776, la reina doña Isabel Farnesio, última mujer de Felipe V, y en 1783, el infante Cárlos, heredero al trono. Por todo esto se desprende, que la familia real habitó tanto tiempo en Aranjuez como en el palacio de la Plaza de Oriente.

Desde Isabel la Católica hasta Isabel II, Aranjuez fué engrandeciéndose hasta el punto de que ya no vivia de las gracias de los reyes, sino que era un pueblo rico por su comercio y su industria. Cuenta con una

gran fábrica de cristales huecos y planos, otra de curtidos, dos de jabon y barrilla artificial, tres de chocolate y un gran establecimiento de cortes y aserramientos de maderas. Gracias al impulso de la industria y de la agricultura, Aranjuez cuenta con un capital productivo por valor de 22.000.000 de reales. Merecen visitarse detenidamente sus palacios y jardines, sus templos y monumentos...

Pero, qué... ¿duerme V., amigo Scott?

—Con poco esfuerzo me puedo quedar dormido. Ya estoy convencido de que no hay obispo en Aranjuez... puedo descansar...

—Bueno; pues apaguemos la luz y hasta mañana.

—Dormid bien.

—Buenas noches, Scott.

. . . . . .

. . . . . .

Y hasta las diez del dia siguiente no despertamos. Scott me llamó para almorzar. A las once salíamos del hotel á visitar la villa, en direccion al palacio real, precioso edificio comenzado en 1561 por Cárlos II, y continuado por Felipe V y Fernando VI. Antiguamente, 1387, se levantaba en el mismo sitio donde hoy está este palacio, otro de aspecto antiguo y más modesta fábrica, por el maestre de Santiago don Lorenzo Suarez de Figueroa. Incendiado este palacio en 1722, vuelto á ser presa de las llamas cinco años más tarde, en 1727, se mandó derribar para continuar las obras

de ensanche del que hoy existe, terminado por Cárlos III, especialmente por los deterioros que sufriera en el tercer incendio en 1748, con pinturas y frescos de Rafael Mengs, y de todos los artistas contemporáneos.

Mi amigo Scott, miraba el palacio y no encontraba palabras para celebrar las estátuas, las molduras, los lienzos de Ticiano y los frescos de otros pintores, las fuentes, los jardines y los objetos de porcelana ejecutados en la hermosa fábrica del Buen-Retiro, destruida ignominiosamente por la envidia de sus paisanos. El paseo de las Estátuas, el gabinete del rey, la capilla real, los cuadros de L. Jordan, los paisajes de Juan del Moro, los frescos de Santiago Amicons y de Maella, los retratos hechos por Benito, las pinturas de Yole y los relieves de Pieri, despertaron á Scott un sentimiento en él nuevo que le hacia ver en lo bello lo que no habia encontrado jamás en lo material, en lo real, á que tanto le habia llevado sus escentricidades, y la depravacion de su gusto, de antiguo ya gastado.

La llamada Casa de Oficios y de Caballeros, semipalacio construido por el famoso Herrera, y destinado para alojamiento de caballeros, jefes y gentiles-hombres, no gustó menos á Scott. Es un local pequeño, comenzado en 1584 y terminado en 1762; pero no por lo pequeño deja de denunciar la mano maestra que lo dirigiera, y los buenos tiempos en que se hizo. La real capilla, notable obra de Juan Bautista de Toledo, es un

edificio de mayores pretensiones, porque pertenece al antiguo cuarto real, que mandó hacer Felipe II, y que forma un solo edificio, todo concluido en 1576, menos el reloj de música, que se colocó en 1577 cuando se terminó la torre. En el interior ostenta un lujo régio por sus cornisas doradas, por sus estuques y escayolas, por sus grecas y medios relieves, por sus cuadros de Conrado, de Giacinto, de Ticiano, de Mengs, de Maella y sus frescos del famoso Francisco Bayen. Mi amigo Scott, se paraba ante cualquier escultura, y abria la boca ante una tabla antigua ó un lienzo de Ticiano ó de Mengs.

—Vamos á la parroquial,—le dije, despues de ver la capilla real.

Y Scott me seguia sin replicar palabra. Solo hablaba, mejor dicho, sólo se comunicaba con su cartera donde apuntaba... ¡Dios sabe cuántas cosas!...

La parroquial, antiguamente San Márcos de Alpagés, primitiva ermita de este lugar, se reedificó en 1680, por mandado de Cárlos II, aunque en sitio distinto, y dejando la obra empezada se terminó al fin en 1749, bajo la direccion de don Santiago Bonavit, siendo un templo de órden dórico en su interior, como tambien es del mismo órden el extinguido convento de San Pascual, fundacion de Cárlos III, que encomendó á Sabatini y Bernasconi, dando principio en 1765 y terminándose la obra en 1770. Los cuadros y pinturas de Mengs, Trépolo, Bayen y Maella, que llenaban el

templo, le daban un valor artístico muy superior á lo que pudiera decirse.

Hoy, convertido en granero, apenas si puede contemplarse la obra de Sabatini, para la cual se gastaron 3.254,816 rs. 26 mrs., sin las pinturas, imágenes, ropas, ni utensilios, cantidad que hacía más falta para el sostenimiento del hospital de San Cárlos, hermoso edificio construido en 1772, cerrado no por falta de enfermos ni desvalidos, sino por haberse gastado de más en palacios y jardines, lo que ahora reclamaba la caridad para dolientes y desamparados.

Mi amigo Scott me acompañó al teatro, construccion de Marquet, en 1767, de donde pasamos á la ballestería y caballerizas de la Regalada, al cuartel de Guardias de Corps, al Hospicio, á los cuarteles de la Guardia Real, Walona y de caballería, dirigiéndonos despues á los paseos y jardines, donde toda descripcion es poca, para pintar las hermosas enramadas, los bosques pintorescos, las calles arboladas, los jardines, el parterre, la casa rústica, el castillo, el paseo de la Reina y el de la Infanta, la fuente de Alejandro Algardi, mandada hacer por Felipe III, y la huerta del Infante, junto á la fuente de Felipe IV.

La mitología es la que preside en todas las esculturas y alegorías que llenan las fuentes y jardines.

El laberinto, la casa del Labrador, los cuarteles de flores, de tres y cuatro kilómetros, los paseos y calles de cinco y seis, todo ello cubierto de chopos de Lom-

bardía y del Canadá, cedros del Líbano, el árbol chino de la vida, el tulipan de Virginia, el fresno de Lusiana, el laurel de Nive, el chopo de Carolina, el pino de Nueva-Inglaterra, el de Jerusalen y el de Arcadia, todo mezclado y confundido, desde el *joyo* inglés hasta los guindos y granados, desde los perales de más de cuarenta especies hasta las higueras blancas, todo en completo concierto, formando un conjunto maravilloso que extasiaba á mi amigo Scott, no ménos que á mí. Aquello era un verdadero jardin, es otro Versalles, peor cuidado, pero más bello en su conjunto y más artístico en sus detalles.

Ya estábamos cansados de andar, y el hambre nos apuntaba. Por otra parte, á las cuatro de la tarde el sol nos negaba sus rayos y el frio no nos dejaba estar con comodidad.

—Vamos al hotel y comeremos, amigo Scott, que yo me muero de frio.

—Yo de lo que me muero es de cansancio.

Y nos volvimos más que á paso regular á nuestro hotel.

La mesa estaba puesta.

Comimos, salimos al café, jugamos unas carambolas, y á las nueve y media nos dirigimos á la estacion, para poder continuar nuestro interrumpido viaje.

Era aun temprano. Esperamos casi treinta minutos. Yo estaba cansado. Scott, viendo un asiento, cogióse á mi brazo, y me dijo:

—Aquí, debajo de esta acacia, nos podemos sentar y comeremos unas rosquillas y probaremos un poco del aguardiente que vende esta mujer.

—No, no me siento; está esa piedra muy fria, y luego, me brinda V. el tronco de una acacia que no veo.

—¿Pues esto qué es?

—Esto es un ailanto.

—No señor, es acacia.

—Dispénseme V., la acacia de América tiene tres espinas y su hoja es muy diferente: es un ailanto.

En esto el tren habia llegado. Subimos á ocupar nuestros asientos, y otra vez nos encontramos solos, esto es, Scott y yo en un departamento de primera.

Mi compañero, así que nos acomodamos, me miró fijamente, diciéndome:

—¿El ailanto, es europeo?

—Amigo Scott, el ailanto ó árbol del cielo, es sin disputa uno de los mejores árboles que pueden plantarse para adornar paseos y carreteras públicas. Este hermoso árbol, conocido en botánica por *ailantus glandulosa*, y que por su crecimiento y frondosidad se tiene en algunos jardines y paseos, es originario de la China.

En España se reproduce bien por semilla, y se encuentran buenos ejemplares en el Jardin Botánico de Madrid, como en otras muchas partes.

Habia noticia de que en China se usaba la corteza del ailanto para combatir de algunas enfermedades;

pero el Encargado de negocios en aquel país, ha manifestado que es remedio usado solamente como específico contra la disentería.

Se toma corteza fresca de la raiz de *ailanto*; se machaca en un mortero, añadiendo dos ó más cucharadas de agua, de las de tomar café, durante la operacion, y se comprime el resíduo á través de un lienzo.

El modo de usarlo es tomar una cucharada, tambien de las de tomar café, en ayunas, y una taza de té durante dos ó tres dias.

Despues de la tercera cucharada, se suspende el tratamiento, que volverá á empezarse seis ú ocho dias despues, y si fuese preciso, se sigue dos ó tres veces de la misma manera.

Tómese leche exclusivamente como alimento y bebida durante los ocho primeros dias, y conforme se vaya declarando la mejoría, podrá tomarse sagú, tapioca, etc.

Creen muchos que este medicamento puede ser de utilidad en nuestras posesiones de Filipinas, Fernando Póo y las Antillas, señaladamente en los dos primeros puntos en que tantos daños ha causado la disentería.

—¿Es posible esto?

—No lo sé, pero es opinion de nuestros botánicos.

—Pero, la acacia tambien se dará por estos terrenos.

—Mucha y muy bien, y seria más conveniente aclimatar la acacia enana sin espinas.

—¿Qué especie es esa?

—Una muy útil, que tiene gran valor empleada como forraje verde.

Nadie puede dudar que esta acacia presta tan importantes servicios como la lucerna, con quien se puede comparar.

Su rusticidad y rendimiento es superior á la lucerna, porque puede adquirir más crecimiento y suministrar mayor cantidad de forraje.

La importancia de esta planta, y de otros arbustos y árboles que deben utilizarse como forraje, es muy evidente, y más aquí donde la falta de agua se opone á la existencia en secano de hierbas forrajeras que se dan muy bien en el Norte y Poniente de España.

Los prados de vid, variedades americanas de hojas anchas y los de olivo y álamo negro, suplen muy bien, y á veces con ventaja, á las cereales y leguminosas, que perecian al advenimiento de los calores del estío en nuestras calcinadas tierras de secano.

En esto el tren iba acortando el paso.

Sonó por segunda vez el silbato, el maquinista acortó el freno, y el convoy se detenia frente á una estacion.

—¿Dónde estamos?

—En Castillejo, Scott.

—No veo el pueblo.

—No es extraño; cabe todo él en el sombrero de usted...

Y diciendo esto, Scott apuntaba en su cartera lo siguiente: «Ailanto, árbol para la botica. Castillejo, »no existe. Aranjuez muy bueno, con muchas iglesias »y todos sus vecinos concurren á las escuelas... ¡No »tiene obispo!...»

CAPITULO V.

Los toros y el pugilato desde un wagon.

Castillejo está á trece kilómetros de Aranjuez. Parábamos solo cinco minutos. Antes de partir el tren, mi amigo Scott me preguntaba:

—¿Y Aranjuez, tiene plaza de toros?

—Sí señor; muy buena, y de las más antiguas de España.

—¡Hombre!... ¡Y no me lo dijo V.! Debiéramos volvernos.

—Lo siento mucho, pero no soy del mismo parecer. No merece una plaza de toros tanto sacrificio.

—Lo que es por mi parte, no siento lo mismo, y es lo cierto, que por no dejar á V. solo, no me vuelvo... ¡Las plazas de toros!... ¡Oh!... ¡Las plazas de toros, son unas de las primeras maravillas que se deben co-

nocer en España!... Lo que más siento es que ahora no dan funciones... ¿Y dice V., que es tan buena plaza la de Aranjuez?

—Es de las mejores de España. La mandó construir Cárlos III, con el dinero sobrante que habia en las arcas del Real Sitio en 1796, por cuya época se daban corridas muy célebres, en las que tomaban parte los reyes, príncipes y la nobleza, con los toreros y picadores. Aquella plaza se resintió con las lluvias del invierno de 1827, y en 1829 se reedificó, conforme al plan formado por el arquitecto Rivas. Es magnífica, toda de bóvedas de ladrillos, con 210 piés de diámetro, en el círculo interior de las barreras y 99 balcones; pintada con buen gusto, especialmente el balcon principal y frontispicio, en que están las armas reales sostenidas por dos famas. La primera fiesta tuvo lugar, el 14 de Mayo de 1797, y en aquel circo han trabajado desde Montes y Pepe-Hillo, hasta Redondo y Mora; y desde Calderon y Trigo, hasta el Tato y Frascuelo. La historia moderna del toreo español, está escrita en aquel circo que Cárlos III mandó hacer, para que Fernando VII cerrara un dia todas las universidades y estableciera la enseñanza oficial del toreo.

—¡Quién hubiera nacido en aquellos tiempos!

—¿Para qué?

—Para haberse hecho torero ó picador.

—¡Qué ocurrencia, hombre, qué ocurrencia!

—¡Ah!... A mí me gustan mucho los toros, tanto como las luchas de fuerza y los pugilatos.

—¿Es posible, amigo Scott?

—Lo que V. oye: me he quedado en Sevilla un verano por ver los toros, y en Cádiz me han dado lecciones para la capa y aun para banderillas. Y bien que me sirvieron, porque encontrándome, poco tiempo há, en los Estados-Unidos, me ocurrió una de esas peripecias que nunca olvidaré.

Una tarde, al traer unos novillos de Tejas para llevarlos al matadero, se escaparon por las calles y avenidas de Nueva-York, esparciéndose en todas direcciones y sembrando la confusion y el terror por todas partes. Detrás de cada uno, iban centenares de personas y chiquillos, cuyo número iba engrosando constantemente á medida que avanzaba la columna, vociferando y gesticulando, con lo cual enfurecian más y más á los bravos novillos tejanos, que impetuosamente arremetian á cuantos encontraban al paso, y les daban cada revolcon, que hubieran hecho felices á los chiquillos del tendido de sol, en cualquiera de las plazas de España.

Pronto hubo tantas corridas como toros se escaparon, pues unos fueron calle arriba, otros calle abajo, y luego torcieron unos hácia el Este y otros hácia el Oeste. Por donde quiera que pasaba un novillo con sus perseguidores, parecia que habia un motin. Los ciudadanos salian con garrotes y armas de todas clases, pistolas, fusiles, espadas y hasta aparatos para apagar el fuego.

Con todo esto, millares de hombres salian á atajar al novillo, y los *policemens*, con el garrote en una mano y el rewolver en la otra, iban á la vanguardia de la columna.

Pero, en cuanto uno de los animales volvia grupa y embestia á la turba, policías y ciudadanos echaban á correr como almas que lleva el diablo, y se parapetaban detrás de los carros ó se guarecian en las escaleras de las casas. En una calle los perseguidores hicieron una barricada, que haria honor á los comunistas de París, y desde allí dispararon tres tiros al infeliz novillo. Este embistió una vez, arremetiendo contra un carro que volcó, produciendo gran pánico entre los defensores de la barricada.

Detrás de otro toro, corrian cien *policemens* disparándole sus rewolvers, y aunque ninguno pudo matarlo, hirieron sin querer á algunos ciudadanos inocentes.

Se calcula que pasaban de sesenta los heridos que resultaron de las diversas corridas, unos por los bravos *policemens*, y otros por los cuernos de los novillos.

Yo, por mi parte, puedo decir á V., que no he pasado dia más feliz. Por frente á mi hotel se estacionó uno de los novillos, y cuando las gentes corrian abriéndole paso, cogí mi gaban, me fuí hasta él, y allí me hubiera V. visto cómo jugué el *trapo*. Lo pude entretener más de trece minutos, en que hice de la fiera lo que me dió la gana, y le largué tres *verónicas*, cuatro *navar-*

ras y siete *pases de frente*, hasta que me tumbó en el último, dándome una pateadura «de padre y muy señor mio.» Este suceso me valió mucho en Nueva-York, donde me creian sevillano, y me hacian proposiciones para salir á la plaza en cuadrilla. ¡Ah!... ¡Amigo mio, á las lecciones que recibiera en Sevilla y Cádiz debí mi gran popularidad en América!... ¿Y á V. no le gustan los toros?

—No, señor.

—Es extraño.

—No tal, los españoles no todos tienen obligacion de que les gusten las funciones taurinas. Yo puedo decir á V. con verdad, que ni una sola vez he presenciado esos bárbaros espectáculos, en que el hombre se coloca al nivel de la fiera.

—¡Bárbaro le llama V.!... ¿Pues qué llamaria entónces á los pugilatos?

—Ese espectáculo es doblemente bárbaro; es atroz.

—A mí me gusta en extremo. El año pasado, encontrándome en la Habana, hice un viaje á propósito á los Estados-Unidos, para presenciar una de esas heróicas luchas en que valerosamente los hombres miden sus fuerzas. Los combatientes eran dos hércules. Llamábase uno Travilian, inglés; el otro, irlandés, respondia al nombre de Hogan. El lugar elegido para la pelea era á nueve millas de la ciudad de Virginia, en Nevada, unas seis millas del condado de Lyons. Al estrecharse la mano para comenzar el trompis, llegó el sheriff, Mr. George Sahw, y les dijo que con arreglo á las

leyes no podia permitir el pugilato; pero que como él tambien deseaba ver el espectáculo, les aconsejaba prudentemente que pasaran al condado de Ormaby. Se aceptó el consejo, y la gente, compuesta de 2.500 personas, entre púgiles, jueces, testigos, sheriff, hombres y muchachos, se dirigió á otro lugar situado en una alta meseta, desde donde se divisaba el Capitolio y la prision del Estado.

Una vez allí, se limpió el lugar, se fijaron las estacas, se hizo el cerco de pelea, se preparó todo, se pesó á los púgiles, pesando 140 libras Hogan y 146 el otro; se nombraron padrinos, tomaron lugar los espectadores, y á las nueve horas y ocho minutos de la mañana se dieron las manos aquellos dos valientes, para despues matarse tal vez, ganando el vencedor un bolsillo de 500 pesos, y dando ambos el espectáculo más sorprendente que pueda registrarse en el libro de la humanidad. Antes de comenzar, sin embargo, un tal Soap, pronunció un pequeño discurso, diciendo: «Señores: vamos á presenciar uno de esos espectáculos notables, asombrosos, que enseñan al hombre lo que pueden las fuerzas musculares bien desarrollados. Suplico, pues, á Vds. todos, suma atencion. Ha habido gran contienda entre estos dos hombres, á causa de haberse desafiado dos veces antes. Aquí están para arreglarse de una vez. Todo lo que pedimos es que haya órden: déseles á ambos igual oportunidad de ganar por sus méritos.» *(Aplausos repteidos).*

No describiré á V. el combate, porque no soy ducho en el *arte*, ni conozco los términos que se usan; pero sí diré que hubo golpes, puñadas, caidas, sangre, ojos estropeados, caras cortadas, narices tronchadas, destreza por parte de los gladiadores, aullidos y entusiasmo en los espectadores, frialdad en los padrinos... Pero ¡oh contratiempo! Ocho veces se habia caido al suelo alguno de los combatientes; ocho veces se habian rendido faltos de aliento, cegados por la sangre y doloridos por los golpes y las heridas, cuando uno de los espectadores descubrió un puñito de estopa en cada una de las manos del inglés. ¡Qué infamia!...

Entonces se armó la buena. Los engañados sacaron sus pistolas, los engañadores se preparaban á la defensa, los valientes gritaban, los cobardes huian; pero por fortuna se apaciguó todo y no hubo nada. Quiero decir, que no hubo una decision en el asunto, y ó Franck Quen, á quien se ha apelado por telégrafo, decide en la cuestion, ó hay que volver á repetir el espectáculo, que, segun leí poco há en los periódicos de Lóndres, se efectuará el 15 de Mayo próximo.

—¡Qué barbaridad, amigo Scott!

—Sin embargo de esto, no me puede V. negar que vivimos en el siglo XIX.

—No basta á convencerme de que el pugilato, como los toros, como los circos de caballos y las funciones gimnastas, no sean altamente inmortales, porque pervierten las costumbres públicas, embotan el senti-

miento de las muchedumbres y degradan al pueblo que las admite.

—No estamos conformes, amigo mio; V. toma las cosas por lo sério.

—Yo creo que en estos espectáculos de fuerza, el mal es menor que el bien. Aunque aparte de todo, yo repruebo toda clase de espectáculo y diversiones, porque son subalternas á la vida. Ningun sér racional sacrifica lo más importante á lo que es menos, y es evidente que, la condicion moral del hombre tiene más importancia que sus diversiones. Por otra parte, las diversiones no pueden ser justas, mientras sus consecuencias anexas perjudiquen á la moral; y de aquí mi oposicion á los toros, á los circos y al pugilato. En todos estos espectáculos encuentro:

1.° Que sus efectos en los agentes inmediatos, son en general, moralmente hablando, malos.

2.° Que ocasionan, sin necesidad, dolores y aun desgracias á los hombres y á los animales.

3.° Que se prolongan mucho tiempo y cuestan mucho dinero, consumiendo estérilmente dos cosas de las más precisas para la vida del hombre: tiempo y dinero.

Y no digo que todo este mal lo fomenten los artistas que trabajan en los espectáculos, sino que tambien lo fomentan, y de una manera muy directa, los espectadores; por eso yo, amigo Scott, no concurro jamás á estas fiestas.

—¡Hombre, eso no me lo podrá V. probar!

—Sí señor; el que toma una entrada ó asiento en cualquiera de estos espectáculos, paga tres ó cuatro pesetas para estimular á cierto número de personas á que propaguen el mal, y la defensa que se hace de ello es que *divierte*, cuya razon no puede ser más viciosa ni tampoco más absurda.

—Dispense V., que se puede ir á los espectáculos sin tomar parte en la licencia ni en lo malo de ellos; esto no se puede negar...

—Niego, amigo Scott: todos, absolutamente todos los que van á los espectáculos, lo mismo el que está en un tendido de grada, como el que ocupa un palco ó descansa en una silla, la promueven y estimulan, en razon á que si ninguno asistiera, no habria espectáculos; es decir, si nadie comprara billetes, no habria quien bailase el can-can, ni quien torease, ni quien saltara sobre un caballo, ni quien se diera de puñetazos, y por consiguiente, faltarian de entre nosotros esos entes que nos degradan, nos corrompen y nos lastiman.

—Cuente V., con que hay casos en que, el concurrir á un espectáculo es cuestion de caridad, cuando los beneficios de entrada se destinan á limosnas de beneficencia.

—Ya sé que eso es una disculpa para acudir á los espectáculos, hasta aquellos que no debieran hacerlo. Es mejor dar las tres ó cuatro pesetas, sin deducir la mitad para objetos de difícil justificacion. Y conste,

que cuanto le digo á V. sobre el circo y los pugilatos, se entiende tambien á las máscaras y á las carreras de caballos. No puede ser bueno el hombre que se aprovecha de un disfraz para cubrir la licencia y hacer en el secreto lo que se avergonzaria de hacer á la luz del claro sol. Dymond, dice, hablando del Carnaval, que algunos hombres y mujeres que afectan decencia, cuando tienen la cara cubierta, gustan de unas cuantas horas de libertinaje disfrazado, en que se deja á la moral guardar la ciudadela de la virtud, sin el auxilio de la opinion pública. No habrá dicho otra verdad más grande Dymond.

—¡Ah!... ¡Dymond es un moralista enemigo de todo lo que hay en el mundo!

—No sé hasta qué punto sea verdad lo que V. dice: yo no conozco más que sus libros, sus ideas, y me parece un justo pensador, lo mismo en sus *Ensayos sobre los principios de moral*, que en su *Investigacion acerca de la conformidad de la guerra con las máximas del cristianismo*. ¡Qué buena doctrina la suya!

—No me diga V. eso, que Dymond era inglés como yo y le conocí mucho.

—Nada influye la amistad que le uniese con el sábio moralista, para que yo conozca sus obras y diga de ellas lo que me parecen.

—Lo que es sus libros no los he leido, pero á él le conocí más que á V.

—Dejemos esto, qué no es del caso, y sigamos con

los espectáculos: el pugilato, la lucha á brazo partido, las carreras á pié y el montar á caballo, son todavía peores que las funciones de toros, porque hay en todo esto más mal sin mezcla de ningun bien: popularidad siempre resultado de la concurrencia, y por consiguiente, la participacion y responsabilidad de los que asisten. Sin embargo, los españoles dicen que sostienen el espíritu nacional con los toros, mientras que los ingleses dicen, que vigorizan la fuerza muscular de los pobres con el pugilato y las carreras, como si reportara ventaja alguna dar á una sociedad los instintos y cualidades del perro de presa, en cuanto á España, y como si el pobre inglés hubiera menester de la holganza, y se inventaran medios artificiales que aumenten sus fuerzas para el trabajo. Se ponen diez, quince hombres, ante un toro; se matan treinta ó cuarenta caballos; se disputan las fuerzas dos bárbaros; corren otros leguas inmensas por ver quién llega más pronto, y los periódicos anuncian con regocijo las victorias de estos centros inmorales. Pero créalo V., amigo Scott, las vicisitudes de la locura son infinitas.

Todas estas costumbres pasarán como pasaron las de echar de comer hombres y mujeres á leones y chacales en el circo de Roma. La historia vendrá despues y juzgará á nuestros contemporáneos, como nosotros juzgamos hoy al pueblo Romano... Pero, qué!... ¿paramos acaso?

—Me parece que sí.

Y el tren acortaba su marcha. Eran las once y cuarto de la noche. La luna estendia sus blanquecinos rayos por aquellos llanos inmensos y estériles que recorria la locomotora, dando á nuestro viaje un tinte misterioso, que más parecia realizarse una de esas fantásticas escenas que sueña la imaginacion, que una cosa real. Por fin, el tren paró frente á la estacion, en el momento que Scott exclamaba como un loco:

—¡Villasequilla... este es Villasequilla!

No se oyó más voz que la suya, porque tampoco habia más personas en la estacion.

A muy pocos instantes unos muchachos y dos mujeres, se acercaban al tren corriendo y gritando:

—¡Rosquillas!... ¿quién quiere las rosquillas?

—¡Aguardiente!

—¡Bollos y rosquillas!

Scott, llamando al chico del aguardiente, le hizo vaciar dos botellas en la castalla de viaje forrada de paja que llevaba colocada debajo del asiento; y despues, mirándome con una sonrisa de verdadera amistad, me decia:

—Ya tenemos para pasar la noche sin frio.

CAPITULO VI.

De cómo llegamos á Alcázar.

Mi amigo Scott no se convenció tan pronto de lo mucho que tienen de inmoral ciertos espectáculos; así es, que sin desentenderse de mi largo razonamiento, me dijo así que se acomodó de nuevo en el wagon:

—Tiene V. ciertas ideas de los espectáculos, que no son comunes en los hombres del gran mundo.

—¡Qué quiere V.! La experiencia me ha enseñado cuanto siento sobre el particular.

—Sí, pero V. condena hasta las fiestas del Carnaval.

—Porque veo en ellas el gérmen del mal, sin mezcla de bien alguno.

—¡Teorías, simples teorías de una moral muy afectada!

—No son teorías, amigo Scott, solamente lo que me

hace combatir las máscaras: tengo ejemplos prácticos para condenarlas. Los bailes de niños han dado lugar en París á un triste incidente, que prueba lo peligroso que es excitar demasiado la imaginacion de esas pequeñas criaturas. Los esposos Milon, que vivian en la calle Jouffroi, tenian un niño de seis años, á quien vistieron de marqués de Luis XIV, y hecho un encanto, enviáronle á un baile de niños. Al volver á su casa, que naturalmente encontró triste, se niega á cambiar su elegante sombrero, su linda espada y su casaca bordada por la blusa de diario.

Engaños, promesas, todo fué en vano. Cuando llegaba ya la hora de dormir, la pobre madre, que habia empleado toda clase de medios para desuadirle, se decide al fin á emplear la fuerza y recibe una ligera herida que el niño le causa con su espada, al mismo tiempo que el pequeño marqués cae muerto de un acceso de locura cerebral. Esto es práctico, amigo Scott, mejor que teórico.

—Sí, pero no pasa más que una vez.

—Está V. equivocado, pues no ha sido esta sola la desgracia producida por las máscaras, por escasas que estas se hayan presentado este año en los *boulevards* de París. En una calle, cerca de la Exposicion, vivia la familia Peyron, compuesta del matrimonio y de dos niños.

La madre, que era bella aún, habia preferido por esposo á un modesto empleado, sobre el hermano de éste,

rico agente de cambio, quien en vano le habia ofrecido oro y brillantes despues para conseguir sus deseos. El mártes de Carnaval, mientras el marido habia llevado á los niños á paseo, tres máscaras, que por la naturaleza del dia entraron desapercibidas en la casa, llaman al cuarto donde Mme. Peyron habia quedado sola. Creyendo ser los niños que volvian, la infeliz abre y de pronto se encuentra sujeta y ahogada su voz por los enmascarados. Lucha, sin embargo, y en este tiempo llega el marido, que se arroja sobre el que parecia jefe de la banda. Este, olvidando fingir su voz, en la que reconoce á su propio hermano, da órden á sus dos cómplices que se lleven á la dama y emprende una contienda horrible con el esposo, su hermano. Los dos caen heridos con el puñal que llevaba el criminal, pero entretanto que la policía y los vecinos acuden, la dama habia desaparecido como en las escenas de teatro, y esta es la hora en que no ha podido darse con ella, á pesar de las revelaciones del nuevo Cain.

—¡Hombre, esto es atroz!... ¿Está V. escribiendo una novela?

—No hay más novela que la fria realidad, amigo Scott. Podria contarle otras mil escenas que justifican la razon de eso que V. llama *mis teorías*...

Pero Scott no atendia ya á mis palabras, y solo cuidaba de trasegar el aguardiente de la castaña á su estómago... Habia bebido unos tragos más que regulares, cuando fijándose en la estacion me pregunta:

—¿Villasequilla, es pueblo agrícola?

—Esta villa, situada junto á esa vega regada por el arroyo Melgar, tiene poca agricultura. Sus 200 vecinos, apenas si pueden vivir del esparto que trabajan, del producto de sus tierras de labor, y sobre todo, de las viñas.

—Mejor harian en vivir solamente del esparto. En mi país lo tejen y hacen de él hasta ricos terciopelos que compiten con los de seda, y ya se emplean sus despojos y hasta el mismo esparto viejo de esteras desechadas y de telas rotas é inservibles, en la fabricacion de papel.

—No me es nueva la noticia. El papel de esparto lo fabrica la casa de Canalejas y Compañía, que exponia sus muestras en la Exposicion Regional de Madrid en 1874. No es malo para impresiones.

—Pero hay muchas más sustancias vegetales que se dan muy bien en España, y de las cuales la industria papelera podria alimentarse. El número de estas sustancias aumenta de dia en dia, y lo que hace pocos años eran simplemente ensayos de laboratorio, son hoy productos de las fábricas. En este caso se encuentran los tallos de las plantas, cuyos tubérculos son las patatas. En Bohemia hay un establecimiento,—sus dueños son los hermanos Spiro,—que aprovechan estos tallos preparando un excelente papel para embalar. Otra casa alemana, la de Hüttner, obtiene papel con las ortigas, y este puede servir para cartas,

cuando contiene la mitad de esta pasta y la otra mitad de trapo.

La corteza de la morera, se aplica tambien en grande escala para el mismo uso. Un fabricante aleman, Zahony, emplea al año más de 150.000 kilógramos de corteza bruta, de la que obtiene 23,000 de liberseco, el cual se trasforma en pasta que da un papel muy resistente: el coste de la pasta blanqueada no llega á peseta el kilógramo. Dada la gran cantidad de moreras que hay en varias provincias de España, que se dedican á la cria del gusano de seda, es de esperar que algun inteligente industrial trate de aprovechar esta riqueza, hoy desconocida entre los españoles. Por lo demás, en este pueblo, como en todos los de España, donde la naturaleza se muestra tan pródiga, desde la retama que crece en los incultos montes, hasta la castaña que puebla bosques enteros, tienen un valor malogrado, porque otro pueblo más inteligente, prepararia la primera, para confeccionar telas primorosas, y de la segunda haria pan, ya que no azúcar de mejores condiciones que la de remolacha. ¡Ay!... Los españoles no piensan más que en hacer pronunciamientos y motines á cada semana. ¡Qué país el de V., qué país!...

Y el tren rodaba de nuevo sobre los rails, mientras yo, sin prestar gran atencion á las palabras de Scott, contemplaba el efecto sorprendente que producia los rayos blanquecinos de la luna, sobre los árboles que poblaban la campiña que corria la locomotora. La luna

de Enero tiene ciertos misterios, que encantan á los más realistas. Yo siempre he encontrado algo de misterioso, algo de melancólico á la vez, en los ténues rayos de la luna de Enero. Quizás me hubiese dormido, reclinando la cabeza sobre la ventana del wagon para soñar una de esas aventuras, que hacen feliz á las Hadas que pintó Petrarca. Pero Scott no me dejaba dormir, dándome aguardiente y hablándome á gritos. Cuando me vió más ensimismado, me gritaba como un loco:

—¡Beba V. más!... ¿En qué piensa tanto?

—Veia el efecto que produce la luna sobre la marcha del convoy. Es precioso... mire V., es muy lindo...

Y Scott, con la botella á la boca, sacó la cabeza por la ventana del wagon, y exclamaba:

—Es bonito esto... ¡parece una sábana de cien leguas, sembrada de wagones!... Pero observe V. la luna, y vea el paño que la viene cubriendo poco á poco... mírela V. bien.

—Irá á sufrir algun eclipse.

—No puede ser; no hay ninguno anunciado para ahora. Además, el presente año, al decir de los hombres que estudian la astronomía, no ha de tener más que dos eclipses; y, como sucede constantemente en estos casos, los dos de sol. Uno de ellos, el de 15 de Abril, ha de ser muy notable, especialmente por la duracion de su totalidad, que será mucho mayor que la de 29 de Julio de 1878, 29 de Agosto de 1886, 26 de

Abril de 1892, 19 de Abril de 1893, etc., etc., que han de ser los mayores eclipses totales que pueden observarse en el presente siglo. Mi amigo Mr. Nind, que ha comprobado con mucho cuidado los cálculos del *Nautical Almanach*, ha encontrado, que la frase de la oscuridad del eclipse de 15 de Abril llegará á 257 segundos en la isla Bentinck. Su línea central pasa un poco al Norte de Kaikal, en la isla de Camrota, que forma parte de las del archipiélago de Nicóbar, donde la fase de oscuridad, más larga todavía, será de 267 segundos. El fenómeno será visible en Bangkok, para donde el rey de Siam ha invitado á los observadores. M. Janssen irá en representacion de Francia á observar este eclipse. La sociedad real de Lóndres, de la cual soy miembro, enviará tambien una expedicion organizada por M. Lockyer. Se usará el siderostal ó lente horizontal, sin perjuicio de hacer uso tambien de las ecuatoriales. No hay, pues, eclipse de luna, ni lo habrá por todo el año actual, y á mi juicio, ese cerco que rodea á la luna y ese paño ó nube que la quiere cubrir, son las señales próximas de aguas en este rádio de 10.000 kilómetros, porque esos efectos que vemos ahora en la luna, no lo ven los que la estén mirando 200.000 kilómetros distantes de aquí.

—No sabia que los efectos de cualquier astro fuesen distintos, segun la parte de que se observáran.

—Sí, señor, son muy distintos: la tierra es inmensa y no es posible que la luna, cuando refleja sobre nos-

otros, pueda dar tambien sus rayos sobre la Suecia, que es nuestro punto opuesto, ó sobre Laponia, que aún está más al polo. Las dimensiones de la tierra comparadas con la extension de los rayos de la luna lo explican muy bien.

—¿Qué proporciones le da V. al globo?

—Yo, las que tiene: segun los últimos cálculos de los sábios alemanes Bchum y Wagner, las dimensiones de la tierra son conocidas con toda exactitud, y dan los siguientes datos:

Longitud total del eje polar, 12.712.136 metros; del diámetro mínimo ecuatorial, 12.752.701 metros; del máximo 12.756.588 metros; la superficie total del globo, 509.940.000 kilómetros cuadrados; el volúmen, 1.082.860.000.000 kilómetros cúbicos; la circunferencia por el diámetro menor, 40.000.098 metros y por el mayor, 40.069.903 metros. Los mares y puntos cubiertos de hielo, ocupan una superficie de 375.127.950 kilómetros cuadrados, y el número de habitantes de todo el globo consiste en 1.397.000.000.

¿Estarán comprendidos en dicho número los vecinos de este pueblo, amigo Scott?

—¿Ya tiene V. buen humor?... ¡Oh! El aguardiente hace prodigios.

Y el tren en esto paraba muy paulatinamente frente á la estacion de Huerta de Valdecarábanos. Mi amigo Scott bajó del wagon como un loco, con la castaña vacía, á llenarla de nuevo. Cuando volvia al wagon

venia con una cara alegre, repitiendo á media voz:

—¡Qué bueno es este pueblo y qué hermoso!

—No sé dónde tenga esa bondad ni esa hermosura, amigo Scott.

—¿En qué?... ¡En el aguardiente!... Es mejor que el de Villasequilla... ¡mucho mejor!... Pruébelo V., sí, que es muy superior... ¡más!... ¡más!... ¡otro trago!...

—Basta, amigo, yo no puedo abusar como V., porque el aguardiente me pone loco, me mata.

Y en esto el tren comenzó á correr, mientras yo daba á Scott satisfaccion á su curiosidad con los siguientes datos:

—La villa de Huerta de Valdecarábanos, tendrá sobre 600 casas, asentadas sobre la falda de esa sierra, más abajo de unas ruinas que denuncian la existencia de un castillo feudal que coronaba la sierra, y el cual, hasta en los tiempos de la reconquista, era una formidable fortaleza que desapareció totalmente en la guerra de la Independencia, cuando todos los pueblos cercanos á Tembleque, hácia donde nos lleva el tren, estuvieron á punto de desaparecer despues de la batalla de Ocaña, á mano del ejército francés, que quemó y taló cuanto encontró á su paso, España tardará muchos años en reponer sus pérdidas de la guerra de 1808.

—¡Oh!... la guerra siempre es mala.

—Es atroz, amigo Scott; es el homicidio elevado á su más alta expresion, multiplicado en una progresion indefinida. Porque ¿qué es el homicidio sino arrancar

violentamente la vida á su semejante? Y cuál es el objeto de los ejércitos? ¿En qué se emplean sino en *destruir*, en *asesinar*, mutilando horriblemente los hombres por miles y por centenares de miles? ¿Para qué sirven esas bayonetas, esos largos tubos de donde se lanza con fragor el plomo ardiente? ¿Esas bocas de bronce que vomitan la metralla en medio de atronadores bramidos? ¿Para qué sirven, pregunto, todos esos formidables aparatos de la guerra, sino para MATAR? ¡Han perfeccionado el *arte de asesinar*, y no contentos todavía, han creado una *ciencia* del modo de destruir á los hombres, abriendo escuelas costosísimas, donde este arte funesto se enseña á la juventud, que corre á ellas con todo el inocente entusiasmo de su edad, para aprender á servirse con destreza de los instrumentos de muerte, que el génio de la destruccion aumenta y perfecciona cada dia! ¿Cuál ha de llegar á ser el estado del alma de esas criaturas, á quienes desde la infancia se les enseña como cosa no solo útil, sino gloriosa, el modo de clavar el puñal en el pecho del hermano, á dar una direccion infalible á las balas matadoras y á preparar hábilmente la emboscada en que debe caer el hombre ignorante ó descuidado? ¡Y á esto, amigo Scott, se le llama pomposamente el *arte de la guerra!* Pero no, esta calificacion no es suficiente, no es bastante expresiva; para que la condena de esta bárbara costumbre vaya envuelta en su propio nombre, es preciso llamarla por su nombre verdadero. La guerra es el

arte de matar, de destruir, de abatir, de ejecutar con perfeccion á su prójimo: es la premeditacion y ejecucion de innumerables homicidios.

El furor que lleva al hombre á derramar la sangre de su semejante, se decora con el pomposo título de *valor guerrero*; los actos feroces de este frenesí criminal, se llaman *hazañas*; los destructores de hombres, se apellidan *héroes*, y sus robos, saqueos, pillajes y horribles carnicerías, *victorias y triunfos*.

—Muchos piensan como V. y hablan como V., pero cuando son Ministros intrigan por la guerra; cuando son Diputados votan por la guerra, y aunque no sean militares, corren á las filas del ejército para batirse y aumentar el número de los que matan.

—Eso es porque son unos cobardes.

—No: porque son unos embusteros.

—Ambas cosas pueden ser: cobardes y embusteros; cobardes, porque no tienen el valor de defender sus ideas hasta el sacrificio de arrostrar la impopularidad; embusteros, porque han mentido sus confesiones de siempre con sus actos de otro dia.

—Vaya otro trago, que el tren para aquí.

—¡Ah!... estamos en Tembleque, la pátria de Rojas y Portalrubio, obispo de Malta y de Ocampo y Borja, que lo fué de Milan.

—¿Es pueblo importante?

—No señor; los árabes fundaron esta aldea, situada en lo más bajo de esa extensa cañada, rodeada de altos

cerros que la dominan. Cuando la reconquista quedó agregada á Consuegra, como aldea, aunque perteneciente á la órden de San Juan; y en 1509 fué eximida y declarada villa de Toledo, por gracia de la reina Doña Juana. Era un pueblo grande y rico, pero lo destruyeron los franceses á su paso por él, y hoy no tiene más que unos 1.000 edificios, entre los cuales han nacido, además de los obispos de Malta y Milan, el marqués de Torreblanca, Vizconde de Cabrera, F. Francisco de Sanchez Grande, distinguido jesuita, y F. Angelo de las Parras, confesor y predicador de Felipe IV.

El tren comenzó de nuevo á rodar sobre los rails, y Scott, sacando el reloj, me dijo:

—Las doce y cuarenta; veremos si puedo dormir hasta las dos.

Yo, desdoblé *El Diario Español* para tomar el pulso á la politica.

. . . . . .

. . . . . .

La voz de un empleado en la linea férrea, me hizo saber que pasábamos por Villacañas, antigua aldea del Gran Priorato de San Juan, y villa libre desde el 12 de Mayo de 1557. Está situada sobre un plano inclinado, donde se ven como unas 100 casas. No lejos de ellas pasa el Riánsares y en su término están Larga, Tirex y Peña-hueca, esto es, tres lagunas de sal. La celebridad de este pueblo en la historia contemporánea, nace de la matanza de franceses que hicieron sus vecinos el 22 y

el 25 de Diciembre de 1808, cuando intentaron tomarlo.

Pocos minutos despues pasábamos por Quero, villa como de unas 300 casas, asentadas en un llano alegre y espacioso. Tiene dos lagunas de sal y es bañada por el Riánsares y el Giguela. En su término he matado muy buenos ánades y nútrias, como lobos y zorras. Mi amigo Scott me oia en sueños estas explicaciones, con alguna impaciencia por llegar á un pueblo de alguna importancia, cuando el silbato sonó, el tren acortó su paso, y á los muy pocos minutos se oia esta voz:

—¡Alcázar de San Juan, treinta minutos, con fonda!

Eran las dos de la noche. Scott se incorporó, cogió su maleta y me invitó á cenar.

—No tendremos tiempo, le repliqué.

—No importa; nos quedaremos hasta mañana: necesito reponer el estómago, que me ha destrozado el aguardiente.

Y ambos nos sentamos á la mesa. Mientras nos sirvieron la sopa, Scott apuntó en su cartera: «La careta »extravía la razon á los parisienses.—Villasequilla no »conoce el esparto.—Valdecarábanos hace el aguar»diente prodigioso.—En la guerra de 1808 ha quedado »despoblada media España, ménos Villacañas, donde »murieron todos los franceses.»

CAPITULO VII.

Desde Alcázar de San Juan.

El tren habia partido á las dos y media de la madrugada, y aun Scott continuaba comiendo, como si tuviese un hambre de tres semanas. Yo, apenas si pude probar un poco de vaca de Hamburgo y tortilla de jamon, para poder acompañar á mi amigo de viaje, que estaba dispuesto á trasegar á su estómago cuantas botellas habia en la fonda. A las tres nos quedamos solos y comenzó la sobremesa con café, burdeos y ron. Mi amigo Scott me decia llenando una copa:

—¿Alcázar de San Juan, es pueblo bueno?

—Es regular: tiene más importancia por ser uno de los pueblos más ricos de la Mancha.

—¿Será como Virginia?

—No conozco ese pueblo de América, amigo Scott.

—Me refiero á la rica ciudad de Virginia, en Nevada (Estados-Unidos), que puede decirse está en gran parte cubierto de plata y oro. Habiéndose hecho el piso de las calles con safra de las minas de aquel territorio, resultaron del ensayo hecho con cierta cantidad del lodo unos 150 rs. de plata y como 41 de oro. En la América del Sur hay no pocas poblaciones donde sucede esto mismo.

—Pues Alcázar de San Juan no tiene en sus calles más que piedras y guijarros. Su riqueza la funda en la agricultura y en la ganadería que sostiene. Además, aquí se cuentan grandes capitalistas, si nó precisamente en Alcázar, en los pueblos inmediatos; capitalistas que disponen de tres y aun de cinco millones de reales.

—Hombre, de cualquier puñado de duros hace V. un capital. En España no hay ricos, lo sé muy bien. Los lores ingleses, que han heredado de sus antepasados los normandos, que conquistaron la Gran-Bretaña, la mayor parte del territorio que aquellos se repartieron, no sin andar antes á trastazos sobre la parte de botin que á cada uno le correspondia, reunen algunos de ellos las siguientes rentas:

El duque de Northumberland. . .	Rvn.	14.000.000
Idem de Vonskire	»	12.000.000
Idem de Rutland	»	10.000.000
Idem de Buckingan	»	8.000.000
Idem de Nowolk	»	8.000.000
Idem de Malboroug	»	8.000.000

Idem de Bucclengh.	Rvn.	7.000.000
Idem de Bridgewater.	»	6.500.000
Idem de Portland.	»	5.500.000
El conde de Grosvercor.	»	6.500.000
Idem de Fitz William.	»	6.500.000
El marqués de Erford.	»	7.500.000
Idem de Stafford.	»	6.500.000
Idem de Lligo.	»	4.400.000
Idem de Vhonsire.	»	5.600.000
Idem de Landsdowue.	»	5.600.000
Total.		132.200.000

De este pequeño cuadro resulta, que 17 señores de Inglaterra absorben anualmente en rentas territoriales, la enorme suma de Rvn. 132.200.000, y no contentos con esto, doblan dicha cantidad con las rentas que perciben por otros conceptos, y con los sueldos de los primeros empleos de la nacion que estos señores disfrutan. Cada uno de estos potentados, puede disponer por tanto de DOS Ó TRESCIENTAS ONZAS DE ORO CADA DIA, y como ellos nada producen, y toda esta riqueza sale del que trabaja, puede V. calcular cuántos miles de hombres deben vivir, digo, vegetar, entregados á la más horrible miseria. Pero no importa esto, porque lo principal es que existan esos 17 ricos...

—Que serán los más acaudalados de Europa... ó del mundo.

—No tal, amigo mio: en América tiene V. propietarios y aun industriales, que tienen una renta de 680.000

reales diarios... Por lo demás, el hombre más rico del mundo es el Kedive de Egipto. Su renta diaria es de setenta y dos mil pesos. Said-Bajá fué educado en la escuela politécnica de París, habla bien francés é inglés, y usa un traje europeo. Es comerciante laborioso, y sus riquezas exceden á las grandezas de Haroun Al Rashid. Tiene 27 palacios expléndidos, cuatro esposas y un populoso harem: es moderado y prudente. A pesar de todo esto, no es feliz, porque siendo más rico que el sultan de Turquía, es su segundo: ¡no es sultan! Los cónsules generales en el Cairo son hombres de primera clase y de suma astucia, siendo en realidad ministros sin el nombre.

El Kedive acaba de fabricar un puente de hierro sobre el Nilo, que cuesta 812.000.000. Es dueño del ferro-carril del Cairo á Suez (75 millas) y de Alejandría al Cairo (130). Ahora está construyendo otro, en toda la longitud del Nilo, que medirá dos ó trescientas millas...

Mister Scott estaba dispuesto á continuar, pero el dueño de la fonda le interrumpió diciendo:

—Son las cuatro y siete, caballero.

—Ya lo sé... al menos en ese reloj... replicaba Scott...

—Es que el tren de Andalucía ya partió.

—No importa, porque ni mi compañero ni yo hemos de necesitar de él.

—Tambien ha partido el de Ciudad-Real.

—Nos tiene sin cuidado.

—A mí no tanto, porque tengo que cerrar la fonda para descansar...

—¡Ah!... vamos... sí, que nos marchemos... Es usted muy fino y atento...

Y mi amigo Scott, poniéndose el sombrero, cogió su saco de noche y me dijo:

—Al pueblo... á la fonda, mejor dicho, y dormiremos, que mañana será otro dia.

Y diciendo esto Scott, se agarraba á la mesa por no caerse. Estaba borracho. Se habia bebido con el café, de sobremesa, y hablando del oro que hay en las calles de Virginia y de los ricos ingleses, dos botellas de ron. Yo le cogí del brazo, y salimos derechos al pueblo.

—¡Qué mal piso hay por aquí! me decia.

Y no podia haber mejor camino; pero los traspiés que le obligaba á dar el alcohol, le hacian creer que andaba por duros guijarros ó por pronunciadas escabrosidades...

A las cuatro de la madrugada estábamos acostados. Scott no me dejó dormir. Roncaba de una manera atroz. Parecia que dentro de su cuerpo habia cuatro carpinteros aserrando maderas. No sé qué parece un hombre roncando, y roncando una borrachera tanto peor; me parece que lucha con el estertor de la muerte. Pero Scott roncando y yo medio despierto, pasamos en la cama hasta las once de la mañana siguiente, que nos llamaron para almorzar. A las doce salíamos á recorrer el pueblo.

—Alcázar de San Juan es alegre, de calles anchas y

con aspecto antiguo. Sus casas tan blanqueadas al lado de algunos edificios arruinados y deslucidos, le dan un aspecto que agrada por lo irregular. Parece un viejo con camisa limpia. Por lo demás, Scott y yo vimos la antiquísima parroquia de Santa María, fundacion del siglo XIV, y la de Santa Quiteria, que es del XVI, ambas en tan mal estado, que el mejor dia aplastarán á medio pueblo. Los otros templos viejos, el castillo y el llamado palacio de la órden, son edificios dignos de estudio. En esas piedras que el tiempo ha desunido, entre esas paredes que los siglos han cuarteado, hay una historia preciosa que se escribe con orgullo en los antiguos *Cronicones* de la Orden de San Juan de Jerusalem. Antes se llamó esta villa Consuegra, y habiéndola tomado los caballeros de San Juan que habitaban en el Castillo, su Alcázar, ó como si dijéramos su Palacio, se llamó Alcázar de San Juan, segun cédula de Don Sancho IV. Pero ¿qué digo?... Esto es moderno... Alcázar es un pueblo de grandes tradiciones, cuando los celtíberos y los romanos, conocido por el nombre de *Alces*. Ante sus viejos muros luchó Flavio Flaco para ganarlos, porque rendida *Alces*, podia dominar toda la Celtiberia occidental. El Senado romano nombró en el año de 180, antes de Jesucristo, á Sempron Graco y á Lucio Postumio, para que continuasen la guerra en España, y Graco, valiéndose de una estratagema, logró ganar batalla junto á *Alces*, matando á 9.000 alcesanos, hacien-

do 320 prisioneros infantes y 112 caballos, con 37 banderas. Detrás de este triunfo ganó 103 poblaciones célticas, y más tarde, cayendo sobre *Alces*, la atacó tan denodadamente, que los del Alcázar pidieron capitulacion, rindiéndose dos hijos y una hija de Turro, lo cual obligó al padre á ponerse á las órdenes de Graco, luchando desde entónces contra sus mismos naturales, y salvando así la vida de sus hijos. Ya vé V., amigo Scott, que un pueblo que tiene estos recuerdos históricos, no hay que verle despues, esto es, ahora, destruido, despoblado y sembrado de ruinas preciosas, que recuerdan á cada paso la civilizacion romana.

—No, ruinas ¡no!; escombros solamente quedan en Alcázar del *Alces* céltico.

—Es verdad, escombros, que no se pueden confundir con ruinas.

Pero mi amigo Scott estaba como yo, cansado de haber recorrido todo el pueblo. Eran las seis de la tarde. La comida nos esperaba en la mesa. Nos volvimos al hotel ó fonda ó casa de huéspedes, mejor dicho, porque este nombre merecia la que nos servia de alojamiento. Comimos y bebimos mejor. A las nueve de la noche nos fuimos á la estacion-férrea á tomar café y coñac, para hacer tiempo á la venida del tren. Durante el trayecto de casa á la fonda, los mendigos nos acosaban pidiéndonos un *ochavito*. Mi amigo Scott, tomando acta de este hecho, me preguntaba al entrar en la fonda de la estacion:

—Usted me ha ponderado las riquezas de Alcázar, donde no he visto más que mendigos.

—Eso no dice que Alcázar sea un pueblo pobre. Observe V., amigo Scott, que en todos los pueblos donde la centralizacion de la propiedad y de los poderes administrativos está como en España, el pauperismo amenaza á las clases acomodadas con el esqueleto del hambre. Y España no está del todo muy mala en esto de mendigos, pues más, infinitamente más, existen en el país de V.

—No puede ser.

—Sí, señor. Los datos sobre la mendicidad en todos los pueblos de Europa son desconsoladores. Le daré á usted estos detalles, que hacen verter lágrimas de sangre á todo el que de humano se precie, y observe bien por estas cifras los mendigos que cuenta cada pueblo:

Inglaterra	4.280.000
Francia	1.800.000
Alemania	989.000
Austria	1.685.000
Suecia	200.000
España	670.000
Portugal	190.000
Italia	960.000
Prusia	510.000
Rusia europea	750.000
Suiza	12.000

—¡Hombre... esto es atroz!

—Pues conviene que sepa V., amigo Scott, que en tan considerable número de pobres, solo se cuentan los que carecen absolutamente de todo recurso para vivir: y es bien seguro, que si la cifra abrazase á todos los que necesitan del trabajo diario para su subsistencia, resultaria la comprobacion más palmaria de que las cinco octavas partes de la actual sociedad se componen de proletarios, que pasan su vida milagrosamente teniendo ante su vista el aterrador espectro del hambre.

—Me dan ganas de ponerme á pedir limosna; esto es, de hacerme pobre.

—¿Por qué?... ¿tiene V. envidia al mendigo?

—Por igualarme á ellos... Segun las cifras que acaba V. de decirme, existen en Europa 12.036.000 mendigos, sin contar otro número igual ó mayor, que son tambien mendigos desde que les falta el trabajo diario para su subsistencia, que no son pocas veces al año. Segun estos datos, en Europa hay 24.072.000 séres que viven en la mendicidad.

—Exactamente, amigo Scott.

—¡Qué triste verdad!

—Sin embargo, hay menos mendigos en este último siglo que en los anteriores. Por ejemplo: en el siglo XVI habia en toda Europa 47.000.000 de pobres; en el XVII, solo se contaban 38.000.000; en el XVIII habia 29.000.000 y en el actual 12.036.000.

—¡Oh!... sí, era natural; faltó la sopa del convento

y las guerras de los señores feudales, que obligaban al pobre á vivir en la holganza.

—Claro; para qué queria trabajar en unas tierras que no eran suyas, ni vivir pegado al terron de un feudal, ni cuidar de unos montes en los que nada tenia!

—¡Ay!... amigo mio, la descentralizacion ha mejorado las condiciones de Europa. La riqueza repartida obliga al hombre más al trabajo, por lo mismo que más hombres tienen propiedad en el suelo que pisamos y en la casa en que vivimos.

En esto el silbato sonó. Eran las doce y media. El tren venia de Madrid. A los pocos minutos, Scott y yo volvíamos á ocupar un departamento de primera, siempre solos, porque en España pocos viajan con comodidad, y por un puñado de cuartos que se ahorran, prefieren ir en segunda. Mi amigo Scott, así que se acomodó sobre el asiento, me dijo:

—Entramos en Alcázar hablando del oro que hay en las calles de Virginia, de las rentas de los principales lores ingleses, y salimos de él recordando que hay en Europa 12.036.000 séres que viven en la mendicidad, mejor dicho, 24.072.000 que viven en la miseria.

—Cierto: son los contrastes de la vida. Entramos entusiasmados por el ron y el vino. Nuestra fantasía no nos dejaba ver la miseria que aflige á gran parte de nuestros hermanos.

En esto el tren comenzó á rodar, y seguimos de nuevo nuestro interrumpido viaje.

CAPITULO VIII.

De cómo llegamos á Manzanares.

Ser uno conducido por el ferro-carril en un departamento de primera y si es de noche no sentir deseos de leer, es imposible. A mí me sucedió que al salir de Alcázar, cogí entre mis manos *La Correspondencia*, y me disponia á leer hasta sus anuncios... Pero ¿quién puede leer con la luz que hay en los coches de las líneas españolas? Mi amigo Scott, que observaba mis angustias por la falta de luz, me decia:

—No intente V. leer aquí...

—Es inútil, ya lo veo, no hay luz.

—Si viajara V. por mi país, ya leería mejor que de dia claro.

—Yo he viajado por Francia, Italia y Portugal, y no he visto más luz que la que se da en este wagon.

—Pues en Inglaterra hace mucho tiempo, que en los trenes de la línea férrea de North Western, ha empezado á usarse un nuevo aparato de alumbrado por gas. Este no se extrae de la hulla, sino del aceite, que contiene más carbono y en igual peso arde más tiempo.

Cada coche ó wagon lleva su depósito en el techo, en el cual el gas está comprimido por medio de bombas, hasta seis atmósferas de presion. Del depósito parte un tubo de cobre, que termina en un pequeño regulador. Este consiste en una caja de hierro cerrada por una membrana que comunica por una espiga á una válvula. Cuando la última está abierta, el gas entra libremente por el regulador, y cuando el regulador está lleno, la membrana se hincha y cierra la válvula. La llama, por este mecanismo, no tiene oscilaciones por el movimiento: sus rayos luminares son fijos.

Del regulador va el gas á unas lámparas de un mecanismo sencillo. En el tubo hay una llave con la que se pueden apagar todas las luces á un tiempo.

—Es muy buen adelanto, sí, señor... ¡Ay!... con él nos harán más cómodas las noches de viaje.

—En mi país se aceptan toda clase de adelantos antes que en ningun otro pueblo, y á esto debe Inglaterra ser la nacion que mejor emplea el gas y el vapor... es decir, el vapor no, que los Estados-Unidos nos llevan mucha ventaja.

—Pues qué! ¿los Estados-Unidos emplean más fuerza de vapor que Inglaterra?

—Mucha más: el doctor Engel, director del centro estadístico de Prusia, ha demostrado claramente la potencia total de las máquinas de vapor empleadas en el mundo, y aprecia esta potencia en tres millones y medio de caballos, desarrollados por 150.000 máquinas fijas próximamente.

El número de locomotoras es más considerable todavía, y el doctor Engel cree poder fijarlo en un total de 2.050,000 por lo ménos, representando una potencia de más de 10 millones de caballos de vapor.

Añadiendo á estas cifras la potencia de las máquinas marinas, se puede culcular próximamente en 14.400,000 el número total de caballos de vapor que representan todas las máquinas que están en uso en el mundo entero.

Entre los paises que emplean mayor número, figura en primer lugar los Estados-Unidos, gracias al inmenso desarrollo de sus ferro-carriles.

En Inglaterra, el primer camino de hierro se abrió á la explotacion en el año 1825; en Francia en 1828; en Austria en 1830; en los Estados-Unidos tambien en 1830; en Bélgica en 1835; en Alemania en el mismo año 1835; en la isla de Cuba en 1836; en Rusia en 1838; en la Italia en 1844; en Dinamarca tambien en 1844; en España en 1848; en Holanda en 1853; en Suiza en 1854; en Suecia asimismo en 1854; en Noruega tambien en 1854; en Turquía en 1864; en Roumanía en 1869; en el Japon en 1874, y en China proba-

blemente se abrirá al tráfico el primer camino de hierro para 1877.

Acaba de celebrarse en Inglaterra, el cuadragésimo noveno aniversario de la creacion del primer camino de hierro.

El 27 de Setiembre de 1825, Jorge Stehmon condujo por sí mismo, por vez primera, de Stockon á Darlington, una locomotora de su invencion, á la cual llamó *Locomocion*. La distancia entre las anteriores provincias, que es de 32 kilómetros, fué recorrida en cinco horas.

Aquella máquina pesaba ocho toneladas y no estaba revestida más que de un solo tubo (las locomotoras modernas poseen hasta 100 tubos). *Locomocion* marchó briosamente durante treinta años; despues de este tiempo fué retirada á Crook, donde sirvió de máquina para sacar agua hasta 1857. Despues fué reparada, vuelta á su estado primitivo, y puesta sobre un pedestal en la estacion de Darlington, donde se la puede ver actualmente.

Causa prodigio, lo que Europa posee hoy de vias férreas y material móvil.

En cincuenta años se han gastado, solo en Inglaterra, 529.908,673 libras esterlinas en la construccion de caminos de hierro, y hoy existen 15.537 millas (25,667 kilómetros en explotacion.) Los ingresos se elevan en la actualidad á 25.000,000 de libras; y, en 1870, los trenes ingleses trasportaban ya más de 300 millones de viajeros.

¡Bien se ha realizado la profecía de Stephenson, de que llegaria un dia en que el obrero, de cuya clase procedia él, viajaria más barato en ferro-carril que á pié.

La compañía del North-Eastern, la primera que se constituyó en Inglaterra, posee en la actualidad un material de 1.200 locomotoras, y 80.000 vehículos de trasporte.

Una máquina locomotora cargada para marchar y sin el ténder, pesa en los trenes de viajeros 27.000 kilógramos, en los mixtos 21.000, y en los de mercancías de 35 á 40.000. El ténder, donde van el agua y el combustible, pesa por término medio 18.000 kilógramos, es decir, 7.000 de agua, 1.500 de carbon y 10.000 el ténder: de modo que toda la máquina reunida, pesa 46.000 kilógramos en los de viajeros y 63.000 en los de mercancías.

En cuanto á la velocidad con que se camina en Inglaterra, no hay más que compararla con los anteriores medios de locomocion. La velocidad media de las diligencias cuando empezaron los ferro-carriles, era de 8 kilómetros por hora, esto es, 200 kilómetros por dia próximamente: hoy los trenes-ómnibus andan 30 kilómetros por hora, y de 48 á 50 los trenes express.

El precio es éste: una locomotora de viajeros cuesta 8.400 duros, y el ténder, 1.800; una de mercancías de 24 toneladas, 9.000 duros; una del sistema Crampton, 21, y su ténder, 2.200, y finalmente, las grandes

locomotoras del sistema Engert, 21.200 duros: el fogon vale 25.300 rs.; la caldera, con sus tubos, 73.000; los mecanismos de émbolos. tallos escéntricos, bielas, etc., 36.400; el armazon, 20.000 y el armarlas, 6.000.

El gasto del carbon es el siguiente: las locomotoras Crampton con 12 coches, gastan 8 kilógramos; las mixtas, con 18 coches, la misma cantidad; las de Engerth, de mercancías, 16, suponiendo siempre que ha de ser cock de primera clase.

Y diciendo esto Scott, me dejé caer en los almohadones, reclinando la cabeza sobre la manta que llevaba recogida, dispuesto á dormir algunas horas. Scott hacia lo mismo: poco despues no sabíamos ya uno de otro... Y así hubiéramos llegado, Dios sabe dónde, á no habernos despertado el ruido que ocasionó la caida de un cajon, que venia colocado á lo alto del respaldar de nuestro asiento.

—¡Maldita sombrerera, y lo que pesa!—exclamé, cogiendo el cajon para colocarlo mejor.

—No es la sombrerera, amigo mio, decia Scott; es la caja donde guardo la cabeza de Cromwell.

—¡La cabeza de Cromwell nada menos!... ¿Está usted loco?

—La cabeza de Cromwell: la compré hace un año y siempre la llevo conmigo, hasta que la entregue á mi primo el conde de Kent, Mr. Wilkuison, á quien la tengo ofrecida.

—No deja de serme extraño que pueda V. llevar

aquí la cabeza de Cromwell. Por lo demás, dispense usted mi admiracion... y hasta mi encanto.

—Yo se lo explicaré á V. La historia de esta reliquia es altamente curiosa. Al verificarse la restauracion de Cárlos II, el cadáver de Cromwell fué exhumado y decapitado, y su cabeza embalsamada y colocada en una de las puertas de la Torre de Lóndres, donde permaneció durante veinticinco años.

Una noche de tempestad, con la lluvia y el aire, la cabeza vino al suelo y fué recogida por un centinela, que se la llevó á su casa, donde la escondió en un rincon de la chimenea.

Dicen, y de esto no respondo, que cuando el soldado iba á su casa y se encerraba con la cabeza oculta dentro de la chimenea, se entretenia en cantarle, y entablaban diálogos muy animados.

Verbi gracia:—Hola, caballero Cromwell, ¿qué tal va?

—Bien, ¿y tú?—respondia la cabeza.

—Vamos tirando, hasta que pueda vengarme.

El gobierno hizo constantemente diligencias para rescatarla, pero en vano; hasta que poco antes de morir el centinela, reveló lo que habia sucedido á su familia, y esta vendió la cabeza á lord Rauwell, en el condado de Cambridge, pasando en esa misma caja en que está todavía, á manos de un tal Samuel Russell, el cual, estando algo necesitado, la enseñó públicamente junto al mercado de Clare. James Cor, que po-

seia entonces un museo célebre, la vió allí y la quiso comprar, pero en vano, pues Russell, aunque pobre, no quiso deshacerse de ella á ningun precio. Más tarde Cor le prestó dinero, y no pudiendo Russell pagar, tuvo por fin que cederle la cabeza.

Cuando Cor deshizo su coleccion, vendió la cabeza de Cromwell en 250 libras á tres indivíduos, que en tiempo de la Revolucion francesa hicieron con ella una exposicion en Lóndres, pagándose la entrada para verla, á razon de media corona (3 francos 10 céntimos) por persona.

—¡Curiosa historia!

—No he acabado aún: estas tres personas murieron al poco tiempo repentinamente, recayendo la posesion de la cabeza en tres sobrinas del último que murió de los tres. Cómo á estas jóvenes les repugnaba conservar la cabeza en su casa, pidieron á M. Wilkuison, su médico, se encargara de ella, y más tarde se la vendieron.

Durante quince ó veinte años M. Wilkuison la enseñó á mucha gente, y todavía la conservaba su familia, como una reliquia que apreciaba en mucho cuandose la compré en 1870.

Esta cabeza tiene el aspecto del cuero endurecido y desecado. El cráneo está completamente desnudo, gracias á los aficionados, que le fueron cortando mechones de pelo durante el tiempo que la poseyó Samuel Russell.

—Curiosa historia, le repito nuevamente, amigo Scott.

Mientras él, cogiendo la caja que estaba á mi lado, la puso cuidadosamente debajo de su asiento.

En esto el tren acortaba la rápida velocidad con que habia partido desde Alcázar de San Juan, y momentos despues, un hombre gritaba desde el anden el nombre de la estacion en que parábamos.

—¡Manzanares, 13 minutos!

Scott, asomando la cabeza por la ventana del wagon, vió mucha gente rodeando á una mujer que hablaba.

—Vamos á ver qué es *ello*.

—No; yo no quiero bajar, sé muy bien lo que eso es: son los viajeros de la línea de Andalucía, que rodean á la *ciega de Manzanares*, para oirla recitar versos.

—¡La *ciega de Manzanares*!... ¿Es esa?...

—La misma: Francisca Diaz Carralero, ciega de nacimiento, que no ha visto la luz y canta los colores de la naturaleza; que no ha visto las flores, y canta á los jazmines y á los nardos; que sabe adivinar el corazon humano por el tacto de sus dedos, por el eco de la voz, por el ruido de las pisadas.

Mister Scott, atónito ante aquel grupo de pasajeros, no quitaba la vista de la *ciega*, y apenas si me oia. De pronto se volvió hácia mí exclamando:

—Recuerdo sus versos *Ante los muros de Granada*... ¡qué buenos son!

—Son mejores los que hizo á Sevilla.

—No, señor; me gustan más los que ella titula *Salve á la Virgen*.

—Son buenos, sí señor: Francisca Diaz Carralero, á quien la vulgaridad llama *La ciega de Manzanares*, es el Homero de nuestros tiempos. Nació ciega como él, y vive de la caridad como él tambien vivió. El ilustre cantor griego, que habia soñado un mundo que apenas lograron conocer sus contemporáneos, corria á las puertas de las posadas y á los caminos, para que el transeunte se apiadase del *Cancionero*, como le llamaban en su tiempo, y con la lluvia y la tormenta, con el frio y el calor, el vate improvisaba salutaciones para todos aquellos que por una moneda de las más insignificantes, le pedian versos. El génio siempre ha sido así tratado. Al sér grande, al sér sobrenatural, las vulgaridades le escarnecen, los ricos le escupen, la fortuna le abofetea el rostro. Esa pobre ciega, génio predilecto que celebrarán las generaciones venideras, mírela usted, apenas si tiene ropa con qué resguardar su cuerpo del frio tan intenso que hace. Sale del pueblo á cada momento que pasa un tren, y corre á las portezuelas de los wagones implorando la caridad, á cambio de unos cuantos versos, que apenas si entenderá alguno de esos viajeros que la rodean. Y cuando el tren ha partido se vuelve solitaria á su casa, contando entre sus dedos los *ochavos* que le han dado...

—¡Qué triste realidad!

—Sí señor; es una triste realidad.

—Déjeme V. bajar... le daré un billete de 500 reales.

—Y estos cinco duros mios.

Y Scott bajaba del wagon sin sombrero como un loco, se hizo paso por entre los viajero, y pudo llegar hasta donde estaba la *ciega*.

—Toma,—la dijo;—este es un billete de á 500, y esta moneda de á 100 reales,—y se volvió á su asiento.

Las gentes miraban hácia nuestro wagon, y todos los dedos apuntaban á Scott, que estaba conmovido por lo que acababa de hacer. La *ciega* se acercó más á nuestro coche, y las gentes con ella tambien. Scott, asomando la cabeza por la ventana, queria oir los versos de la poetisa. Pero estaba algo distante, y las gentes tampoco le dejaron oir nada. En cambio si el eco de la *ciega* no llegaba hasta nosotros, los diálogos de los viajeros los oiamos muy bien:

—¡Le han dado 6.000 reales!

—Nó, eran 600 nada más.

—¡Qué contenta se habrá puesto la bigardona!

—Ya tiene para dos dias.

—¡Ese hombre, que está loco... es el del dinero y el billete!

—¿Es Salamanca?

—Nó, que es un *franchute*.

En esto el tren comenzó á rodar de nuevo, mientras Scott mirándome de hito en hito, me decia:

—El pueblo siempre es el mismo, el de aquí como el de Lóndres, el de París como el de Lisboa, es igual.

—Exactamente igual, amigo Scott. Un buen rasgo lo censuran...

—Si no lo silban.

—Cuando V. sorteaba al novillo de Tejas, en América, recogia aplansos: ¡ay! debieron haberle censurado, ya que no silbado: ahora que da 600 reales de limosna á una ciega que hace versos, que es un génio, le censuran y le silban, cuando debian aplaudirle... El sentido comun de las masas tiene eso, amigo Scott... Por lo demás, la Francisca Diaz Carralero es un ángel, que viste, como V. vé, con toscos zapatos, medias azules, vestido de percal ordinario y pañuelo á la cabeza... ¡Si arrastrara coche!... Entonces todos la adularian y sus versos serian más celebrados. Yo recuerdo un hecho histórico, que quiero contar á V., á propósito del asunto que nos ocupa. Vivia en Madrid un calderero poeta, muy poeta; y en su misma época vivia Quevedo y el rey Felipe IV, tambien poeta dramático, pues suyas son todas esas obras firmadas con el pseudónimo de: *Por un ingenio de esta corte.* Habia oido hablar Felipe IV de las agudezas del poeta que hacia calderos, y un dia pasando por casa del vate, se acercó al taller, y fijándose en el calderero poeta, le dijo:

—«*Dicen que viertes perlas.*»

A lo que contestó sin vacilar el calderero:

—«*Sí, señor; mas son de cobre,*
Y como las vierte un pobre
Nadie se baja á cojerlas.»

Creo, amigo Scott, que aquí el calderero era el poeta, y Felipe IV uno de los muchos parroquianos del menestral.

—Cierto: jamás habria dicho cosa más notable, y su sátira profundísima, su epígrama, dice más que cuanto á V. se le ocurra sobre la pobre *ciega de Manzanares*... Pero, ahora recuerdo que nada me ha dicho usted de Manzanares...

—Lugar tendré.

—La Diaz Carralero nos ha ocupado buen rato.

—Bien lo merece. ¡Si todos se ocuparan de ella como nosotros!...Pero la vulgaridad... la muchedumbre... ¿qué saben los ignorantes?... Bien que con la pobre *ciega* todos han obrado mal. Años hace, que la reina Isabel se compadeció de ella y la mandó á Granada á que estudiara, comisionando á un escritor notable para que ordenara sus poesías y las publicara. Y la desgraciada *ciega* tuvo que volverse á pedir limosna á su pueblo, porque se moria de hambre en Granada. El dinero que la reina Isabel destinaba para que la poetisa viajara y completara su educacion... no llegaba á sus manos...

—¡Hombre, esto es curioso!

—Pues sí, curioso ó no, esto sucedia á la pobre *ciega*. Pero en fin, basta ya de esto y hablemos de Manzanares.

CAPITULO IX.

De cómo llegamos á Daimiel.

—Manzanares, amigo Scott, es una villa de la provincia de Ciudad-Real que no tiene historia, y su castillo, aquella semi-fortaleza que se veia al E. de la villa, parece que la hicieron para asustar á los peces que se crian en Manzanares. En los tiempos del rey Fernando *el Santo* se pobló esta pequeña villa, que luego otro rey, Alfonso *el Sábio*, engrandeció, para que más tarde fundara sobre ella su señorío D. Pedro Gonzalez de Mendoza, y despues se titulase conde de ella D. Iñigo Lopez de Mendoza, el primer marqués de Santillana.

En este terreno habia, tiempo hace, en explotacion varias minas de carbon y algunas del oro del porvenir.

—¡Del oro del porvenir!

—Yo, amigo Scott, llamo oro del porvenir al hierro,

desde que la industria moderna y las artes útiles lo emplean en todo aquello que nos es más útil á la vida.

—Sí, hasta en los nuevos cañones de Mr. Krupp.

—Eso es irónico, amigo mio.

—No, señor; los cañones no dejan de ser necesarios al hombre, como las cadenas de los relojes y las locomotoras.

—Pero no útiles.

—Esa es otra cuestion.

—Yo hablo por los cañones, que como todos los enseres de guerra son contrarios á los principios de la humanidad.

—Sí, entre la humanidad, que no contenta con el petróleo para destruirse, inventa el carbon explosible.

—¡El carbon explosible!... ¿qué carbon es ese?

—Se lo diré á V.: entre los mil y un medios de destruccion que se ponen en planta cada dia, merecen citarse, por sus terribles efectos, el llamado «Carbon explosible,» que se ha inventado últimamente. Este aparato extraño, que se le llama con razon máquina infernal, se compone de un receptáculo de bronce de un color oscuro, y exteriormente se parece en un todo á un pedazo de hulla comun, con la cual se confunde con gran facilidad. Un amigo mio, Mr. Kell, ingeniero inglés, que ha hecho el estudio de esta materia, considera que esta invencion es infame, y en sus comentarios hace observar que puede aplicarse malévolamente contra las sociedades de seguros, ya que con suma fa-

cilidad, valiéndose de ella, puede sumergirse un buque cualquiera con cargamento ficticio, para cobrar despues del siniestro, como si hubiese sido real, y puede incendiarse asimismo cualquier edificio.

—¡Oh!... ¡aborrezco á todos los hombres que emplean su ingenio en descubrir los medios de destruir á sus semejantes!

—Entonces tambien odiará V. á Mr. Krupp.

—Le odio y aborrezco.

—¡Sí V. hubiera visitado su fábrica! ¡Si V. hubiera saludado al gran industrial!...

—No lo saludaré jamás.

—Si V. hubiera, como yo, conocido á Krupp y visitado su casa, seria amigo suyo. Su fundicion de acero, que tanta celebridad ha alcanzado con sus cañones, está situada en Essen (Alemania), y la fundó Federico Krupp, padre del actual propietario, con solo seis obreros. Hoy cuenta 12.000, que se ocupan diariamente en el establecimiento, y otros 7.000 que trabajan en las minas y altos hornos. Hay 1.300 hornos de diversas dimensiones, 270 fraguas, 300 calderas de vapor, 70 yunques á vapor, de los cuales uno pesa 50 toneladas; 300 máquinas á vapor, y gran número de otras movidas por ellas. El espacio cubierto abraza 70 hectáreas. Se cuentan 16.000 mecheros, que consumen 5.000.000 de metros cúbicos de gas. Hay en el establecimiento 50 estaciones telegráficas. Una compañía de 70 bomberos vigila constantemente, y es raro el dia

que no ocurre algun pequeño incendio. Las casas para los obreros forman diferentes barrios y cuentan 30.000 habitantes. Debo advertir que la fábrica Krupp no hace solo cañones, sino que tambien provee á Europa de rails, de ruedas, de wagones y de todos los efectos propios de esta industria, hasta el punto que ninguna otra fábrica puede competirle.

—Son asombrosos los datos que V. me da, amigo Scott.

—Ya ve V. por ellos que no hay motivo para aborrecer á un industrial que ha fundado un pueblo de 30.000 habitantes.

—Cierto.

—Y que ha dotado á la artillería de nuevas condiciones de alcance.

—¡Oh!... no, por esto no; por esto la aborrezco.

—Aborrezca V. á la guerra, enhorabuena; condene los medios empleados para destruirse el hombre; pero al industrial, al obrero, no hay por qué...

—Contribuye á los fines de la guerra desde el momento que hace cañones.

—Eso es insensato. Albacete no es malo porque se hagan en él las célebres navajas que corren en mano de los valientes: y digo más: la navaja tampoco es mala porque sea navaja, sino por el mal uso que hacen algunos de ella.

—Cierto.

—Como cierto es tambien que Mr. Krupp es un

apreciable industrial, muy estimable en todos los países, porque todos los Gobiernos le deben los mejores medios para su defensa. Ahora mismo, para no ir más lejos, las baterías destinadas á defender las costas de Alemania, van á ser armadas con cañones de un nuevo modelo y de una gran potencia, salidos de los talleres de Mr. Krupp. Cuarenta y siete de estas piezas están ya concluidas y deben ensayarse en Duelmen por una comision compuesta de oficiales de artillería.

Estos 47 cañones no cuestan más de 30.000 thalers, unos 450.000 reales. Cada proyectil pesa 480 libras y exije una carga de 85 á 90 de pólvora, de suerte que cada disparo no cuesta más de 1.500 reales.

Pero Inglaterra no tiene, ciertamente, envidia á Alemania por sus cañones, ni á la fábrica de Mr. Krupp.

—Pues qué, ¿los tiene mejores que Alemania y más grandes que los de este fabricante?

—Mucho más: los que se sorprendieron al saber que se fabricaban en el arsenal Woelwich (Inglaterra) cañones de 81 toneladas, deberán sorprenderse ahora más al ver, que van á fabricarse por empresa particular hasta de 275, los cuales arrojarán balas de 5.000 libras. Hace cinco años se discutia en un Parlamento extranjero si podrian usarse en los buques los cañones de 6 y media toneladas, y ahora los llevan los de torres, de á 25 toneladas.

—¡Qué barbaridad!

—Pero precisa, indispensable barbaridad, para que Guillermo y Bismark, puedan ser temidos y respetados de otros reyes.

Y el tren corria á más y mejor. La noche estaba serena. Un frio sutil, un viento de Guadarrama se dejaba sentir, que helaba hasta las palabras. Mi amigo Scott, bajando una de las portezuelas del wagon, se sonreia. En su fisonomía habia una expresion de alegria íntima. Parecia que habia visto entrar á la fortuna por la ventana de nuestro coche... Despues de algunos instantes de meditacion me decia:

—La nieve me alegra.

—A mí, por el contrario, me llena de nostálgia.

—¡Mire V. qué blanca, qué hermosa!... ¡parece que estoy en Suiza!...

Y abriendo la mano, arrojaba sobre mi capa una buena porcion de nieve que habia cogido desde la ventana del coche.

—¿Pero qué, nieva?—le pregunté.

—Mucho no, apenas si cubre la vía dos pulgadas la nieve.

—Me dá más frio esa noticia.

—A mí por el contrario. Hace un mes que recorria yo montañas heladas y pisaba capas inmensas de nieves eternas. Esto de aquí no vale nada. Ahora mismo, en los pintorescos Alpes austriacos, las casas están cubiertas de nieve hasta los techos; el Danubio, en Hungría, se halla tan sólidamente helado, que le atra-

viesan las más pesadas carretas; en Istria y la Illiria, todas las comunicaciones están interrumpidas, así como por el Simplon en Italia.

—Yo no podria vivir entre tanta nieve.

—No lo crea V.; la vida es muy sana, y teniendo comodidades, es mejor vivir entre ella que en el centro de la Europa meridional... Pero aquella nieve no es como esta, tan clara ni tan alegre.

—Hombre, yo creo que la nieve en todas partes es igual: será siempre nieve.

—Es un error grande de V. De las curiosas observaciones hechas en Stokolmo y en Spitzberg, por Mr. Nordenskiold, resulta que, en las regiones polares cae á menudo con los meteoros acuosos un polvo cósmico que contiene hierro, cobalto, nikel, ácido fosfórico y polvo orgánico carbonoso, hecho importante por sus relaciones con la teoría de la lluvia de estrellas, auroras boreales y otras manifestaciones de los fenómenos cosmológicos.

Durante la expedion polar de 1872, observó monsieur Nordenskiold, que la nieve presentaba muchas partículas negras, que tomaban el color gris al secarse, y que contenia partículas metálicas atraidas por el iman, cubriéndose de cobre al ser sumergidas en el sulfato.

El análisis demostró la existencia de hierro metálico, fósforo, cobalto y probablemente nikel, con un residuo insoluble en el ácido clorhídrico, conteniendo además, entre otros, varios fragmentos de diatomáceas.

Esta sustancia, recogida en el mar polar, al N. de Spitzberg, presenta mucha analogía con la que habia descubierto antes Mr. Nordenskiold en las nieves de Groenlandia, y que describió con el nombre de *Kriokonita*, siendo probable que reconozcan todas un orígen comun, meteórico ó cósmico. Tambien ha comprobado el mismo observador en algunos granizos la presencia de partículas ferruginosas.

Estas observaciones merecen repetirse, por los datos que pueden suministrar acerca de la constitucion y modo de ser de varios cuerpos celestes, así como respecto á algunos de los fenómenos más sorprendentes que se manifiestan en nuestra atmósfera. Ya V. vé, por estas noticias, como la nieve de aquí no es igual á la que cae al extremo opuesto de la tierra.

—Ciertísimo, amigo Scott; es una nieve mineralógica la que cae en Groenlandia.

—¿Se quiere V. burlar?

—No tal; quiero distinguir aquellas nieves de estas.

Y en esto el tren iba conteniendo su paso. Habia sonado el silbato dos minutos antes, y todo nos indicaba que íbamos á detenernos en alguna estacion. Mi amigo Scott, fijándose en una casa que se divisaba á lo lejos exclamaba:

—¡Esa es Ciudad-Real!

—No puede ser: hay muchas estaciones antes.

El tren por fin paró. Estábamos en Daimiel. Eran las cuatro y media de la madrugada.

CAPITULO X.

Hasta Ciudad-Real.

Paraba el tren frente á Daimiel. Mi amigo Scott se disponia á bajar del coche para llenar su castaña de aguardiente, cuando un hombre con cara de bandido, armado de navajas y puñales hasta los dientes, con dos de aquellas en cada mano, asomó medio cuerpo por la ventana de nuestro wagon, y en tono descompasado y con ademanes bruscos, interrumpió nuestro silencio diciendo, ó mejor dicho, gritando:

—¡Puñales!!... ¡Puñales y navajas de Albacete!!!

Mi amigo Scott, sorprendido ante la presencia de aquel hombre, se incorporó instantáneamente sobre el asiento, y quiso sacar su rewólver. Yo, sin poderlo remediar, solté la carcajada, en tanto que nuevamente gritaba el desconocido, desde la ventana del wagon:

—¡Puñales, señoritos; puñales y navajas de Albacete!

Repuesto un tanto Scott, quitó su mano del rewólver, y mirándome avergonzado me decia:

—Este hombre me ha infundido miedo. Le habia creido por un momento asesino ó bandolero... ¡Es tan natural en la Mancha!...

—No tal: es un pobre que gana la vida viajando desde Ciudad-Real á Alcázar y vendiendo las navajas y puñales que compra en Albacete. Tambien observará V., que es lo único que vienen á afrecer al viajero en esta línea: navajas y puñales. En otras partes, amigo Scott, se ofrecen libros y periódicos. Recuerdo que no he pasado por una estacion en Alemania, sin que me brinden por dos reales tomos de la *Biblioteca de Viajes*, que da en un solo volúmen *Os Lusiadas*, de Camoes, ó *Un viaje submarino*, de Julio Verne. Aquí, en esta tierra, inmortalizada por el gran Cervantes, desde que hizo al héroe de su leyenda manchego, se nos brinda con puñales y navajas, cuando no con aguardiente y rosquillas.

—Es que en este país todo el mundo come rosquillas, bebe aguardiente y gasta navajas ó puñales.

—Y no conoce el A B C.

—Por eso nadie brinda con libros.

En esto el tren comenzó á rodar de nuevo, mientras Scott, pensativo como nunca, repetia una y otra vez:

—Está justificado este hecho... En un país en que nadie lee, no se venden libros ni periódicos.

—Cierto, amigo Scott... Pero, Daimiel es una villa de la provincia de Ciudad-Real, que tendrá unos 3.000 edificios, con calles anchas y alegres, iglesias, escuelas y una plaza con galerías de corredores antiguos edificados en el siglo XVI. La parroquia de Santa María, primitiva iglesia de los Templarios, es antiquísima; su párroco es Prior. La iglesia de San Pedro no es peor por su estilo dórico...

—¿Pero no es pueblo antiguo?

—Muy antiguo: los romanos lo poblaron con el nombre de *Laminium*, pero no tiene recuerdos anteriores al siglo XV; en cambio Almagro, hácia donde vamos, es un pueblo importante, si no por sus restos arqueológicos, por su industria encajera. Ciudad antigua, juzgado de la provincia de Ciudad-Real y administracion subalterna de rentas, con lo cual tiene más vida que Daimiel. Sus calles anchas y mal empedradas, sus plazas grandes y feas, con matadero, escuelas y un cuartel edificado sobre el antiguo palacio de los grandes Maestres de Calatrava. Cárlos V estableció en esta ciudad el año de 1553 una universidad, que en 1824 se cerró.

—¡Universidad en Almagro!

—Universidad, sí señor, porque España ha tenido muchas universidades... y desde muy antiguo.

—Ahora, ¿cuántas tiene?

—Diez solamente: la de Barcelona, fundada por don Alfonso V; la de Granada, por Cárlos I y V de Alema-

nia; la de la Habana (Cuba), por el príncipe de Angola; la de Manila (Filipinas), por Felipe IV; la de Oviedo, por don Fernando de Valdés, Arzobispo de Sevilla; la de Salamanca, por Alfonso IX; la de Santiago, por el Arzobispo don Alfonso de Fonseca; la de Sevilla, por San Vicente Ferrer; la de Valladolid, por Alfonso IV; la de Zaragoza, por don Juan II de Aragon, y la de Madrid, por Isabel II. Ya V. vé, que España tenia universidades desde el siglo trece. Por lo demás, Almagro es una buena poblacion, de recuerdos para la historia patria y de gran celebridad en los anales de las crónicas de la Orden de Calatrava.

Sus iglesias primitivas han desaparecido, y solo queda, puede decirse, la de los Jesuitas, donde está la parroquial, templo reedificado en 1625 por la piedad de los vecinos, y la de Madre de Dios, edificada en 1546.

Antiguamente, habia en esta ciudad cinco conventos de frailes y tres de monjas, con trece ermitas...

—Pues diga V. que Almagro, era un pueblo de curas y frailes.

—Poco menos, amigo Scott: un pueblo que tenia unos 1.000 habitantes que vivian entre treinta iglesias, una plaza de toros y tres palacios.

—¿Tiene plaza de toros aún?

—Sí, señor.

—¿Habrá funciones ahora?

—¡Hombre... con estas nieves qué ha de haber!

—No sabia que la nieve era contraria á los toros.

—La época de la lidia es el verano. Comienza en Abril y termina en Octubre, en cuyo tiempo el ganado bravo puede prestarse á la lidia.

—¿Es antigua la plaza de toros de Almagro?

—De principios del siglo, aunque á mediados del XVII habia otra, donde los caballeros de Calatrava corrian al ganado del país.

—¿Y no tiene este pueblo más antigüedad.

—Los romanos lo fundaron con el nombre de *Marnaria*, y los godos hicieron en ella una fortaleza denominada *Millagro*, á la que los árabes llamaron *Al-mil-al-gro*. Levantados una vez sus vecinos á favor del Arzobispo de Toledo, fué sitiada por 800 caballos y 2.000 infantes árabes, resistiendo valerosamente el sitio. El rey don Alfonso X celebró córtes en esta ciudad, el año 1273, para anular lo que habian hecho las celebradas en Búrgos, el año de 1266. El Maestre don Pedro Giron y su hermano el marqués de Villena, se hicieron fuertes en esta ciudad, y vencieron á don Alfonso de Aragon, que la queria conquistar en 1454. José Bonaparte entró en ella en 1809 con la formidable division del mariscal Víctor, que destruyó lo mejor de la ciudad y quemó todos sus mejores edificios. Tal es la historia de esta ciudad, que tenemos aquí delante... Mírela V.

Y el tren paraba frente á Almagro. Mi amigo Scott, mirando hácia la estacion, me preguntaba:

—¿Qué industria tiene esta ciudad?

—La encajera más que ninguna, pues si bien tiene labor, fabricacion de vinos, aguardientes, curtidos, ladrillos y jabon, los encajes entretienen á más de 6.000 operarios.

—¡Parecen muchos!

—Pues son más aún: de Puerto-Llano hay aquí viviendo unos 2.000; del Corral de Calatrava unos 2.200, y de Almagro unos 6.000; de modo, que no son 6.000, sino 10.200 los obreros de ambos sexos que viven en Almagro trabajando en los encajes. Y no crea V., que esta industria es antigua. A fines del siglo XVI, se hacian encajes en este pueblo, y el rey Cárlos III, comprendiendo la necesidad de fomentar la industria nacional, mandó en 1796 á don Juan Bautista Torres, que montase fábricas y talleres para hacer encajes, que pudieran competir con los que se traian de Nantes, Lyon y Bruselas.

Y en esto el tren, comenzó á rodar de nuevo sobre los rails. Nos llevaba á Miguelturra. Scott, arropándose con la manta de viaje, se colocaba mejor y me preguntaba:

—Vamos á Miguelturra, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Otro pueblo antiguo quizás?

—No tal. Su historia no se remonta más allá del siglo XII. En 1328 lo pobló y engrandeció García Diaz de Padilla, Maestre de Calatrava, el cual fué derrotado

por los mismos de su órden en 1330. El Maestre fray Pedro Nuñez le llamó villa, y Felipe II confirmó algunos privilegios que le dieron los Maestres. Separado de estos datos, nada más puedo decir á V. de Miguelturra... Pero ahora paramos frente á él. Mire V. qué tristeza, qué soledad reina en estos alrededores.

Estábamos frente á la estacion de Miguelturra. Eran las cinco y media de la mañana. Un frio intenso se colaba por entre las hendeduras de las portezuelas de nuestro wagon, que nos hacia dar diente con diente. Scott se tiraba de las patillas. Yo me soplaba las uñas. La nieve de toda la noche se derretia, y la temperatura bajaba de una manera tal, que parecia estar detenido el tren en la Siberia. Yo decia á Scott:

—Me parece que nos helamos.

—No, señor; aprension de V.

—Aprension, ó no, quisiera ver el termómetro para conocer la atmósfera en que vivimos.

—Muy buena: se respira con facilidad aquí y se goza de mejor salud que en otras partes.

—Segun y cómo. Yo, por mucho tiempo aquí, me moriria, porque esto es malo para mí. Además, los climas templados no son tan perjudiciales como usted cree.

En esto el tren comenzó á correr de nuevo, caminando de prisa, como si temiese llegar tarde á Ciudad-Real. Mi amigo Scott, arropándose más y más en su manta de viaje, continuaba observando la temperatura y me decia:

—Los climas fríos son mejores para la salud. Estamos ahora mejor que en la ópera de París á cualquiera hora de la representacion. Recuerdo que en 1870, en el gran teatro María de San Petersburgo, se han hecho observaciones del mayor interés sobre los diversos cambios de temperatura, en un palco de frente al escenario, durante las representaciones. Se ha probado, de una manera concluyente, que la temperatura se elevaba cada cuarto de hora. Cuando se levantó el telon, el termómetro marcaba 18 grados centígrados; al terminar el primer acto marcaba 24 grados y al dar comienzo al segundo 25 grados. La humedad no seguia una proporcion tan rápida, y sin embargo, habia aumentado más de 30 por 100 en dos horas; y otras dos más tarde, el aire interior estaba más cargado de humedad que el exterior. Contenia 85 por 100, es decir, tanto como en las habitaciones más insalubres. Habia en el palco seis veces más de ácido carbónico, que en el aire normal respirable. Al terminar la representacion, el ácido carbónico habia aumentado en dos tercios. Diga V. ahora, si se puede vivir aquí mejor que en una temperatura como la de los teatros, ó donde las muchedumbres calientan los aires y hacen insalubre la atmósfera.

—Ciertamente que no.

—Pues convengamos en que se vive mejor en las montañas de Astúrias que en Cuba... ¿Pero adónde vamos ahora?

—A Ciudad-Real.

—¿Paramos en él?

—Tenemos tiempo para comer algo.

—No digo eso; que si descansamos en él todo el dia.

—Como V. quiera.

—¿Tendremos donde pasarlo bien?

—Regularmente.

—¿Hay monumentos dignos de visitarse?

—Pocos, pero más que en Alcázar de San Juan.

—Pues comeremos, beberemos y nos iremos mañana.

Y un momento despues el tren paraba frente á una estacion. Estábamos en Ciudad-Real. Eran las seis y media de la mañana. Mr. Scott, cogiendo en una mano su pequeña maleta y en la otra la caja donde llevaba la cabeza de Cromwell, me decia abriendo la portezuela del wagon:

—Baje V. primero y coja puesto en la mesa, que allá voy yo.

Me senté á comer, y muy pronto apareció Scott apuntando en la cartera sus impresiones. A hurtadillas pude leer su nota, que decia: «Las navajas y pu»ñales de Albacete, sostienen un gran comercio en la »línea férrea de Ciudad-Real á Madrid.—*Laminium* fué »Universidad desde Cárlos V.—En Almagro hubo más »iglesias y conventos que plazas de toros cuenta Espa»ña: hoy tiene encajes y encajeras, y plaza de toros, »donde no se lidia cuando hace frio... En la Mancha »nació Cervantes, segun D. Quijote.»

Cuando leí tantos desatinos, me mordí los labios para no soltar la carcajada. Si yo no hubiera sabido lo que son los extranjeros en España, ó España para los extranjeros, me hubiera permitido corregir la nota... ¡Pero bueno era Mr. Scott para advertencias!... Como Arago, como Alejandro Dumas, se creia universal y con criterio propio. Además, Scott era inglés, y despues de inglés, el hombre más escéntrico que ha dado Lóndres. Pensando estaba yo en cómo poderle decir los disparates que llevaba en su cartera, cuando llamando con energía á un camarero, se volvió hácia mí preguntándome:

—¿Comemos, ó no comemos?

CAPITULO XI.

En la estacion de Ciudad-Real.

La mesa de la estacion estaba llena de gente. No habia empalmado el tren-correo que debia de seguir á Madrid, y nos encontrábamos los viajeros de dos expediciones. No es esta ocasion desagradable para los dueños de las fondas, pues suelen cobrar hasta 20 rs. por un par de huevos. Y yo, que conozco por experiencia estas cosas, me limitaba á pedir lo que habia en la lista, mientras Scott, como un verdadero anfitrion, queria comerse todo cuanto habia en la casa... y algo más que no le podian servir. Comiendo estábamos del segundo plato, cuando Scott me llamó la atencion hácia una jóven que estaba sentada frente á nosotros, diciéndome:

—¡Vea V. qué chica tan simpática!

—Es, ciertamente, muy guapa.

—Pues no hace todavía un año, que estuve expuesto á ser su dueño... por la cantidad de 50 centavos...

—Pues qué, ¿se vendia?

—No, señor; se rifaba.

—No dejaba de parecerme extraño... Vaya, excentricidad inglesa... alguna paisana de V., ¿eh?

—Sí, señor, es inglesa; se llama miss Mimice Clarece: es natural de Seymur (India), huérfana y rica, que gozaba de la más excelente reputacion entre las familias más honradas de toda la India. A fines de Diciembre de 1873, sin duda, despues de leer algunas novelas, propuso rifarse á razon de 50 centavos el número. En menos de una hora se llenó la lista, y algunos números fueron pagados á precio muy subido. El mio me costó 5.000 rs. El favorecido fué un jóven llamado Lynu Falconer. En cuanto lo designó la suerte, miss Clarece se aproximó á él, y, tomándole el brazo, salieron juntos en medio de los aplausos de la multitud. No tengo para qué decir á V., que Falconer es el jóven que la acompaña.

—¿El de la derecha, ó el de la izquierda?

—El de la derecha, que tiene á su lado á la Pinchiara, una de las únicas bailarinas que parece nos han quedado ya en estos tiempos.

—Pues qué, ¿se han muerto las demás?

—Poco menos, amigo. En Ancona (Italia) se suicidó, arrojándose de un cuarto piso á la calle, la primera bai-

larina Paulina Righi. En Moscow, durante el baile «Kotschei,» el fuego prendió los vestidos de la Sytchew, graciosa bailarina de 19 años de edad, comunicándose las llamas á otras dos bailarinas, la Andreiew y la Grinew, que acudieron á auxiliar á su compañera. Las tres alcanzaron quemaduras tan graves, que su salud inspira sérios cuidados. La célebre bailarina Sangalli estuvo á punto de morir asfixiada en su último viaje de Viena á París. Y, por último, en el teatro Castelli, de Milan, dos bailarinas sacaron tambien regulares quemaduras en el cuello y la cara, de resultas de haberse pegado fuego á sus vestidos.

—¡Año fatal, el pasado para las bailarinas!

—Por eso la Pinchiara es hoy la reina del baile.

—¡La Pinchiara!... ¡No baila mal!...

—¿La ha visto V.?

—Muchas noches, en el Circo de Madrid, la he hablado, antes y despues del baile. El público de Madrid cantaba por ella lo siguiente:

«In questa sera. ¡Viva la Pinchiara!
E il solo grito d'il signor Zenzara.»

—Cierto; lo recuerdo. Pero qué miro; ¿está aquí todo el teatro reunido?... Mire V. aquella jóven que está al costado de la mesa...

—Es la Sofía Alverá de Nestosa.

—¿Y el que está á su lado?

—César Boccolini.

—Lo dicho, estamos con lo mejor del arte.

—Tanto como eso no diré.

—¿Conoce V. á la Sofía Alverá?

—Mucho. Su carrera artística es corta, porque aun es jóven. Esta razon, unida á los muchos triunfos que ha conseguido ya en todos los principales teatros de la Península, y muy particularmente en los de Madrid, hace esperar á todos los amantes de las glorias del teatro español, que Sofía Alverá será muy pronto una actriz digna de figurar en la lista de las celebridades contemporáneas.

Nacida en Madrid el año de 1852, desde muy niña aún, estrenó en el teatro Principal de Valencia, *El amor de los amores*, con Joaquin Parreño, siendo aplaudidísima por sus precoces disposiciones para la escena, y obsequiada con ramos y flores. Poco tiempo despues pasó á Valladolid, y en el teatro de Lope de Vega trabajó con desvelo y gran fruto, mereciendo que una eminente trágica, Civili, la obsequiase con una magnífica corona al tomar parte en el desempeño del drama *Hija y madre*. El éxito colmó sus esperanzas y dedicóse de lleno al estudio, abrazando definitivamente la carrera del arte.

Acababa de cumplír quince años cuando entró á formar parte de la compañía dramática del Circo de Madrid. Durante toda la temporada obtuvo inequívocas pruebas de aprecio, haciendo justicia á su mérito y á sus facultades el público de la córte.

Más adelante trabajó en los teatros de Bilbao, Palma

de Mallorca y Santander, recibiendo muchos aplausos, valiéndola que Victoriano Tamayo la aceptase como una de las primeras partes en su compañía. Sus triunfos aumentaron en los teatros de Valencia, Cartagena y otras capitales, debiendo hacer á V. mencion especialísima del brillante éxito que alcanzó en el drama *El banquero*, en union con Tamayo, éxito que fué más singular, por una linda corona de plata que le arrojaron á la escena sus constantes admiradores.

Los catalanes recuerdan todavía los aplausos que tributaron á la Alverá en su Teatro Principal. Durante aquella temporada tuvo doble ocasion de lucir sus extraordinarias facultades, pues por indisposicion de la primera actriz cómica de la compañía, Fabiana García, tuvo que improvisar todos los papeles repartidos á ésta, con gran contentamiento del público barcelonés.

Alejada despues de la escena, por haber contraido matrimonio con uno de los más distinguidos jóvenes de la aristocracia madrileña, volvió á reaparecer en las tablas, estrenando el nuevo teatro de Apolo, en union con la perla del teatro Español, Matilde Diez y del reputado Manuel Catalina. Desde entonces continúa formando parte de la compañía de verso más completa de todas las de España, trabajando con ahinco en el clásico teatro Español.

Su carácter artístico aun no está perfectamente delineado. Sus facultades abarcan mucho. Con estudio y constancia, será, como he dicho á V., una consumada

actriz. Su porvenir no puede ser más halagüeño para sus aspiraciones, y de seguro que su aplicacion y facultades la colocarán en muy alto puesto.

—¡Oh!... seguramente.

—Otra cosa es el jóven que tiene á su lado. El ya célebre César de Boccolini, es uno de los cantantes italianos más universales, respecto á los géneros musicales que viene interpretando desde sus primeros pasos en la carrera del arte. No hablaré á V. de su fama, pues se halla repartida en el mundo lírico, formando, por decirlo así, su más brillante corona y su más legítima é imperecedera gloria. En el Cairo, en Roma, en Turin, en Florencia, en Trieste, en Viena y algunas otras principales ciudades de Europa, es conocido y apreciado.

España es la única nacion que tiene el orgullo de haberlo albergado en su seno durante mayor tiempo, pues con cortísimos y raros intervalos, César Boccolini canta en el teatro de la Plaza de Oriente, desde el año de 1864. En esta temporada se nos dió á conocer, y en verdad que desde el *Macbeth* y *Nabuco* al *Don Giovanni* y *El Barbero*, sus triunfos fueron iguales, consiguiendo siempre por su bellísima escuela de canto, su dulce y pastosa voz, sus modales propios del personaje que representaba, y su entonacion siempre adecuada á las situaciones, que el público de Madrid le cuente hoy en el escaso número de sus artistas predilectos, siendo el nombre de Boccolini una muestra se-

gura de buen éxito, en cuantas representaciones toma parte tan egregio cantante.

Debutó en 1868 en el teatro Real, con la grandiosa ópera de Meyerbeer, *La Africana*, interpretando el severo y salvaje papel de Nelusko, como él sabe hacerlo, dado su génio artístico y sus brillantes facultades. Su triunfo fué merecido. Los aplausos coronaron sus esfuerzos. En el *Ballo in maschera*, despues en *Beatrice*, *Traviata*, *I due Foscari*, *Hugonoti*, *Don Giovanni*, *Hernani*, *Nabuco*, *Macbeth*, *Don Pascuale*, *El Barbero de Sevilla*, *Favorita*, como en otras óperas de diferentes escuelas, y últimamente en *Aida*, la reciente composicion de Verdi; en todas ellas ha puesto á prueba sus infinitos recursos, sus innegables facultades y su elegante escuela de canto, saliendo airoso de tamañas lides, y conquistando legítimamente triunfos sin cuento, que son las más brillantes páginas en la historia de su larga carrera artística.

Tambien el inteligente y severo público barcelonés ha aplaudido frenéticamente á nuestro apreciable artista, y el teatro de San Fernando de Sevilla, lo mismo que los principales de Málaga y Granada, en muchas ocasiones, han sido doblemente centros de innumerables ovaciones tributadas á tan buen artista. ¡Cuántas veces ha contribuido con su serenidad de ánimo y su segura posesion del papel, á evitar una silba prodigada por el público en pasajes difíciles de cualquier ópera! ¡Cuántas veces su sola presencia en las ta-

blas ha entonado el cuadro, ha robustecido el conjunto y sacado á puerto de salvacion una ópera que de otro modo habria sufrido el más horrible fiasco! Artistas de esta naturaleza nunca son apreciados en todo su valor.

Boccolini es incansable, laborioso como el que más; no abandona el estudio; profundiza en los misteriosos arcanos que dejaron legados los grandes genios, y con su constancia es uno de los más firmes sostenedores de la escuela italiana. Además, es un artista modesto en todas sus acciones, cuya cualidad abrillanta más y más su valor y su talento; y su sinceridad en el trato, su buena amistad y su carácter franco y jovial, hacen de César Boccolini, como hombre, uno de los hombres más sociables y queridos en los círculos que frecuenta.

Su residencia durante las vacaciones de verano la tiene en Italia, pues es cantante de la Real Capilla de Loreto, donde reside su familia.

Su repertorio es extensísimo, abarcando todos los géneros conocidos de música.

Boccolini, á pesar de su larga carrera, aún no ha llegado al ocaso de su vida, y promete añadir todavía mayor número de triunfos á los que lleva ya conseguidos. Varios maestros compositores han escrito expresamente para él, probando que su nombre es tan apreciado entre el público como entre los sacerdotes del arte.

Y no digo á V. más, porque es harto conocido el célebre artista. La mejor reseña de su gloria es su nombre: *César Boccoli*.

—¿Pero nos marchamos todos?

—Estos que se mueven son los que se van en el tren especial que sale para Madrid.

Y casi todos los que estaban comiendo á nuestra mesa cogieron sus mantas y sombrereras, y salieron al anden.

Scott y yo nos quedábamos solos en la fonda. Un momento despues el tren partió, y con él la célebre Pinchiara, silbada en los teatros de Lisboa, para ser nuevamente aplaudida en los de Madrid y Barcelona; la Sofía Alverá, que pasa á animar el teatro del Príncipe; César Boccolini, que va á recoger nuevamente aplausos al Real, y con estos artistas tambien Lynu Falconer con miss Clarece, la rifada de Leymur, que espera poder eclipsar á los galanes que pueblan la Carrera de San Jerónimo y el Prado.

Mi amigo Scott, con aire satisfecho, pidiendo la cuenta de cuanto habiamos comido y bebido, cogió la caja con la cabeza de Cromwell y su manta de viaje, y desde la puerta de la fonda me dijo:

—Vamos á la ciudad y descansaremos.

—Vamos cuando V. quiera.

Y los dos amigos, uno tras otro pié, emprendimos el camino á Ciudad-Real. Scott venia un poco pensativo.

—¿Está V. malo?—le dije.

—No, señor; lo que vengo es preocupado por no saber si la jóven miss Clarece abrigará el proyecto de volverse á rifar.

—¿Y qué le importa eso?

—¡Oh!... sí, mucho; quizás ahora tuviese mejor suerte y me tocara gozar del amor de una indiana tan notable como la que posee Lynu Falconer.

CAPITULO XII.

En Ciudad-Real.

Llegamos, por fin, á la plaza de la Constitucion. Recorrimos todos sus portales, preguntando por una fonda, y nos dirigieron, próximo de allí, frente á la parroquia de San Pedro. En el camino oigo una voz que me llama por mi nombre. Vuelvo la cabeza y reconozco á un antiguo amigo, al señor Reina, brigadier de infantería.

—¿Qué hace V. por aquí?—le dije.

—Estoy de comandante general.

—Muy bien, amigo mio; lo celebro por V. y por nosotros.

—¿Por mí y por Vds?

—Por V., claro, que está colocado, y por nosotros que le encontramos en nuestra expedicion.

—¿Viajan Vds?

—Por ahora hasta Lisboa.

Nos despedimos del amigo brigadier y nos entramos en la fonda. Eran las ocho de la mañana. Scott tenia sueño, y yo no menos que él. Mientras los criados nos preparaban el cuarto y las camas, Scott se apoderó de una botella de aguardiente, y copa tras copa, una él y otra yo, la apuramos bien pronto, en tanto sosteníamos una larga conversacion. Scott me decia:

—He observado, desde que pusimos el pié en el anden de la estacion de este pueblo...

—Ciudad.

—Bien, ciudad; pero ciudad ó pueblo donde no he visto más que soldados.

—Es natural: hay un regimiento de caballería y un batallon de infantería para su guarnicion.

—¡Oh!... por lo visto no habrá mucha más gente en esta ciudad.

—Mucha más hay. Ciudad-Real cuenta con una poblacion de 14.000 almas, de ellas unas 2.000 son empleados, militares, retirados y curas.

—Esto es atroz, amigo; si toda España guarda la misma relacion, ¿cómo puede vivir nadie en ella sin hacerse militar, cura ó empleado?

—No, ahora no es tanta esta desproporcion, como por ejemplo, en el siglo XVII.

—¿En el siglo XVII habia más curas, militares y y empleados que ahora?

—Muchos más; casi una mitad de su poblacion. En 1690 contaba España una poblacion de 9.000.000 de habitantes, con las siguientes clases parásitas:

Eclesiásticos (presbíteros).	¡99.742!
Religiosos de ambos sexos. . . .	¡187.000!
Empleados: activos y cesantes. . .	40.000
Militares activos..	100.000
Retirados é inválidos.	13.000
Armada: activos y matriculados.. .	99.000
Total.	538.742

Ya V. vé, que para una poblacion de 9.000.000 de habitantes, no eran pocos 538.742 parásitos. España tiene hoy más de 16.000.000 de habitantes, y despues de la revolucion de 1868, segun los datos estadísticos de 1871, sostiene las siguientes clases parásitas:

Eclesiásticos (presbíteros).	42.765
Religiosos de ambos sexos.	20.000
Empleados: activos, cesantes y jubilados.	¡73.112!
Militares: activos y de reemplazo.. .	158.337
Armada: activos y matriculos. . . .	51.724
Total.	346.440

Esto es, 538.742 parásitos, menos que en el siglo XVII.

—Sí, pero con una poblacion de 7.000.000 de habitantes mayor que en aquel siglo.

¿Y maestros de escuela y demás profesores de enseñanza en el siglo XVII?

—Habia preceptores de latinidad y humanidades, y Universidades donde se enseñaba teología y derecho romano. Por junto contaba España, unos 2.000 profesores en aquel siglo.

—¿Y hoy?

—Hoy ya es otra cosa: profesores de primeras letras tenemos 17.000, y dedicados á la enseñanza de facultades 4.000.

En esto el criado entró en nuestro cuarto diciendo:

—Señoritos, están prontas las camas.

Nos disponiamos á descansar un corto rato, cuando Scott, fijándose en un cartel de color que estaba pegado debajo de un cuadro de los del comedor de la fonda, me decia apuntando á él y con la mayor alegría:

—¡Oh!... yo no duermo.

—¿Por qué, amigo?

—Lea V.; lea y alégrese.

En efecto, para Scott el asunto no era cosa de llorar, sino de reir y hasta de cantar. Habia toros en Ciudad-Real aquella tarde; toros de muerte y nada menos que ocho, al regocijo de la entrada en Madrid de D. Alfonso XII. Scott saltaba de gozo mientras yo rabiaba de ira. Ni quise acabar de leer el cartel. Scott, que ya habia aprendido de memoria hasta la última letra del cartel, volvió preguntándome:

—Sin embargo de su oposicion á esta clase de espectáculos, ¿vendrá V. conmigo esta tarde?

—De ninguna manera.

—¡Hombre, sin ejemplar... una vez sola!

—Imposible.

—Yo no lo diré á nadie.

—¿Quiere V. callar? Me indigna siquiera el pensar que yo tuviera que concurrir á hurtadillas á un acto público. Cuando yo reconozco conveniente una cosa la hago aunque el mundo me silbara; y cuando creo que no debo hacerla, no la hago por ningun dinero. Además, los toros, como dije á V. al salir de Aranjuez, tienen para mí un recuerdo histórico fatal.

—¿Alguna desgracia quizás?

—No es cosa personal mia, sino el orígen de la funcion, sus primeros tiempos, aparte de que la moral la condena, y para mí esto basta.

—¿Cuál es la historia de los toros?

—La historia de los toros es la historia de la barbarie. En Roma, en la ciudad de los Pontífices, se levantaba hace más de veinte siglos un extenso paralelógramo de 2.200 piés de largo por 1.000 de ancho. Si posible fuese que volviésemos á los tiempos de Calígula y de Neron, reconoceríamos aquel edificio, donde aun se ven numerosas graderías de piedra, apoyadas en los semicírculos y en cada uno de sus dos grandes lados. En la base de uno de aquellos hay una hilera de trece arcos, y el de en medio es una puerta de entrada. Los

doce restantes, cerrados con rejas de hierro, forman cárceres ó depósitos para el alazan de las carreras ó las fieras del combate. El otro semicírculo y los lados restantes, están separados de la arena por una reja, bajo la cual se abre un ancho canal por el que pasa una corriente de agua. En las salientes torres que enlazan los grandes lados con los semicírculos, están los palcos de los Cónsules, Senadores, Vestales y de las demás personas que tienen asiento de preferencia. La arena, dividida longitudinalmente y en dos partes separada por un dique de granito, ostenta sobre éste, y en su centro, el Obelisco de Heliópolis, traido por Augusto.

Tal es, en tosco boceto, el colosal monumento, que se llamó en la historia el *Circo Romano*. El pueblo, embrutecido por la tiranía del déspota, va á entregarse á sus habituales goces, y más de doscientas mil personas esperan impacientes que comience el espectáculo.

Las tragedias de Eurípides, que hacian las delicias del ateniense, no bastan ya para satisfacer las pasiones del romano, que, avezado en la guerra intestina, endurecido en la lucha civil, desprecia ficciones poéticas y demanda, exigente, realidades. En Roma el cómico por excelencia, es el gladiador.

César no es grande uniendo á su carro á Vecingetorix; pero sí lo es cuando en el gran sacrificio ofrecido á los dioses por sus victorias, inmola él la primera víctima.

Los triunfos de sus emperadores ó las violentas

exacciones de sus tiranos, recíbense con idéntico gozo por aquel pueblo envilecido, con tal que haya matanzas en el Circo.

Mas hé aquí que el pueblo se impacienta: *el gladiador*, que en virtud del pacto *gladiatorial*, se ha comprometido á luchar seis veces al dia, está ya sobre la arena; el *lanista* da la señal; las puertas de las *cárceres* se abren, y el leon y el tigre, la pantera y el leopardo, la hiena y el elefante, precipítanse sobre aquellos miserables, ó aquellos inocentes, que muchas veces inocentes eran las víctimas.

La lucha terrible empezó. Rios de sangre enrojecian la arena, y los *gladiadores*, á quienes la atmósfera del *Circo* embriaga y la ardiente mirada causa vertigo, olvídanse que van á morir, pretenden ser admirados, y toman el papel de artistas, allí donde en verdad son víctimas... El espectáculo termina. El pueblo se retira, y los muertos se sacan del *Circo* por la puerta *Sandapilaria*, mientras que los moribundos salen por la *Sandavivaria*.

Tales son, pues, amigo Scott, los bárbaros placeres á que se entregó el romano en aquella época.

Los toros son los recuerdos que la civilizacion romana dejó en España, y que el pueblo español ha sabido conservar, como testimonio de sus primeros dominadores.

—Ya, pero ahora no es la lucha romana.

—Es peor, porque no se corren toros, se corre á la

civilizacion; no se mata al hombre, se mata á la moral.

—Pues sin embargo de todo eso que V. cuenta, yo voy á los toros.

—Enhorabuena; yo me quedo á dormir.

Y en efecto, eran las doce de la mañana. En vez de acostarnos, almorzamos un poco fuerte y discutimos más y más de los toros. Scott no se da por vencido. Cree que los toros no alteran las costumbres fuertes del pueblo español. Bueno es dejar á cada loco con su tema. Yo me fuí á la cama y Scott á la plaza con suma alegría. Al salir de casa me dijo:

—Cuando se termine la funcion vendré á comer y decidiremos sobre continuar nuestro viaje.

—Como V. quiera.

—Sí, sí, decidiremos.

—Bien.

—Adios, hasta luego.

—Hasta siempre, Scott.

Y nuestro amigo salió poniéndose los guantes y calándose las gafas. Su porte no era, á la verdad, para presenciar una corrida de toros. Con un sombrero de copa blanco, en Enero, y vestido todo de lanilla, se exponia á que comenzara la funcion con una silba... á su entrada. Y con estos temores me acosté y no pude dormir.

CAPITULO XIII.

Todavía en Ciudad-Real.

Las cinco eran de la tarde, cuando entre dormido y despierto veo entrar en mi cuarto á Scott, con una banderilla en la mano.

—Vengo sofocado, me dijo.

—No será por el calor, que hoy hace un frio más que regular.

—No, señor; por los toretes, por el público, por la plaza, por todo, en fin.

Y Scott, dejando la banderilla en el rincon de mi alcoba, sacaba el pañuelo y se limpiaba el sudor. Su rostro encendido, su fisonomía un tanto excitada, y el cansancio que afectaba tener, me hizo ver un nuevo y desagradable suceso. Yo contemplaba á Scott no sé

si con satisfaccion ó con ira. Despues de dejarle descansar le dije:

—¿Ha saltado algun becerro?

—No señor.

—¿Ha sucedido alguna desgracia á los diestros?

—Tampoco.

—¿Se ha hundido el tendido?

—Menos.

—¿Le han robado á V. el reloj?

—Nada; no es eso.

—Pues cuénteme V., Scott.

—Apenas entró en la plaza me dirigí á un asiento de barrera. Era aún muy temprano, porque llegué antes de la una. Las gentes fueron viniendo, y muy pronto la plaza estuvo llena. A mi lado estaban varios jóvenes con caracoles enormes que me aturdian los oidos soplándolos. La funcion no tenia traza de comenzar, y los impacientes pegaban palos en las vallas y barreras, mientras de los tendidos gritaban á coro: —¡Ya es la hora!.... ¡Ya es la hora! De pronto oigo junto á mí una voz que grita:—¡El de las gafas! ¡que se las quite!... ¡El de las gafas, que se las quite! Y como todos me miraban, y como todos los dedos apuntaban hácia mí, y era yo solo el que tenia gafas, tuve que quitármelas, que es de prudentes ceder á las exigencias del público, antes que morir á manos de él. No habia pasado mucho deesto, cuando el público comienza de nue de la chlvo á gritar:—¡Eistera! ¡que se

la quite!... ¡El de la chistera!... ¡que se la quite! Y me quité el sombrero de copa, como me hubiera quitado hasta los calcetines si lo hubieran exigido.

—¿De veras?

—Estaba dispuesto á dar gusto á todo el público... Pero á la verdad que éste no estuvo muy exigente. Hasta el último novillo no volvió á acordarse de mí; ¿y para qué cree V. que fué?

—No puedo adivinar...

—Para que matara yo al toro.

—¡Hombre!... ¡eso seria una broma!

—No, señor; el primer espada no pudo matarlo; el segundo estaba huido y la luz faltaba, cuando el público comenzó á gritar:—Que lo mate el inglés!... ¡Que lo mate el inglés!...

—¿Y V. qué hizo?

—Yo me disponia á bajar al circo, cuando otro diestro cogió la espada, se fué al animal y le hizo comer tierra á la primera estocada. El público aplaudió y yo montado sobre la barrera, me quedé con deseos de lucir mis destrezas y conocimientos taurinos.

—¡Qué vergüenza!

—¿De qué?... ¡Ah!... ya recuerdo: mientras yo estaba presenciando la funcion, V. habrá continuado considerando sobre la inmoralidad de los toros.

—Exactamente: me duele que en España se siga hoy, en pleno siglo XIX, las mismas bárbaras costum-

bres, los mismos feroces espectáculos, que en la Roma pagana de Neron y de Calígula.

Y nada hay más cierto. Nuestras plazas de toros son un vergonzoso recuerdo de las costumbres paganas; son un remedo de las sangrientas lides del Circo, padron de ignominia que degrada al pueblo español, como degradó al pueblo romano. Así lo estimaron en todas épocas nuestros más preclaros gobernantes, y conocidos son de todos los laudables esfuerzos que para extinguirlas hicieron, primero Isabel la Católica y más tarde Cárlos III, uno de nuestros más distinguidos monarcas. A los toros se debe, sin disputa, el que en nuestras más hermosas provincias sea el homicidio el más frecuente delito y el que nuestro andaluz ó valenciano, despues de haber roto la vida en el corazon de su hermano, guarde tranquilo su navaja, y celebre contento la *fazaña* en *una tienda de montañeses*. En esas plazas que, cual en el pagano Circo, se endurece el corazon viendo al caballo, al mejor amigo del hombre, cubierto de sudor y de sangre, arrastrar los intestinos por el suelo, mientras el pueblo, enloquecido por el vapor de la sangre, pide á voz en grito *banderillas* para el bruto que, como espantado de la barbarie del hombre, rehusa entrar en tan feroz agresion.

¿No encuentra V. entre la gritería de la *Plaza de toros* y el *Circo Romano*, notable semejanza? ¿No contempla V. al gladiador romano con sus estudiados ademanes, en las atrevidas suertes del Chiclanero ó del

Regatero?... Todo es igual. Paganismo del bajo imperio. Ferocidad de las fiestas brutas en estos tiempos modernos.

—Está V. insufrible con la cuestion de los toros.

—Yo estoy como conviene estar á un hombre que piensa.

—Bien; pensemos ahora en que son las seis y pasemos al comedor.

—Buen acuerdo, porque tengo hambre: son las seis y cuarenta.

—Y dos.

—No señor; mire V. aquí mi relój, que es, de seguro, más cierto que el de V.

—¿Es posible?... El mio áncora perfeccionada, de escape-cilindro...

—Comamos y sea la hora que quiera.

Y comenzamos por ponernos la sopa, y por beber vino. Scott, fija su mente en la desigualdad de los relojes, me dijo:

—Los relojes de estos tiempos son casi infalibles.

—No tal; son como los del siglo anterior: al presente siglo poco ó nada debe la relojería, porque solo el sistema, solo el mecanismo, nada más, ha perfeccionado, gracias á los adelantos del progeso moderno.

Un descubrimiento tan antiquísimo como el del relój, preciosa máquina de movimiento, que sirve para indicar las horas, para medir el tiempo, ha llegado á

nosotros completamente comprendido, y lo que es más aún, casi perfeccionado.

Desde el relój *primitivo* que conocieron los antiguos, cuyo artificio media el tiempo por medio del descenso del *agua* ó de la *arena*, que poco á poco caia en una ampollita de cristal; desde el siglo XIV en que Ben-al-Benzar, conocido en la historia por Joan Boernabé, construye el primer relój de campanas y presenta resuelto su problema, en la torre de la catedral de Strasburgo, hasta el siglo XV en que otro árabe tambien, fabrica los relojes de bolsillo, la relojería progresaba lentamente, logrando en cada siglo una conquista, en testimonio de que las generaciones no se suceden sin empujar hácia adelante el carro de la civilizacion, en cumplimiento de la ley del progreso.

Ya por entonces, las ciencias mecánicas habian logrado preciosas conquistas, y este adelanto vino á influir muy poderosamente en la relojería, hasta el punto que, desde el relój de *longitudes* hasta el relój de *música*; desde el relój de *pared* hasta el relój de *reflexion*; y desde el relój de *refraccion* hasta el de *péndola*, que en principios del siglo XVII habia inventado Galileo y pudo perfeccionar, un siglo despues, en Ginebra, Mr. Rousseau, el padre del eminente filósofo Juan Jacobo, se verifica un mejoramiento, casi completo, en aquellos relojes que todos hemos visto en manos de nuestros padres y abuelos; relojes de suyo dificiles, que unos repetian la hora y aun los cuartos, otro to-

caban piezas de música, y todos, en general, marchaban con una precision admirable, con una regularidad encantadora.

Pero aquellos rolojes que conocimos en poder de nuestros antepasados, y que se hacian hasta el año de 1800, cuyas gruesas máquinas eran una verdadera complicacion de tornillos y ruedas dentadas, guardadas en una y aun tres cajas distintas, recibieron á principios del siglo una modificacion por Mr. Breguet, que redujo las proporciones, mejoró la calidad y logró hacer más manuables estos aparatos.

En 1825 se inventó el *cilindro*, sistema más preciso, que vino á sustituir á la rueda llamada *Catalina*, suprimiéndose con esta el *caracol*, la *cadena* y otras piezas de ménos importancia.

Más tarde, el *escape-cilindro* primero, y el de *áncora de Grahán* despues, han venido á modificar la antigua fabricacion, en que el *Escape Duplex* lleva la mejor parte, porque más reducido el sistema, simplificaba la fabricacion: es un mecanismo sencillo y muy comun, pues estos relojes de longitudes, cuyas máquinas tienen un volante, que es el regulador, vinieron á disputar á la péndola sus grandes ventajas, de donde resulta que el hombre domina más el mecanismo, y al artista se le estimula, por lo mismo, para producir mejores obras. Vea V. este relój... Es *Duplex*, de Suiza, fijo como los ginebrinos y elegante como los americanos.

—Es bueno; sí señor, y lo peor de todo es que no marcha bien; esto es, que no va con el mio.

—Ni es posible que marchen iguales.

—¿Por qué?

—Porque el de V. es francés.

—Yo he observado constantemente, que los relojes suizos como los ingleses, jamás pueden marchar con la regularidad de un francés.

—Eso es manía de V.

—No hay tal manía... Es la verdad de una larga experiencia. ¿Pero debe V. admirarse de que no haya acuerdo entre dos máquinas, combinadas por el génio de naciones rivales?... Además, amigo Scott, este desacuerdo, por espíritu de nacionalidad, prueba más que nada la regularidad de sus movimientos.

—Entiendo, entiendo.

—Y ya que hablamos de relojes buenos, paremos nuestra atencion en el del famoso mecánico Habrecht.

—¿Qué relój fabricó?

—El de Strasburgo.

—Una de las maravillas más gloriosas que contaba la Alemania del siglo XVIII.

—Cierto.

La ciudad de Strasburgo se hallaba enriquecida por multitud de monumentos y obras muy notables de extraordinario mérito, distinguiéndose entre ellos una magnífica catedral, cuya elevadísima torre mide sobre 500 piés de altura.

Las crónicas aseguran, que antes de la edad cristiana existia en el lugar donde está aquella catedral construida un bosque sagrado, que fué más tarde destruido por los romanos, levantándose un templo á Hércules.

El reloj de dicha catedral, obra de Habrecht, fué construido en 1750. En él se observan todas las revoluciones del calendario, las ecuaciones solares y lunares, el cómputo eclesiástico y otras muchas preciosidades artísticas. Al dar las horas se inclinan los doce apóstoles ante el trono del Señor; ostenta asimismo un gallo como símbolo de vigilancia, el cual, cuando la campana marca las horas, agita las alas y produce un sonido imitado al de esa ave.

Refieren las crónicas de aquellos tiempos, que temiéndose que el autor de tan grande obra, conocida por la tercera maravilla de Alemania, pudiera construir otra análoga, y ser entonces aquella menos célebre, el magistrado le mandó sacar los ojos, y en venganza, el artista, despues de haber recibido tan brutal recompensa, cortó uno de los principales resortes de la máquina, quedando esta completamente imposibilitada de funcionar.

En los últimos años del pasado siglo, un hijo de aquella ciudad, de nueve años, llamado Schwilque, pasaba todo el dia observando el relój de la catedral, y era objeto constante de las reprensiones del anciano guardian de la basílica, como asimismo de sus padres,

por su escasa aplicacion y contínua falta de asistencia á la escuela.

Un dia el niño Schwilque preguntó con gran empeño al sacristan:

—¿Por qué no anda ese reloj?

—Muy curioso eres,—respondióle.—¿A tí qué te importa?

—Es que deberia ser una grande obra, cuando toda la máquina estuviese en movimiento.

—Ya lo creo,—contestó el interpelado;—este relój era conocido como la tercer maravilla del país.

—¿Y por qué no le hacen funcionar?

—Se te espera á tí para que lo consigas,—replicóle con ironía.

Callóse el muchacho, y el buen guardian se dirigió solícito á enseñar á unos extranjeros todas las bellezas artísticas y objetos importantes que encerraba la catedral, ganoso de aumentar su exíguo salario con algunas monedas, que le proporcionaba su oficio de *cicerone*.

Los viajeros lamentaron que la máquina del relój no se hallase corriente, extrañándoles que en un país tan artista no se hubiera atrevido ninguno á componerlo.

El jóven Schwilque, que habia acompañado á los viajeros y oido la conversacion, contestó con la mayor seriedad:

—Pues bien, yo le haré andar.

—¿Estás aún ahí, buena alhaja? Tú te has vuelto loco,—díjole el sacristan.

—No, en verdad,—repuso el niño postrándose de hinojos, y exclamando:

—¡Juro ante la presencia del Dios de los cielos que me escucha, y cuya proteccion imploro, que, contando con su ayuda, yo volveré la vida á esa máquina!... ¡Sí; hago voto de hacer andar el relój!

Quedóse despues en silencio murmurando una devota oracion. Los circunstantes se rieron de la promesa del muchacho, y se retiraron admirados de la formalidad y aplomo con que hablaba en medio de sus cortos años.

En cuanto halló solo al sacristan, que aún no habia vuelto de su estupor al ver la promesa del jóven desaplicado, rogóle pidiese á su padre le permitiese aprender el oficio de relojero; accedió gustoso el padre, y el jóven Schwilque comenzó á trabajar en el taller de un distinguido artista.

Los dias festivos y las horas que debiera consagrar al descanso, los ocupaba en estudiar la máquina de la torre.

. . . . . .

Cerca de medio siglo habia trascurrido, y el atrevido artista cumplia el juramento hecho ante la Providencia, en la torre de la catedral.

Era el 31 de Diciembre de 1842. Toda la comarca vestia gala, los habitantes se apiñaban en plazas y

balcones, las clases todas de la sociedad preparaban festejos y obsequios en honor del privilegiado artista: á las seis de aquella tarde el reloj habia de regir.

Las autoridades de Strasburgo dispusieron una lucida procesion, en la que se hallaba lo más distinguido de la ciudad y sus contornos.

Llegada aquella á la catedral, se celebró una solemne fiesta religiosa, para dar gracias al Señor por tan memorable suceso.

Schwilque, despues de recibir la bendicion del obispo, se dirigió sereno y con paso firme á la torre de la catedral, acercóse á la máquina y la tocó con su mano; al punto el reloj se puso en movimiento, el ángel marcó las seis, los apóstoles se inclinaron ante el Divino Maestro, el cuadrante señaló las revoluciones atmosféricas, agitó sus alas el gallo y produjo el canto, y la campana, doblando, anunciaba á los vecinos que se habia verificado el milagro, escogiendo la Providencia como instrumento á Schwilque.

. . . . . .

Una sola persona faltaba en tan solemne ceremonia.

El anciano sacristan, testigo del juramento, habia pagado algunos años antes su tributo á la naturaleza.

¡Cuál habria sido su entusiasmo en aquel dia!

—Cierto, cierto; se hubiese vuelto loco de contento.

Y Scott, diciendo esto, pidió el café, ron y coñac,

dispuesto sin duda á ponerse alegre. Yo que no pude dormir en toda la tarde, ni media hora, me disponia á volverme á la cama.

Eran ya mas de las nueve de la noche. En Ciudad-Real á esta hora no hay adonde ir. Esto le decia yo á Scott, y convinimos en tomar café, consumir las dos botellas que teníamos delante y dormir, para que al siguiente dia pudiéramos visitar detenidamente toda la poblacion.

Y así lo hicimos.

CAPITULO XIV.

Un paseo por Ciudad-Real.

Por fin llegó un dia en que no habia toros en Ciudad-Real.

Ni tenia sueño Scott.

Nos levantamos bien temprano y pudimos almorzar á las diez de la mañana. A las once, pues, estábamos recorriendo la capital. Ciudad-Real tiene nombre y apariencia de un pueblo principal, y hasta los restos de sus murallas le dan cierta apariencia, que en realidad no tiene. Es Ciudad-Real la capital de una provincia de tercer órden en el interior de la Península. Cuando salimos á recorrer sus calles nos creiamos encontrar en un pueblo antiguo como Toledo y casi destruido como Salamanca. Pero ¡vanas ilusiones! Recorrimos las plazas de la Constitucion donde está la

fuente erigida al famoso guerrero el *Capitan de las Hazañas*. En su pedestal se leian estas palabras: *Hernan Perez del Pulgar, el de las Hazañas, nació en Ciudad-Real en* 1451 *y murió en Granada en* 1531. *La ciudad natal consagra esta memoria al señor de los molinos de Tremecen, al héroe de Alhama, del Salar, de Guadix, de Salobreña, de Granada, y de Mondéjar*. Scott apuntó esta inscripcion y seguimos recorriendo la plaza del Pilar, la de Santiago y el paseo del Prado, las calles de Calatrava, de Toledo y de la Féria, y pudimos convencernos de que Ciudad-Real no tiene nada en su interior que justifique su nombre, ni el aspecto exterior que presenta con sus muros arruinados y su cielo alegre y dilatado; porque aunque todas sus apariencias son de una remota antigüedad, apenas si tiene un vestigio que justifique haber sido pueblo anterior á la Edad Media. Y sin embargo, los Romanos lo fundaron con el nombre de *Libium-Castrum*, por más que hasta principios del siglo XII no habla de él la historia, aunque con el nombre de Puebla de Pozuelo. En el siglo XIII, se llamaba Pozuelo Seco de Don Gil, y en 1262, pasando por él Don Alonso X, para Andalucía, le concedió varios privilegios, incluso el de villazgo, con el nombre de *Villa-Real*, dándole como término de su jurisdiccion las aldeas de Zuheruela, Villar del Pozo, Signoruela, Poblet y Albatat, con todos sus campos, montes y dehesas, y fundó tambien en ella la parroquia de Santa María del Prado.

En Villa-Real murió en 1275 el infante don Fernando de Castilla. En 1276 reunieron en la villa sus tropas don Sancho y don Lope Diaz de Haro. Don Alfonso XI tuvo una entrevista en 1344 con los embajadores del rey de Marruecos, y celebró córtes dos años despues, siendo Villa-Real teatro de no pocos sucesos, durante los siglos XV, XVI y XVII, pues por carta de don Juan I, perteneció desde 1383 á Leon V, rey de Armenia, y desde 1420 fué declarada ciudad por don Juan II, con los nombres de *La muy noble y muy leal ciudad de Ciudad Real*. Tuvo voto en córtes, formó dote de los pueblos que pertenecieron á doña Juana, y en 1469 se declaró á favor de don Enrique. Tenia tribunal de Inquisicion en 1483, chancillería en 1494, y cabeza de partido de su tierra y todas sus villas desde 1609, contando veintiun regimientos.

Y aquí llegaba yo con todas las noticias de Ciudad-Real, cuando Scott me interrumpió diciendo:

—Pero basta de historia hablada: es preciso que veamos algo vivo.

—¡Ah!... Lo que V. quiere es ver algun edificio, alguna ruina, algun escombro siquiera. ¿Es eso?

—Eso, eso mismo; edificios, ruinas, escombros.

—Edificios veremos algunos, si no muy antiguos, de los siglos XV y XVI al menos; pero ruinas ni escombros no existen. Mire V. la parroquia más antigua de la ciudad.

—¿Cómo se llama?

—Santa María: pasemos y visitémosla.

Al entrar Scott en el templo miró á las bóvedas, observó aquella elevacion tan enorme y el estilo gótico de todo el templo, con admirable sorpresa. En efecto, Santa María es un templo suntuoso. De elegante y esbelta forma, todas sus naves y los detalles del estilo gótico, que es el que más domina en el edificio, no pueden ser más sencillos ni más bien combinados. El altar mayor es obra de los mejores tiempos del arte. Montañés hizo las esculturas, y Giraldo de Melo las estofó y doró el retablo en 1616. Se observa en el trazado de esta gran obra una confusion, que la hace más graciosa y elegante. En ella están amistosamente debatiendo los cuatro órdenes de arquitectura: el dórico, el jónico, el corintio y el compuesto; pero combinadas de tal manera, que nada sobresale ni desdice, y por el contrario, de tan extraña agrupacion resalta un conjunto muy maravilloso. La sillería de nogal que está en el coro, tambien es bonita.

Lo mejor del templo, como recuerdo histórico, es la iglesia de N. S. del *Prado*. En el siglo VIII ya daban en ella culto los católicos de la antigua villa de Puebla del Pozuelo, y en 1102, en ocasion de ser presentada la imágen al rey don Alfonso VI, desapareció de entre las manos del capellan que la conducia, y apareció en el prado, donde habia tenido su primitivo templo. El camarin de esta imágen, guarda-joyas de gran valor y cuadros muy buenos, como la Concepcion, de Lúcas

Jordan, y la cabeza del Bautista, de Eugenio Caxés. Entre los vestidos de la imágen hay uno de oro y plata, regalo del rey don Fernando III en 1242. Mi amigo Scott, haciendo sus apuntes en la cartera, se encantaba de estas joyas artísticas, y mirando á la bóveda me preguntaba:

—¿Qué banderas ó estandartes son esos de allí arriba?

—Son los pendones que sirven para la proclamacion de los reyes.

—¿Pero todos los reyes de España se proclaman aquí?

—No señor: por privilegio de don Enrique III, los pendones alzados á la proclamacion de un monarca, se remiten á esta iglesia para que los custodie. Por lo demás, poco podemos ver aquí dentro, amigo Scott. Lo mejor es recorrer las capillas, ver algunas esculturas y cuadros, y marcharnos á ver otra cosa.

Y en efecto, así lo hicimos. Despues de leer algunos epitafios, de admirar algunas esculturas y de reirnos de algunos lienzos muy malos, salimos de Santa María, gratamente impresionados. Frente á su fachada principal, Scott me preguntó:

—¿De qué tiempo es el decorado de esta portada?

—Del siglo XV.

—Pues la torre no parece de esos tiempos.

—Como que se comenzó en 1831 y se terminó en 1835. Mire V., la campana que está en esa ventana... ¿La vé usted?

—Sí, la veo muy bien.

—¿De qué época cree V. que es?

—Quizás del siglo XVI.

—Más antigua.

—¿Del siglo XV?

—No señor; del siglo XIII: fué regalo del rey Fernando III el *Santo*, que visitó este templo acompañado de su esposa doña Juana y de la reina Berenguela, mujer de don Alfonso IX... Vamos por esta calle á San Pedro.

Y emprendimos, calle abajo, á continuar nuestra visita de viajeros. La parroquia de San Pedro es un templo muy antiguo. No tiene importancia para el viajero, si se exceptúa la sillería del coro y el cuadro del célebre Vicente Lopez. En la parroquia de Santiago, la más antigua de Ciudad-Real, nada vimos que nos llamara la atencion; en cambio en los conventos de monjas de las Franciscanas, de las Dominicas y de las Carmelitas, pudimos admirar muy buenas pinturas de los siglos XVII y XVIII, y esculturas primorosamente talladas. Existian antiguamente en Ciudad-Real hasta seis conventos de frailes; el de Mercenarios, hoy ayuda de parroquia la parte de iglesia, y el convento Instituto provincial; el de Franciscanos, convertido en cuartel; el de San Anton; el de San Juan de Dios que sirve de hospital; el de Dominicos y el de Carmelitas, y todos ellos sirven hoy para enseñar el lujo que tuvo la ciudad en monasterios y templos católicos.

pues contó hasta el número de 22 entre unos y otros.

Tiene tambien Ciudad-Real dos recuerdos notables: el hospital del arzobispo Lorenzana y la cárcel de la Hermandad. El hospital era, en los mediados del siglo VIII uno de los establecimientos más notables que existian en España, para la caridad y educacion de los pobres. La cárcel de la Hermandad nos recuerda los tiempos de D. Fernando III, que de su época es cuando establecieron tres audiencias con el nombre de hermandades, una en Pozuelo de Don Gil, otra en Ventas y la otra en Talavera de la Reina, con una compañía de cazadores cada una de ellas, para la persecucion de ladrones y asesinos. La Inquisicion, establecida en Ciudad-Real, en 1483, tenia tambien mando en esta cárcel, que perdió su principal carácter en 1835, cuando se extinguieron las hermandades. Aparte de estos edificios, Ciudad-Real tiene minas, tierras muy fértiles, telares para paños y lienzos, y es un pueblo muy alegre.

Scott y yo habiamos recorrido todas las calles, visitamos todos los mejores edificios; tomamos café en el casino, jerez con jamon en el café de la Plaza, y rendidos hasta no poder dar un paso más, nos fuimos á la fonda. Eran las cinco de la tarde. A las seis y media estábamos comiendo. A las ocho jugábamos unas carambolas en el casino, donde cenamos á las doce y bebimos hasta las dos. Scott estaba como loco de contento. Habia encontrado un vino riquísimo, vino comun, manchego, suelto, limpio, con un sabor á añejo que le ha-

cia más agradable. Celebrando este vino nos bebimos hasta seis botellas. A Scott se le trabucaba la lengua. Yo encendia los puros al revés. Y sin embargo, Scott queria volver á las carambolas. Yo, que temia el ridículo que haríamos en el billar, me negué á jugar, y nos fuimos á dormir, que es lo mejor que se puede hacer despues de terminar una cena con seis botellas de vino.

. . . . . .

A las cinco y media de la mañana nos dirigimos á la estacion, con las manos entumidas y las piernas con calambres, del frio tan horroroso que se dejaba sentir. Scott se soplaba las uñas y me decia:

—Es una hermosa mañana para cazar...

—Desde una chimenea donde ardan unos grandes leños...

En esto llegamos á la estacion. Scott, con la sombrerera y la manta. Yo embozado hasta los ojos. Llenamos la castaña de aguardiente, tomamos café, bebimos ron y yo encendí un puro. Las gentes comenzaron á meterse en los wagones, subimos á nuestro asiento, y un minuto despues dejábamos á Ciudad-Real, sabe Dios hasta cuándo. Scott sacó la cartera y apuntó lo siguiente: «Ciudad-Real, pueblo romano de Don Gil: »Hermosa plaza de toros, pero no tiene toreros bue»nos.—Las gentes muy brutas, que no tienen mira»mientos para el extranjero y le gritan y le insultan.— »Hubo Inquisicion y hermandades que ahorcaban por »su cuenta.»

Yo, con la sonrisa en los lábios, dije á Scott cuando acababa su nota:

—¿Se propone V. escribir algo de España?

—Se entiende que sí, cuando tomo estos datos.

—Geroglíficos, querrá V. decir.

—Geroglíficos ó datos que yo entiendo muy bien.

Yo continuaba sonriendo, no por Scott, ni por sus notas. Me reia al recordar el libro que Alejandro Dumas escribió despues que visitó á España, donde nos pone de chupa de dómine, con datos tan notables como los que da en su *Diario de un viajero*, muy parecidos á las notas de Scott.

Los extranjeros son notables para comunicar sus impresiones.

CAPITULO XV.

De Ciudad-Real á Argamasilla.

Pensando iba yo en el libro de Dumas cuando Scott, cerrando su cartera, me pregunta:

—¿A dónde vamos ahora?

—A La-Cañada primero, al apeadero de La-Cañada y á Argamasilla despues.

Las siete serian de la mañana. El dia amanecia claro. No se veia un árbol en aquellos llanos que recorria la locomotora. Un frio glacial entraba por las hendiduras de las portezuelas del wagon. Scott, descorriendo las cortinillas, queria dar al coche la luz que habian quitado al apagar la que venia ardiendo en el techo, y fijándose en los inmensos llanos que teníamos delante, me decia:

—¿Qué comerán estos carneros que están en esos barbechos?

—Poco comen aquí: los pastos no son muy abundantes, y sin embargo, observe V., que no está flaco este ganado.

—¿Esta raza es española?

—Sí y no: la especie ovina de raza merina, que es esta que ve V. aquí frente, está ya establecida en España desde tiempos muy remotos, y al decir de todos los historiadores en la agricultura, aunque se cree importada del Ásia por los árabes, ha experimentado notables mejoras, debidas al cruzamiento y al cuidado en su cria. La raza merina sajona, considerada como la más superior respecto á la calidad de sus lanas, es debida al cruzamiento de las razas españolas con las inglesas. El ganado lanar, atendidas las necesidades de la industria y del consumo de las poblaciones, tiene que satisfacer á dos condiciones que exigen nuestros mercados: la finura y abundancia de la lana y la calidad de las carnes.

Bajo el punto de vista industrial, las diferentes variedades ó especies que han resultado del cruzamiento de nuestras razas merinas, que se han distinguido por la finura de sus lanas sobre otras de algunos condados de Inglaterra, han proporcionado tipos magníficos de moruecos y de ovejas, que han alcanzado un precio fabuloso, atendidas las circunstancias del territorio y situacion de los paises, como sucede en las pampas ó

llanuras del Sur de América, en que las necesidades y el valor de la carne se habian considerado hasta ahora de poca importancia, salvo los modernos procedimientos empleados en su conservacion para exportarlas; mientras que la lana hoy figura como uno de los más poderosos elementos de riqueza de aquellos paises, en sus transacciones mercantiles para con los distritos industriales del globo.

En Europa, por ejemplo, donde el consumo de la carne va siguiendo las mismas proporciones de aumento que la poblacion, así como su precio, debemos tener en cuenta estas condiciones, que seguramente hallamos en las mejoras que resultan del cruzamiento y de la cria. Objeto de sérios estudios é investigaciones es tambien, hoy más que nunca, el proporcionar á nuestro pais los medios para fomentar su ganadería.

—¿Y en España, no comen el caballo?

—No señor.

—Pues en Inglaterra sí.

—Y en Francia.

—Ya lo sé: segun una reciente estadística, el consumo de carne de caballo se va ya generalizando en París en constante progreso ascendente: durante el tercer trimestre de este último año, se han consumido en París 1.155 caballos, ó sea 411 más que en igual trimestre del año anterior. El precio de los caballos entregados al matadero varía, y sube ya de 125 á 150 francos, ó sea 100 más de lo que alcanzaban cuando

eran entregados á los fabricantes de grasa. El aumento de consumo de dicha vianda, se desarrolla igualmente en otros departamentos.

Y en esto el tren paró. Habíamos llegado á La-Cañada. Scott, empinándose la castaña, me preguntaba:

—¿Qué clase de pueblo es este?

—Una villa que apenas cuenta 70 casas.

Y el tren comenzó á rodar de nuevo. Scott miraba atónito aquellos eriales que recorria la locomotora, sin darse cuenta del por qué no habia un solo árbol. Las provincias manchegas, en su mayor parte, no conocen los montes á que Andalucía y Extremadura deben tanto. Scott me decia:

—¡No hay un sólo árbol en estas comarcas!

—Es una verdad, amigo mio; aquí, como en casi toda España, se presta poca atencion á la riqueza forestal. Y si se examina la utilidad de los árboles, no se puede desconocer la importancia del papel que representan en la flora general del globo. Dotados de un temperamento rústico y vigoroso, viven en terrenos, cuya aridez aleja toda otra vegetacion, y los mejoran poco á poco con la frescura de su sombra.

Todo el mundo sabe, que mediante la siembra de pinos marítimos en las dunas del golfo de Gascuña, se ha detenido la invasion del litoral.

Por otra parte, los coníferos están llamados á representar un papel importante en la repoblacion de las montañas.

A estos preciosos árboles se deben ciertos productos de un uso tan universal como la resina y sus derivados, y las emanaciones saludables de los bosques resinosos se emplean hoy con éxito en medicina como agentes terapéuticos.

Hay que saber, que el gusto en jardines, que en nuestra época ha hecho tan notables progresos, da á los coníferos como árboles de recreo, gran importancia.

Haciendo justicia á la fertilidad del suelo de España, recuerdan muchos botánicos las maravillas que el trabajo del hombre consigue en otras partes. La fresa, por ejemplo, se coge en Francia aun en los meses más frios, y en la misma Alemania se cosechan en todas estaciones frutos de que nosotros carecemos. Y es que aquí ni utilizamos el agua, ni mejoramos los cultivos, ni nos cuidamos de los abonos. Faltan además comunicaciones, y la administracion impone trabas sin cuento. Por estas causas, hay que aplaudir la proposicion de ley presentada al Congreso, hace pocos años, para fomento del arbolado, que si llegara á plantearse, proporcionaria las ventajas inmensas que de los árboles se obtienen para purificar la atmósfesa, fortificar la tierra y atraer las lluvias.

Plantar un árbol era obligatorio á todo navarro, segun las precripciones de sus fueros; más cual si la obligacion contraria se impusiera á todo español, comarcas enteras hay, como esta que recorremos, donde se cree que la sola sombra de un árbol basta á hacer improduc-

tiva una fanega de tierra. Y tiempo es ya que tan extraña preocupacion desaparezca y que la verdad se abra camino: el arbolado es indispensable, necesario y conveniente hasta para la misma existencia de las tierras de pan llevar. Pero esto no lo comprenden los labradores españoles, y hay que hacer en España una ley para fomentar el arbolado y para librarlo de agresiones. Para que se vea cuán necesario es todo esto, citaré á V., amigo Scott, el siguiente hecho: De 500 álamos plantados en 1866 en Colmenar Viejo, solo sobreviven cinco, que se hallan en un magnífico estado de vejetacion, y estos cinco acaban de ser vendidos al tahonero del pueblo... ¡para leña!...

—Entonces, y por lo que V. cuenta, la riqueza forestal no tiene importancia en España.

—No tal; pero nada tan oscuro para el país, hasta poco há, como el conocimiento de sus montes. El número y extension de nuestros montes, que encierran una poderosa riqueza, nos era desconocido. Nos eran desconocidos tambien sus productos. Nos eran desconocidos, en una palabra, el censo de esta parte del patrimonio público, para fundar sobre datos, siquiera aproximados, las bases de su futura restauracion y fomento.

Todos los gobiernos que se han sucedido desde que las Ordenanzas generales de 1833 abrieron nueva época al ramo de montes, procurando con mayor ó menor acierto conocer el censo forestal de España; empero, los resultados no correspondieron á las altas miras de la

Administracion, que no contó, ni cuenta hoy, con todos los elementos al efecto necesarios. No obstante, en 1855, la junta de Montes nos presenta una extensa Memoria que señalaban la extension, situacion y especies de las principales masas de bosques, sabiéndose desde entonces que la superficie forestal de España era de 25.665,576 fanegas, y de ellas habia 15.665.576 sin arbolado, y 10.000,000 con él.

Clasificada esta extension bajo el punto de vista de la propiedad, correspondia 6.000.000 de fanegas de los montes con arbolado al dominio público, y 4.000.000 al particular, y todas ellas, clasificadas por el órden de importancia de las especies arbóreas que las poblaban, aparecen en las siguientes proporciones:

Encinares.....	4.000.000	fanegas.
Robledales.....	2.200.000	»
Pinares.....	2.100.000	»
Hayales.....	1.400.000	»
De las demás especies.....	300.000	»
Total.....	10.000.000	fanegas.

Estos datos satisfacieron poco, y el gobierno, por otra nueva organizacion que dió más tarde al ramo de montes, recibió en 1859 noticias más circunstanciadas de la riqueza forestal, resultando de ellas que España contaba con 10.186.042 hectáreas de montes. De estos estaban exceptuados 6.748.482, y 3.427,560 eran enajenables.

La division general de este censo forestal era la si-

guiente: pertenecian al Estado 3.494 montes exceptuados, que medían una superficie de 467.566 hectáreas, y los enajenables 1.639, con 2.039 hectáreas: pertenecian á los pueblos 16.238 montes exceptuados, que median 6.238.125 hectáreas, y enajenables 9.058, con 3.187.427: pertenecian á los establecimientos públicos 53 montes exceptuados, que median 52.791 hectáreas, y enajenables 175, con 36.441. Estos datos ofrecen el siguiente resúmen:

Clasificacion.	Montes.	Hectáreas.
Del Estado.....	5.133	671.258
De los pueblos.....	25.285	9.425.552
De los establecimientos públicos.....	228	89.232
	30.646	10.186.042

Estas cifras fueron modificadas en 1862, cuando se declararon vendibles 11.872 montes, que comprendian una extension de 2.106.423 hectáreas, sobre los 10.872 montes, con 3.427.560 declarados enajenables en 1859, ó sean en junto 22.634 montes, con una superficie de 5.533.983 hectáreas entregadas á las especulaciones del interés industrial, objeto principal de las leyes desamortizadoras de la riqueza pública.

La *Memoria estadística de la produccion de los montes públicos en los años de* 1861-1865, presentada al Ministro de Fomento por la Direccion general de Agricultura, Industria y Comercio, en Marzo de 1866, es

un documento curioso que con un método uniforme da la luz necesaria para conocer en algo la riqueza forestal, en el quinquenio á que la misma se refiere.

Examinando la referida Memoria se ve que el producto forestal de España en el quinquenio de 1860-65, es el siguiente:

PRODUCCION EN METÁLICO.

Ordinarios.....	7.869.046	escudos.
Usos vecinales.....	2.710.404	»
Arboles derribados por los vientos.....	100.218	»
Productos incendiados.....	117.086	»
Aprovechamientos fraudulentos.....	220.542	»
Total.....	11.033.296	»

La produccion en *especie* ofrece el siguiente cuadro:

Ordinarios.....	408.778	escudos.
Usos vecinales.....	14.925.988	»
Arboles derribados por los vientos.....	1.9514	»
Productos incendiados....	184.804	»
Aprovechados fraudulentamente.....	2.500.505	»
Total.....	18.693.590	»

Es decir, que en metálico y en especie han producido la suma de 29.726.886 escudos. Para completar en estas noticias los productos de los montes que administra el ministerio de Hacienda, faltan todos los de las provincias de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, cuyos datos aún no han visto la luz pública, y no se puede, por tanto, hacer consideraciones sobre los mismos, teniendo que limitarnos á los estados ya expuestos.

Examinando detenidamente el cuadro de productos forestales por provincias, segun los datos oficiales á que me vengo refiriendo, pueden hacerse por ellos cuatro grupos, que lo forman en sí, el primero, las provincias de Zaragoza, Leon, Badajoz, Soria, Guadalajara y Almería, que produjeron en el quinquenio expresado 1.120.824 á 1.006.356 escudos; el segundo, las de Salamanca, Palencia, Toledo, Segovia, Sevilla, Santander, Búrgos, Ciudad-Real, Cuenca, Lugo, Cádiz, Huelva, Murcia, Orense, Cáceres, Jaen, Madrid, Santander, Valencia, Valladolid, Barcelona, Huesca y Lérida, que produjeron de 999.480 á 510.581 escudos; el tercero, las de Avila, Málaga, Zamora, Albacete, Córdoba, Teruel, Canarias, Logroño, Navarra, Pontevedra, Tarragona, Castellon y Granada, que produjeron de 447.123 á 100.180 escudos; y el cuarto, las de Alicante, Oviedo, Barcelona, Baleares, Gerona y la Coruña, que produjeron de 91.861 á 8.586 escudos.

Clasificados por órden de importancia y con respecto á su propiedad la produccion relativa de cada grupo, se ve que en el quinquenio

Los de los pueblos representan.....	50,60	por 100	del total.
Los enajenables.....	27,43	»	
Los de aprovechamiento comun.....	11,63	»	
Las dehesas boyales....	5,69	»	
Los del Estado.....	3,81	»	
Los de los establecimientos públicos.....	0,84	»	

Si atendemos á la clasificacion de los productos, en cuanto á la forma en que son aprovechados, se tendrá que los disfrutes con destino á usos vecinales representan el 59,35 por 100 de la produccion en los cinco años.

Los ordinarios.....	27,85	por 100 de su total.
Los productos aprovechados fraudulentamente.	9,15	»
Los incendiados.....	3,22	»
Y los árboles derribados por los vientos.....	0,43	»

En resúmen: si estos datos se comparan con los productos forestales obtenidos por igual época en Italia, Francia, Bélgica, Suiza, y otras naciones, resultará que España está muy por bajo de estos países, y solamente puede compararse al imperio de Austria, cuyos montes, en lo general, guardan mayor analogía con los de la Península.

Y que contamos con médios positivos para mejorar la produccion forestal en España, no se puede poner en duda: basta conocer la apatía de los propietarios rurales y el indiferentismo con que hasta aquí todos nuestros labradores han mirado los montes, que casi un 13 por 100 de su produccion es presa del fraude, del incendio ó de los derribos, que ocasionan las malas prácticas de resinacion, y el abuso de arrancar teas de los pinos, con diversos fines. Por otra parte, el servicio de los montes no cuenta hoy, y menos anteriormente, con el suficiente número de celadores y guardas en-

cargados de su custodia, que evitasen tantos daños, ó al menos que redujesen sus efectos á los menores límites.

Más interés por parte de todos, y la superficie forestal que posee España, se estenderia más y más, aumentándose así su riqueza. No digamos que el monte maderable fuera toda la campiña de la Península, ni mucho menos; que los ricos valles, los fértiles campos, las suaves laderas y las fecundas vegas, deben dejarse para que el brazo del hombre renueve anualmente los frutos; pero de las escarpadas pendientes, de los arenales movedizos, de las altas cumbres donde sólo reina el huracan y el trueno, de los desiertos donde sin el arbolado bajaria la asolacion á los campos, allí árboles para madera, para dar leña al hogar, ricas tablas á la industria y erguidos mástiles á los mares, dando el brazo á los hilos telegráficos, y estableciendo la base en que descansan los rails, que comprimen las ruedas de la veloz locomotora; y todos estos lugares improductivos si se quiere para la agricultura, repoblarlos de arboleda útil que diera grande importancia á los montes de la Península, y variára el estado tan poco satisfactorio que cuenta España en sus productos forestales, para que figure al lado de las demás naciones, en este punto de riqueza, como era menester; es decir, en el lugar que le corresponde.

Y no se diga que nuestro suelo no es á propósito para árboles útiles; pues tenemos entre los mejores pa-

ra aclimatar en nuestros montes, el *Seguoia gigantea*.

—¿Qué árbol es ese?

—El Seguoia, amigo mio, es un arbusto corpulento, perteneciente á la familia de las coníferas, segun han afirmado botánicos y horticultores respetables. La procedencia de este arbusto es de las escarpadas montañas de la California, donde vive con entera lozanía, reuniendo por término medio una altura de 100 metros, por 10, 12 y aun 14 de diámetro.

Muchos años há, que viajeros que recorrian las montañas de la California, al regresar á Europa hablaban de un árbol colosal que vivia bajo la ardiente atmósfera de aquel país, cuyo clima es abrasador; pero es lo cierto, que á ninguno se le habia ocurrido la idea de ver y estudiar la manera de importarlo á Europa, hasta que ya en 1854, en varios pueblos de las costas francesas, fueron traidos desde aquellas apartadas regiones, de donde es originario, varios ejemplares del Seguoia, con el fin de ver si se podria aclimatar entre nuestros campos y bosques. En efecto, numerosos y felices ensayos hechos hasta el dia nos han venido á demostrar que, el *Seguoia gigantea* puede vivir en Europa, sin perder nada de la majestuosa apariencia con que se da en el país de donde es originario, resultando de aquí que este arbusto, estendida su aclimatacion por nuestras provincias, está llamado á ocupar un sitio muy importante en nuestro cultivo silvestre, y aun en nuestros jardines y paseos.

Así lo vió Mr. Leroy del departamento de Angers, cuando en 1860 ofreció al jardin de Aclimatacion de París un ejemplar como de unos dos metros de altura, en la seguridad de que tan pronto como fuesen conocidas las ventajas del Seguoia sobre los demás arbustos maderables que se crian en Europa, su plantacion se propagaria rápidamente.

El resultado que ofreció el pié de Seguoia de monsieur Leroy no pudo ser más satisfactorio. Plantado en Octubre de 1860, experimentó en los primeros dias un corto decaimiento en su vegetacion, como sucede en esta operacion á la mayor parte de los arbustos robustos y corpulentos.

A su primer renuevo solo midió 25 centímetros.

Su crecimiento ha ido aumentando sensiblemente en cada año.

En el de 1866 media un metro más.

En el de 1867 un metro y 29 centímetros.

Por este resultado vemos, que este arbusto que en 1860 era de dos metros de alto, en Diciembre de 1869 media 7 metros 59 centímetros, alcanzando una circunferencia de 1 metro 42 centímetros en su base y de 90 centímetros á la altura de 1 metro.

Este hermoso ejemplar no ha esperimentado ningun contratiempo en los rigurosos inviernos que se han sentido desde 1860 en París, y su crecimiento es tal, que traspasa en altura á todos los demás árboles que le rodean en el jardin de Boulogne.

Para la propagacion y aclimatacion del Seguoia, solo una cuestion quedaba por resolver, y cuyos resultados han sido los más satisfactorios. Como era difícil adquirir semillas en alguna cantidad, y siempre á un precio bastante elevado, los horticultores franceses ensayaron el verificar plantaciones por medio de estacas. En un principio solo pudieron obtenerse por este procedimiento plantas raquíticas y enfermas.

Estos resultados estaban muy lejos de ser lo que todos esperaban.

De aquí provinieron grandes discusiones entre los que aseguraban rotundamente, á pesar de estos primeros infructuosos ensayos, que podria sacarse partido de las plantaciones por estacas, y los que afirmaban no se obtendrian con ningun procedimiento buenos resultados.

Mr. Paillet, partidario de la primera opinion, descubrió por fin la causa de estos malos resultados, y que como sucede bastante á menudo en la aclimatacion de las plantas de algun valor, no provenian de otra cosa que del excesivo cuidado que se habia prodigado, y así, pues, dejando á un lado los tiestos y macetas; abandonando los cajones y reservas, los tutores, abrigos, estufas, etc., puso las estacas en viveros al aire libre, plantándolas en el suelo y dejándolas entregadas á todas las injurias del tiempo.

Con este procedimiento tan sencillo, obtuvo árboles tan hermosos como los procedentes de las semillas

importadas á Europa de los plantíos de la California.

El mismo Mr. Paillet regaló en 1861 al jardin de Aclimatacion de París, hasta seis estacas, todavía tiernas, que tenian 25 centímetros de altura, para que con ellas se hiciesen en los jardines nuevos esperimentos, plantándolas en el lugar donde el terreno reunia mejores condiciones.

El director del bosque de Boulogne, siguiendo los consejos de Mr. Paillet, mandó colocar las estacas en agujeros cuadrangulares de unos 50 centímetros, rellenándolos con tierra vegetal para facilitar así su pronto desarrollo, y esto bastó para que el público haya podido admirar en muy pocos años el crecimiento del Seguoia, que ha seguido el órden siguiente:

A fines de 1867 median, término medio, un metro 50 centímetros, y 80 centímetros de circunferencia en la base.

A fines de 1868 median tres metros, 14 centímetros y 19 de circunferencia.

Estos hechos, que pueden observarse diariamente en el jardin de París, prueban sin género de duda alguna que deben esperarse grandes resultados del *Seguoia gigantea*, ya muy apreciado por sus cualidades de adorno y belleza.

En la actualidad se comienza á estudiar sus condiciones forestales, y despues entrarán los químicos á saber qué se puede sacar del Seguoia en favor de la humanidad y de la ciencia.

En esto el tren paraba. Scott, sacando la cabeza por la portezuela del wagon, preguntaba:

—¿Qué pueblo es este?

—Aquí no hay poblacion; es un apeadero para una propiedad particular, por eso se llama Apeadero de La-Cañada.

Y el tren marchaba de nuevo. Scott comenzó por celebrar conmigo las ventajas que reportaria al país repoblar los campos con los *Eucaliptus* y los *Seguoias gigantes*, árboles colosales importados nuevamente á Europa, donde se dan con la misma lozanía que en los paises de donde son originarios. El *Eucaliptus* mide hasta 90 metros á los 120 años y da cuarenta y ocho aceites medicinales, y el *Seguoia* mide hasta 100 metros á los 150 años, por 15 y 17 de circunferencia á su base. Para la industria maderable no se conocen mejores árboles, y sin embargo, de los primeros son pocos ejemplares los que hay en España, y de los segundos no hay ni siquiera uno.

Hablando de esto íbamos cuando el tren acortaba su veloz carrera. Pocos instantes despues parábamos en otra estacion, donde un hombre gritaba desde el anden:

—¡Argamasilla, cinco minutos!

Scott bajó del wagon á proveerse de aguardiente y de rosquillas.

CAPITULO VI.

La Argamasilla de Cervantes.

Habia llenado Scott su castaña de aguardiente y habia colmado su pañuelo de rosquillas, que me ofrecia dentro del wagon, cuando el tren partia de nuevo en direccion á Puerto-llano.

Scott engullia, una tras otra, las rosquillas y bebia aguardiente mirando las hojas de su cartera y pensando en aquellas notas que solo él entendia, cuando para sacarle de su meditacion, le pregunté:

—¿En qué piensa V.?

—Si no estoy equivocado... D. Quijote... *el autor de Cervantes*... era de Argamasilla.

Yo solté la carcajada sin poderme contener. Scott, comprendiendo mi risa, me mostraba su cartera diciéndome:

—¿Se rie V. porque habré dicho alguna tontería?

—Sí señor.

—Pues lea V. aquí lo que dice: «D. Quijote, el mejor »escritor español, autor del libro titulado *Cervantes*, »nació en Argamasilla.»

—Ni lo uno ni lo otro, amigo mio, porque ni *Don Quijote* ha existido, ni se ha escrito el libro de que hace mencion esa nota. Lo que hay de verdad es, que en el siglo XVI existió un escritor notable, nacido el año de 1547 en Alcalá de Henares, segun unos, ó en Alcázar de San Juan, segun otros, llamado Miguel de Cervantes Saavedra, autor de la inmortal obra *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*. Usted confunde lastimosamente al autor con el título de su libro, y á Argamasilla con el lugar de la naturaleza de Cervantes, sin duda por la prision que sufriera el ilustre escritor en este pueblo.

—Cierto; me engañó el camarero de mi hotel en Madrid, al darme este dato.

—No son los camareros de las fondas españolas los más autorizados para estas noticias literarias.

—¿Pero, quién era Cervantes, y por qué estuvo en Argamasilla?

—Cervantes, amigo mio, fué el genio más grande que tuvo el mundo en el siglo XVI. Poeta original, fué el mesianista que supo adivinar el porvenir destruyendo todo lo ridículo, todo lo que aun su época guardaba del pasado, escribiendo desde la casa-prision del Sr. Medrano, alcalde de Argamasilla, su inmortal *Don Quijote*.

Los héroes de esta hermosa fábula son dos solamente: *Sancho Panza*, esto es, la realidad ruda é ignorante que no toca más que lo palpable; el hombre que vive viéndose á sí propio; y *D. Quijote de la Mancha*, esto es, el caballero andante, lo ideal hasta el delirio; la fantasía ridícula, grotesca, que habia vivido desde largos años en el castillo feudal y en la casa del menestral, y que vivirá eternamente con el último hombre.

Mientras uno sueña, el otro se encarga de enseñar la verdad grosera de la materia.

Y esta lucha gigantesca, colosal, que siempre ha existido con el hombre, viene á matar las preocupaciones, á destruir los desencantos y las quimeras en que el hombre fanático, impresionable, como nacido en este suelo meridional, se da á soñar y á ver lo que no existe.

Pero hace más todavía Cervantes; que mata tambien, y para siempre, el orgullo estúpido que engendraban en el hombre los antiguos libros de caballería, matando con él el falso y extraviado idealismo que todo lo perturba, y al grosero positivismo que todo lo corrompe, como inspirados por el interés y guiados por la ignorancia. ¿Hay otro hombre que hiciese lo que Cervantes?

—¡Oh, sí; Shakespeare, segun he oido á los sábios de mi país.

—Ilusion; pura ilusion. Shakespeare fué, ciertamente, el precursor de Cervantes. Pero ¿dice esto que

hiciese lo que el autor de *Don Quijote*? El poeta inglés fué el primero que protestó del ideal antiguo; pero Cervantes fué el que lo mató con el ridículo y lo enterró con la burla, armándola de rodela y celada para luchar con las aspas de los molinos y las ovejas que pacian en el prado... ¡Ay! Cervantes, amigo Scott, llena todo un siglo con su nombre. Nacido pobre, era paje en Roma á los diez y siete años, soldado en 1571 en la expedicion de Lepanto, cautivo de los moros de Argel en 1580; humilde empleado en Hacienda en 1594, y pobre y miserable á su muerte en Madrid, en 1616. Su inmortal libro *Don Quijote* imprimióse por primera vez en Madrid en el año 1605, por el librero Juan de la Cuesta, y en el mismo año se hizo segunda edicion por cuenta del mismo impresor, amen de otras dos hechas en Valencia, é igual número en Lisboa. Dióse otra en Bruselas en 1607, una tercera edicion de la de Madrid en 1608, otra en Milan en 1610 y otra en Bruselas en 1611.—Las ediciones y traducciones de este libro, en las diversas naciones del mundo, ofrecen la siguiente estadística:

En español	369
En catalan	7
En mallorquin	3
En francés	108
En inglés	206
En portugués	81
En italiano	98
En aleman	31

En sueco	13
En polaco	8
En ruso	3
En dinamarqués	6
En griego	4
En latin	1

De donde se ve, que ha sido traducido á 13 idiomas, y se han publicado hasta 940 ediciones, sin contar las que se hayan hecho en América, donde no bajarán, seguramente, de otras 100, siendo así 1.040 ediciones. Dudo mucho que libro alguno, fuera de la *Biblia*, logre tantos honores en el mundo literario.

A Argamasilla de Alba fué el ilustre escritor comisionado para la ejecucion de unos pagos, y estando desempeñando su cometido, fué preso por Medrano, alcalde del pueblo, componiendo en la prision su *Don Quijote*, para espanto de las gentes y admiracion del mundo.

La Argamasilla de Alba no tiene nada importante para el viajero, fuera de la casa de Medrano, que existe en pié, para testimonio del respeto que los españoles guardan al ilustre manco de Lepanto; la parroquial, obra del siglo XVII, y la casa de Ayuntamiento, que se construyó en 1773. Fuera de esto nada se encuentra en este pueblo, sino lo que en todos los de la Mancha: el recuerdo de Cervantes, que será imperecedero, mientras de la memoria de los hombres no se borre la gigantesca creacion que todos encontramos en *Don Quijote* y *Sancho Panza*.

—Aquella estátua, que está en la plaza de las Córtes en Madrid... ¿es la de Cervantes?

—Sí señor; sobre aquel humilde pedestal que apenas si levanta cinco metros del suelo, está una pobre estátua protestando del poco aprecio en que el gobierno español tiene á Cervantes. Sucede á Cervantes lo que á Camoes.

Tambien le han erigido otro monumento al poeta portugués en Lisboa, parecido al de la plaza de las Córtes. Por cierto que no guarda proporcion con el de Pedro IV que está en la plaza del Rocío, estátua colosal, sobre una columna gigantesca. Tambien Felipe IV y Felipe V, están en Madrid sobre sus caballos en pedestales majestuosos... ¡Ay!... En España, como en Portugal, los reyes están muy altos y los poetas muy bajos, como si el génio pudiera estar jamás á los piés de los caballos de los reyes. De Felipe IV, de Felipe V y de Pedro IV se guarda una memoria en el régio panteon donde se custodian sus cenizas. Dèspues de esto, nada. De Luis de Camoes y de Miguel de Cervantes Saavedra no se conservan sus cenizas, que harto grandes fueron para no ir confundidas á la fosa comun de los pordioseros. Pero el mundo los admira, las generaciones enteras los bendice, y sus nombres andan de boca en boca, como recuerdo imperecedero, que durará mientras existan españoles y portugueses. ¿Se quiere acaso un monumento más alto, ni más grandioso al génio? Estos son los monumentos que levantan los pue-

blos, mucho más altos, más grandiosos que los que levantan los reyes.

. . . . . .

Y en esto íbamos, cuando el tren acortó bruscamente su paso, parando casi instantáneamente.

Estábamos en Puerto-llano.

Eran las siete y cincuenta de la mañana.

Scott llevaba hambre, yo más que él.

Bajamos al anden, pero en balde: ¡no habia fonda, ni qué comer!

CAPITULO XVII.

Desde Puerto-llano hasta Almaden.

Estaba el tren detenido frente á la estacion y Scott no quitaba los ojos del nombre del pueblo, escrito en letras muy gruesas, sobre el frontis del anden, cuando se vuelve hácia mí diciéndome:

—Supongo que no estará lejos de aquí el mar.

—A unos 605 kilómetros.

—¿Es posible?

—Estamos á unos 324 kilómetros de Badajoz y nos faltan otros 281 más para llegar á Lisboa, que es el puerto más cercano.

Dispénseme V., pero no entiendo entonces por qué se llama este pueblo *Puerto-llano*.

Y el tren comenzó á rodar con precipitada velocidad. Scott me miraba, como esperando alguna respues-

ta que satisfaciera su curiosidad, y sin encontrar por mi parte ni la más ligera explicacion del por qué la denominacion de *Puerto-llano*, un pueblo que quizás no tenga otras aguas que las que recogen los tejados de sus pocas casas en las lluvias, le contesté:

—*Pues ahí verá V...* frase comun que nos sirve á los españoles para salir de muchos apuros. Puerto-llano no tiene otros *mares* que los arrollos de Ojailen y Malos, comunmente secos en el verano. Tiene tambien dos fuentes de agua dulce para surtir á los vecinos de la villa. En el prado de San Gregorio están los llamados *Baños*, fuente de agua mineral que tan buenos resultados ofrece á la humanidad doliente, por sus propiedades ácido-carbónicas-ferruginosas.

—¿Y es muy visitada esta villa en la estacion balnearia?

—Vienen más de 1.000 personas desde primero de Julio, en que se abre, hasta el 30 de Setiembre, en que se cierra.

—¿Están clasificadas sus aguas?

—Sí, señor; ya le he dicho á V., que son ácido-carbónicas-ferruginosas, de primera calidad. El agua es clara y trasparente. Expuesta al aire atmosférico, se enturbia y deposita en su fondo un color amarillento muy subido. Su sabor es ágrio. Su temperatura de 13° Reaumur. Al recogerla en la fuente se desprende del gas que contiene, viniendo á perderlo á la superficie subido en las pequeñas burbujas que lo disipa. Hierve

con facilidad. Analizada se encuentra, en cada 16 onzas 1 ½ de carbonato de hierro, 4 ½ de hidroclorato de magnesia, 1 ½ de óxido de siliceo y 29 pulgadas cúbicas de ácido-carbónico.

—¡Hermosas aguas!... ¡Ricas aguas para la salud!

—Estas son las de la fuente destinadas á beber los enfermos.

—¿Pues hay otras?

—Las de los baños, de otro manantial cercano á la fuente y que forma una charca donde los dolientes se sumergen. La temperatura de estas aguas es de 13° á 16°, y su accion es tanto más intensa cuanto es mayor la temperatura. Los que padecen del estómago, del cútis, de reuma, de la vista y de obesidad, encuentran en estas aguas su total alivio. No lejos de aquí están los hervideros de Fuensanta y los del Villar, adonde los enfermos van desde la estacion en ómnibus. La temperatura de estas aguas de 17° y 25° Reaumur.

—¿Y Puerto-llano, es bueno, es antiguo?

—Fué fundacion de los romanos y San Raimundo lo conquistó, haciéndole villa Felipe II en 1576. Su antigua parroquia fué incendiada en 1838. El convento de San Francisco, fundacion de 1632, sirve hoy de parroquial.

En esto el tren paraba frente á otra estacion. Un hombre gritaba desde el anden:

—¡Veredas, cinco minutos de parada!

—Eran las nueve y cincuenta de la mañana.

Scott bajó de nuevo á llenar su castaña de aguardiente. Poco despues subia á ocupar su puesto en el wagon, sacaba la cartera y apuntaba... ¡Dios sabe qué!

En tanto el tren corria de nuevo. Yo dormia á pierna suelta, mientras Scott, apoderado del aguardiente, daba cuenta de él sin concederme cuartel...

El tren volaba, no corria...

Roncando iba, y roncando sin aprension maldita, cuando Scott me llamó con gritos descomunales. Parecia que estaba loco.

—¡Hemos parado dos veces!—decia.

—¿Bien, y qué?

—Y V. sin despertar.

Me incorporo, saco la cabeza por la ventanilla del wagon, y veo que habíamos parado frente á una estacion.

Estábamos en Almadenejos. Habiamos dejado pasar dos estaciones: la de Veredas y la de Caracollera, dos lugares qué no son ni aun aldeas, y que buenamente cabian en el gran sombrero de Scott.

—Me alegro de haber pasado dormido por estas dos estaciones, amigo Scott.

—¿Pero, por qué?

—Porque Veredas y Caracollera, son las estaciones escogidas por los facinerosos para detener el tren cuando pueden, y robar cuanto tienen los viajeros, y llevarse los caudales de la empresa del ferro-carril.

—¡Caramba, con las bromas de los españoles!

Y Scott miraba la caja de madera donde llevaba la cabeza de Cromwell, como si fuera el objeto más predilecto suyo, mientras yo me palpaba el cinto para asegurarme de que podia contar con el rewólver.

En esto el mozo de la estacion hizo sonar una campana, el jefe del tren dejó sonar su silbato, y el wagon comenzó á moverse, primero muy poco á poco, despues corriendo á más y mejor. Scott preguntaba con curiosidad marcada:

—¿Qué es Almadenejos?

—Un pueblo.

—Eso lo sabia yo; pero lo que es el pueblo no.

—Almadenejos, amigo Scott, es una pequeña villa á doce leguas de Ciudad-Real, asentada en ese alegre valle que está sobre el cerro de ahí frente.

Los productos minerales que tiene toda esta comarca en el subsuelo, hicieron levantar multitud de casas á los trabajadores y encargados de las obras, y unos y otros fueron fundando este pequeño pueblo, que se amuralló del año 1756 á 1759, cuando Cárlos III, construyendo la parroquial en 1760, y mejorando desde entonces sus calles y plazas, hasta formar un pueblo de importancia como hoy lo es, en que gracias á las leyes de la desmoralizacion, no vive solo de las minas, sí que tambien tiene agricultura y ganadería, de que ántes carecia, porque no contaba con montes, ni ejidos, ni tierras de pastos, ni con propiedad particular. Lo que no ha variado ni podrá variar, son sus condiciones hi-

giénicas, que en este pueblo todos sus vecinos, y aun los que en él residan, padecen de intermitentes, dolores de costado, calambres, jaquecas y otros padecimientos nerviosos.

—¿Y por qué es esto?

—Por los gases mercuriales que reinan en él, pues dominan toda su atmósfera las emanaciones de sus minas.

Y el tren rodaba sobre los rails como deseoso de llegar pronto á Almaden.

Ni un árbol en todo aquel largo trayecto.

Ni un pájaro por la desolada campiña.

La locomotora parecia que nos llevaba á un desierto de la Siberia.

¡Qué tristeza da en estos viajes! A la verdad, cuando se ven estos descampados tan desnudos del ropaje de que debia vestirlos la naturaleza, el alma se entristece y el corazon se estrecha. No acierta uno á comprender por qué es tan pobre la naturaleza en estas comarcas, para ser en demasía pródiga con otras. Pero si luego consideramos que debajo de aquel suelo de donde no brotan más que espinos, hay una riqueza en metales preciosos; si consideramos que Dios parece que ha querido ocultar un mundo de oro, para que el hombre trabaje y lo saque á flor de tierra, y lo funda, y lo forje y lo pulimente, y nos dé las grandes obras que escultores, plateros y joyistas de todos tiempos han sabido hacer para admiracion del mundo y encanto de

los hombres, entonces comprendemos la equidad de la naturaleza y la justicia en dar en el sub-suelo de estas comarcas, lo que en el suelo de otras se halla con facilidad, esto es, los medios para que el hombre sea útil á sí y á los demás por el trabajo, por el progreso, que es la libertad en suma.

Estas ó parecidas consideraciones íbamos nosotros haciendo, mientras Scott apuntaba de nuevo en su cartera, quizás algunas notas sobre las aguas de Puerto Llano ó las enfermedades que se padecen en Almadenejos.

En esto el tren suspendia poco á poco su rápida marcha. Sonó el silbato una y hasta tres veces, y pocos segundos despues el guarda-freno habia hecho parar el paso del convoy frente á una estacion.

Estábamos en Almaden del Azogue.

Eran las diez y veinticinco minutos de la mañana.

Scott, abriéndosele la boca y tentándose la barriga, me repetia una y otra vez:

—Tengo hambre.

—Pues como si no...

—Pero qué, ¿no hemos de comer hasta Lisboa?

—Muchas veces, pero ahora hasta Almorchon no hay posibilidad.

—¿Por qué?

—Porque no hay fondas.

Y Scott, ante tal noticia, se resignó á continuar en su asiento hasta mejor ocasion.

CAPITULO XVIII

De cómo llegamos á Almorchon.

Pocos instantes hacia que estábamos detenidos en Almaden. Scott permanecia como mudo. Para salir de aquel estado de mutismo, quise reanudar nuestros interrumpidos diálogos, y continué:

—Hablemos algo, siquiera para entretener el hambre.

—A mí no se me ocurre más que comer... si tuviera qué... y dejar á V. hablar hasta que nos sentemos á la mesa.

—Pues bien: á falta de vaca de Hamburgo, le daré á V. una racion de historia. Los romanos fundaron esta ciudad con el nombre de *Laminium*, aunque algunos dicen que antes se llamó *Sisapo*, que quiere decir *mina*. Romanos, godos, árabes y cristianos han tenido en ella

una poblacion industrial, que ha sacado de las entrañas de esas sierras sumas enormes.

Los árabes hicieron de estas minas una fortaleza con el nombre de *Hins-Al-Maden*. D. Juan II, 1427, le concedió el título de villa, que fué engrandecida á mediados del siglo XVIII por Cárlos III, padeciendo mucho cuando fué ocupada, en 1810, por las tropas francesas del general Vitor, y más tarde, en 1836, cuando la sitió y ganó el cabecilla carlista Gomez.

En esto el tren comenzó á andar de nuevo sobre los rails. Scott tomaba más aguardiente y yo continuaba mis noticias sobre Almaden, diciendo:

—La villa no tiene nada de particular á los ojos del viajero: calles limpias, plazas alegres, hospital, escuelas, antiguos establecimientos para la administracion y enseñanza de los estudios de minas, y una plaza de toros donde caben más de 4.000 personas. La higiene es lo peor de esta villa, que como en la de Almadenejos, se padecen enfermedades por las emanaciones de las minas del azogue, cuales son el *pialismo* ocasionado por los gases mercuriales, y el *temblor-metálico*, que padecen los que entran á trabajar en las escavaciones. Examinando la década de 1845 á 1855, salieron heridos é inutilizados de las minas de Almaden y Almadenejos los siguientes trabajadores: heridos, 1548; mutilados é inútiles, 59; inhabilitados por su constancia en el trabajo, 571; fallecidos en edad temprana por convulsiones metálicas, 314; y muertos en escavaciones y

otros trabajos análogos, 79: resultando de aquí que de los 8.000 trabajadores que durante la década se encontraban dedicados á las minas, salieron inutilizados casi un 16 por 100.

—¿Y qué recompensa encuentra el trabajador en estas desgracias?

—El hospital, no siempre... la miseria eternamente, y la fosa comun, que viene á coronarle una larga vida de virtudes y de privaciones.

—¡Hombre, esto es atroz!

—Pues será todo lo atroz que V. quiera, pero es la verdad desnuda. En España lo que se puede ser peor es trabajador, obrero, hombre, en fin, que produzca. El gobierno ha creado pensiones para las viudas y huérfanos de militares y empleados civiles; tiene establecidos retiros, jubilaciones, cesantías y reemplazos para los excedentes, para los que han servido en lo civil ó militar, y para los inválidos de unas y otras clases. Pero para el infeliz obrero no tiene nada. El trabajador es el pária de este pueblo donde las clases privilegiadas y los parásitos viven contentos en la opulencia y la holganza.

—Cierto, amigo mio, cierto... Pero Almaden debe ser muy rico por sus minerales.

—No tanto como parece.

—Como debe surtir á todo el mundo, con sus azogues, creia yo que esto bastaba para que que fuese un gran pueblo.

—Si fuese cierto lo que V. dice ya lo creo; pero hay en Europa y en América otras minas que dan más azogue que las de Almaden. Yo puedo asegurar á V. que la produccion del azogue en el año último fué de 36.000 frascos en España; 8.000 en Austria; 2.700 en Italia; 2.000 en Borneo, y 45.000 en California, si bien este año se cree que producirá 50.000. San Francisco comercia en este artículo más extensamente que Lóndres aún, y da el tono á los precios de Nueva-York. Existe, sin embargo, cierta diferencia entre los unos y los otros. Ultimamente se cotizaba ese artículo á 65 céntimos (oro) en San Francisco y 75 en Nueva-York.

La exportacion de azogue en California suele representar mensualmente unos 180.000 duros. Los principales mercados á donde se envian son: China, Japon, Chile, Méjico, Bolivia, América central y del Sur, Colombia británica, Nueva-Zelandia, Australia, Indostan y Rusia asiática. El mayor consumo es el de China, que lo emplea para la fabricacion del bermellon: despues sigue Méjico.

Ha llamado generalmente la atencion la baja de casi el 50 por 100 en el valor del azogue durante los últimos años, debido en primer lugar á la creciente produccion de este metal en California, y en segundo, al teatro de la guerra civil en España que se ha trasladado al Norte y Sudoeste. En ninguna parte del mundo se ha encontrado diseminado tan extensamente el cinabrio como en California. Hasta la época en que se

hicieron descubrimientos en este Estado, el mercado del mundo dependia exclusivamente de Almaden y los criaderos de Idria. Está probado que las minas de Almaden eran explotadas 700 años antes de la era cristiana, y que aun ahora produce más azogue que ninguna otra, fuera de las de California. Las cantidades que ha producido fueron las siguientes:

				Quintales.
Desde	1524	hasta	1646.....	540.000
»	1646	»	1757.....	429.360
»	1757	»	1803.....	460.445
				1.430.003

El producto medio durante 279 años fué 5.126 quintales, de 101 ½ libras cada uno, y reduciéndolos á frascos de libras 76 ½ cada uno, se verá que la produccion anual, hasta principios del siglo actual, fué de 6.800, por término medio.

Las minas de Idria, en Illyria, fueron descubiertas en 1497, y de 4.000 á 5.000 quintales por año, subió gradualmente su produccion á 12 y 14.000.

Las de Huancavelica, en el Perú, produjeron 778.089 quintales desde 1570 hasta 1713, en que se agotaron.

España exportó en 1870, 31.136 quintales, equivalentes á 41.311 frascos, siendo 50.000 quintales su aumento total durante cinco años anteriores.

La produccion mensual de California habia llegado el año pasado á 3.100 frascos de 76 ½ libras cada

uno, á cuya produccion contribuyeron varias minas en la proporcion siguiente:

Nueva Almaden	1.600
Relington	600
Nueva Idria	600
Otras minas	400

Esta produccion da un total de 37.200 frascos al año, de los cuales se exportaron más de la mitad. En 1871 se sacaron 31.881 frascos, contra 29.546 en 1870, y se distribuyeron de la manera siguiente:

A Nueva York	800
A China	7.900
A Méjico	3.081
A Sud América	2.200
Al Australia	1.100
A otros paises	124
	16.205

Los 16,676 frascos restantes se guardaron para el consumo de las minas de California y de Nevada. Desde el enorme desarrollo habido en los minerales de Nevada, va disminuyendo gradualmente la cantidad exportada, como se justifica por los siguientes datos:

Exportacion de azogue de California.

	Frascos.
1852	900
1853	12.737
1854	20.973
1855	27.167
1856	23.740
1857	27.262
1858	24.142

1859	3.339
1860	9.448
1861	35.995
1862	33.747
1863	26.014
1864	36.927
1865	42.469
1866	30.287
1867	28.853
1868	44.506
1869	24.415
1870	15.788
1871	15.205
1872	15.098

Esto demuestra una exportacion total, durante 21 años, de 495.060 frascos, ó un término medio de 23.574 anualmente. El producto total de las minas, desde que se abrieron por primera vez, inclusa la produccion del año pasado, que fué de 34.154 frascos, ascendió á 683.979, y siendo de 76 ½ libras cada uno, fueron 62.324.393 libras, un término medio de 29.740 frascos durante 23 años. Las utilidades totales que se sacaron de las minas, fueron las siguientes: vendiéndose los 62.324.393 libras á un precio medio de 50 centavos cada una, son 31.162.196 de pesos, costando esa misma cantidad de azogue unos 26 centavos libra, pesos 16.204.342'18; utilidad, pesos 14.997.853'82. El precio en Nueva-York, durante el año de 1874, fué de pesos 1'37 ¾ por libra, ó unos 87 ½ céntimos más de lo que habia costado durante los 23 años anteriores. Este precio, tomando en cuenta el valor de las exportaciones, y lo que se consumia en la costa del Pacífico, era de 50 centavos libra. Esto representaria una utilidad

extraordinaria por valor de 2.286.183 pesos en 1874; y deduciendo 13.469 pesos por flete, queda una utilidad de 5.166.388 pesos desde 1871 á 1874 inclusive. Divididos entre un número comparativamente corto de personas estas utilidades, fueron enormes en cuatro años, pero no forman más que una cuarta parte de los verdaderos productos, puesto que el valor total del azogue y costo de la extraccion fueron los siguientes:

Valor total del azogue.....	pesos	9.999.380'96
Gasto » »		2.449.776'36
Utilidad en cuatro años.....	pesos	7.536.504'60

Esto demuestra, que por cada peso gastado, sacaron cuatro. Los Rothschild, que tienen el manejo absoluto de las minas de Almaden, notando á fines del pasado año que la guerra civil no podria invadir la Mancha, en cuya region se encuentran estas minas, comenzaron á reducir el precio de los azogues que ha seguido bajando desde entonces hasta llegar á 11 pesos el frasco. La baja se viene acentuando cada dia más, con la noticia de que las minas de California estaban produciendo grandes cantidades de azogues, y el precio habia bajado en San Francisco á 50 pesos el frasco, ó sean 70 cuartos por libras en pequeñas cantidades, mientras que en Nueva-York permane á 75. Ahora acaban de hacerse importantes descubrimientos en Huitzuico (Méjico), donde el azogue aparece en grandes cantidades, pues baste decir á V., que en los

cuatro últimos meses han extraido 450 quintales de mineral, y de aquí deduzco que el valor del azogue ha de continuar bajando sucesivamente.

En esto el tren paraba de nuevo.

Un hombre gritaba desde la ventanilla de nuestro wagon:

—¡Be-be-be-lal-cazar!... ¡cin-cin-cinco-co-minutos!

—¿Qué ha dicho este hombre? ¿En dónde estamos?

—Estamos, amigo Scott, en otra estacion. Ese hombre ha dicho sencillamente el nombre del pueblo y el tiempo de parada, esto es:—Belalcázar, cinco minutos.

—Pues yo no le entendí.

—Es tartamudo y no se le comprende muy bien. Sin duda lo ha escogido la empresa de la línea férrea por lo mismo. Aquí todo anda al revés. España se refleja admirablemente hasta en este insignificante detalle.

Y el tren corria nuevamente.

Scott, con más hambre que un maestro de escuela, me preguntaba:

—¿Adónde vamos ahora?

—Al apeadero de Cabeza del Buey.

—¿Y luego?

—A Almorchon, donde llegaremos á las doce y once minutos.

—¿Almorzaremos en seguida?

—Supongo que podremos hacerlo.

Y Scott tomama más ánimos. Con el reloj en la mano iba contando los minutos.

—Nos faltan casi dos horas.

—Puede ser.

—Mírelo V..., las diez y sesenta; llegamos á la mesa á las doce y once... Pero, nada me dice V. de Belalcázar?

—Belalcázar, amigo Scott, es un pueblo insignificante. Los romanos lo fundaron con el nombre de *Gaete*, segun unos, y el de *Acete* segun otros. Nada conserva de la antigüedad primitiva, y sus templos y edificios modernos, valen bien poco. Aquí ya no hay cosa más vieja que las encinas que vemos á lo lejos y los cuervos que habitan en estas soledades.

—¿Tan viejos son los cuervos?

—Puede haberlos hasta de 150 años.

—Parecen muchos.

—Sin duda V. desconoce la escala de longevidad en el mundo zoológico.

—Bastante.

—Pues no deja ser interesante.

El conejo vive (años)	6 á 7
La ardilla	7 á 8
La zorra	14 á 15
El gato	14 á 16
El perro	16 á 20
El lobo y el oso	18 á 20
Las reses vacunas, lanares y cabrías	18 á 20
El rinoceronte	20 á 22
Las aves de corral	22 á 28
El cachalote	28 á 30

El caballo, el asno y el mulo	30 á 35
El camello	100
La tortuga	110
El águila	120
El cuervo	150
El cisne	160
El elefante	400
La ballena (segun Cuvier)	1.000

El tren continúa su carrera, y momentos despues paraba en otra estacion.

Habíamos llegado al apeadero de Cabeza del Buey.

Scott, asomándose por la ventanilla del wagon, me preguntaba:

—¿No hay poblacion aquí?

—Más arriba, á la izquierda está el pueblo... mírelo V., qué pintoresco, gateando por esas sierras.

—¿Aquella torre que está entre sus casas, qué es?

—La de la parroquial, Santa María de Armentera.

Y el tren comenzó á correr, mientras yo continuaba diciendo:

—Cabeza del Buey, amigo Scott, es un pueblo rico. Ya se conoce, por él, que entramos en la fértil y laboriosa Extremadura, una de las provincias mejores de España, por la feracidad de su suelo, el trato de sus habitantes y la alegría de su cielo. Por lo demás, los romanos fundaron tambien á Cabeza del Buey con el nombre de *Armentaria*, de donde toma su orígen la parroquial. Por estos campos que ahora recorremos, encuéntranse á cada momento los despojos de la civilizacion romana; y las monedas y capiteles, las piedras y

las inscripciones que aparecen á cada instante, bajo el arado del labriego ó el pico del trabajador, son testigos elocuentes de la importancia que estas comarcas lograran en los tiempos pasados. Cabeza del Buey es muy rico por sus montes, donde viven inmensos ganados. Tiene calles espaciosas, plazas alegres, cielo muy claro, y toda su campiña, ya la vé V., pintoresca por lo quebrado del terreno, por las agrestes sierras que la rodean y por los arroyos que la bañan. En esos alrededores hay cuatro ermitas, y en el pueblo habia un convento de monjas que hoy está cerrado al culto. La mejor de estas iglesias es el antiguo convento, que fué de los Templarios, despues ermita de N. S. de Belén, situada en las afueras tambien. Sus cláustros están en pié, y el resto del templo denuncia una obra hermosa, como todas las de los Templarios.

En este pueblo nació uno de los hombres más notables de este siglo, el eminente orador y obispo Don Diego Muñoz Torrero, secretario que fué de las Constituyentes de Cádiz. El haber dado Cabeza del Buey á este hombre, es lo que más puede enorgullecerle.

En esto sonó el silbato del maquinista. El tren iba suspendiendo su marcha, y el guarda-freno lo hizo parar en un despoblado.

Habíamos llegado á Almorchon, donde podiamos descansar hasta treinta y cinco minutos, tiempo suficiente para reparar nuestro debilitado estómago.

Scott, cogiendo la caja, la manta y su baston, se bajó del wagon y yo tras él.

Cruzábamos por entre inmensidad de wagones, y estramos en un local donde se leia en la puerta: *Fonda*. Scott y yo cogimos cada cual un puesto, y nos dispusimos á trasladar á nuestros vacíos estómagos todo lo mejor que en aquella larga mesa sirvieran, no guardado miramientos ni etiquetas con nadie para comer así más y podernos desquitar del hambre pasada, haciendo con esto una verdadera funcion de desagravios.

CAPITULO XIX.

Despues de la comida.

No llevábamos sentados á la mesa ni un solo momento, cuando Scott gritaba como un desesperado:

—¡Mozo, la comida, pronto!

Los mozos, como sordos, seguian impávidos poniendo platos y más platos, botellas y más botellas, vasos y copas de todos tamaños, servilletas por docenas y cubiertos por cientos. Aquello no tenia fin; parecian los preparativos de una boda. Por fin, despues de tantos platos, de tantas botellas, de tantos vasos y copas, de tantas servilletas y cubiertos, sirvieron el primer plato y corriendo el segundo y más de prisa el tercero y el cuarto y el quinto, con todos los demás accesorios á un cubierto de fonda de estacion. Scott y yo, que no habíamos, puede decirse, comenzado á comer, pedimos

chuletas, carne de vaca, salchichon, asado, fritos de sarten, café despues, y últimamente ron, y ron en abundancia, que despues de haber salpicado la comida con buen Jerez y Oporto, hace falta media docena de copas de ron si se ha de hacer una digestion feliz. Ibamos á tomar café, cuando Scott acercándome su cuchillo, me dijo:

—Atrévase usted con ese poquito de melon... artificialmente maduro.

—Hombre, eso de artificialmente maduro, merece explicacion.

—No tiene otra explicacion que la de haber sido cortado sin madurar; así es que ahora le podemos comer perfectamente conservado. En América se come así hasta la fruta más delicada. No hace mucho tiempo que se ha descubierto en California, un método muy breve de secar la fruta, como la uva, para hacer pasa, las ciruelas, los higos, etc. Consiste en dirigir una corriente de aire á cierta elevada temperatura á la fruta madura, por cuyo medio se seca y conserva un aroma y una frescura, que no tiene cuando se emplea el medio ordinario de someterla á los rayos del sol, sin correr ademas el riesgo de echarse á perder con las lluvias y otros fenómenos meteorológicos.

Y hablando Scott de estos raros procedimientos, nos habíamos bebido dos cafés y dejábamos vacía una botella de Jamáica. Las gentes comenzaron á ponerse en movimiento, la máquina estaba preparada, y el

convoy hecho, cuando sonó la campana de la estacion, respondió el pito del maquinista, y nosotros, ya dentro de nuestro coche, nos dejamos conducir cómodamente, bajo la grata satisfaccion de haber comido de todo cuanto habia en la fonda. Scott con el rostro compungido, me decia así que comenzó á rodar el tren:

—Partimos sin haber saludado de lejos á Almorchon.

—Almorchon no existe, amigo Scott.

—¿Cómo que no existe?

—Porque no es poblacion.

—¿Pues qué es entonces?

—Un campo, un erial de peñascos ennegrecidos por el sol. En lo antiguo, allá por el siglo IX, hubo poblacion, y buena. Los árabes la encerraron en un castillo, y más tarde la poblacion desapareció y los viejos muros quedaron en pié como para denunciar las turbulentas luchas en que vivieron sus antiguos moradores. Hoy está llamado este sitio á tener otra nueva poblacion, mayor que la que tuvo en el siglo IX.

—¿Y por qué?

—Porque se ha establecido próximo á esta campiña la industria minera, y una colonia de trabajadores están viviendo y buscando su porvenir en las entrañas de estas sierras.

—¿Qué mineral extraen?

—El más necesario: el carbon, alimento preciso, indispensable á la industria moderna. Sin él los ferro-

carriles, los vapores, la maquinaria, quedarian sin movimiento.

Segun los cálculos recientes hechos por Mr. Gruner, cuya competencia es bien conocida, la produccion máxima de las minas de hulla en Inglaterra está representada por la cifra total de 250 millones de toneladas.

Segun otro cálculo del mismo Sr. Gruner, serán necesarios ocho siglos para agotar los criaderos de la Gran Bretaña.

—Algo más se tardará en extraer los de Bélmez.

—¿Por qué?

—Porque son tan abundantes como las de Inglaterra y se han extraido de ellas menos carbon.

—¿Cuánto dista de aquí Bélmez?

—Sesenta y cuatro kilómetros. El itinerario de Madrid á Bélmez es el siguiente:

Estaciones.	Kilómetros.
Madrid	»
Ciudad-Real	268
Almorchon	419
Zújar	438
Valsequillo	459
Peñarroya	576
Bélmez	583

Bélmez es uno de los pueblos más antiguos de España. En los tiempos de Roma se conocia con el nombre de *Belia*. La poblacion romana que pobló estas comarcas, desde *Sisapom* (Almaden), hasta *Aritium*-

Pretorium (Almorchon) y *Bélia* (Bélmez), buscaron en las entrañas de la tierra, en el sub-suelo, las riquezas mineralógicas que en un principio se reducian al azogue y al cobre, y hoy se estiende al carbon-piedra, el pan de la industria. Almorchon es el punto donde bifurca la línea con las de Ciudad-Real á Madrid y Ciudad-Real á Badajóz y Lisboa. El movimiento de estas tres grandes vías, ha traido aquí una colonia de trabajadores, una ciudad industrial que ya es bastante importante. Más de trescientas familias viven aquí del movimiento de la línea y de las minas. La empresa férrea hace esfuerzos muy laudables por fomentar esta naciente poblacion y á este propósito paga una escuela, un médico y un párroco que prestan grandes servicios al pueblo, que fundado por los romanos, con el nombre de *Aritium-Pretorium*, dominado por los árabes, que le llamaban *Al-tim-beri*, y destruido en el siglo XIV por las asoladoras guerras que el feudalismo y la tiranía de los señores sostuvieron largos años, hoy quiere levantarse de nuevo, como para protestar contra sus eternos verdugos y enseñar á los siglos venideros que lo que destruye la tiranía, lo edifica el trabajo y la libertad. Almorchon no será ya el viejo pueblo amurallado que se disputaban los nobles del siglo X, para destruirlo y vencerlo; será hoy, será mañana, la ciudad industrial sembrada toda ella de talleres, donde un pueblo inteligente y libre busque en el trabajo el porvenir que les redima de todas las odiosas tiranías

que trae en pos de sí la ignorancia y la barbarie.

. . . . . .

Es el porvenir de los pueblos nuevos...

—Cierto.

—Pero nos hemos olvidado del carbon de piedra. Mr. Gruner creo que dice muy bien al afirmar que, hasta el siglo XXVII, no podrán agotarse los criaderos de carboues ingleses.

—Podrá ser que tenga razon Mr. Gruner.

—En España muchos le creemos, pero no nos asustan sus vaticinios, porque tenemos muchos criaderos carboníferos.

—En esto de las minas de carbon, es en lo que no cede mi país á España, ni á ningun otro pueblo. El número de minas de carbon, que se explotaban en 1872 en la Gran Bretaña y en Irlanda, era de 3.001; en 1873, llegó el número á 3.527, y en 1874, se pusieron en explotacion 252 más que en el año anterior. Esto es, el año pasado contaba Inglaterra con la Irlanda, hasta 3.779 minas carboníferas en explotacion, y bien puede decirse que en todo el presente tendrá unas 4.040. Este es un dato para contestar á aquellos que sostenian, hasta poco há, que no habria carbon mineral para más allá de 1890, y auguraban los más tristes vaticinios á la industria moderna.

Y mientras Scott continuaba hablando de las minas carboníferas, el tren fué suspendiendo su paso, hasta que paró frente á otra estacion.

Estábamos en Castuera.

Era la una de la tarde.

—Supongo que aquí habrá poblacion, decia Scott.

—Supone V. muy bien. Estamos frente á una antigua villa que los romanos poblaron, dándola el nombre de *Artigi*, y que los árabes llamaron *Aastru-erat*, hoy Castuera, cabeza del partido judicial de su nombre y una de las villas más importantes de la provincia de Badajoz, situada en este árido valle, formado en las vertientes de esas montañas que se enlazan á las de Sierra-Morena. Castuera es un pueblo esencialmente agrícola, y sus vecinos no siempre han gozado de buena fama en Extremadura, pues de antiguo se cantaba:

De Castuera y con montera,
A la puerta de un zajurdon,
Ladron.

Aquí nació el general D. Francisco Lujan, uno de los hombres que más influyeron en la política española por los años de 1854.

En esto el tren partió de nuevo, y Scott, saliendo de la abstraccion que por cortos momentos le embargaba, me preguntó:

—¿En España tienen ustedes muchos generales?

—En la época presente contamos con 613.

—¡Hombre!... ¡No puede ser!... ¡Es una barbaridad!

—Pues será todo lo que V. quiera; pero el caso es

que viven y cobran hasta 613 afortunados españoles que son oficiales generales.

—Mire V. que no hay tantos en Francia.

—Bien lo sé.

—Mire V. que tiene menos Alemania.

—Tambien lo sé.

—¡Pero hombre!... ¡Es posible!

—Como á V. se lo digo. Mire V., España cuenta el siguiente cuadro de oficiales generales, con mando y de cuartel:

Capitanes Generales.	8	
Tenientes Generales.	92	
Mariscales de Campo.	133	
Brigadieres.	317	550
Exentos del servicio:		
Tenientes generales.	2	
Mariscales de Campo.	12	
Brigadieres.	40	63
Total.		613

Así puede V. explicarse el estado de mi país, donde el militarismo impera, y no se hace otra política que la del cuerpo de guardia.

—¡Oh!... ya me lo explico; lo que no comprendo bien es que entre tanto general no encuentre el Gobierno uno tan siquiera que acabe con la guerra actual, que trae á este país perturbado hondamente y le tiene sumido en la mayor desgracia.

—Cierto: no tenemos un general que sea capaz de

darnos la paz, siendo lo peor que tampoco son grandes diplomáticos, pues el Senado y el Congreso, donde siempre han ocupado gran número de puestos, es testimonio vivo de que no sirven más que para el acto de las votaciones.

—Los Congresos no son tampoco los santuarios de las leyes que han de dar la felicidad al país.

—Son siempre los cuerpos deliberantes, donde el país discute y se da sus leyes. Es la garantía de la libertad.

—Cuando los Congresos se reunen con buenos propósitos.

—Casi todos.

—No tal, amigo mio, al menos por los de los tiempos presentes; pues no me negará V. que el de Versalles es una reunion de hombres honrados, pero que hacen á su país cuanto daño pueden; el de Alemania una reunion de estudiantes que se pelean con su profesor, pero al fin le obedecen; el de Inglaterra un conjunto de fabricantes que hacen cuanto pueden para aumentar la exportacion; el de los Estados-Unidos una reunion de hombres raros, armados con rewolver; el de Italia, garibaldinos en sesion.

—¿Y el de España, amigo Scott?

—Los Congresos de España me han parecido siempre un reñidero de gallos, que ha sido preciso disolver en más de una ocasion á cañonazos.

Yo sonreia al oir tales clasificaciones. Nunca habia

visto más justo á Scott, ni más oportuno. Parecia ya un hombre sério, como lo son muchos ingleses y muy pocos españoles.

Pensando iba yo en la clasificacion de los Congresos hecha por Scott, cuando el tren paraba nuevamente.

—¿En dónde estamos?—preguntó mi compañero.

—En Campanario, el pueblo de los chorizos picantes y de las morcillas coloradas.

Scott sacó su cartera y comenzó á poner nuevas notas.

CAPITULO XX.

Desde la estacion de Campanario.

Habia parado el tren en la estacion de Campanario, donde tenia que proveerse el convoy de agua para alimentar la máquina.

Eran la una y treinta minutos de la tarde.

Scott, cansado y hasta molido de tan largo viaje, desesperaba de las líneas férreas españolas y de los wagones de la del Mediodía, sobre todo.

—Esto es morirse, me decia.

—En efecto, amigo Scott, dicen que «el viajar es vivir,» pero el autor de esta máxima no era español, ó al menos no habia viajado por España.

—El autor de esa máxima era americano.

—Todo puede ser.

—Solo un americano puede reconocer la verdad de

esa máxima, por las bondades que reunen los ferro-carriles del nuevo continente.

—Dicen que son los mejores del mundo.

—Sí, señor: se habla todos los dias de la comodidad con que se viaja en los ferro-carriles norte-americanos, y se pondera la construccion de aquellos coches, admirablemente dispuestos para hacer soportablos los grandes viajes.

Los coches de aquellos ferro-carriles se diferencian de estos, en primer lugar, en su disposicion, pues en vez de hallarse divididos por compartimientos aislados y paralelos, constituyen un salon, al que se entra por los extremos anterior y posterior, merced á dos pequeñas plataformas: divide este salon un corredor de 60 á 70 centímetros de ancho, y á ambos lados se hallan los asientos trasversalmente colocados y consistentes en divisiones de dos asientos cada una, con respaldos bajos muy cómodos, y movibles á voluntad para poder formar corro con los viajeros de uno ú otro lado. No hay dobles filas de asientos, y por tanto no se vuelve la espalda á ningun viajero, pudiendo distinguir claramente á los de todo el salon.

Superiores á estos coches ordinarios, los de lujo, única excepcion que reemplaza á nuestras divisiones de clases, tienen el salon profusamente adornado con espejos, alfombras y grandes cristales que permiten ver el paisaje. Los asientos son butacas giratorias sobre un eje fijo de hierro, ó bien divanes de grandes

proporciones. A ambos lados de este salon se unen otros dos wagones, divididos por un corredor central que separa tres gabinetes de cada lado, ó bien solo tres en todo él, en cuyo caso el corredor es lateral; y estos gabinetes contienen dos banquetas con dos asientos cada una, que se trasforman en cama por la noche, incomunicada del corredor por pesadas cortinas. La distancia que guardan entre si las banquetas, permite introducir una mesa para comer. Una de las extremidades de los wagones-alcobas, está dispuesta para tocador comun, al que acuden por la mañana los viajeros de ambos sexos con una gravedad y respeto mútuo, que seguramente seria imposible encontrar en ningun otro pueblo de Europa.

Cada sistema de dos coches, que forman salon, alcobas y tocador, sirve para 12 ó 16 personas, servidas por un hombre de color como si estuvieran en una fonda, pues las camas desaparecen por el dia y son puntualmente armadas en cuanto se ilumina el salon.

En algunas líneas se intercala uno ó más wagones-comedores y el correspondiente á la cocina, y en ese caso se establecen estos en comunicacion con los salones, por la fácil disposicion de las plataformas que les dan entrada.

He de advertir á V., que solamente en los Estados-Unidos se hacen frecuentes viajes de varios dias en ferro-carril, á cuya razon es debido ese lujo de comodidades. La línea del Pacífico tiene 3.250 millas inglesas, y el recorrerla, ó sea atravesar de Este á Oeste los Es-

tados-Unidos, cuesta seis ó siete dias y otras tantas noches.

Acontece á veces que por efecto de los varios países que se atraviesa, el frio sucede rápidamente al calor, y para este fin llevan siempre dispuestos los wagones tubos que se llenan de agua hirviendo ó vapor y los atraviesan en todas direcciones, con cuya precaucion pueden desafiarse esas paradas, que á veces se sufren delante de las nieves, de dias enteros, que cuesta romper las avalanchas ó espesas capas arremolinadas al abrigo de las montañas, y cuando son insuficientes á preservar esta contrariedad los tejados ó túneles de madera tejidos sobre la línea.

Generalmente las compañías no poseen sino los wagones-salones; los wagones-alcobas, tocador, comedor, etc., pertenecen á empresas especiales que los alquilan y cobran de los ferro-carriles el excedente del billete, por lo comun bastante módico. Estas empresas alquilan hasta wagones-familias, ó sean casas en miniatura, con las que se puede viajar por todos los Estados-Unidos, pagando entonces á los ferro-carriles cierto precio de arrastre.

Añada V. ahora la rapidez con que allí se marcha, y conocerá las ventajas de viajar por América.

—¿Cuántas leguas anda por hora un convoy?

—Eso es segun y cómo: esto es, si es de viajeros, si exprés, si correo ó si solamente de mercancía. Por regla general todos andan, relativamente, doble que en

Europa. La mayor velocidad que es posible ya obtener en los ferro-carriles, es la que tienen en la actualidad los trenes de la línea de Jersey á Trenton, en el Estado de Nueva-Jersey, de la América del Norte. La distancia de 92 kilómetros que separa ambas ciudades, la recorre en 59 minutos en el tren de los periódicos, que se llama *News papers train*. La velocidad ha ascendido de 93 kilómetros por hora en conjunto, pero despues de una parada de un minuto en Newack, el tren marcha durante treinta minutos á razon de 137 kilómetros por hora.

—¡Hombre, esto es demasiado!

—Pues aun andará más, cuando se pueda vencer el peligro del descarrilamiento, que ya lo han logrado en Alemania.

—¿Quién?

—Sus inventores los ingenieros Belleí y de Bouvre han practicado ante la sociedad de ciencias naturales de Versalles, el primer ensayo de su pequeña locomotora eléctrico-magnética, que lleva consigo, bajo la forma de pila voltáica, la fuerza que la arrastra y que se reproduce instantáneamente sin mecanismo, y con adherencia suficiente á los rails para no ser lanzada en las curvas, fuera de la vía.

—Es una verdadera mejora.

—Con este adelanto podrá darse más velocidad á los trenes. Por lo demás, en Europa, fuera de Alemania y Francia, no se puede viajar con comodidad. Ahora, en

Francia, están mejorando los wagones, hasta el punto de ser mejores que los de Alemania. El coronel Albanu, inventor de los wagones dormitorios que circulan actualmente en las líneas del Este y Norte de Francia, ha perfeccionado su invencion, disponiendo unos nuevos coches, en los cuales se puede escribir, comer, beber, dormir y permanecer aislado como el que se halla en su propia casa.

El exterior de los carruajes revela ya sus comodidades. Las ruedas, de procedencia inglesa, son de madera maciza, cubiertas por un aro de hierro, dispuesto de manera que apenas produce ruido al rodar. La caja, suspendida por muelles de una suavidad perfecta, se apoya sobre discos de caoutchouc que paralizan la trepidacion. Un hornillo colocado entre las ruedas mantiene en el invieno la ebullicion de una caldera, por medio de la cual se conserva en el interior constantemente una atmósfera templada.

Al penetrar en el carruaje se encuentra un corredor con puertas á uno y otro lado, que corresponden á habitaciones ó departamentos de dos ó cuatro camas.

Durante el dia esas camas se trasforman en sofás, delante de los cuales se levantan, á voluntad del viajero, unos pequeños veladores, donde se puede comer, jugar, etc.

De noche se encienden lámparas y se ponen bujías en brazos colocados al efecto en las paredes, y el sirviente, práctico en diferentes lenguas, dispone la ca-

ma con sábanas finas y buenas mantas. El mismo criado, que acude al sonido de campanillas eléctricas colocadas en todos los departamentos, dispone el gabinete de tocador, donde el viajero encuentra agua caliente y fria, tohallas, jabon, cepillos, perfumes, etc.

Todas estas comodidades solo aumentan el precio del viaje en unos 40 rs. En Inglaterra y Alemania hace ya mucho tiempo que está en uso este sistema con gran contentamiento de los viajeros, y sobre todo, de los que se dedican al comercio, pues así pueden evitar dilaciones en las fondas y aprovechar el tiempo para sus negocios desde el momento de su llegada á un punto cualquiera.

—En cambio de tanto bien para los viajeros que recorren el extranjero, en España, amigo mio, donde aun las líneas más antiguas y en las primeras capitales se sirven de estaciones *provisionales*, sin que haya esperanza de que sean construidas las definitivas, no es de esperar que en mucho tiempo veamos puestos en práctica estos adelantos, y podamos, por consiguente, disfrutar de sus ventajas.

—Tal creo yo tambien.

Y el tren partia de nuevo en direccion á Magacela.

Eran la una y cuarenta y dos minutos.

CAPITULO XXI.

De cómo llegamos á Magacela.

Corria el tren por aquellos llanos de Campanario, cuando Scott asomaba la cabeza por la ventana del wagon y mirando hácia el pueblo, que dejábamos á la espalda, me dijo:

—¿Qué es Campanario?

—Una villa de Extremadura.

—Ya sé que no es capital de ninguna monarquía; pero yo pregunto por su historia.

—Los legendarios romanos fundaron aquí un pueblo en honor de Lúcio Valerio, con su mismo nombre.

—De modo que este pueblo de donde salimos, es muy antiguo.

—Lúcio Valerio, Flavio Calisto y Silvano Victelio Valeriano, triunfantes en las conquistas sobre los es-

pañoles, asentaron en él sus numerosas huestas y fundaron esa poblacion. Sobre una ermita, que aun está en pié, se lee una inscripcion romana dedicada á estos vencedores; único recuerdo de la antigüedad que se conserva en Campanario. En este pueblo han nacido, don Bartolomé José Gallardo y doña Vicenta García Miranda.

—¿En qué han sobresalido?

—En las letras ambos. Gallardo era el erudito y bibliófilo más incansable de los tiempos modernos. A su muerte dejó una biblioteca rica en originales y papeles raros, que despues han publicado los literatos y académicos, con los aplausos de todos los amantes de las buenas letras. La García Miranda, es una poetisa eminente, que aun vive y vive muriendo. Nacida en 1817, educada en los escasos medios con que se cuenta en los pueblos pequeños, siempre indiferentes á las buenas letras, llegó á contar veinte años sin haber leido un solo verso ni conocer las obras de nuestros clásicos, ni los poemas del Parnaso español. Casada despues, fué madre más tarde, y cuando los deleites de la familia, cuando los encantos del hogar abrian una nueva faz de porvenir y ventura á su espíritu elevado, la muerte arrebató de su lado á los séres para ella más queridos: su hijo y su esposo. Desde aquel momento la García Miranda fué un sér contrariado, que tuvo que buscar en la literatura el reposo y la tranquilidad que faltaba á su contristado espíritu, y sin haber leido ver-

sos se sintió poetisa, y comenzó á escribir con desenvoltura, todos aquellos desahogos que su alma tierna y pura guardaba misteriosamente. En 1845 publicaron los periódicos de Madrid los primeros ecos de este fecundo génio estremeño, y diez años más tarde, en 1855, coleccionaban varias de sus mejores composiciones en un volúmen titulado *Flores del valle*, que se publicó en Badajoz bajo la direccion de don Bartolomé Romero Leal. Leer todas las composiciones que se guardan en este tomo, es tanto como haber oido el eco variado y acorde de un alma noble que sabe sentir. La mejor composicion es una fantasía que lleva el título *Adios á Europa*, donde revela en el más alto grado su ingénio la poetisa.

—¿La recuerda V.?

—Perfectamente; puedo recitarla toda ella, que empieza con las siguientes estrofas:

«Quiero partir, Europa, de tu suelo,
Y lejos habitar de tus contiendas;
Quiero ver otro sol, ver otro cielo,
Y de flores pisar bordadas sendas:
Quiero al lánguido son del arroyuelo
Dichosa dormitar bajo las tiendas
Del árabe feliz, donde á porfía
Sueña delicias mil la fantasía.

»¡Quiero partir... Errante peregrina,
A la espalda el laud de los amores,
La sien ornada con brillantes flores,
Cogidas en el valle y la colina:

Visitaré á su vez ruina por ruina
La patria del cantor de los cantores;
Y allí donde termine mi camino,
Fijaré para siempre mi destino.

»Y de Oriente veré pasar las horas,
Horas, que, de ilusion y encanto llenas,
Doradas cual purísimas auroras,
Deslízanse armoniosas y serenas;
Allí, bajo las palmas cimbradoras,
Al plácido rumor de las arenas
Que arrastre en pos de sí mansa corriente,
Gozosa cantaré la paz de Oriente.

»¡Oriente! ¡Oriente!... tus floridos brazos
Tiende hácia mí, y en tu aromado seno
Estrecha el mio, que, de angustia lleno,
Hoy los quiere olvidar en tus abrazos.
Quiero ligarme á tí con nuevos lazos,
A tí que eres feliz y tan ageno
Vives en tus jardines y arenales
A los que aquí nos cercan fieros males.

»Y tú, potente mar; mar soberano,
De tus revueltas ondas espumosas
Calma, calma las iras espantosas,
Mientras bogo por tí con débil mano:
No permitas, por Dios, que el noto insano
Agite tus entrañas borrascosas,
Hasta que ya felíz toque el desierto,
De mi derrota, en fin, dichoso puerto.

»Y adios, Europa, adios!... huyo el quebranto
Que tú me ofreces hoy en los gemidos
Del pecho de tus hijos, y en el llanto
Que viertes de tus ojos doloridos:

No más quiero mirar, Europa, cuanto
Sufren tus tristes pueblos combatidos
A la par de tribunos y de reyes,
Siendo juguete al cabo de sus leyes.

»No más quiero mirar tantas violentas,
Tantas crueles luchas, tanto estrago,
Tanto á las libertades fiero amago
Por hombres ¡ay! que á tu pesar sustentas:
¡Adios! huyendo voy esas tormentas,
Que de tu sangre harán profundo lago,
Do reyes y tribunos, confundidos
Se vean con los pueblos sumergidos.

»¡Ah! me causas horror!... Si miro al cielo,
El humo del cañon ciega mis ojos;
Si los fijo en la tierra, ve mi anhelo
De los que fueron ya frios despojos.
Riega la sangre tu fecundo suelo,
Convirtiendo sus flores en abrojos...
Tremen tus montes ¡ay! gimen tus valles,
Y hacen parche y clarin eco á tus ayes.

»Perseguidos sin tregua tus Abeles,
Tus inocentes hijos, dan en manos
De los torvos Caines, que crueles
Decretan exterminio á sus hermanos;
Y ciñendo á la sien, tintos laureles
En su sangre preciosa, los tiranos,
En las aras de Dios ofrecen culto,
Que es más que una oracion, sarcasmo, insulto.

»¿Y lo consientes tú, noble matrona?
¿Y dejarás que el Wolga traspasando
Los fieros hijos de la helada zona,
Urras salvajes sin cesar aullando,

Arranquen de tu sien la áurea corona
Tu augusta faz en su rencor hollando,
Y de la esclavitud sobre tu frente
Marque el sello, por fin, hierro candente?

»¡Oh!... ¡despierta, despierta, necia Europa!
¡Contempla los tiranos que en tí fijos
Tienen sus ojos, y á su fiera tropa
Que á hacerte va sentir males prolijos!
Sangre, lágrimas solo habrá en la copa
Que de hoy más libarán tus tristes hijos
Si al cabo la modorra no sacudes,
O á defender tu causa tarde acudes.

»Oye y sabrás. Los sábios que leyeron
En las estrellas de tu muerte el sino,
Tu ruina y exterminio predijeron,
Si tus brazos no vencen al destino;
Si no te alzas potente, y el camino
Sigues que otros valientes ya te abrieron,
Tú, aun de tu libertad reina y señora,
De ser esclava, en fin, verás la hora.

»Pero callas, y sufres, y toleras
Que présagos del fuego y vandalismo,
Abran paso tus pueblos á las fieras,
Que aborta de su seno negro abismo;
Y miras impasible tus banderas
Cómo audaz las conquista el despotismo,
Y, con befa y sarcasmos bien crueles,
Los tiende por alfombra á sus corceles.

»¡Oh! ¡me das compasion!... Parto y te dejo
Luchando sin luchar con tu agonía,
Y veo con dolor, cuando me alejo,
Que al fin sucumbirás en la atonía.

¡Adios!... ¡adios!... del mar el claro espejo
Velera surca ya la barca mia...
¡Ay! ¡adios! y un suspiro á mi partida
Te deja el corazon por despedida.»

Scott, que no habia perdido una sílaba siquiera de estos hermosos versos, exclamó al fin de ellos:

—¡Bravo!... ¡Bravísimo! No es una poetisa, es un poeta la García Miranda, y un poeta consumado.

—Tiene otras poesías mejores.

—¿Mejores que esa?

—Sí señor; y artículos y estudios en prosa, donde tambien há lucido sus galas esa eminente escritora.

—¿Y qué hace en ese pueblo?

—Vivir sufriendo. No hace muchos dias que yo le escribia haciéndole la misma pregunta, y la pobre me contestó diciendo: «Las noticias que hoy puedo dar á »usted de mí, son, amigo mio, bien tristes, pues hace »casi seis años se me presentó un padecimiento en la »vista, que ningun oculista ha sabido clasificar. El mal »ha tomado en estos últimos tiempos tales proporcio»nes, que hoy no puedo leer ni el impreso de mejor »tipo. Ya puede V. figurarse con qué amargura pasaré »mis dias, sin tener en qué ocuparlos, y sin poder ape»nas salir de casa, pues aun para cortas distancias ten»go necesidad de un ajeno brazo en que apoyarme. El »único consuelo que tengo en mi desgracia, es la pa»ciencia y resignacion que Dios me ha dado para so»brellevarla...»

—¡Pobre mujer!

—Hay una esperanza de mejorar su situacion.

—¿Cuándo?

—Si lo que padece son cataratas, cuando se pueda operar.

—¿Pero se sabe si son ó no cataratas?

—Mientras la mayoría de los oculistas lo afirman, otros creen ver un padecimiento nervioso afectado por la gran debilidad ocasionada por los trabajos literarios de la poetisa. Pero de cualquier manera que sea, yo abrigo esperanzas de que mejorará. Un ser tan inteligente, que ha cantado los colores de la naturaleza, que ha sabido inmortalizarse por los ecos dulces y sonoros de su inspirada lira, que siempre se ha conmovido á los rayos del sol, á los ténues reflejos de la luna, á los gorgeos del ruiseñor; un genio como este, que ha tenido vista para mirar al cielo y admirar la inmensidad de los espacios, no debe, no puede quedar ciega. Homero no vió jamás los colores de la luz. Su dolor era, pues, más leve. Pero el que ha contemplado una sola vez las grandezas de la creacion y en vida cierra los ojos á la luz para vivir muriendo, es tanto como arrastrar una cadena pesada de esclavitud perpétua. La García Miranda mejorará, sí; ha de recuperar muy pronto la luz que hoy le niegan sus pupilas y cantará de nuevo agradecida al bien que le ha salvado. Siempre he creido en que Dios es justo.

Diciendo esto el tren acababa de parar.

Eran las dos de la tarde.

Un hombre con la voz avinada y el mirar de loco, gritaba desde el anden:

—¡Magacela, cinco minutos!

Y volvia á repetir otra vez:

—¡Magdalena, cinco minutos!

Yo creo que estaba borracho.

Scot, al menos, lo miraba con envidia.

¡Lo que puede la *aficion!*

CAPITULO XXII.

Magacela y Villanueva de la Serena.

Estábamos Scott y yo frente á la estacion de Magacela. Su viejo castillo parece que queria desprenderse sobre la vía. Aquellas ennegrecidas ruinas, testimonio en siglos pasados de la lucha tenaz y porfiada entre los maestres y caballeros de Calatrava, denunciaban el poder feudal de la Edad Media y el señorio privilegiado de que tantos vestigios aun quedan en la Península. Magacela es en la historia un pueblo importante. Fundado por los romanos con el nombre de *Astyla*, los godos y árabes buscaron en él un punto de resistencia, en que poder sostener su dominacion en los pueblos de la antigua Lusitania. Desde el siglo IX hasta el XIV, dentro de sus muros han tenido lugar escenas sangrientas y conmovedoras, que sirvieron para inspirar á más de un trovador de aquellos tiempos.

Poco despues el tren corria de nuevo por unos llanos inmensos donde la vista se perdia sin encontrar ni una casa, ni un árbol, ni un pájaro que rompiera en el espacio aquella soledad. La comarca de Extremadura es toda así, de tierras de labranza, en que los sembrados y los barbechos se disputan el suelo más de la mitad del año. Scott miraba con tristeza aquella campiña y me preguntaba:

—¿Qué dan estos campos?

—Mucho trigo, mucha cebada y mucho centeno.

—¿Están bien preparadas las tierras?

—Aquí se labra, se siembra y se mira al cielo... á ver qué dá.

—¿Pero no se abona la tierra?

—No señor.

—¿No se limpia la sementera?

—Tampoco.

—¿Y sin embargo cogen mucho fruto?

—Los años malos cogen comunmente un 25 por 100.

—¿Y los años buenos?

—Hasta un 90.

—¡Oh! ya me explico por qué no abonan estos terrenos; ni dan á la labor todos los beneficios de otros paises. ¡Sin nada de esto recogen 100 por uno!

—Mire V.; aquí están sembrando.

—¿Trigo?

—No señor; lino.

—Sí, para tejer.

—Todos estos pueblos siembran mucho lino, que las mujeres preparan y tejen para surtirse de ropas blancas. El huso y el telar es una necesidad en el hogar de estos pobres labradores.

—En mi país los aldeanos fabrican hoy la tela de *aves*, que es mejor que el hilo en los paises frios y húmedos.

—No conozco ese género.

—Es enteramente nuevo; pues el año de 1871 es cuando la industria manufacturera inglesa de tejidos, se enriquecia con tan importante y nuevo descubrimiento, el cual consiste en la fabricacion de telas con el plumon de las aves de corral y otros volátiles. Con 700 ó 750 gramos de plumon, puede construirse un metro cuadrado de una tela mucho más ligera y caliente que la lana, tela que admite perfectamente el batan, puede teñirse de cualquier color y es impermeable á la lluvia. Los ensayos han producido los mejores resultados, tanto que en mi país se compra hoy la pluma de ave, que antes se despreciaba.

—¡Buena tela!

—¿Y esto, qué es?

—No sé cómo le llaman en el país; pero puedo decirle á V. que es una variedad de la familia *drosera*.

—¿Qué condiciones tiene?

—No las recuerdo muy bien; pero repetidas observaciones practicadas durante algunos años han dado á conocer la existencia de *plantas insectívoras*. En este

caso se hallan los seis distintos géneros de la familia drosera. Apenas se pone en contacto con alguna de las glándulas de sus hojas cualquier insecto, en seguida se comunica un movimiento á los tentáculos marginales y éstos, y áun parte del disco, principian á encorvarse hasta envolver al animal completamente. Al propio tiempo va saliendo de las glándulas una secrecion en extremo glutinosa, con la cual queda preso el insecto. Existia mucha curiosidad, por saber si la planta puede tan sólo absorber materia ya en estado de disolucion ó si puede tambien volverla saludable; ó en otros términos, si tiene ó no la facultad de la digestion. Este maravilloso hecho de fisiología botánica, ha quedado enteramente demostrado. La materia glutinosa de las hojas obra sobre los compuestos albuminosos exactamente lo mismo, que el jugo gástrico de los mamíferos, y aquellas se asimilan despues las sustancias ingeridas.

Y el tren paraba nuevamente.

Estábamos frente á Villanueva, el pueblo de las grandes sandías y los ricos melones.

Scott bajó á llenar su castaña de aguardiente y volvió al wagon diciéndome:

—Ahí están sembrando trigo.

—¿A dónde?

—Aquí; á la espalda de nuestro coche, mire V...

—Sí, trigo rubio, del país; muy bueno para la panificacion.

—¿Será semilla del año anterior?

—No sé, pero importa muy poco eso para la reproduccion del grano.

—Yo no lo creo así. En mi país se prefiere siempre la semilla nueva.

—Pues es una mala inteligencia. Lo mismo se reproduce el grano nuevo que el de doscientos años. Se citan, no uno, sino varios ejemplos, de granos conservados mucho tiempo en el agua ó bajo tierra, los cuales han tenido en suspenso sus propiedades germinadoras, adquiriéndolas ó desarrollándolas nuevamente al hallarse en condiciones favorables al efecto. El general francés Anderson, sembró hace poco algunos guisantes que se encontraron en la caja de una momia egipcia de muchos siglos, y varios granos de estos guisantes germinaron al cabo de un año, produciendo despues fruto bastante para cubrir un extenso campo de la isla de Guernesey. Un profesor de botánica de Atenas, ha descubierto un caso no ménos extraordinario. Haciendo investigaciones científicas alrededor de unas minas de plata, el botánico de Atenas encontró en un espacio de 50.000 metros cuadrados, abundante cantidad de *glacium* (glancio, plata de propiedades análogas á la Celidonia), que vegetaba entre antiquísimas escorias de dichas minas. Habia anteriormente una de aquellas, de tres metros de espesor, que fué levantada recientemente para emprender nuevos trabajos mineros, y comprobando el orígen de las escorias

mencionadas, resulta, que los granos que hoy germinan han estado 1.500 años, lo ménos, bajo la tierra. Lo que confirma más este notable descubrimiento, es que ni en el territorio griego ni en los comarcanos existe actualmente el *glacium*, ni se conoce tampoco la forma ó especie del que ha encontrado el profesor de Atenas, por lo cual se le ha designado con el nombre de *glacium serpiere*.

Y el tren rodaba nuevamente en direccion á Don Benito. Scott, vencido con estas citas, no trataba de argumentar y dándose por satisfecho, en esta cuestion, me preguntaba:

—Villanueva, es un pueblo moderno?

—Todo lo contrario. Los romanos la conocieron con el nombre de *Vesci*. Hoy esta villa, que cuenta más de 20.000 almas, no conserva nada de sus primitivos tiempos. El palacio de los priores es de la época de Cárlos III, el monasterio de religiosas de 1626, y el edificio, que fué convento de San Bartolomé, de 1574.

Y el tren seguia corriendo á más y mejor.

Scott miraba con toda detencion la campiña que recorriamos, plantada toda ella de viñedo, y me decia:

—¿Produce aquí mucho la vid?

—No tanto como debiera ser.

—En Francia produce mucho. El ministro de Hacienda francés ha publicado la estadística de la produccion vinícola de aquel país durante el año 1874,

que ha sido de 62.146,000 litros, ó sean 27 millones más que en el año 1873.

—Ya sé que Francia, ha mejorado sus datos comerciales en este ramo de riqueza agraria. En siglo y medio ha conseguido duplicar su pruducto vinícola; que en 1700 era de 25 millones de litros, y en estos últimos veinte años es de 50 millones.

La industria vinícula de aquel país sostiene por sí sola el sexto de la poblacion, que es de 36 millones, proporcionando grandes rentas al Tesoro, y sobre todo á las ciudades, que con los derechos que imponen al vino han levantado sus mejores y más ricos monumentos.

—¿Puede decirse de España otro tanto?

—Sí señor.

—No lo creo.

—El aumento del comercio español en los últimos 110 años, es de 31.200 millones de reales en la importacion y de 1.144 en la exportacion, representando por consiguiente un aumento en el movimiento comercial del año 1872, de 3.464 millones de reales más que en 1762.

El término medio del valor del comercio exterior correspondiente á cada español en 1762, era el de 30 reales, de 33 en 1789, de 53 en 1829, de 76 en 1849, de 174 en 1862 y de 200 en 1868.

¡Diez millones de habitantes! contaba España en 1762, y solo exportaba por valor de 70 millones de reales.

Diez y seis millones y medio tenia en 1872, y exportaba por valor 1.214 millones.

En la primera época correspondia, por término medio, á cada español, del valor de los productos exportados, 12 rs., y en 1872, 66 rs.

Los anteriores datos no pueden ser más elocuentes para enseñar al mundo los progresos alcanzados en nuestro comercio. Baste decir á V., que solo calculando que el bien público, esto es, el bienestar personal, ó consumo de cada español, haya venido aumentando por término medio, desde 1762, en un 50 por 100, resultará siempre que la produccion nacional ha sextuplicado en 110 años. Beneficios que se deben en su mayor parte al pueblo inglés, que es el que más consumo hace de la produccion de nuestro país.

El valor de nuestras exportaciones está representado en el último quinquenio, por 1.160 millones de reales. De esta suma corresponde á los vinos que vendemos en los mercados de Europa y América 360 millones; llevándose á América 89 $^{3}/_{4}$ millones de litros en vino comun, y 2 $^{1}/_{4}$ millones de vino generoso, y quedando en los mercados de Europa 48 millones de litros de vino comun, y 43 de vino generoso.

Hay destinadas al cultivo de la vid en nuestra superficie territorial, millon y medio de hectáreas, y de ellas se cosechan 1.600 millones de litros de vino de diferentes clases. Puede duplicarse, y se duplicará este resultado, tan pronto como una fuerte y constante

demanda, asegure al cosechero la venta de sus productos y el justo galardon á sus esfuerzos.

Merece especial atencion el hecho de que esté producto se coloque en los mercados extranjeros y provincias de Ultramar, de 180 á 185 millones de litros, quedándonos para el consumo interior y fabricacion de aguardientes con más de 1.300 millones de litros. Esta cantidad es escesiva para atender á nuestras necesidades, por escesiva que sea nuestra intemperancia, y seria conveniente que se avivase la exportacion, no solo para aumentar la estimacion de tan precioso fruto, que á no dudarlo se acrecentará, sino tambien para estimular y perfeccionar el cultivo de un artículo, que es hoy la base de nuestro comercio exterior y la esperanza de un porvenir más risueño.

De los 181 millones de litros de vino, que en 1868 exportamos, correspondieron 45 millones al vino generoso y 136 millones al vino comun ó de mesa.

La Inglaterra nos compra de esta última clase 9 $^1/_4$ millones de litros, y la Francia 3 y $^3/_4$.

Nuestro principal mercado le sostenemos con el pueblo inglés, y á él llevamos 9 $^1/_4$ millones de litros de vino; en él negociamos 2 $^1/_4$ millones de litros de aceite de oliva y 1 $^1/_3$ millones de litros de alcohol, y aparte de nuestros corchos, importante riqueza de los montes de Andalucía y Extremadura, la miel y la cera, que tanta se recolecta en nuestras provincias meridionales; la lana, la resina y otros muchos productos

de nuestro fértil suelo que tienen una estimacion preferente en los mercados de las costas británicas, es preciso estimular al comercio nacional hácia su seguro porvenir, estrechando sus relaciones con el pueblo inglés y presentando en sus mercados todos nuestros productos.

Esto no dice que abandonemos los mercados de Francia, donde nuestros frutos son buscados preferentemente. Los vinos comunes de España, importados en Francia en estos últimos siete años, ofrecen la siguiente proporcion, con los de Italia y otras naciones, importados tambien en los mercados franceses:

AÑOS.	De España. — Hectólitros.	De Italia. — Hectólitros.	De otras naciones. — Hectólitros.
1866	44.045	4.085	18.848
1867	144.064	9.568	22.239
1868	342.982	7.890	19.171
1869	305.726	7.043	37.139
1870	86.830	15.067	14.244
1871	69.810	21.653	34.650
1872	218.376	307.325	24.185
1873	607.639	54.121	38.647
1874	658.558	59.087	52.309
1875	166.724	70.679	63.558
1876	313.051	267.690	90.252

El exámen de esta estadística nos hace ver el aumento extraordinario que ha tenido en Francia en estos últimos años la importacion de vinos italianos, como tambien lo han tenido en el presente los de Portugal, en igual ó mayor proporcion.

No debia suceder otra cosa, porque alentados los cosecheros y exportadores italianos y portugueses con

tan notable ventaja, sobre los españoles, en virtud de sus tratados de comercio, han aumentado extraordinariamente su produccion vinícola en estos últimos años. Así es, que mientras en el año último disminuyó en Francia la importacion de vinos comunes españoles desde 658.558 hectólitros en 1874, á 166.724 en 1875, aumentó la de los vinos de Italia de 59.087 á 70.679 hectólitros.

En los años 73, 74 y 75, fué poca la importacion en Francia de los vinos italianos comparada con la de los nuestros, por causas de malas cosechas en Italia; pero, aún así, fueron en progresivo aumento, excepcion hecha del año 72 en el que, como he dicho, superaron en mucho á la de España.

En los primeros siete meses de este año, es tambien muy desfavorable para nosotros la comparacion, porque los 218.000 hectólitros de vino comun de España importados, es poca cantidad en año como el presente, en que la Francia ha necesitado más que nunca de nuestros vinos muy tintos y fuertes, y es una disminucion notable sobre nuestra exportacion en los primeros siete meses del 73 y 74, período en que se verifica casi el total de nuestras exportaciones de vinos comunes durante el año.

Los 167.000 hectólitros recibidos en igual tiempo de Italia, demuestran por el contrario un aumento muy considerable sobre años anteriores, exceptuando el año 1872.

En años que la cosecha de vinos en Italia sea escasa y en nuestro país sea abundante, podremos ver renovada nuestra exportacion á Francia, en las proporciones que señalaron los años 73 y 74: pero esto ya no podrá suceder cuando tenga Italia buena cosecha, siguiendo la misma desigualdad en los derechos que ahora existe, porque necesariamente cuanto mayor cantidad de vinos importe Francia de Italia y Portugal, ménos cantidad ha de necesitar de nosotros. Al contar con estas eventualidades, tambien es preciso tener en cuenta, que siendo ocasionado el aumento de produccion en Italia, por los numerosísimos viñedos nuevos que allí se han plantado, dicha produccion deberá seguir una escala ascendente por bastante tiempo.

No creo posible queden nunca del todo excluidos nuestros vinos de los mercados franceses, aun cuando continuasen en las mismas condiciones desfavorables de ahora, porque faltándoles mercados suficientes habrán de enviarse forzosamente á Francia; pero nadie podrá poner en duda que produciendo Italia y Portugal vinos tintos similares á los nuestros, y costando estos al importador en Francia, por razon de derechos, *cinco* francos ménos por hectólitro que los de igual clase de España, solamente podrá continuar la exportacion de los nuestros á dicho país, en años que la Italia tenga mala cosecha y á costa de un sacrificio, por parte de nuestros cosecheros, equivalente á dichos cinco francos por hectólitro.

Por el tratado entre Francia y Portugal, de 11 de Julio de 1866, se admiten los vinos comunes portugueses en Francia con derecho de 30 céntimos de franco por hectólitro y los vinos franceses en Portugal con el de 500 *reis* (tres francos) por idem.

El tratado entre Francia é Italia estipula que los vinos franceses, á su entrada en Italia, paguen cinco francos por hectólitro, y los italianos al entrar en Francia 25 *céntimos* de franco por idem; pero como hay un recargo de 20 por 100, el derecho sobre estos últimos llega á 30 céntimos de franco.

El dia que España logre con Francia un tratado para la reduccion de los derechos de entrada de vinos españoles, Francia consumirá á España más de 9.000.000 de hectólitros de vino comun, y más de 3.000.000 de los generosos.

—Me son gratas estas noticias comerciales y económicas sobre España. No creí jamás que este país estuviese tan rico en esta parte del movimiento comercial.

—Y estaria más aún, si las epidemias que azotan estos cultivos no mataran la produccion.

—¿Qué epidemia es?

—La del año pasado, la de todos en que como este amenaza y abate profundamente el ánimo de los labradores y propietarios agrícolas, que ven anulada la principal cosecha, esterilizados los afanes de todo el año y en perspectiva el hambre y la miseria para sus familias. Aun despues de tanto tiempo, no han podido

verse libres estos campos del azote del *oidium*, que continúa obligando á los labradores á un gasto extraordinario en el azufrado, para obtener algun producto de sus viñas; aniquilados por numerosos impuestos y exacciones de todos géneros que á la larga lograrán arruinar el país. Despues de esto, la aparicion de un nuevo azote, destruye en poco tiempo la culminante produccion de estas comarcas: un gusano especial, destruyendo la planta del maíz, seca extensos sembrados, sin que se conozca actualmente remedio alguno que logre matar ese voraz animal antes de producir tan funestas consecuencias: ataca en todas clases de terrenos, cualquiera que sea su condicion y género de abono con que hubiesen sido beneficiados. La única circunstancia importante que se ha patentizado, es que el gérmen del animal va contenido en el grano que se emplea para la siembra, pues en su mayor parte sale horadado de los hórreos en donde le conservan. Esta circunstancia indica la necesidad de elegir para la siembra granos de buenas condiciones, si se ha de abrigar alguna confianza en el resultado final de la cosecha.

—¿La uva que recogen de estos campos es para vino del país ó la trasportan á otros puntos?

—Sí y nó. Hay una época en que la uva la escogen para el *verdeo*, esto es, para la mesa y para colgar. Comunmente en el país se consume gran parte; pero llevan mucha para el extranjero. A Lóndres, el pueblo de V., va alguna. La industria vinícola es aquí casi

desconocida. Se fabrica el vino como en los primitivos tiempos. ¡Si aquí establecieran las grandes bodegas de Jerez!

—O las de Alemania.

—¿Hay tambien en Alemania grandes bodegas?

—Sí, señor. La bodega municipal de Bremen es la más célebre de todas las bodegas de aquel país. Uno de sus sótanos, llamado la *Rosa*, porque le sirve de distintivo un bajo-relieve en bronce que representa rosas, contiene el famoso vino de *Resenwein*, que tiene en la actualidad dos siglos y medio. En 1624 se bajaron á él seis grandes pipas de vino del Rhin, llamado Johannisberg, y otras tantas del de Hochheimir. La parte adyacente de la bodega contiene vinos de las mismas clases no menos exquisitos, aunque de algunos menos años, están contenidos en grandes pipas, cada una de las cuales lleva el nombre de uno de los doce Apóstoles, y el vino de Judas, á pesar de la reprobacion que lleva consigo este nombre, es más estimado aún que los otros. En las demás partes de la bodega, se hallan los diversos vinos de los años posteriores. A medida que se sacan algunas botellas de Rosenwein, se las reemplaza con vino de los Apóstoles, este con otro vino más jóven y así sucesivamente; de manera que, al revés del tonel de las Danaidas, las pipas no se vacian jamás.

Una sola botella de Rosenwein representa más de 10 millones de francos. Esta cantidad parece en un prin-

cipio increible, pero es muy fácil convencerse de su exactitud por el cálculo.

Una pipa de vino que contiene 1.000 botellas, valia en 1624 hasta 1.200 francos. Contando los gastos de sostenimiento de la bodega, las contribuciones, los intereses de esta cantidad y los intereses de los intereses, una botella costaria hoy 10.895.232 francos, un vaso ú octava parte de la botella comun 1.361.905 francos; y por último, una gota, contando mil gotas en un vaso, costaria 1.862 francos.

En realidad, el precio de este precioso licor es asequible. El vino de los Apóstoles y el de la Rosa no se venden jamás á ninguno que no sea vecino de la ciudad de Bremen ó no tenga derecho á este título. Los burgomaestres tienen solo permiso para sacar algunas botellas y enviarlas como presentes á los soberanos. Un vecino de Bremen, en caso de enfermedad grave, puede obtener una botella por 20 francos; pero para esto es preciso una certificacion del médico y el consentimiento del consejo municipal. Un vecino pobre de Bremen puede tambien obtener grátis una botella, llenando las mismas formalidades. Un vecino tiene además el derecho de pedir una botella cuando recibe en su casa á un huésped célebre.

La ciudad de Bremen enviaba á Goëthe, el inmortal autor de *Fausto*, una botella de vino de la Rosa el dia de su santo.

Hablando sobre esto el tren paraba.

Eran las dos y veintisiete de la tarde.

Estábamos frente á la célebre ciudad del populoso Don Benito, el pueblo mayor que tiene Extremadura.

Sin embargo, el pueblo no se veia.

Detenido el tren en un inmenso llano, bajamos al anden, mirábamos para todas partes y Scott preguntaba una y otra vez:

—¿Pero, dónde está don Benito?

Volvimos á emprender el camino sin detenernos.

CAPITULO XXIII.

Don Benito y Medellin.

Mr. Scott asomaba su cabeza por la ventanilla del wagon, y me repetia:

—¿A dónde está aquí el pueblo?

—A la izquierda, á un kilómetro de aquí. Es una ciudad muy grande, rica y alegre.

—¿Es antigua?

—La más moderna de Extremadura, como que data del siglo XVI. El antiguo conde de Medellin tenia diez pueblos en los cuales mandaba feudalmente y los esquilmaba á las mil maravillas. Uno de estos pueblos estaba aquí á la derecha, á unos cuatro kilómetros de nosotros; se llamaba *Don Llorente*, á donde vivia un señor llamado *Don Benito*, dueño de estas tierras. En 1506 este poderoso señor ofreció á los vecinos de

D. Llorente tierras y otros derechos de colonia para los que quisieran poblar en sus posesiones. Cuarenta años más tarde, en 1548, los vecinos de Medellin y los de Don Llorente habian fundado á Don Benito, librándose así de la tutela odiosa del conde de Medelin. En 1614 ya contaba Don Benito con una poblacion de 17.000 almas, como hoy tiene más de 21.000. Felipe V, por cédula de 13 de Julio de 1735, le hizo villa, eximiéndola de la jurisdiccion municipal de Medellin, á donde estaba agregada como su aldea. Tiene una parroquia de la fundacion de la villa, y en su torre estaban las estátuas de D. Benito y su señora, sus fundadores, las cuales un dia se vinieron abajo, hundiendo parte de las bóvedas del templo. En 1707 Don Benito se unió á las tropas de Felipe V, formando á sus espensas una compañía de 300 hombres, que combatieron por este rey. En la guerra de la independencia luchó como un gigante contra el extranjero, y su nombre lo repite la historia con respeto glorioso.

Y el tren rodaba con velocidad. Scott me oia con toda atencion, mientras yo continuaba diciendo:

—A principios de este siglo, no recuerdo el año, el Gobierno de Madrid mandó á Don Benito un Alcalde Mayor, conocidos en nuestra época como Alcaldes-corregidores. El nuevo funcionario no obraba á gusto del pueblo y era más déspota que lo que convenia á sus vecinos. Una mañana se levantó el vecindario, cercó la casa del Alcalde, la puso fuego, le cogió

y le mató, probando de este modo que no es tan fácil dominar voluntades libres. El Gobierno mandó formar causa, vino á la villa un juez especial á instruirla, tomó declaraciones á todos, absolutamente á todos sus vecinos, y vió que habia unanimidad en la designacion del autor del crímen. Era... *¡Don Benito!*... ¡La estátua que estaba sobre la torre de la parroquia! Nadie declaró otra cosa.

No tengo para qué decir á V. que al reo no pudieron ahorcarle, porque estaba abolido, desde Cárlos III, ahorcar ni quemar las estátuas ni las efigies, á que tan acostumbrados estaban los tribunales de la Inquisicion.

Próximo á este pueblo, en Valle de la Serena, nació Donoso Cortés, el famoso marqués de Valdegamas, ultramontano en sus últimos años, demagogo en un principio, y siempre, cuando jóven, como cuando viejo, de gran talento. Sus obras, sus discursos y sus cartas políticas, son un modelo de elocuencia, que se citan con orgullo por todos los amantes de las buenas letras.

Tambien nació en Don Benito, Alonso Martin, célebre marino que allá en el siglo XVI acompañaba en América á nuestros capitanes, y Don Alfonso de Mendoza, compañero del Martin en el Nuevo Mundo.

En esto el tren paraba de nuevo. Estábamos frente á Medellin, la pátria de Hernan Cortés, el marqués del Valle, uno de los hombres más grandes que tuvo España entre sus conquistadores. Medellin es una anciana que puesta de rodillas á la derecha del camino, está

pidiendo limosna á los viajeros. Fué cuando los romanos colonia, con el nombre de *Metelium-Cœciliæ*, engrandecida por los legendarios, elevada á la dignidad de convento jurídico, con el privilegio de batir moneda, y una de las ciudades más célebres de la España-Lusitana. Las crónicas guardan sus tradiciones y los historiadores extremeños refieren sus glorias, dando multitud de inscripciones y monedas, que justifican su antigüedad. Hoy no queda de tan importante ciudad más que un puente, un castillo, varias ruinas y multitud de templos. El puente fué obra romana, destruida por los árabes y restaurada en los tiempos de Fernando V., pero con tan malas condiciones, que se hundió á los pocos años. Felipe IV lo mandó restaurar, comisionando para esta obra al juez D. Juan de Villargoitia.

El puente de Medellin tiene 514 varas de largo y 7 de ancho, y consta de 20 arcos. Fué reconstruido en 1636, habiendo sido preciso para terminar las obras hacer un repartimiento entre los pueblos de 50 leguas en contorno.

Y el tren comenzó á andar en direccion á Guareña, en tanto que yo proseguia contando á Scott algo de la historia de Medellin. Su castillo es obra del siglo XII. En 1360 pertenecia á D. Juan Alfonso, el cual, en las guerras de sucesion, se puso contra Don Pedro I de Castilla, y dos años más tarde, cuando este rey ganó á Medellin, destruyó la fortaleza, obra casi toda de ro-

manos. Algun tiempo más tarde, en 1373, la reedificó tal cual está hoy, el infante Don Sancho de Castilla, señor de Medellin, de quien son las armas que están en el torreon almenado frente al Guadiana. Este antiquísimo castillo, donde antiguamente estaba encerrada una ciudad memorable, tiene recuerdos gloriosos y tradiciones importantes. Desde la reconquista hasta la guerra de la independencia, sus murallas han servido para que el más fuerte escriba desde ellas su victoria.

La antigua casa de Ayuntamiento, que por sus restos debió ser una obra de primer órden, se arruinó en 1810, como el palacio de los Portocarreros, los antiguos condes de Medellin. Cuatro parroquias tiene la villa: la de Santiago, arciprestal; la de Santa María del Castillo; la de Santa Cecilia y la de San Martin, de cuyos edificios el más moderno es de 1514. Tuvo además tres conventos y cuatro ermitas. El de frailes lo fundó D. Juan Portocarrero, primer conde de Medellin, y en él estaba la capilla de San Antonio, costeada por Hernan-Cortés; el de monjas de la Concepcion lo fundó en 1551, D. Rodrigo Jerónimo Portocarrero, cuarto conde de la villa, y el de Agustinas, Catalina de Jesús y otras religiosas de la Encarnacion de Madrid, que en 1600 vinieron exprofesamente á fundarlo. De estos conventos solo existe uno: el de la Concepcion; los demás están arruinados, como tambien las cuatro ermitas. La villa es hoy un conjunto

de ruinas, sobre las cuales existen solamente unos 150 edificios, una muralla antiquísima y una castillo feudal. Todos los viajeros se detienen á su paso por la villa en lo que fué casa del famoso Hernan-Cortés. Es un salon con medias paredes y algunos cimientos. A la derecha existen dos paredones que formaban una sala y dormitorio, donde la tradicion cuenta que nació Hernan-Cortés, aquel génio intrépido y valeroso que dió á los reyes Católicos «más reinos que pueblos habian heredado de sus padres,» segun él mismo dijo al rey que se desdeñaba en recibirle. Aunque Medellin no hubiera producido á ningun otro hombre más que á Hernan-Cortés, bastaria para darle nombre y hacerlo célebre, que siempre son celebrados los pueblos que tienen la suerte de contar entre sus hijos á hombres tan grandes como Hernan-Cortés. Pero Medellin, desde el siglo XV hasta los tiempos modernos, ha dado otros hombres ilustres en las letras y en las armas, pues cuenta nada ménos que con las siguientes notabilidades nacidas en él:

Escritores:

Francisco Portocarrero, historiador.

Francisco Alvarez de Rivera, escritor.

Pedro Suarez de Escobar, id.

Francisco Leal, id.

En las armas:

Hernan-Cortés, el héroe que conquistó el Nuevo-Mundo de Colon.

Gonzalo Sandoval, valeroso capitan con Cortés en América.

Andrés de Tápia, id., id.

Rodrigo Paz, id., id.

Juan de Sanabria, id., id.

Rodrigo de Villafuente, id., id.

Diego Godoy, id., id.

F. Portocarrero, id., id.

La pátria de todos estos famosos génios en las letras y en las armas, es hoy una desierta villa, que apenas si tiene 600 almas. Los tiempos cambian. Mérida fué la córte de Trajano. Badajóz la capital del Algarbe y de la Lusitania. Lobon donde asentaba sus huestes vencedoras Viriato. Ebora el pueblo engrandecido por los romanos; y Mérida, Badajoz, Lobon y Ebora no conservan hoy, de su glorioso pasado, más que un recuerdo vago que la historia escribe y la crónica guarda, para enseñanza de la poca estabilidad que tienen las cosas de esta vida. Medellin, cuya fundacion es anterior á los romanos, al decir de su hsitoriador D. Juan Solano de Figueroa y Altamirano, cronista del siglo XVII, fué una de las colonias más ricas é importantes de la Lusitania. Su mayor gloria no está en esto, sino en haber producido para la patria, parael mundo, un hombre tan grande como Hernan-Cortés.

En esto íbamos de nuestras disertaciones históricas, cuando sonó el silbato del maquinista, y el guarda-freno comenzó á acortar el paso del convoy.

Momentos despues parábamos frente á una estacion.

Estábamos en Guareña.

Eran las tres y cuatro minutos de la tarde.

Scott y yo bajamos del wagon para mojar el paladar con un poco de aguardiente y saborear unas rosquillas de harina de trigo. Debajo de un árbol medio seco habia una mesita, donde exponia una mujer dulces y bebidas para vender á los viajeros. Bebimos y comimos... de aquellos manjares, y nos volvimos al wagon á esperar la marcha del convoy. Scott miraba al árbol que teniamos delante, y me decia:

—Aquí parece que no se da buena vejetacion, á juzgar por esos arbolillos.

—No se pueden citar como ejemplo de la vejetacion forestal los árboles que viven en las líneas-férreas. Apenas si habrá uno que cuente diez años, cuando V. ve que la acacia, que es de muy poca vida, puede contar más de cuarenta. Y además, no es regla la edad de los árboles para la calidad de la tierra. Hay excepciones; por ejemplo, la de darse un buen árbol con largas condiciones de vida en un suelo malo. Un periódico de Lóndres publicaba poco há algunos datos curiosos sobre los árboles más antiguos del mundo. Segun el periódico inglés, el más viejo de Italia es el ciprés de Souma, cerca de Nápoles, al pié del Vesubio. Cuenta una tradicion, que fué plantado en el mismo año del nacimiento de Cristo, y segun otra en tiempo de Cé-

sar. En Méjico es antiquísimo otro ciprés contemporáneo de Motezuma, que 400 años atrás era ya de gran estatura. De América citó Humboldt varios cipreses, cuya antigüedad calculó de 4.000 á 6.000 años.

Entre nosotros tenemos en Granada el célebre ciprés de la sultana, al pié de cuyo tronco sorprendió Boabdil á su esposa en conversacion con el jefe de los abencerrajes, degollado despues, en el magnífico patio de los Leones de la Alhambra.

Y en el Jardin del Retiro de Madrid existe otro ciprés que, segun cuenta la tradicion, es del siglo XVII. Junto á él sorprendió Felipe IV á la reina con el marqués de Villamediana, y los trovadores y romanceros de aquellos tiempos compusieron y cantaron la historia amorosa de la reina con el conde, á lo cual debió el ser muerto á mano airada.

El tren comenzó á rodar de nuevo, y desde lejos pudimos saludar á Guareña.

CAPITULO XXIV.

De cómo llegamos á Mérida.

—Estamos, amigo Scott, frente á Guareña, otro pueblo importante de Extremadura.

—¿Qué hay en él de bueno?

—Absolutamente nada. No tiene monumentos ni historia. Su numerso vecindario vive de la agricultura y de la ganadería.

—¿Pero si yo recuerdo que Guareña es poblacion antigua?

—Otro Guareña; el de la provincia de Zamora, que es fundacion del siglo IX, y hoy, mejor dicho, desde 1450, es lugar despoblado.

Y el tren comenzó á andar de nuevo.

Scott bostezaba, y yo soñoliento, dejaba caer la cabeza sobre los almohadones y me dormia, en tanto que

el convoy continuaba su acelerado paso... Y aun dormiríamos, á no haberme despertado Scott diciendo:

—¿Cuándo llegamos á Mérida?

—No sé por dónde vamos.

—Acabamos de partir de D. Alvaro.

—¡Ah!... hemos dejado pasar tambien Zarza junto Alanje, que está cercana á los baños del mismo nombre, y cuyas aguas, á una temperatura de 22 grados Reaumur, sirven para curar las enfermedades del estómago.

—Sí; la estacion anterior á D. Alvaro.

—Pues no hemos perdido gran cosa. La Zarza es una villa alegre y sana. Su fundacion es antigua, y su nombre es aun de los moros. No conserva antigüedades, pues sus templos son modernos. La parroquial, San Martin, del siglo XVI, y las ermitas Nuestra Señora de las Nieves, San Márcos y la destruida de San Gregorio, son del siglo XVII y XVIII. Don Alvaro es otra villa igual á Zarza junto á Alanje. Su historia no se remonta más allá del siglo XI. D. Alvaro de Luna la engrandeció, haciéndola villa eximida, con privilegio de que no pudiera tomar vecindad en ella ningun infanzon ni hidalgo, á no ser de su familia y de linea recta; y que si alguno lo intentaba, habia de pechar en tanto no fuera vecino y diez años despues aunque fuese rico-home.

—¡Qué barbaridad!

—Se hacian muchas así por los nobles de aquellos tiempos.

—Tambien hemos pasado, sin ver el Guadiana, por el famoso puente de hierro que tanta celebridad tiene entre las obras modernas. Mide 690 metros de longitud, en once tramos. Su arquitectura, sencilla y grave, no es de un gusto afectado, sino como conviene á una obra útil más bien que bella. El famoso Guadiana, el *Ana* y *Guana* árabe, pasa por bajo de sus ojos manso y silencioso como ofendido del poco caso que hacen de sus corrientes los pueblos extremeños. Ni una fábrica, ni un establecimiento industrial, ni un solo aparato de regadío hay en todo su cauce, cuando podian dar sus corrientes poderoso impulso á la agricultura y la industria del país.

El Guadiana corre más de 155 leguas, desde la Mancha, en que nace, hasta Ayamonte, en que muere, dando su tributo al mar, sin que el hombre aproveche una gota de agua en beneficiar la tierra ni en impulsar las fuerzas reguladoras del trabajo.

Mr. Scott ya no me oia; con la cabeza fuera del wagon mira la campiña y me pregunta:

—¡Hombre!... por aquí hay muchos vestigios de poblacion antigua.

—Bastantes.

—¿En dónde estamos?

—En las inmediaciones de la Roma Ibérica.

—¡Roma Ibérica!... ¿Qué poblacion era esta?

—Emérita-Augusta, hoy Mérida, el centro de Extremadura. Cada vez que yo paso por estos sitios, ami-

go Scott, tengo ratos admirables. Las ruinas para mí son siempre vestigios solemnes. Me quedo mirando á á ellas, y mi mente forja en su ideal mil historias fantásticas. Un capitel, una columna, una cornisa, una lápida partida; los mármoles dispersos, los musgos y las flores que crecen y viven por entre sus rendijas; un paredon solo, aun en pié, como desafiando al tiempo; un arco irregular en su forma, encierran poemas que yo quiero adivinar, como si pudiera leerse de seguido el libro que guardan estos despojos de otras civilizaciones.

—No hay que confundir los escombros con las ruinas.

—Ya lo sé, amigo Scott; aquellos son los destrozos vulgares; estas son las reliquias majestuosas del pasado. Las ruinas vienen despues de los monumentos, como detrás de aquellas vienen los escombros. Es lo propio que acontece con las criaturas humanas. La mujer, por ejemplo, que todos conocieron en su período de floreciente hermosura, cuando el invierno de la vida le apaga sus gracias, pierde, es verdad, aquel explendor en que sus vivas pupilas se animaban; mas conserva siempre los restos de su pasada hermosura... unos capiteles del mejor órden:—«son buenas ruinas,»—dicen los entendidos, porque segun la ley de la correlacion que guardan las formas, imaginada por Cuvier, de la punta de una línea rosada, de la curva de un pie pequeño, ó de la larga ondulacion del cuello, se puede formar cabal juicio de lo que seria el edificio en los

tiempos en que sus admiradores lo contemplaban.

Una casita de campo pintada de verde, en medio de una huerta abundante de lechugas y habas, es una cosa muy alegre, muy pastoril, muy higiénica, que está pidiendo dos borregos guisados con picante, y una bota de vino; mas no vale tanto como el placer que se siente recorriendo estas comarcas, donde Viriato, el primer español que peleó por la libertad de su patria, destrozó á las legiones que Roma mandara para sujetar á España al carro de la tiranía de los Césares. Allí, más adelante, está Mérida. Esta arcada que se ve á nuestra derecha, es el acueducto construido en tiempos de Augusto. Era una obra colosal. Hoy no quedan de ella más que 37 pilares, algunos en tres órdenes de arcos unos sobre otros, de más de 30 varas de altura, por cuyo encañado de 3 piés de ancho y aun más de alto, corria el agua para los baños, jardines, batanes, molinos y otros artefactos que habia dentro de la ciudad.

—¿Conque el orígen de Mérida es romano?

—Segun Dion Cano, el emperador Octavio Augusto, al concluir la guerra cantábrica, quiso remunerar á los soldados que habian cumplido bien, dándoles tierras y otros medios de colonizacion, y con los pertenecientes á las legiones 5.ª y 10.ª fundó la ciudad de Emérita Augusta, la colonia tal vez más importante del imperio. Desde aquí se ven parte de sus arruinados muros: mírelos usted, amigo Scott.

—¡Oh, yo creo que esto ha sido muy grande!

—Segun la *Crónica del rey Don Rodrigo*, los muros de esta ciudad tenian 6 leguas, 15 estados de alto, 10 de ancho, 3.700 las torres de sus murallas, 84 puertas, 5 alcázares, los cuatro en los intermedios de las cuatro puertas angulares, con su puerta cada uno saliente fuera del muro y el otro en medio de la ciudad, en una gran plaza, el cual tenia 20 torres tan altas, que la menor media 25 estados. Cada puerta tenia dos calles de á 30 codos de ancho, que todas venian á la plaza. De cada casa salia un caño de tierra, y todos entraban en uno grande que habia en cada calle, por donde corrian las aguas de las lluvias en toda la ciudad. Para su guarnicion, en tiempo de paz, habia 80.000 infantes y 10.000 caballos. Sus edificios competian con los de Roma. Era Mérida en tiempo de Trajano el emporio del mundo civilizado. Aun existe en pié el famoso arco levantado para este emperador, todo fabricado de enormes piedras sillares. El castillo, llamado Conventual, tiene sus muros enteros; la casa de los condes de los Corbos fué el templo de Diana, donde existen 19 columnas estriadas de 40 piés de altura y otros restos preciosos de la poblacion primitiva; el templo de Marte se hallaba donde hoy está el Horno de Santa Olalla, habiéndose perdido los vestigios de los de la diosa Fortuna, de Júpiter y de César Augusto, suntuosos templos que excedieron á todos los que en España levantaron los legendarios romanos. Los restos del famoso anfiteatro,

llamado hoy Siete Sillas; la Naumáquia, llamada Baño de los Romanos; el Circo, suntuoso edificio mayor que el de Roma; el puente sobre el Guadiana y otros tantos restos que aun se conservan en pié, son vestigios que presentan la historia viva, para enseñanza de todos.

Sobre todo, el famoso puente es obra notable. Consta de 58 arcos, todos circulares, pero no iguales: es obra que dejaron hecha los romanos, á juzgar por el almohadillado de las piedras de los antiguos arcos y pilares. Fué reconstruido en 1610 á espensas de Mérida y de los pueblos del contorno en una distancia de 50 leguas. En 1861 se estableció un tramo de madera en los tres arcos arruinados por la avenida que tuvo lugar el año anterior.

Decaida y mucho Mérida, en la invasion de los Árabes, con los mejores de sus famosos edificios destruidos, llegó á sus puertas el moro Rasis, entró en la ciudad, recorrió sus calles, y al salir para Sevilla dijo: «que »nom ha hombre en el mundo, que cumplidamente »pueda contar las maravillas de Mérida.»

Y el tren iba suspendiendo su precipitada carrera.

—¿Vamos llegando á Mérida?—decia Scott.

—Poco nos falta.

Y en efecto, momentos despues el tren paraba.

Eran las cuatro y cuatro minutos de la tarde.

—¿Pararemos aquí un dia?—me decia Scott.

—Se entiende que sí. Es preciso que demos un pa-

seo por la ciudad; quiero ver sus edificios, admirar sus restos, apuntar las impresiones que me despierten todo este conjunto de ruinas diseminadas por una parte y otra, y profanadas por todos.

Scott cogió su equipaje, yo el mio, y bajamos al anden.

—¿Está muy lejos la ciudad?—preguntamos.

—Un kilómetro,—nos respondió un vendedor de periódicos que se acercaba á recibir los paquetes que le traian de Madrid.

—Busquemos un coche,—dijo Scott.

Y el coche no parecia.

—¡Malo... hemos de ir andando y con esto acuestas! exclamaba Scott, comenzando á desesperar.

Y no hubo remedio, paso tras paso, con la sombrerera en una mano y la ropa en la otra, subimos una cuesta detrás de la estacion del ferro-carril y emprendimos el camino para la ciudad, donde llegamos despues de una larga caminata.

Entramos en una plaza, descansamos en los asientos de piedra que la rodean, y preguntó Scott á un Guardia municipal:

—¿Hay fonda en esta ciudad?

—No señor; hay café.

—Yo queria fonda para hospedarme en ella hoy y mañana.

—Lo que pueden Vds. hacer es venir á una casa de huéspedes.

—Iremos á donde nos den de comer y podamos dormir esta noche.

Y emprendimos el camino en direccion al Arrabal.

Antes de llegar á él paramos á la puerta de una modesta casa, donde llamó el agente de la autoridad y preguntó secamente:

—*Señá* María, ¿pueden quedarse dos forasteros?

—Que pasen,—contestaron desde adentro.

Y en efecto, subimos unas escaleras, entramos en una salita, nos descargamos del peso que traíamos encima, y tomamos asiento como si estuviéramos en nuestra propia casa.

—¿Querrán Vds. comer?—nos preguntó una mujer, que tenia humos de dueña de casa.

—Cuando V. quiera,—replicó Scott.

Y nos llevaron á un comedor á esperar el primer plato.

Momentos despues comíamos con un hambre de tres semanas, notando sobre todo la variedad de alimentos. La sopa nadando en grasa colorada, y el sabor picante; el cocido clásico de la célebre cocina extremeña, con garbanzos, patatas, chorizo, morcilla, jamon y gallina, todo ello salpicado de buen vino, nos entonaba el estómago, un tanto debilitado por las comidas de fondas. Scott apuró todo el chorizo, que no lo comia, lo sorbia más bien, como un italiano la sopa de macarrones.

Acabada la comida, nos fuimos á tomar café al

Círculo Emeritense. La noche estaba fria, y las pocas luces de las calles de Mérida nos hizo temer por nuestras piernas, que estuvieron á punto de ser fracturadas.

Llegamos por fin, á poder tomar café. Scott comenzó por llenar la copa del agua con ron, y yo, muerto de envidia, le imité. Y ambos dimos fin de la primera botella. Pero nos sirvieron la segunda. Y la bebimos igualmente. Scott sudaba á pesar del frio que soplaba. Yo tambien tenia calor. Abrimos los balcones que daban á la plaza, y la luna, la clara luna de Enero, iluminaba aquellos edificios, dándoles un tinte misterioso. Yo le decia á Scott:

—¿No parece mentira, que en este pueblo tan triste y solitario, haya nacido el mejor poeta que cantó en Roma?

—¿Quién era?

—El gran Deciano, contemporáneo de Augusto. Córdoba se envanece por haber sido cuna de Marcial y de Lucano. ¡Ay! otros dos génios de la antigüedad que brillaron como Deciano en la Roma pagana, y que Neron se gozó en martirizar, ahogando la voz del poeta que cantó á las guerras de Farsalias y haciéndole morir bañado en su propia sangre. Deciano fué más feliz que Lucano. No lo mató ningun déspota.

—¿Y qué otros hombres célebres ha dado Mérida?

—Muchos más; pero en primer término la jóven Eulalia, que por su amor á la nueva doctrina del cristianismo fué quemada viva por órden del emperador; el

famoso escritor Paulo el Diácono, autor de las Crónicas religiosas de esta ciudad, en el siglo VII; Gomez Bravo, Vera y Zúñiga, Fernandez de Mesías, Moreno de Vargas, todos historiadores del siglo XVII; Francisco Ulloa, célebre marino del siglo XVI; Garci Gùtierrez de Vargas, consejero militar de Fernando III; Casto Gonzalez, escritor erudito del siglo XVIII y los capitanes Bustamante, Magariño, Becerra y Mendoza, todos célebres en la conquista de América.

Scott oia y vaciaba de nuevo el ron. Habíamos apurado la segunda botella. Tomamos á la vez nuestras copas, con el que quedaba, y cuando creia oir á Scott alguna excentricidad, chocó su copa con la mia diciendo:

—¡A la salud de Deciano... y vamos á dormir!

Scott no podia levantarse.

Le cogí por el brazo y le llevé á casa. No hay para qué decir que durmió profundamente.

Estaba borracho, profundamente borracho; como se puede emborrachar un inglés aficionado al ron.

CAPITULO XXV.

Desde Mérida á Badajoz.

Las ocho eran de la mañana, cuando Scott entraba en nuestro cuarto con la botella en una mano y la copa en la otra, gritando:

—Vamos, arriba: es ya muy tarde; primero un poco de aguardiente y á vestirse; despues á recorrer la ciudad.

Esta expontaneidad por parte de Scott nos animó. Saltamos de la cama, bebimos un vaso de aguardiente «para matar al bicho,» como se dice vulgarmente en Andalucía y Extremadura, y nos sentamos poco despues á la mesa á almorzar y poder emprender nuestra visita á la ciudad, con elestómago lleno. Mientras nos servian el primer plato recordábamos á Scott los elo-

gios que habia tributado á Mérida el célebre Juvencio, y recitábamos los siguientes versos:

Nunc locos Emeritæ est túmulo,
Clara Colonia Vettonæ,
Quam memorabilis amnis Ana
Prœterit, et viridante rapax
Gurgite, Mœnia pulcra levant.

—Segun el poeta extremeño, Mérida fué cabeza de todos los pueblos lusitanos,—dijo Scott.

—Exactamente: Estrabon, Higinio, el liberto de Augusto, Ptolomeo y todos los autores romanos, concuerdan en que era mayor que Roma y más hermosa y hasta más rica en monumentos de aquella época.

Y hablando así íbamos almorzando insensiblemente; bebimos como de costumbre y tomamos café. Acto contínuo nos echamos á la calle.

Lo que Scott admiró, lo que yo contemplé, lo que vimos y apuntamos en aquel dia memorable, no es para escribirlo en el capítulo de un libro. Nuestra imaginacion, por otra parte, no pudo retenerlo todo, que bien ligera pasó por aquellos restos gloriosos, para que hoy pueda describir minuciosamente nada de cuanto encierra Mérida en su recinto, por más que todo ello excitase nuestra curiosidad, no tanto por el grado de cultura greco-romana, cuanto por la grandeza y prosperidad que corresponden á aquella remota antigüedad, en que nuestra Península constituyó una parte integrante del vasto imperio de los Césares.

Atónitos, con la boca abierta, dibujando Scott en

su album, apuntando yo en mi libro de viajes, contemplamos, cerca de los colosales acueductos, que sobreviven á una posteridad de veinte siglos, el soberbio arco triunfal de sillería cortada, erigido por los emeritenses en honor á Trajano, benemérito español revestido de la púrpura imperial, que realizó su entrada en Mérida, al regreso de la brillante campaña de la Dácia, territorio sometido á Roma por sus invictas legiones.

Al lado de aquel famoso arco triunfal, el hombre parece pequeño, porque aun se duda si aquel monumento es obra suya. Yo miraba aquella mole y le decia á Scott:

—Buena portada de casa.

Y el inglés me respondió secamente:

—Para cuando los católicos edifiquen otra vez el cielo.

Recorrimos unas cuantas calles, y vimos la hermosa columnata del templo de Diana, bajo cuyas bóvedas el pueblo pagano aplacaba con humanos sacrificios las iras de la Diosa, siempre venerada, como la que más, entre la multitud de Diosas que componian la animada teogonía de los romanos.

Corrimos al extremo Norte para contemplar los ya casi perdidos fragmentos de argamasa y hormigon, donde se asentaba otra mansion religiosa consagrada á Júpiter; y en el Sudoeste elévase á los aires las moles gigantescas del gran Circo, anfiteatro destinado á los espectáculos, en cuya arena los gladiadores luchaban,

espada en mano, hasta perder la vida ó arrancar la de sus adversarios. ¡En aquel círculo rodeado de escalinatas y arquería, cuántas víctimas sacrificadas á la barbárie! Los verdugos destrozaban el cuerpo de los malhechores y de los neófitos cristianos; las fieras, los feroces tigres de Numidia, los bravos leones del desierto, ensangrentaron en más de una ocasion sus garras, clavadas en las entrañas de un ser humano.

Scott miraba de hito en hito aquella mole colosal, y apenas si su estado de espectacion le dejaba decir palabra. Solo una exclamacion pudo pronunciar á la vista de aquel monumento.

—¡Qué barbaridad!—repetia una y otra vez.

—¿Por qué es barbaridad?—preguntábamos nosotros.

—Porque siempre es barbaridad la profanacion de estos monumentos.

—¿Y quién los profana?

—¿No ve V. su suelo?... Está labrado...

—¡En efecto, amigo Scott... tiene V. razon! Esto es obra del ayuntamiento de la ciudad, que arrienda el suelo para que lo siembre el labrador.

—No hacen otro tanto los bárbaros del desierto con los restos de sus antepasados.

Y diciendo esto dábamos la vuelta al circo, tropezando, un poco más arriba de sus muros, con una preciosa circunferencia coronada en su perímetro por truncados lienzos de mortero.

—Esto, amigo Scott,—decia yo haciéndome el *cicerone*,—lleno de agua su extensa cavidad, formaba una naumaquia ó estanque, sobre cuyas ondas tuvieron efecto vistosos simulacros navales, en que los romanos lucian sus conocimientos náuticos.

La esgrima y la navegacion no fueron los exclusivos ejercicios militares de los ciudadanos emeritenses, á la altura en derechos y condicion gerárquicas con los moradores de Roma. La equitacion adquirió en aquella época un prodigioso incremento, como patentemente lo demuestran estas indestructibles ruinas del Hipódromo, en cuyo ámbito 70.000 espectadores galardonaban con el laurel de la popular ovacion, la agilidad y destreza de aquellos infatigables varones en sus correrías sobre el desnudo lomo del caballo y á pié sobre las lujosas carrozas. No ménos grato, á la vista nuestra, nos apareció el precioso pavimento del palacio de los procónsules y altos dignatarios, cuya abigarrada superficie, modelada por el ático gusto con talladas piedrecitas de jaspe de color, representan con admirable propiedad y elegancia, caprichosos objetos del arte y de la naturaleza, con la rudeza con que se comprendian estas cosas hace 20 siglos.

El plano que sirve de asiento á esta ciudad celebérrima en los fastos de la historia pátria, oculta bajo su térrea capa á los ojos del arqueólogo y del numismático, profusion de maravillas. Doquiera se levanta algun pliegue de este velo misterioso, brotan en heterogénea

amalgama, columnas dóricas, termas de alabastro, ánforas de endurecida arcilla, mutiladas estátuas, túmulos cinerarios, cipos sepulcrales, monedas de metales diversos, bustos de repúblicos distinguidos, medallas gentílicas, relieves de afiligranadas incrustaciones, y restos, en fin, que atestiguan la grandeza de Mérida.

Prueba ostensible de la verdad de esta asercion y de los adelantos que las bellas artes alcanzaron entre los sucesores de Rómulo, será la atenta observacion de de ese gallardo obelisco, que merece estudiarse como un perfecto modelo de escultura en el género de las marmóreas pirámides. Calcada sobre una antigua estátua, ostenta su cúspide la imágen de Eulalia, hermosa y noble emeritense que, á la edad de quince años fué á inscribir su nombre en el catálogo de los primeros creyentes de la doctrina de Jesucristo, supo derribar ante el legado de Roma los dioses del panteon de Emérita, sufrir martirio y muerte por la fé que alimentaba en la venida al mundo del anunciado Redentor, y obtener más tarde los honores de la santidad.

A corta distancia de esta pirámide, y sobre el mismo sitio en que la mártir fué pasto de las llamas, el celo católico ha levantado una modesta capilla conocida con el nombre de «El Horno.»

Nada más notable y sorprendente que el vestíbulo de esa capilla. Levantado con algunos vestigios del demolido templo de Marte, decoran sus arquitraves, relieves multiformes, en los que vénsen perfectamente es-

culpidos, trofeos militares, armas de guerra, la loba de Remo y Rómulo, efigies de Caco, Hércules y Sileno, Apolo con arco y flechas, cariátides, la lira de Orfeo, el cadúceo de Mercurio, el cuerno de la abundancia y multitud de objetos y símbolos etruscos y romanos.

Basta con lo que vimos dentro y fuera de la ciudad para comprender la mision que desempeñó en el hoy Extremadura y Portugal, esta ciudad, con razon denominada la Roma Ibérica.

Scott, como yo, estaba cansado. Habíamos recorrido toda la ciudad y sus afueras; habíamos visto todo lo mejor, desde el Convento hasta el Anfiteatro. Eran ya las tres de la tarde, y habíamos de estar á las cuatro y cuatro minutos en la estacion, para poder continuar nuestro viaje. Nos fuimos, pues, á casa; recogimos nuestro equipaje, buscamos uno que lo trasportase, y emprendimos el camino. A las cuatro tomábamos café en la estacion. Venia el tren con retraso y habíamos de esperar más de la hora regular. Entre tanto yo hablaba á Scott de Mérida antigua, y le decia:

—Pomponio Mela y Plinio celebran esta ciudad notablemente. El primero dice «que era la mejor de la Lusitania;» y el segundo añade que «eran innumerables sus frutos agrícolas, especialmente sus olivos, que al decir del naturalista, no los habia mejores en toda la Península.» Segun Moreno de Vargas, poco perdió esta ciudad cuando la caida del poder romano. Teodorico,

rey godo, la sitió, y en la invasion agarena resistió valerosa las huestes de Muza, á quien obligó á que aceptase su capitulacion, rindiéndose el 23 de Octubre del año 715 y permaneciendo bajo el poder sarraceno hasta el año de 1228. Durante estos 513 años del poder de los árabes, Mérida ocupó un lugar importante en la historia musulmana, con sucesos de gran importancia, siendo uno de los waliatos más notables. Esbaá fué el walí ó emir más distinguido de Mérida, como el célebre Alcalxe, hijo de Mohamed, rey de Badajoz, el que restauró la ciudad. En 862 se rebeló contra el rey de Badajoz, viniendo en ayuda de este monarca el de Córdoba, Mohamed, que ganó la ciudad, la quemó, y destruyó todas sus murallas. Ordoño II, y más tarde Ramiro II, la sitiaron, causando muchos daños á sus edificios, y en 1228 la conquistó D. Alfonso de Leon, despues de la famosa batalla de Matanzas, cerca de sus campos, pasando á ser de la órden de Santiago desde 1229. Fué obispado desde los primeros tiempos del cristianismo, y arzobispado desde el año 252, en que gobernaba su iglesia Marcial, que fué depuesto por San Cipriano, que le acusaba de libelático. A la entrada de los almohades sucumbió esta sede, cuya dignidad metropolitana fué trasladada por órden de Wamba, á Santiago de Compostela, segun bula del Papa Calixto II.

Hablando de los obispos de Mérida estábamos, cuando sentimos un ruido sordo, que se acercaba cada vez más á nosotros.

Era el tren que llegaba de Ciudad-Real. Tomamos los billetes, ocupamos nuestros asientos, y dos minutos más tarde marchábamos para Badajoz, ciudad que pone el límite á la frontera española, que toca con Portugal.

Lo que habíamos andado durante todo el dia nos hacia estar rendidos y hasta nos daba sueño el cansancio. Yo me dormí con el puro en la boca. Scott se entretenia en contar los postes telegráficos que habia en la vía férrea.

. . . . . .

Mucho tiempo habia pasado cuando yo desperté preguntando:

—¿A dónde estamos?

—Hemos salido de Talavera.

—¿Es posible?

—Como V. oye. No hace un minuto que el tren ha partido.

—¿Es obispado Talavera?

—Ni colegiata siquiera. Es una villa alegre que tendrá unas 2.800 almas; pero el que no sea obispado ni reuna mayor número de vecinos no impide que tenga celebridad en los fastos de la historia lusitana.

—Pero, hombre, no se comprende que en España se pueda recorrer 581 kilómetros y atravesar 80 ó 90 poblaciones, de tres provincias distintas, sin que una solamente sea obispado... ¿Y dirán que España es un pais clerical?

—Es un país católico, como casi toda la Europa latina; ménos fanático que el inglés y más indiferente que todos; al menos de los 147.000.000 de católicos que existen, los de España son los más indiferentes.

—¡147.000.000 de católicos!... No puede ser. No es exacta la cifra. A mi entender las religiones en que se dividen los habitantes del globo, son los siguientes:

Iglesia católica	130.000.000
Idem griega, con todas sus ramas	61 000.000
Protestantismo, con todas sus subdivisiones	100.000.000
Judaismo	5.000.000
Islamismo, con todas sus ramas	96.000.000
Brahmanismo	80.000.000
Budhismo	187.000.000
Religiones de Zoroastro (Magismo), de Confucio y de Finto	60.000.000
Jubeismo, Fetequismo, Camanismo, etcétera	107.000.000
Siendo los habitantes del globo	1.100.000.000
Y el de católicos	130.000 000
Restan	1.070.000.000

—No estoy con sus datos; son tomados en su mayor parte de Mr. Balbi.

Se cree que la poblacion total de la tierra se eleva á 1.200 millones; pero de este número no pertenecen al cristianismo sino una tercera parte, dividiéndose el resto entre el judaismo, islamismo, brahmanismo, budhismo, magismo, la religion de Confucio y la idola-

tría propiamente dicha, el fetiquismo, el racionalismo, el materialismo y el libre exámen.

En Europa se cuentan solamente 280 millones de habitantes, entre los que pertenecen al judaismo, islamismo ó la idolatría cerca de 10 millones.

En América hay 90 millones de habitantes todos cristianos, excepto unos cinco millones.

En Asia, el Japon, la China, la India, la Cochinchina, y sobre todo, los paises antiguamente conquistados por el imperio griego, y los que pertenecen á la Rusia, comprenden ménos de 10 millones de cristianos; otros tantos habrá en todo el Africa, Egipto, Abisinia, Cap, Senegal, Argelia, Madagascar, Mauricio, Reunion, etc., y cerca de la mitad en toda la Oceanía, Australia, y las colonias españolas y holandesas.

Se puede, pues, sin exajeracion, elevar el número de cristianos á la cifra de 375 millones en toda la superficie de la tierra. No existe otra religion que cuente tantos adictos, pues casi forman la tercera parte de la humanidad.

Desgraciadamente, existen divisiones en el seno del cristianismo. Al lado del cristianismo integro, de la verdadera Iglesia, existen Iglesias cismáticas de los cristianos herejes.

Se han hecho cálculos muy diversos acerca del número de los católicos.

La mayor parte de los estadísticos, muy poco favorables á la Iglesia, han disminuido la cifra de un mo-

do completamente inaceptable. Balbi, por ejemplo, no contaba más que 139 millones de católicos. Ahora bien; las cifras, en números redondos, que suministra la estadística de los principales Estados, segun el *Almanaque de Gotha* de 1876, redactado por alemanes protestantes, no puede ofrecerle á V. sospecha alguna en esta materia. Hélas aquí:

Italia, con los estados de la Iglesia.....	26.700.000
Francia.....	35.400.000
España.....	16.800.000
Portugal.....	4.400.000
Bélgica.....	5.200.000
Austria-Hungría.....	27.900.000
Alemania.....	14.850.000
Suiza.....	5.080.000
Rusia y Polonia.....	7.200.000
Dinamarca.....	1.000
Paises-Bajos (Holanda).....	1.300.000
Luxemburgo.....	200.000
Gran-Bretaña (Inglaterra, Irlanda y Escocia).....	5.500.000
Suecia y Noruega.....	1.000
Turquía, Rumanía y Montenegro.....	390.000
Grecia.....	12.000
Andorra.....	6.000
Total de católicos en Europa....	146.950.000

Como se ve, de estos datos puede muy bien decirse que la Europa sola comprende más católicos que los los que Balbi le asignaba en toda la tierra.

La América es casi por entero católica, exceptuando las colonias inglesas, los Estados-Unidos y algunos millares de idólatras, que están todavia por convertir.

Hé aquí sobre este hecho algunas cifras rodondas, segun el *Almanaque de Gholha* de 1876:

Canadá	1.500.000
Estados-Unidos	3.500.000
Guatemala, Honduras, San Salvador, Nicaragua, Costa-Rica	2.500.000
Antillas (Haiti, Cuba, etc.)	3.000.000
Brasil	9.000.000
Colombia	2.906.000
Ecuador	1.200.000
Venezuela	1.800.000
Bolivia	2.000.000
Perú	2.500.000
Chile	2.000.000
República Argentina	1.800.000
Uruguay	4.000.000
Paraguay	200.000
Guayanas	2.000
Total	43.552.000

Como se vé, la Europa comprende cerca de 147 millones de católicos. América 43 millones, ó sea más de 190 millones, en estas dos partes del mundo. No contamos más que 18 ó 20 millones de católicos en todos los otros paises, en Africa, Asia y Oceanía, donde hay cristianos perfectamente organizados y misiones florecientes. Puede deducirse de esta estadística, que el número de católicos se eleva hoy á cerca de 200 millones.

Los 175 millones de cristianos que restan, despues de separados del número total de 200 millones de católicos, se dividen en dos grandes fracciones: el cisma

y el protestantismo con sus innumerables ramificaciones.

El cisma ha separado de la Iglesia católica la mayor parte de la Iglesia de Oriente, designada habitualmente bajo el nombre de Iglesia griega. Pero el patriarca de Constantinopla, que se considera como el jefe de esta Iglesia, está muy lejos de ser reconocido como jefe por todos los cismáticos orientales. Las principales subdivisiones de este cisma se designan con los nombres de Iglesia griega ortodoxa, Iglesia armenia, Iglesia caldea ó nestoriana: los coptos y los jacobitas forman tambien otras divisiones.

Resumiendo, diré á V., que hay en el mundo cerca de 375 millones de cristianos. De este número, 200 millones pertenecen á la Iglesia católica romana; cerca de 73 millones pertenecen á los diferentes cismas, quedando 102 millones próximamente, que se dividen entre las diferentes ramas del protestantismo.

—Yo soy enemigo de la Iglesia Romana que niega todo principio de *libre exámen*, y lleva tan allá su absurdo, que segun ella no hay salvacion para el alma del hombre sino dentro de sus doctrinas y de su culto.

Felizmente no reina tanto el fanatismo, en estos tiempos que corren, enemigo de la luz y de la civilizacion, y el poder teocrático fundado en la Edad Media en el monopolio de la ciencia, ha caido ya por la ignorancia y la mala fé de los falsos apóstoles.

Cerrad los ojos y creed, nos dicen con la tranqui-

lidad más perfecta. No, abramos los ojos y veamos, ó el sér predilecto de la creacion tendrá que abdicar el don más precioso que posee: la razon. Y hay que confesar que por la doctrina cristiana, 1.070.000.000 de almas, segun Balbi, que viven fuera del cristianismo, están *condenadas* al infierno. Esto se dice entre los teólogos, pero no lo cree nadie, porque ya nadie ignora que la religion católica, apostólica y romana es un dogma litúrgico. El papado no es una institucion cristiana; es una usurpacion: los papas han atentado siempre contra la libertad de la Iglesia, y contra la conciencia de los cristianos, y...

—¿Pero, á dónde va V. á parar?..... ¿Viene usted á convertirme al protestantismo? Falta saber á usted si yo soy cristiano, y si profeso alguna religion positiva...

Mr. Scott no continuó haciéndome más reflexiones; destruidos sus datos estadísticos, y negándome por otra parte á seguirle en el camino del protestantismo, no quiso proseguir su campaña contra los católicos de Roma, y su atencion la fijaba en la campiña que recorria el tren.

—¿Falta mucho para Badajoz?—nos preguntó.

—Unos siete kilómetros.

—¡Qué árido es todo esto!

—Pues hace seiscientos años, cuando los árabes poblaban este país, todas las vegas del Guadiana eran plantíos de huertos y arbolados muy productivos. Desde el naranjo hasta la palmera, vivian por estas so-

ledades convertidas entonces en verjeles deliciosos.

—Dice V. que habia palmeras.

—Muy hermosas.

—¿Pues no son del Africa, de lo más cálido del desierto?

—Ya se ve que sí, y á España fueron importadas por los árabes. Claro es que estas palmeras no son de las que se crian en América, especie llamada en el Brasil *carnauba*, cuyos variados productos son de inmenso valor. Tal planta crece sin género alguno de cultivo en Ceara, Rio Grande do Norte, Bahía, etc.; resiste hasta las sequías de mayor duracion, conservándose siempre frondosa y verde. Las raíces del *carnauba* son medicinales y producen los efectos de la zarzaparrilla.

Del tronco se sacan fibras muy fuertes, que adquieren hermoso lustre, y tambien maderas de gran resistencia para diversos usos. La yema terminal de esta planta, cuando jóven, constituye alimento nutritivo y agradable; asimismo se extraen de aquella vino, vinagre, cierta clase de azúcar y una fécula parecida al sagú, alimenticia y medicinal.

Durante larguísimos temporales de sequedad, ha suministrado esta planta el solo artículo de comer para los habitantes en los distritos de Ceara y de Rio Grande do Norte.

Troncos de dicho árbol sirven para cañería y tubos de bombas: la madera del mismo es muy á propósito para construir instrumentos de música. La sustancia

fibrosa de la médula del tallo sustituye ventajosamente al corcho. Tiene sabor muy agradable la parte mollar del fruto: su semilla grasienta y lechosa, despues de tostada, proporciona una especie de café. Suministra el tronco de dicho árbol cierta clase de harina como la de maiz, y un líquido parecido á la leche de coco.

Las frondes sirven para hacer esteras, sombreros, cestos, escobas y otros usos: grandes cantidades de aquellas son exportadas á Europa para fabricar sombreros finos de paja, vendiéndose anualmente tales hojas secas por valor de unos doce millones de reales.

Además, las hojas del *carnauba* dejan trasudar gran cantidad de cera, cuya exportacion cada año asciende á más de diez y siete millones de reales.

—¿Está allí en frente Badajoz?

—Sí, señor.

—Desde Mérida aquí hemos pasado pronto el rato.

—Sí, pero nos hemos dejado atrás tres pueblos: Garrovilla, Montijo y Talavera. No hemos perdido gran cosa, porque no tienen nada casi que admirar. El primero, Garrovilla, que tiene una parroquial con una portada sorprendente, fué fundacion de los romanos, que le dieron el nombre de *Dexpo-Augustæ*. Su historia corre un tanto oscura en los fastos de las crónicas lusitanas. Lo mismo puedo decir del Montijo, ciudad romana denominada *Angia*. Apenas si estos dos pueblos tienen hoy el menor indicio de su primitivo orígen.

Otra cosa es Talavera la Real, la antigua *Evandriana* de los Túrdulos, donde Strabon y Ptolomeo asientan la antigua *Evandria*, derivacion del primitivo nombre de esta ciudad. En sus campos, no lejos de Lobon, el *Lycon* de los Túrdulos, fué vencido el pretor Paulo Emilio, por los soldados turdetanos. Los restos prehistóricos encontrados por mí en estos campos; las lápidas y fragmentos arqueológicos, que hace cuatro años recogíamos de aquellos olivares; las monedas que aparecieron por donde recorre este convoy, atestiguan la antigüedad que se le dá á la Evandria Turdetana.

Hoy no tiene importancia este pueblo. Su parroquia es antigua. Obra del siglo XIV, destruida cien veces y restaurada otras tantas, apenas si quedan vestigios del primitivo edificio. A principios del siglo XVII se reformó el edificio. Sobre la cornisa de la nave principal, en el exterior, hay una inscripcion latina que dice en castellano: «El caballero, noble señor de Fani, ante sí »y por generosidad, hizo esta obra el año 1639.»

En esta parroquia se depositó á la reina Doña Leonor, mujer de Felipe II, muerta tambien en esta villa, cuando venia de Flandes, con Don Juan de Austria, de paso para Badajoz. Su muerte tuvo lugar el 18 de Febrero de 1558, en una casa de la hoy calle de Huertas, señalada con el número 15, propiedad entonces de la familia Tovar (la que dió albergue á la reina), y desde el siglo XVII de la de los Salgueros.

El cadáver de Doña Leonor se trasladó á Valladolid y despues al Escorial, donde fué conducido juntamente con los cadáveres de los emperadores Cárlos V y su consorte, de la princesa Doña María y de los príncipes Don Fernando y Don Juan, todos acompañados por el obispo de Jaen y el duque de Alcalá, tropas y grandes de España.

Nada notable existe hoy en esta villa, *Ciudad-latina* en tiempos de Roma, pueblo importante cuando los godos y despoblada, casi, cuando la reconquista. Fué aldea de Badajoz hasta 1640 que se eximió de su jurisdiccion, declarándose villa. Es pátria de Fray Juan y Fray Márcos, notables en la órden de los gabrieles; de Don Gregorio Grajera, canónigo de la catedral de Badajoz, en el siglo XVI; de D. Francisco Doblada Atienza, racionero de la misma catedral y ambos sábios predicadores; de Fray Agustin Lopez, agustino, célebre en el siglo XVII por sus discursos sagrados; de D. Pedro Grajera, obispo electo de Badajoz, en 1829, y del general D. José Grajera Sanchez-Gata, que aun vive.

Talavera la Real, amigo Scott, es una mujer caduca que apenas si tiene reminiscencia de sus primeros años. Necesita que otros pueblos se lo recuerden. Por lo demás, Talavera es mi pátria, mi pátria adoptiva; honor que me ha dispensado su Ayuntamiento por haber escrito la historia de la villa.

—¿La historia de esta villa?

—Sí, señor; un libro he dedicado yo, amigo Scott, á

este pueblo, un volúmen que regalaré á usted, cuando abra mis baules.

Pero Scott no nos hacia ya gran caso. Con la cabeza fuera del wagon, miraba atentamente la campiña que nos rodeaba.

—¿Qué mira V. con tanta atencion?—le preguntamos.

—Allá á lo lejos está Badajoz; á su derecha hay una montaña muy elevada, cubierta de humo.

—El castillo de San Cristóbal.

—¡Aquello es un volcan!...

—No hay tal cosa: habré estado sobre esa sierra un millon de veces y sé mejor que V. todos esos lugares. Lo que me parece es que V. no sabe lo que es un volcan.

—Los volcanes, amigo mio, son aquellos boquerones de las montañas que arrojan fuego. El Etna en Sicilia, el Vesubio en Nápoles, el Hecla en Islandia y el Teide en Canarias, son conocidos por sus frecuentes erupciones.

El Etna arde desde tiempo inmemorial: la erupcion de 1669 abrió la montaña por su base, de donde salió lava en abundancia, que corrió un espacio de cuatro leguas hácia el mar, formando un promontorio: luego arrojó arena y otras escorias, de lo que resultó la formacion de Monte-Boso: catorce años despues otra erupcion destruyó la ciudad de Catania, en la que murieron 60.000 personas.

La primera erupcion del Vesubio se verificó en el año 79 de nuestra era, arrojando piedras y peñascos, y luego torrentes de lava en tanta cantidad, que cubrió las ciudades de Herculano y Pompeya; y habiéndose verificado hace muy poco tiempo las escavaciones para encontrar estas ciudades, se ha hallado Herculano á 60 piés de profundidad. La erupcion de 1631 duró dos meses consecutivos y arruinó muchas villas y lugares, ya con la lava que arrojaba, ya con los terremotos que producia.

En el Asia hay el de Albures, cuya sima humea contínuamente y sus erupciones son frecuentes: el de Java empezó á arder en 1586, y el de Banda en 1566.

En Africa, junto al Cabo Verde, hay la isla del Fuego, en la cual hay un volcan que arde constantemente.

En las Canarias, el pico de Teide arroja azufre derretido que se coagula en breve.

La erupcion de 1704 destruyó la ciudad y puerto de Guarachico.

En América hay un gran número de volcanes: uno de los más notables es el de Arequipa.

Y en esto el tren corria por entre la cortadura del fuerte de San Cristóbal y el cerro de Gineta. Asomamos la cabeza por las ventanas del wagon y vimos una nube de humo negro que se elevaba hasta los cielos, al mismo tiempo que unas detonaciones tremendas se oian muy cerca del convoy.

El humo lo producian diversos hornos de ladrillo que estaban cociendo.

Las detonaciones unos barrenos que daban los trabajadores en las canteras que están en las faldas del fuerte.

El tren suspendia su acelerado paso, y minutos despues parábamos en Badajoz, donde pensábamos descansar dos dias.

Bajamos nuestro equipaje, ocupamos un coche y nos hicimos llevar á la calle de Moraleja, Fonda de las Cuatro Naciones.

CAPITULO XXVI.

Una cena en Badajoz.

Llegamos á la fonda de las Cuatro Naciones. Una grata sorpresa nos esperaba. El catedrático del Instituto provincial de Badajoz, García Meneses, uno de los hombres más notables de España, se paseaba á lo largo del comedor, esperándonos con los brazos abiertos. Meneses es uno de esos hombres que no tienen igual. Ingeniero cuatro veces: industrial, mecánico, agrícola y de minas; doctor en ciencias naturales y exactas; antiguo periodista; profundo pensador que sabe discurrir como Wrouski y hablar como Víctor Hugo; que tiene más imaginacion que Julio Verne, y ha estudiado á la naturaleza más que Mr. Michelet; modesto hasta no más, y que cuando quiere es tan grande como Krause, tan severo como Galileo y tan práctico como Lapla-

ce. En otra parte que no fuese España, este hombre seria un sábio; aquí es solo un cadáver, con la facultad de poder enseñar mucho á los que le escuchen ó á los que le estudien. Poder reunir en una mesa á Meneses y á Scott era gozar de la mejor de las dichas. Meneses, todo pasion, nervioso como buen hijo de la ardiente Andalucía, violento hasta la irascibilidad, cuando se exalta, enérgico siempre, hasta en la indiferencia, debiera ser una perpétua contrariedad al lado de Scott, hombre frio, sin grandes ideas, indiferente al bien, que no queria ó no sabia pensar, y lleno de excentricidades como buen británico.

En medio de estos dos séres tan desiguales estaba yo, formando la trinidad del desconcierto, pues no siendo como Meneses ni como Scott, era entre estos otro sér diferente á ellos, pero que por la misma desigualdad que existia entre nosotros, se unian más nuestros espíritus y fraternizamos desde el primer momento en que constituimos una trilogia admirable, indescriptible.

Hablando con Meneses, recordando nuestra vida pasada, preguntando por amigos queridos, por parientes cercanos, y haciendo, en fin, historia del pueblo que nos vió nacer y donde hemos vivido los primeros años, las horas pasaron y decidimos comer. Scott estaba desesperado, porque Meneses no le dejaba hablar. Nos sentamos á la mesa y comenzamos á saludar la comida con una botella de Burdeos.

El comedor era triste y pobre. Un salon irregular, con ventanas á la calle; una mesa larga, sin otros adornos que los platos y botellas precisos á nuestro servicio, y cuatro luces sobre candelabros de bronce. Este era el comedor de nuestro hotel. Scott miraba aquellos candelabros dorados, y se reia, cuando Meneses, tan susceptible como siempre, llenaba de nuevo la copa, diciendo:

—¡Parece que le ha gustado á V. mi cara!

—¿Porque me rio?

—Puede ser.

—No, amigo mio; me rio del juego que hacen esos candelabros. En este está un trovador tocando la vihuela: en el otro un gastrónomo comiéndose un ramo de plátanos. El arte ha presentado aquí un epígrama. Lo real y lo fantástico. Me gusta porque es bello, como bello es todo lo que agrada á los sentidos.

Meneses no pudo contenerse, y exclamó:

—¿De modo que para V. es bello un escarabajo ó una tortuga, si uno ú otro animal consiguen agradar á sus ojos?

—Sí señor. ¿Pues qué es la belleza entonces?

—La belleza, señor Scott, es asunto propiamente del arte, salud de las pasiones, encanto de la mente, aspiracion del corazon y agrado de la virtud: se ha definido de mil maneras, y ninguna definicion de esta idea, tan simple y primordial como las del bien y la verdad, satisface completamente; porque las definiciones, ple-

gándose á las exigencias lógicas, se dirigen á la cabeza, mientras que la belleza, cuando queremos sorprenderla en medio de la realidad donde brilla tan inmortal, se oculta en el corazon y en las entrañas de nuestro sér, como se oculta la dicha en la esperanza inocente del amor primero á las sonrisas matinales de la vida.

Sócrates la estimó absoluta, y demostraba á los artistas y filósofos de Atenas que la belleza de una mujer, de un edificio y de un vaso, eran una misma cosa. Platon, como el reflejo, el explendor de lo verdadero, bella fórmula aplicable al órden moral. Aristóteles, como el ritmo, la armonía entre las partes. Rafael decia: «la pintura debe hacer las cosas, no como son en »la naturaleza, sino como deben ser.» Nocion tan bien sentida por los estéticos alemanes, como la dejan ver en sus últimas definiciones de «el acuerdo entre lo real »y el ideal, del finito y del infinito, la semejanza »á Dios en lo finito,» que todas responden á aquel sentido. Mas como tambien la verdad, y sobre todo el bien, son semejanza á Dios en lo finito, no veo tan precisada la belleza, que es para mí la *coordinacion del sentimiento y el Objeto*, como la verdad es la del conocer y el Objeto y el bien la de Aquel con la voluntad. Y así, Sr. Scott, la belleza la encuentro patente cuando el artista tiene en su mano el objeto, ya sea el lienzo, la paleta ó el trozo de mármol, y ordena sus partes y accidentes al sentimiento que trata de expresar, traspa-

rentando así la belleza activa: y recíprocamente, cuando sentimos la belleza respectiva, amoldando nuestro sentimiento y concertándolo al unísono de un objeto cualquiera, ya sea brotado de manos del artífice, ó ya la indefinible naturaleza, percibiéndola serena, melancólica y augusta en la soledad de la apacible noche, ó al tremendo desgaje y confusion de los elementos, á la luz del perpétuo reiterar del rayo. Si subordinamos el sentimiento al objeto, sometiéndoselo, apareciendo este todo lo grandioso, nuestra limitacion se estremece del *sublime*; y si al contrario, es el objeto el subordinado, degenera en lo mezquino la obra artística. Es más: si el artista se propone sorprender al asesino blandiendo el agudo puñal y aun hasta fijar las trivialidades del más insignificante objeto, logrando la perfecta imitacion del modelo, ya arranque de la imaginacion, ya del mundo efectivo, su obra será una hija legítima del arte bello.

Cuando Scott oyó estas palabras, comprendió al momento que se las entendia con un hombre ilustrado á quien él no podia seguir, y no le dejó continuar, conformándose con sonreir diciendo:

—¡Oh!... yo no iba tan lejos, señor Meneses; me contentaba con celebrar esos candelabros, que me agradaban.

—Y que han encantado á V.,—añadí yo.

—No tanto como las palabras del señor Meneses,—me replicó Scott.

Entretanto continuábamos comiendo y bebiendo.

A las once nos fuimos al Suizo, á tomar café.

No sé qué parecen los cafés de provincia cuando se sale de Madrid, despues de veinte años pasados en La Iberia, El Suizo, El Oriental y Fornos. La animacion de estos centros, donde se dan cita diaria todo lo mejor de las clases que viven en la córte; el servicio tan escogido como variado; el gas que ilumina claramente, multiplicando sus rayos los espejos de aquellos interminables salones; aquel bullir de gentes que salen y entran, se empujan y saludan, preguntándose «¿qué hay de bueno?» y se marchan á dormir á las tres de la mañana, despues de haber arreglado el país entre cafés y tostadas con manteca; esa animacion hija de la disipacion en que se vive en los grandes centros, no la hay, porque no puede haberla, en las capitales de provincia, y menos aun en las capitales de tercer órden.

Entrar en el Suizo de Badajoz es condenarse uno al silencio, y si juegan en él al dominó, es desesperarse entre las voces de «el cuatro doble,» «el cinco tres,» y «el dos seis.» Y todavía es peor tomar café á las seis de la tarde, cuando está el salon casi á oscuras: entonces parece que se está en una iglesia esperando que enciendan las velas para rezar el rosario.

Pero no hay más remedio; así debe suceder. Lo que sobra en Madrid ha de faltar necesariamente á las provincias. Madrid es el corazon que vive de la sangre que roba á los demás pueblos.

Haciendo estas mismas consideraciones iba yo entrando por el Suizo cuando un amigo nos estrechaba entre sus brazos. Era don Pedro Alcántara Barrantes, un niño de cuarenta y ocho años, con el pelo cano, melenas, bigote enroscado y lentes á lo Quevedo. No hay para qué decir ya que era un poeta, un poeta que no hace versos para publicar en los periódicos, ni para coleccionar en tomos, sino un poeta de imaginacion tan fecunda que habla en verso, sueña constantemente con poemas y cada dia escribe un drama. No le preguntéis si guarda algo de lo que compone: él escribe comiendo, á caballo, en el paseo, en la cocina, en el campo, en todas partes el lápiz corre con su pensamiento, y se olvida por la noche de lo que hace al levantarse. Su imaginacion no tiene reminiscencias. Es el hombre del instante. Tiene la cabeza de un pájaro, el corazon de un niño y las acciones de un noble del siglo XIV. Yo lo quiero más que á un hermano. Cuando estoy junto á él no sé si vivo ó si sueño, porque sus cosas hacen olvidarme hasta de si existo. Yo, contento como chicas en Páscuas, me cogí del brazo de Barrantes y le obligué á que nos acompañase. Y todos cuatro nos sentamos á tomar café y despues coñac.

Barrantes, siempredistraido, pensando en hablar en verso, queria improvisar á Scott, mientras Meneses y yo hablamos de política, eterna comidilla de los españoles.

—Me parece que el amigo de V. está loco,—nos decia Scott.

—Es posible, porque los poetas siempre lo están. Aquí, como en Inglaterra, el tipo de Byron es el poeta verdadero. Barrantes ha equivocado su camino. En vez de haberse dedicado á gastar dinero y pasar la vida del propietario de aldea, debió haber cultivado las letras y vivir en Madrid, donde el genio tiene un ancho horizonte para estender por él sus inquietas alas. No lo hizo así, y aquí está, sin extinguírsele sus fuegos poéticos, pareciendo un loco, porque no vive sino en las regiones ideales. Y es por lo que más lo quiero. Porque yo quiero á mis amigos con todos sus defectos. A Cárlos Rubio, siempre entonado por el maldito aguardiente; á Meneses, tan irascible y batallador; á Barrantes, tan dado á los malos versos, los quiero más que si el primero hubiese sido un hombre atemperado á las buenas costumbres, más que si el segundo fuera poco comunicativo y no se permitiera ciertas espansiones y más que si el tercero fuese un buen poeta, porque entonces eran tres vulgaridades y no tres génios como son y como deben ser, porque el hombre no es más que lo que debe ser.

Y hablando así habíamos apurado la tercera botella. Scott tenia sueño y yo no menos que él. Debíamos dejar el café porque eran las doce y media, hora en que todos duermen. Nos despedimos de los amigos y salimos juntos hasta la puerta.

En la plaza de San Juan, junto á las escalinatas de la Catedral, se acercó á nosotros un granujilla pidién-

donos limosna. Le reconocí por la voz. Metí la mano en el bolsillo del chaleco y le dí unas cuantas pesetas. Scott me preguntó:

—¿Parece que conoce V. á ese chiquillo?

—Es hijo de un criado mio, que me servia de escudero en las cacerías que hice por este país. Entonces no habia nacido ese chico, llamado el *Sapo*, á quien acabo de socorrer.

Llegamos por fin á la fonda, y nos encontramos con que estaba la puerta cerrada. Llamamos várias veces inútilmente, porque nadie respondia. Vino el sereno, dió tres golpes con la contera de su chuzo, y á muy poco subimos á nuestro cuarto, dispuestos á dormir.

Cuando entrábamos en la cama, Scott me preguntaba:

—¿Por qué le llaman el *Sapo* al hijo de su antiguo escudero?

—Este apodo tiene una historia curiosa que voy á referir á V.

Hace poco más de catorce años, el 10 de Diciembre de 1859, un labrador de La Albuera, pequeña villa distante unas cuatro leguas de aquí, al pasar una tarde junto á un campo de trigo que habia comprado, creyó oir un ruido ronco y extraño que parecia salir debajo de tierra.

Inclinóse y aplicó el oido al suelo, pero el ruido habia cesado. Marchó al pueblo y avisó á los vecinos.

Acompañado de algunos de éstos, volvió al mismo sitio aquella noche.

Un minuto despues de su llegada volvió á oirse el mismo ruido ronco y quejumbroso á la vez. Los asistentes se miraron unos á otros á la claridad de la luna, sintiendo impulsos de echar á correr cada cual por su lado.

Sin embargo, á excitacion de uno de ellos, un viejo soldado llamado Felipe Vazquez, que habia estado al mando de Castaños, en la célebre batalla del pueblo, dada en 1811, se decidió á explorar la tierra con los instrumentos que habia traido al efecto.

Al primer golpe del azadon cesó el ruido. Continuó cavando y cinco minutos despues, y á la profundidad de medio metro, apareció un ataud cubierto de humedad, y cuya vista hizo retroceder á los circunstantes llenos de espanto.

El ruido salia del ataud.

—Veamos,—dijo el viejo Vazquez;—la ocasion no es para andarse en rodeos.

Y de tres golpes hizo saltar la tapa del ataud, descubriendo un cadáver en completo estado de descomposicion.

En aquel momento volvió á oirse el mismo ruido, y las ropas del cadáver se agitaron.

Algunos de los asistentes se sintieron indispuestos; pero el viejo soldado, aunque sudando la gota gorda, levantó resueltamente el lienzo que cubria al difunto.

Sobre el pecho de éste habia un sapo, que al ver la luz huyó á esconderse en el fondo del ataud.

Entonces se explicó todo. Con la extraordinaria resistencia, propia de estos animales, que permanecen años enteros en el centro de una roca sin comer ni beber, el sapo habia vivido dentro del féretro desde el momento de ser enterrado el cadáver.

Dado aviso á la autoridad, se procedió á hacer averiguaciones, resultando que el cadáver tenia el cráneo roto á martillazos. Tratábase, pues, de un asesinato.

La víctima era una mujer llamada Margarita Sancho, y las sospechas del crímen recayeron sobre un individuo que habia desaparecido de Badajoz, hombre de mala fama, que unas veces trabajaba en el campo y otras se dedicaba á cazar y á pescar ranas en el Guadiana. Es de presumir que el sapo recogido por equivocacion con la pesca del dia, saltó al ataud mientras el asesino depositaba en él á su víctima, bien ageno de que con ella encerraba al que habia de delatarle.

Ya debe usted suponer, que el presunto criminal es el padre del que acabamos de socorrer junto al pórtico de la catedral, y al cual se le conoce con el apodo de *el sapo*, que ha heredado su pobre hijo, como en todos los pueblos pequeños se heredan los malos nombres, pero con especialidad en este, donde conozco hombres que responden al nombre de *el rana*, *la culebrita*, *coronel*, *monejo*, *el gato* y otros muchos, como algunas mujeres por el de *la pata gorda*, *la moño al-*

to, *la michela*, *la bárbara*, *la babansa*, *la serenita*, y otros más raros que quizás deban su orígen á aventuras como las del sapo, ó á algun hecho de familia que debiera ennoblecerles.

En esto Scott, incorporándose en la cama y cogiendo la palmatoria entre sus manos, exclamaba:

—¿Pero no observa V.?... Aquí no vamos á poder dormir esta noche.

—¿Por qué?—preguntaba yo incorporándome tambien sobre las almohadas.

—Las pulgas saltan de una cama á otra y nos martirizarán.

—No hay cuidado con estos parásitos. Estamos en habitaciones bajas y húmedas; están todas alfombradas, y de aquí las pulgas que V. ve saltando por las cubiertas blancas de nuestras camas.

—Pero estas pulgas no son iguales á las de Inglaterra: saltan de una manera asombrosa.

—Como todas las que son parásitas del hombre. La fuerza de los insectos es portentosa en comparacion á la de otros animales de mayor corpulencia. Segun el sábio naturalista Platean, se manifiesta esta fuerza principalmente por el salto, vuelo, carrera, carga y aun otros medios, y su conocimiento varía enormemente el valor de esas comparaciones con que se habla de la agilidad del ciervo, el salto del leon, de la fuerza del elefante, y del correr del caballo, etc.

Una langosta, ó saltamonte, por ejemplo, salta

doscientas veces la longitud de su cuerpo, y si el hombre se hallara dotado de igual potencia, haria un cuarto de milla próximamente en cada salto. Lo mismo salta una pulga, y si el caballo la imitase, atravesaria las montañas más elevadas de un solo salto.

Las moscas dragones poseen alas de tal fuerza, que se las ve horas y horas tras de los insectos que persiguen para su alimento, y luego quiebran su vuelo en ángulo recto con una rapidez de que ninguna otra fuerza puede dar idea. Una de estas moscas consta en la *Entomologica magasine*, que fué recogida en el mar á 500 millas de la costa de Africa, y una abeja humilde ha seguido un tren que hacía 20 millas por hora, y aun andaba más que él porque hacía mil rodeos.

El escarabajo saltador, cuando está vuelto de espaldas, se apoya en su espina, colocada en una cavidad posterior á la parte del torax, y salta á varias pulgadas de altura. Otros vuelan bastante rápidamente y con relacion al peso y volúmen de su cuerpo, su vuelo supera al de todos los pájaros.

Linneo habla de una mariposa, que de un solo vuelo recorrió más de cien millas, y el mismo naturalista dice «que si el elefante tuviera en su trompa la fuerza que el escarabajo en su cuerno, podria volcar montañas enteras.»

En cuanto á la carga, basta solo ver los pesos enormes que lleva una hormiga, para comprender que es el ser viviente de más resistencia.

Las pacientes observaciones de Mr. Platean, el famoso naturalista belga, hechas con numerosos insectos y aparatos ingeniosos, ofrecen por resultado que el insecto, por regla general, puede levantar cuarenta veces su propio peso, mientras que un hombre apenas si levanta los cinco sestos, y un caballo los dos tercios á lo más del suyo, advirtiendo que ganan en fuerza relativa los insectos conforme disminuyen en sus proporciones.

En sus saltos pueden llevar los insectos grandes una y media vez su peso, y hasta tres y cuatro veces los pequeños.

En el vuelo la mosca eleva tres veces su peso, el zángano cuatro veces más de peso que una abeja, y esta en cambio puede arrastrar 23 ó 24 veces su propio peso.

Y de estas observaciones ha ido el naturalista referido á investigar el orígen de tales portentosas fuerzas, ofreciéndose el siguiente problema. Si este desarrollo de fuerza lo adquiriesen los insectos por sus alimentos, ¿cuánto valor no tendrá para el hombre encontrar la relacion de estos con la fuerza producida?... ¡Pero, qué!... ¿duerme V., Scott?

—Le oigo con los ojos cerrados.

—Pues durmamos los dos, y hasta mañana, que podamos ver la ciudad.

Apagamos la vela y nos envolvimos en la ropa hasta la cabeza.

¡Qué frio sentimos toda la noche!

CAPITULO XXVII.

La catedral de Badajoz.

Por la mañana despertamos y vinieron los criados á llamarnos para almorzar.

Serian las once cuando abandonamos el comedor y emprendimos nuestra visita por la ciudad. Lo primero que hicimos fué ir á la catedral, que estaba á unos cien pasos de la fonda.

La catedral de Badajoz es una de las más pobres que hay en España. Su edificio es incalificable. Scott miró su torre cuadrada y sin concluir, contempló un momento su exterior, observó su confusion de estilo, sus portadas tan pobres, sus ventanas tan raras, y vuelto hácia mí, me dijo:

—Parece una capa llena de remiendos.

—Efectivamente, no está mal la comparacion; por-

que en esta obra todos han puesto un parchecito. Mire V., aquí en esta puerta llamada de la Magdalena, se levantaba en el siglo IX una capilla que el fervor católico de los cristianos que vivian en la córte del rey Alcáma, dedicaban á San Juan Bautista. Esta capilla se engrandeció en 1070, siendo rey de Badajoz Omar-Ibu-Mohammed, y si para su fundacion trabajó mucho el obispo Immis Paulo, XIV prelado Pacense, para mejorarla y engrandecerla, no contribuyó menos Manuel *(el diácono)*, paje que habia sido del obispo Daniel II.

La historia de este templo católico, levantado en tiempos de los árabes, es el testimonio vivo de la tolerancia ilustrada que ejercieron los hijos de Mahoma, con los que algunos siglos despues los habian de espulsar del pais, cuando no quemar vivos en algun auto de fé, de esos que tan frecuentemente nos ofrecia el Santo Oficio.

—¿Pero qué tiene que ver esa historia con esta catedral?

—Tiene que ver, y bastante. Aquella iglesia se destruyó en 1230, y sobre sus restos mandó construir este templo el rey D. Alfonso IX de Leon, que dos años antes, el 19 de Marzo de 1228, habia conquistado esta ciudad del poder de los árabes y nombró su obispo á Fr. Pedro Perez, que impulsó las obras y concedió numerosas indulgencias á los que la favoreciesen. En 1232 se comenzaron los trabajos, que duraron cincuenta y dos años, pues hasta el 17 de Setiembre de 1284 no se consagró.

Y diciendo esto subíamos la escalinata de San Juan y entrábamos en la catedral, templo compuesto de tres naves, en forma de cruz griega, con doce capillas, donde hay esculturas tan buenas como las de San Juan y la Concepcion; cuadros tan notables como el de la Magdalena, de Esquivel, y el de San Dimas, de Morales *(el Divino)*. El sepulcro de piedra del obispo Marin del Rodezno, como algunos cuadros que hay en su capilla, son de buen gusto, sobre todo la tabla donde está la cabeza de dicho obispo, obra de Francisco Javier de Mures. El altar mayor, trabajo de 1708, vale bien poco, por la hojarasca de sus recargadas molduras y el tallado tan incorrecto que tiene. Obra del tiempo de la decadencia, no podia ofrecer gran cosa al arte ni á su historia. En cambio el coro es suntuoso. Nos recuerda los mejores tiempos de Berruguete. Es posible que no haya otro igual. Construido de nogal, todo él, de escultura bellísima á medio relieve, se conserva como en su primer dia, cuando se hizo en 1557, siendo obispo don Cristóbal de Rojas Santos. Tiene ochenta y cinco sillas y sobre cada una de ellas la estátua de un santo; y los medallones, las cabezas, los brazos de cada asiento, los frontis de los sillones y las cornisas son obra notable. Aunque no tuviese otra cosa más que el coro la catedral de Badajoz, bastaba para ser visitada por todos los amantes de las bellas artes.

El cláustro no tiene cosa particular. Construido en 1509, á expensas del obispo Manrique, guarda rela-

cion con el interior de la catedral, pues el arcado de sus bóvedas y el interior de sus capillas es un remedo del estilo gótico que se ve dominante en las tres naves del templo. Allí vimos la lápida sepulcral del sábio y profundo teólogo D. Rodrigo Dosma y Delgado, cronista del rey Felipe II y autor del célebre libro *Discursos pátrios de la ciudad de Badajoz*. Tambien vimos, en la capilla de los duques de Feriá, el sepulcro del famoso capitan Figueroa, duque de Feriá y señor de Badajoz, hombre poderoso que allá en 1472, cuando el rey D. Enrique IV de Castilla quiso celebrar una entrevista con el rey de Portugal, porque no consultó antes con el duque, pidiéndole licencia, le cerró las puertas de la ciudad, teniendo que celebrarse la entrevista en Yelves y volverse el rey avergonzado de tamaña ofensa á su córte.

Scott encantado por los tallados del coro y la lápida de bronce que cubre el sepulcro del duque de Feriá, donde se ve al famoso capitan de cuerpo entero, armado de caballero en traje de guerra, me seguia á la sacristía, preguntando:

—¿Qué vamos á ver ahora?

—Cuadros,—le contesté yo.

Y en efecto, cuadros es lo mejor que hay en la sacristía mayor, llamada de los canónigos. En ella vimos cuatro lienzos de Lúcas Jordan, y varios otros anónimos, de escuela italiana y francesa, que no eran malos. Pero lo mejor que allí se encierra son cuatro

tablas del famoso Morales. Cuando vimos aquellas pinturas no pudimos menos de exclamar:

—Como esto no se ha pintado en Inglaterra, amigo Scott.

—¿De quién es?

—De un pintor nacido en esta ciudad, de Luis de Morales, del que se han llevado á Lóndres, en 1811, los generales Welington y Soult, los mejores cuadros.

—¿De qué época era Morales?

—De principios del siglo XVI. Nació en esta ciudad el año de 1509.

Ignórase aún quiénes fueron sus padres; únicamente se sabe que eran pobres, y cuanto tuvieron sacrificaron para darle una escasa educacion en un convento franciscano, donde parece habia un profesor de latin, dibujo y matemáticas. Morales desde la tierna infancia reveló lo que algun dia debia ser. Cuéntase que aun pequeño, su aficion á las artes era desmedida, y diferentes veces le encontraron dibujando sobre las paredes y en las hojas de los libros, asuntos místicos.

En los detalles de sus primeros dibujos ya se conocian las grandes ideas que le dominaban, y no faltó quien notándolo hablara al obispo de Badajoz, impulsándole á que diese proteccion al jóven Morales, con ánimo de ver si podian hacerlo un buen artista. Fray Bernardo de Meneses, dominicano, á la sazon obispo de Badajoz, llamó á Luis y le interrogó sobre sus aspiraciones. El prelado admiró la desenvoltura del ra-

pazuelo y le dió algunas monedas para que pudiese marchar á Roma, donde parece queria seguir la pintura. Pero no lo hizo así. Luis partió á Sevilla, donde se estableció, no sabemos si porque los recursos de que podia disponer eran escasos para llegar á Roma, ó porque así fuese su voluntad, despues de haber visto la poética ciudad de la antigua Bética.

Por aquella época, que era en 1529, habia en Sevilla un pintor cuyo nombre será imperecedero. Llamábase Maese Pedro de Campaña, discípulo que habia sido de Rafael Sancio de Urbino, y que como tal habia adoptado su escuela. Morales pudo conseguir que Campaña fúera su maestro. Desde entonces empieza su vida en el arte de la pintura; desde entonces nace su esclarecimiento y su inmortalidad, la inmortalidad de los hombres grandes, cuya memoria vive perenne en los siglos venideros.

Por entonces, la Europa cristiana sostenia una paz inesperada con el paganismo; porque el astro refulgente del Renacimiento habia sido saludado por todos los sábios con las más dulces poesías de la época griega y latina, y la influencia que ejerció en los ánimos de todos el espíritu religioso, absorbia todas las ideas y mataba las escuelas antiguas.

El suelo español, donde por do quier se tropieza con ruinas que siglos desgraciados, por la dominacion del bárbaro musulman, habia dejado crecer entre la yerba y los espinos; el suelo español parecia extremecerse al

contacto del fuego luminoso, del astro nuevo que se levantaba, en fin, en el horizonte de las letras que resucitaban, en las nuevas artes que renacian y las nuevas creencias del Dios sacrificado; creencia santísima que guiaba la brújula de aquellas generaciones en la tierra y su espíritu en el cielo; creencia que inspiró á Perugino y otros genios eminentes; creencia que aparece grandiosa en sus dogmas como grande tambien en su esencia.

Y despues del antiguo paganismo, despues de la oscuridad de la Edad Media, despues del cáos y de la confusion de los grandes pueblos y de las grandes ideas que se mezclaban y confundian como las olas en el Océano; despues de todo esto, debia comenzar la nueva obra, la obra inspirada en el Evangelio.

¡Qué embriaguez tan dulce, tan mística se apoderó de todas las grandes almas!

¡Oh!... ¡El abismo en todas las edades se veia claramente colmado al fin! Unos, más entusiastas por la grandeza del genio, recogian los restos de la antigüedad, naufragados y echados á pique por la influencia y predominio de la nueva idea.

Esto era para el arte la resurreccion completa del genio pagano. Las puertas de sándalo del Olimpo volvian á abrirse y giraban con armonioso ruido sobre sus mohecidos goznes de oro. La imaginacion, hasta entonces escéptica y sostenida por rásticas alegorías; la imaginacion á la cual Dante no habia emitido, en

medio del gran banquete cristiano levantando en su poema, sino algunas migajas del festin dado por Homero y Virgilio; la imaginacion asombrada por los cláustros, remontóse otra vez en Italia al cielo de la Grecia, donde Venus hacia llover las rosas y embalsamaba los surcos abiertos por el arado.

Por otra parte, al desplomarse Constantinopla, envió tantos esplendores á los pueblos de Occidente, que todos estos quedaron deslumbrados, apoderándose con avidez de los ricos tesoros que les daban; y aquella caida, que debia señalar una época fatal, dió principio á una nueva era, que fué para la humanidad uno de los más grandes siglos de que se llenan de renombre y orgullo justo aquellos grandes pueblos.

España por su parte no decae en la lucha. En el grandioso torbellino de ideas que se mecian en los pueblos y las bellas artes en que Leonardo de Vinci se habia inspirado, ese artista que murió en los brazos de Francisco I, ese artista, maestro que habia sido de Rafael de Urbino, era uno de los primeros que dieron impulso á las artes divinas. Juan de Juanes, discípulo de Rafael, fué despues el que trajo á España el arte, siguiendo Luis de Morales, que se habia inspirado totalmente en sus místicos cuadros; así es que le vemos inmortalizarse por la belleza y expresion de su *Ecce-Homo*. Morales, cuyo pincel parecia estar tocado por el dedo de Dios, puesto que cuantos cuadros ejecutaba resplandecia el espíritu religioso, limitándose á medios

cuerpos del Salvador y Sacra Familia, siendo tal su precision y delicadeza, que de aquí nace su renombre del pintor *divino*, como en la historia se le conoce, siendo el jefe de aquella pléyada de artistas que encerraron las manifestaciones del génio en los muros monacales, haciendo esclavo al arte de la idea religiosa: era una época mística para el arte: en Italia, en Francia, en Alemania, en España, en todas partes se trabajaba.

Cortábase el mármol para construir hermosas catedrales, que aun hoy son la admiracion del mundo; molíanse los colores para trazar en la madera y el lienzo las mejores imágenes y los más lindos cuadros que admirarán los siglos; labrábanse maderas detallando figuras y dibujos de gran mérito; dábanse á la estampa, con los primeros tipos de Guttenberg, las mil comedias del *Fénix de los Ingenios*, de Lope de Vega, mientras el Manco de Lepanto trazaba en su mísera boardilla las últimas letras de su *Don Quijote*, y en fin, la sabiduría arrancaba de la tierra los tesoros artísticos que en ella encerraban.

Luis de Morales, inspirado en las cosas divinas, aparece con sus cuadros ante nosotros doblemente grande. Así lo vieron tambien nuestros antepasados al ponerle el sobrenonmbre de *divino*, nombre que le pertenece, porque todo lo que pintó fueron cosas sagradas, como que hizo cuadros que todas las generaciones admirarán y pintó cabezas con los cabellos tan naturales, que, al decir de Palomino, «el más inteligente en pin-

tura, le impulsaria á soplarlos, por ver de moverlos.»

Tal era la sutileza de su pincel y el colorido especial que empleaba. No se ha visto pintura suya que exceda de una cabeza, ó medio cuerpo las mayores, y siempre en tabla.

Sus cuadros son apreciados por los amantes del arte, y hoy se escasean, porque todos, ó la mayor parte de ellos, están en el extranjero ó coleccionados en los museos.

Entre sus mejores obras, cuéntase á una *Verónica* que pintó para el convento de las Descalzas de Madrid, y estuvo colocada en la capilla de Nuestra Señora de la Soledad, cuya obra es de lo más selecto que puede verse.

No es peor un *Ecce-Homo* que pintó para el convento de *Religiosas del Corpus Christi*, de Madrid, el que estaba colocado en la colateral del Evangelio. Su mérito es grandioso y como tal inapreciable.

Otro cuadro pintó para el *Colegio Imperial*, el cual estaba puesto en la sacristía del mismo: representa á *Cristo* amarrado á la columna, con San Pedro llorando, en tamaño de medio cuerpo. De esta tabla se han sacado diferentes copias, sin duda por el mérito de su pintura.

Para Santa Catalina de Córdoba pintó otro cuadro representado la *Dolorosa* y su Hijo difunto en los brazos, de medio cuerpo, el cual se colocó en la colateral del templo, donde estaba un cuadro de la *Asuncion* del

famoso Pablo de Céspedes. La pintura es inmejorable, los colores regulares y todo ello le da mucha importancia y gran valor para el arte.

Para el monasterio de San Jerónimo de Madrid tambien hizo una notable tabla de pintura excelente, de vara de alto y tres cuartas de ancho, de medios cuerpos, al natural, representando al *Nazareno* acompañado de María y de Juan Evangelista.

Y nosotros mismos hemos visto en esta ciudad una cabeza del *Salvador*, sobre madera, que es una obra grandiosa.

Otros muchos cuadros tiene Morales, que seria larga tarea el enumerarlos, y que, como todos los suyos, por la delicadeza de sus tintas, por la combinacion especial de los colores, por el semblante y expresion de las figuras, y por todo su conjunto, merecen ser estudiados por los amantes de las bellas artes.

Tambien como hombre de talento merecia Morales un puesto eminente en la sociedad.

Felipe II lo llamó á Madrid para que le hiciera algunas obras de asuntos religiosos, y despues lo mandó al Escorial, que por entonces se hacia el hermoso convento de San Lorenzo. En él permaneció largo tiempo, haciendo algunos cuadros para conventos y particulares de la córte. Pero fuera porque Morales no servia sino para pintar bajo el prisma de sus sentimientos, ó porque ya su avanzada edad no le permitiese trabajar mucho, pidió licencia al rey para retirarse á su pueblo

y disfrutar en él de la soledad y del descanso paterno.

Y cuéntase de un episodio ocurrido entre el pintor y el rey, que es digno de referir á V.

En 1581, de paso Felipe II para Portugal, vino á Badajoz, donde tiempo há estaba Morales viviendo.

Preguntó el rey por el artista así que hubo llegado, y mostró deseos de hablarle.

Súpolo Morales y corrió á ponerse á los piés del monarca.

El rey, recibiéndolo con singular agrado, le dijo al verle:

—Muy viejo estais, Morales.

—Sí, señor; muy viejo y muy pobre,—replicó el artista.

—¿Con que muy pobre, eh?—añadió el rey.

Y volviéndose á su tesorero, le dijo:

—De las arcas reales de esta ciudad, que se le den anualmente doscientos ducados para que coma Morales.

Pero el pintor, fijándose en el rey, y haciéndole una reverencia, le replicó diciendo:

—¡Señor! ¿y para cenar?...

—Que le señalen otros doscientos para cenar.

A tal estado llegó el pintor célebre, que como otros génios inmortales, como Cervantes, Camoes, Olivay, Ariosto, Dryden y Milton, carecia de algunos maravedises con que poder comprar el sustento.

Cinco años despues, el dia 9 de Mayo de 1586, las

campanas de la antigua ciudad de Badajoz agitaban sus metálicas lenguas de bronce.

Las gentes corrian con direccion á la ciudad moderna, y todas se apiñaban sobre una modesta casa de la calle del Agua, que hoy llaman de *Morales*, señalada con el núm. 86.

Más de mil voces pedian nuevas del enfermo, por cuya vida todos se interesaban.

D. Domingo Gomez de Lamadrid, obispo que era de Badajoz, salia de la casa acompañado de algunos frailes. Al aparecer en el dintel de la puerta y ver á tantas gentes que pedian noticias del enfermo, se quitó el sombrero, y dirigiéndose al pueblo le dijo:

—¡Pedid por el alma del divino Morales!

El dolor se retrató en todos los semblantes. Las gentes seguian agrupándose á la puerta del pintor. En la tarde de aquel dia se efectuó su entierro, al que sin preceder aviso, todo el pueblo acudió, siendo tal la afluencia de gentes, que entraban las mangas parroquiales por la puerta de Santa María la Real, en el castillo, y aun el féretro no habia salido de la casa mortuoria. El órden que llevaba el entierro era el siguiente:

Abrian la marcha los atabales y clarines de la plaza, con una escolta de arcabuceros reales.

Seguian los pendones y las cruces parroquiales, siendo la última la de la cofradía de San José, de la cual era presidente Morales.

Iban detrás las comunidades religiosas, por órden de

antigüedad, el cabildo, el obispo, el ayuntamiento y una gran concurrencia de pueblo.

Tal fué la ceremonia religiosa para tributar un homenaje de gran gratitud y respeto á la memoria del autor de esos cuatro cuadros que vemos aquí ahora mismo, amigo Scott.

—¿Son mejores que los que tienen en el Museo de Madrid?

—Sin disputa que sí, porque estos son mayores y aquí puede estudiarse mejor al pintor. Los que hay en el Museo son cabezas, mientras estos son medios cuerpos, y hasta aquel es figura completa. En la Academia de Bellas Artes de San Fernando existe una tabla grande de este artista, notable cuadro, donde se vé una Dolorosa con su Hijo en brazos. Por cierto que la Academia, al clasificarlo, no conocia el verdadero nombre del artista, cuando le llama *Cristóbal Morales*.

En esto nos vinieron á avisar que era hora de cerrar la catedral. En efecto, eran ya las doce y media. Lo que habia en la catedral lo habiamos visto. Tiempo era de que conociéramos otras cosas. Al salir á la plaza de San Juan, me dijo Scott:

—¿Adónde vamos ahora?

—Al castillo.

Y nos diriginos por la calle de la Magdalena, plaza de la Soledad, calle de Mesones, en direccion á la antigua *Civitas Paces* de los tiempos primeros, cuando la guerra con Roma.

CAPITULO XXVIII.

La historia de Badajoz.

Llegamos á las puertas del castillo, subimos la rambla de su entrada, y nos fuimos al sitio más elevado, á la *Batería de las Lágrimas*.

El panorama que ofrecia á nuestra vista cuanto allí nos rodeaba, era encantador. A unos 158 piés sobre las corrientes del Guadiana, dominando todas las alturas de los contornos, veíamos á la izquierda, extendidos á nuestros piés, unos cuantos centenares de casas; á la derecha una campiña amena, sembrada de frutales, plantada de huertas regadas por el Revillas y el Guadiana, y en frente el castillo de San Cristóbal, que parece un centinela cuidando de que no pase nadie á la ciudad sin su permiso. La tarde estaba clara y el cielo despejado. Las aguas del Guadiana murmura-

ban al pasar junto á nuestros piés, y los pájaros cantaban alegres desde las ruinas y los torreones inmediatos. Scott se sentó sobre un cañon de bronce que habia desmontado en una tronera, y yo sobre un mortero que estaba próximo, y me preguntó:

—¿Esta ciudad, este castillo mejor dicho, es árabe?

—Es romano.

—¡Romano.... no puede ser!

—Aquí, á la izquierda, están en pié, para testimonio de lo que afirmo á V., trozos enteros de hormigon y de argamasa, con que los romanos fabricaron esas murallas.

—Entonces, este pueblo es fundacion de los romanos.

—No señor; anterior á los romanos existia aquí una poblacion. Los Galos se cree que vinieron aquí primeramente, por más que solo se sabe que los Turdetanos tuvieron en este castillo un pueblo del cual habla Strabon y cita Deciano. En las primeras guerras con Roma, Viriato, el general del pueblo, que supo pelear por su patria y por la libertad, presentó en esos campos que vé V. á nuestra derecha, sus valientes soldados, y libró batalla con los legendarios romanos, matando á 6.000, y cogiendo prisioneros á 10.000. Los Pretores romanos pidieron capitulacion, que pactaron en este sitio en que ahora nos encontramos, donde habia un pueblo respetable conocido desde entonces con el nombre de *Civitas Paces*, que quiere decir *Ciudad de la Paz*.

Así tuvo orígen la fundacion de Badajoz, pueblo que hasta el siglo XI estuvo encerrado en estos estrechos muros. César Augusto lo engrandeció haciéndolo Colonia importante de la Lusitania, edificando sus murallas, de las que aun pueden verse en pié trozos enteros como testimonio de autenticidad, y haciendo el famoso puente sobre el Guadiana, que arruinado en el siglo IX, se levantó de nuevo sobre sus mismos cimientos por los reyes de Badajoz, Ben-Abel y Almausur, en 1043 á 1084. Pero la obra no reunió buena solidez, pues 97 años más tarde, en 1181, reinando Abenabel-Ben-Alá, antecesor de Alkáma, último monarca de los que reinaron en este pueblo, se arruinó no sé si por su mala construccion, tal vez arrastrado por las corrientes del Guadiana, que esto no lo dicen las crónicas. Doscientos ochenta y un años despues, en 1460, fué construido de nuevo por mandado del rey D. Enrique IV, afirmando algunos que su edificacion costó 26 millones y pico de reales, dato oscuro y de cuya exactitud no puede responderse.

En 1545, reinando D. Cárlos I de España y V de Alemania, perdió tres ojos de la márgen izquierda, en otra avenida, y estuvieron sin recomponerse hasta 1597 en que se levantaron, al terminar su reinado D. Felipe II y bajo la direccion del famoso Herrera.

En 1603, reinando D. Felipe III, derribó el agua otros diez y seis arcos, de la márgen derecha, los cuales estuvieron en el suelo, hasta que los esfuerzos reunidos

de varias corporaciones y particulares pudieron reedificarlosdes pues. Habilitado provisionalmente, en 1580, pasó por él el Duque de Alba á la conquista de Portugal, al frente del ejército de Felipe II.

En 1581, lo pasó tambien el mismo rey victorioso, de Badajoz para Portugal, ya reducido á su obediencia, por haber convocado córtes en el convento de Tomar para el dia 1.° de Abril de dicho año. Este hermoso puente mide 624 varas de longitud, 27 piés de latitud y 28 arcos.

Hace pocos años que intentaron reformarlo, tirando sus antiguas barandas de piedra berroqueña, para sustituirlas por las de hierro que hoy tiene, pretextando darle un ensanche que en realidad no ha logrado. Con esta obra, han desaparecido dos memorias que habia empotradas en sus barandas, y que servian para conmemorar la historia de las recomposiciones de este puente. En la primera, colocada en el centro del mismo, se leia, en buen latin, lo siguiente: «Siendo Feli»pe II rey de las Españas y de sus Indias, y Goberna»dor de la ciudad, don Diego Hurtado de Mendoza; el »Ayuntamiento de Pax-Augusta dedicó al bien de to»dos esta obra acabada en 1596, y llevada á cabo con »los fondos públicos.» Y mucho más allá de donde se leia la anterior, habia esta otra inscripcion: «Reedificóse »esta puente desde el 6 de Julio de 1609, por mandato »de S. M., siendo Corregidor de esta ciudad y juez de »comision para ello, don Fernando Ruiz de Alarcon,

»caballero del hábito de Santiago y señor de las villas »de Santamaría del Campo Valeria. En su tiempo se »sacaron todos los cimientos de ella, haciendo construir »pilares y seis arcos y otras cosas, hasta 6 de Julio de »1612, en que dejó la vara.» Hoy no queda memoria escrita de esta obra más que la inscripcion que se lee á la entrada de la ciudad, entre los torreones que defienden el puente, donde se consigna los nombres de los Reyes Católicos, y se dan sus bustos por bajo de la inscripcion.

La obra es buena, como de la época á que pertenece. Hoy no tiene importancia. El hierro ha venido á matar esas construcciones de piedra; porque el arte moderno construye más barato, más pronto, mejor tal vez, y sobre todo, más elegante.

Los puentes sobre el Támesis y el Danubio, esbeltos como una palmera, cuelgan sobre el aire sin obstruir el paso de las aguas, ni poner diques á la navegacion. En España mismo, los puentes de Bilbao y Sevilla son ejemplos palpables de los progresos del arte. Los romanos no conocian la aplicacion del hierro para las construcciones, y no hay que ir tan lejos, pues hasta el siglo XVIII la industria no empleó este precioso metal, el oro del porvenir, en las grandes construcciones.

En los siglos anteriores, cuando los romanos, legiones enteras de 15.000, de 20.000 hombres, ocupaban años y más años en los edificios de Mérida, de Pompeya, de Sagunto. Sus restos aun denuncian la solidez de una

construccion hecha por esclavos, para solaz y esparcimiento de los nobles.

En la Edad-Media se cortaba la piedra, se trasladaban las canteras de unos sitios á otros, para hacernos un templo como el del Vaticano, el de San Lorenzo del Escorial, ó Nuestra Señora de París: se gastaban cuantiosas sumas; se empleaban todos los últimos progresos del arte, para que las generaciones pudieran tener un testimonio de la vanidad y la soberbia de nuestros pasados. Hoy se levanta un palacio en un dia, sin piedras, sin maderas, sin moles pesadas. El hierro sustituye la cantera; el clavo á las armaduras de maderaje; el cristal á las ventanas. Y estos palacios que se construyen en un dia, se derriban al año. Porque el arte moderno no quiere más que lo útil. Es frágil, como frágil cuanto lo sostiene. El palacio de cristal de Viena como el que están construyendo en Filadelfia, no es peor que la catedral de Sevilla.

—Observo que con estas digresiones nos olvidamos que estamos visitando á *Civitas-Paces*.

—Tiene V. razon. Dije á V. que Augusto engrandeció esta ciudad, cuando á Mérida, Medellin, Alcántara y otras importantes Colonias de la Lusitania señaló para morada de sus legendarios. Y Strabon hace elogios de la Colonia Pacense, famosa en escritos, en piedras y en medallas, y residencia de la silla Curial, como morada de la Chancillería de los Romanos, diciendo que «su ci»vilidad, lengua y traje con los de Roma, á ningun

»otro pueblo hubieran de ser más propios.» Aquí, pues, estuvo asentada la famosa colonia *Pax Augustæ*, que tan célebre es en la historia, y que luego fué llamada por los godos *Basgali* y *Basgalia*, y por los árabes *Ba-led-Ayex*, cuyos nombres degeneraron en *Batayos* y en *Badajoz*.

Recordar los fastos históricos de este pueblo, desde su engrandecimiento por los soldados de Augusto, hasta los tiempos presentes, es tarea que no cabe en una reseña del momento. Diré á V. solamente que fué famosa cuando Roma; que tuvo importancia cuando los Godos, y que fué córte de los reyes árabes durante los dos períodos que contó de vida la monarquía Lusitana. Sus vecinos fueron de los primeros que reconocieron, en 756, á Adb-el-Rahman, despues de la capitulacion de Yusuf, y por él pelearon contra las huestes de Abul-Aswar. En 810 era gobernado por Alkama, á quien algunos reconocen por rey del Algarve y de la Lusitania; pero no consta que fuese cabeza de la expresada monarquía hasta principios del siglo XI, en que Sburo, secretario que habia sido de Almostanser, se erigió en rey de la gente almoravide y asentó su córte aquí, donde reinaron infinidad de monarcas, hasta Abur-Mahomed-Omar, que en 1094 perdió la vida luchando denodadamente con los suyos. Todavía existe en pié aquí, á espaldas nuestras, parte del alcázar de estos reyes, que luego fué palacio de los duques de La-Roca, y más tarde cárcel primero y matadero despues, hasta primeros del siglo actual.

Desde el siglo XII Badajoz sufrió la suerte de todos los demás pueblos de la Lusitania Arabe, y entre los emires y gobernadores que se disputaban el mando, jugó un papel célebre en las guerras civiles. Sir-Ray, emir en 1139, y antes Sir-ben-Bekir, fueron los que más perturbaron este pueblo en sus luchas con los insurrectos almoravides, que no se resignaron á su obediencia. En 1089 el rey de Badajoz, Almanzor, unido al rey de Sevilla y formando un poderoso ejército, dieron batalla á las huestes de Alfonso VI, ahí en esos llanos que se ven á la derecha, distantes cuatro leguas, donde quedó vencido el rey cristiano y muería y prisionera su gente. Más tarde, en 1168, el rey de Portugal, D. Alfonso Enriquez, vino á sitiar esta ciudad, en ocasion en que tambien la queria conquistar á los árabes don Alfonso VIII. Ganóla el rey portugués y cuando habia entrado en ella con sus tropas, le puso sitio Alfonso VIII y la ganó al rey lusitano, que queriendo huir por esa puerta que está allí á la izquierda, se rompió una pierna con uno de los cerrojos que en aquella habia, cayendo del caballo y quedando prisionero de guerra.

Esta lucha entre dos príncipes cristianos fué estéril, porque abandonada la ciudad por sus tropas se levantó por los agarenos y siguió independiente hasta 1228 que la conquistó D. Alfonso IX.

Aquí se celebraron las entrevistas de D. Dionisio de Portugal con D. Alonso, su hermano. Badajoz se declaró á favor de D. Alfonso, cuando en 1282 su hijo

D. Sancho tomó las riendas del gobierno de Castilla, y siete años más tarde, en ocasion de los disturbios locales que sostuvieron desde muy antiguo los *portugaleses* y los *bejaranos*, en cuyos dos bandos estaba dividida la ciudad, levantó pendon en favor del infante don Alfonso de la Cerda. La sitió el rey D. Sancho el Bravo, y la ciudad hubo de rendirse, *salvo vidas y haciendas*. Así que el rey entró en ella mandó pasar á cuchillo á todos los del linage de los *bejaranos*, muriendo *hasta cuatro mil y más entre homes y mujeres*, al decir de los cronistas de aquellos tiempos. En el *Romancero* de Durán existe una poesía de Sepúlveda que cuenta este hecho. Allí abajo, en ese llano que está entre orillas del Guadiana y del Revillas, se abrieron zanjas muy profundas, donde fueron enterrados todos los degollados, y dicen las crónicas que D. Sancho fué tan cruel, «que quiso presenciar, él mismo, tan horrorosa carnicería.» Desde entonces esta ciudad ha sido testigo de las rivalidades, de los ódios y de las guerras dinásticas y civiles en que siempre han estado divididos los reyes de España y los de Portugal; y la infanta doña Constanza, D. Fernando IV de Castilla, D. Alfonso XI, D. Juan I, los infantes D. Enrique y D. Pedro, la princesa doña Juana, D. Enrique IV, Felipe II y hasta Cárlos IV, todos han venido aquí con sus ejércitos, en guerra con el portugués, teniendo lugar, con este motivo, sucesos notables en que los nombres de Alonsos de Alburquerque, Alvarez Pereira y Gonzalez

Barrosos; los condes de San Lorenzo y Leganés; los duques de Osma, de Alba y San German; los marqueses de Toral, de las Minas, de la Frontera y de Bay; los generales Vasconcelos, Caballero, Cueva de Alburquerque, Hurtado de Mendoza, Correa de Silva, Haro, Meneses, Galloway, San Juan, el baron de Alvito y otros más, han llenado la historia, enseñando con esto tambien que á los pueblos siempre les ha tocado sacrificarse por sostener estas luchas estériles, personales entre los príncipes, y que eran provocadas por negocios de familia unas veces y casi todas por los deseos ó caprichos de algun déspota.

Cerca de seiscientos años duraron estas guerras de reyes, y si no fueran bastantes cada una de ellas para arruinar un pueblo y desolar una generacion, vino la guerra del imperio á teñir de nuevo estos muros de sangre. Los franceses ganaron esta plaza y la perdieron despues. Los ingleses la conquistaron de nuevo y los españoles la poseimos nuevamente. No tengo para qué decir á V., amigo Scott, que en 1808 Badajoz era un pueblo bonito y grande, que contaba 21.000 habitantes, y en 1811 estaba convertido en un monton de escombros, sobre los que vivian unas 7.000 personas.

Debajo de donde estamos ahora, la llamada Batería de las Lágrimas, habia una iglesia dedicada á San José.

Allí á la izquierda iba una calle llamada de los Carros, que salia á la puerta de la Traicion; frente á

nosotros seguian dos calles, la de Moros y la del Agua; á la derecha la de San Roque y la de Mérida. Todas estas calles y otras que estaban á nuestras espaldas, han desaparecido y ni aun escombros se ven en ellas. Hoy no queda de la antigua poblacion, que estuvo encerrada en estas murallas, más que estos dos palacios arruinados, uno que fué alcázar de los reyes árabes y otro palacio de los duques de Feria, señores feudales de la ciudad; aquel otro edificio nuevo, hoy hospital militar, levantado sobre los viejos muros de la que era parroquia más antigua, Santa María del Castillo, que algunos años anteriores habia sido catedral, y la célebre torre de Espataperros, campanario de la antigua parroquia de San Lorenzo, que en los tiempos romanos fué vigía que estaba de avanzada en un extremo de las murallas, sirviendo de defensa á la ciudad.

Scott miraba todos estos sitios, admiraba aquellas ruinas, contemplaba los torreones, y no acertaba á explicarse, que todo ello fuera el antiguo pueblo hecho Colonia por Augusto César, y que en aquel estrecho recinto hubieran tenido su córte los poderosos reyes árabes del Algarve y de la Lusitania, cuando mirando hácia la derecha, con la vista fija en las corrientes del Guadiana, me preguntó:

—Allá lejos se vé otro puente.

—El de Gévora.

—¿Es romano tambien?

—No señor; es del siglo XVI. Medio arruinado, aun

se mantiene en pié, no porque cuiden de él, sino porque el agua los respeta. Al lado derecho de su pretil, tiene una lápida conmemorativa que dice haberse levantado la obra á espensas de la ciudad, con el producto de la bellota comun de solo un año, siendo emperador Carlos V, y maestro Gaspar Mendez Barrero. Por esta época era corregidor de la ciudad D. Pedro Despino, y en sus tiempos hicieron las obras de las murallas que dan al Guadiana, como consta en una portada que está aún en los antiguos paredones que lamen las aguas del rio.

Pero Scott estaba ya cansado de la historia del castillo, y me dijo:

—Vámonos de aquí, y veremos otras cosas ántes que termine el dia.

—Por fuerza hemos de hacerlo, porque no hay más que ver.

Y dejamos la Batería de las Lágrimas, nos vinimos por delante del Alcázar, bajamos la cuesta y salimos de la antigua *Civitas Paces*, con algunas ilusiones ménos que entramos.

CAPITULO XXIX.

Los cuadros de Labrador.

Bajamos Scott y yo por la calle de Mesones, torcimos por la de San Agustin, y entramos en la ronda de Puerta Nueva. A nuestra derecha quedaba el palacio de Godoy, el ilustre favorito de María Luisa, edificio sin concluir, de mal aspecto, aunque de buenas condiciones. Este palacio seria quizás el destinado para servir de alcázar á su dueño, cuando soñó en ceñirse la corona de aquel reino que le destinaron en el tratado de Fontainebleau, compuesto de la hoy Extremadura española y portuguesa y de la provincia de Alentejo. Pasado el palacio de Godoy, está la calle de Morales, donde vivió y murió el pintor gloria del siglo XVI. Su casa está allí como avergonzada del desprecio con que la miran las gentes, y su aspecto pobre, pues es la más vieja y la peor de cuantas hay en la calle, está denunciando

la poca cultura de los que habitan la ciudad. Frente á la expresada calle está la muralla denominada de *Pajaritos*. Scott, cuando asomó la cabeza por sus almenas, me decia:

—Me llama la atencion el nombre de este baluarte... ¡Pajaritos!... ¿qué quiere decir esto?

—¿Vé V. allí arriba, aquella nave cuadrada que está sobre este muro?

—Sí señor.

—Aquello era un oratorio, llamado de Pajaritos. En él habia un altar donde se veneraba un cuadro de Morales.

—¿Qué asunto representaba?

—Una alegoría al mes de Mayo. La Vírgen María adorada por pájaros. Era un medallon de flores y rosas, por entre las cuales saltaban revoloteando algunos pajaritos. En el medio estaba pintada la Vírgen María. Fué la última obra de Morales. Este cuadro, que se veneraba en este pequeño templo, era una de las obras más grandes que se han conocido en pintura. Media tres varas de alto por dos de ancho, y estaban todas las figuras completas. En 1811 se lo llevaron á Lóndres... Observe V., amigo Scott, que casi todos los cuadros de Morales han desaparecido de Badajoz. No hace muchos años que buscando yo noticias históricas de esta ciudad, me encontré en el archivo de su ayuntamiento con el siguiente curioso documento:

«Recibido por la mano del tesorero de esta alcaldía

»mayor *noventa ducados* de plata, por el cuadro de San »José, que pinté para la ciudad.—Badajoz 2 de Mayo »de 1584.—*Luis de Morales.*»

Se ignora dónde está la tabla á que hace referencia este documento, y solo se sabe que el *Divino Morales* era presidente de la hermandad de San José, en el año de 1586, cuando murió pobre y ciego, habiendo tenido que pagar el entierro sus hermanos cofrades.

Sin embargo de esto, los que adoran las monarquías absolutas, dicen que en los dichosos tiempos de Felipe II se protegian á las artes, y que literatos y artistas nadaban en la abundancia.

Y hablando de esto veníamos toda la Ronda de Puerta Nueva, baluarte de San Vicente á la plaza de Santo Domingo.

—¿Qué es ese edificio pintado de amarillo?

—El Parque de Artillería.

—¿Y aquel alto que está allí enfrente?

—El antiguo presidio, construido en 1848, á espaldas del convento de Santo Domingo y á un costado del Matadero. Todo esto que ve V. aquí pertenecia al convento. Ese jardin era la huerta de los frailes, y estos paredones un cuartel arruinado cuando el bombardeo de 1811. Detrás está el convento, casi ruinoso. Se edificó en 1556 á espensas de los duques de Badajoz, y fué su primer guardian Fray Luis de Granada, escribiendo aquí su célebre libro *Guia de los pecadores*. No merece visitarse. No hay en él nada que llame la atencion.

—¿Qué es esto?

—Un modesto monumento á la memoria del general D. Rafael Menacho, muerto gloriosamente en defensa de la ciudad, en 1811.

—Me parece muy pobre.

—Siempre he dicho lo mismo.

—¿Y este otro edificio?

—El parque de Ingenieros, edificio muy completo cuando se hizo, pero se destruyó la parte alta, cuando la guerra, y ha quedado reducido á lo que V. ve.

—¿Esto es un cuartel?

—De caballería, y allí frente está otro de infantería, levantado sobre el ex-convento de San Francisco, templo construido á principios del siglo XVIII por el rey de Portugal, D. Juan V. A la derecha está, primero el palacio obispal, edificio del siglo XVI, el seminario conciliar de San Anton, del siglo XVII, y el hospital de San Sebastian, del XVIII. Este último es uno de los edificios más notables que tiene la ciudad, y su establecimiento, el hospital, el hospicio, la casa maternidad, la de viejos acogidos y la escuela de las hermanas de caridad, constituyen una de las mejores fundaciones creadas en España desde el siglo XVIII. Pero sigamos nuestro paseo por la Ronda... Esta es la puerta del Pilar y allí está la plaza de toros.

—¡Oh! yo quiero verla.

—No estará abierta.

—¿Cuándo hay toros?

—Ya le dije á V. en Aranjuez que de Junio á Octubre.

En esto continuábamos paseando. Al llegar frente á la calle de Madre de Dios, dejamos la Ronda y fuimos á buscar la plaza de San Andrés, donde nos sentamos á descansar.

—Aquí, amigo Scott, hubo una iglesia dedicada á San Andrés, que fué una parroquia de la ciudad, trasladada á ese antiguo monasterio de monjas, fundado en el siglo XVI, y donde aun se conservan objetos preciosos de arte, pinturas especialmente.

—¿Vamos á verlas?

—Vamos allá.

Y nos levantamos y nos fuimos á la iglesia.

—Mire V.,—le decia yo á Scott, dirigiéndonos á la última capilla;—este lienzo que representa San Antonio Abad, es de Francisco Javier Mures, y el juicio final que está en esta capilla, tambien es del mismo. Son dos cuadros notables que están aquí donde nadie puede apreciarlos.

—¿Los querrán vender?

—No piense V. en ello. En España no se puede comprar cuadros, porque nadie quiere venderlos; lo que se hace es robarlos.

—¡Hombre, buena idea para ir á presidio!

—Mire V. esa tabla que está por cima de la portada de la sacristía.

—¿Qué tiene pintado?

—No lo verá V. bien. Son nueve cuadros. Es la mejor tabla de Morales, como que la pintó para el retablo del altar mayor de la antigua parroquia de San Andrés. Y este cuadrito que está enfrente, allá á lo alto, es otra tabla del famoso Juan Labrador.

—¿Quién era este pintor?

—Uno de los más notables discípulos de Luis Morales, pues Arellano con su perfeccion de dibujos y la combinacion de sus colores, Melendez con sus mil caprichosos ramos, Espinós con sus inimitables macetones de mil florecillas silvestres, Perez con sus limpios ramajes y diversos frutos que nos presenta en cada cuadro, y Espinosa con sus bonitas frutas, todos son menos que nuestro Labrador; todas las obras al lado de su pincel, son una pálida sombra que quieren imitar á la verdad que les da la naturaleza; todas á su lado están muertas y no gozan de la expresion, ni del parecido y la vivificacion con que las da Labrador arrancadas del valle y los jardines, y puestas con toda limpieza sobre el cuadro que nos presenta la mano maestra del mejor de los pintores españoles en esto de flores y frutas, llegando á tanta la perfeccion de sus pinceles, que al frente de sus cuadros, á la vista, mejor dicho, de sus flores, da gana de echar mano de ellas y llevarlas á la nariz para oler su aroma.

Tal es, pues, la belleza de las flores que pintó el famoso artista, nacido en Jaraicejo, provincia de Cáceres, el año de 1531, y que desde la más tierna infancia

se despertó en él deseo marcado hácia la pintura, dándose á conocer por sus dibujos y disecaciones de plantas.

En aquel siglo, de glorioso recuerdo para el arte, la pintura estaba en su apogeo, como la escultura, las bellas letras, y todos los estudios útiles para la ilustracion del hombre; y al revés de cuanto sucede hoy, entonces todos los jóvenes que mostraban aficion en seguir las artes, tenian proteccion por cualquiera, y le impulsaban ardientemente, con palabras de esperanza, á que siguiera sus inspiraciones. Porque aquel siglo no era como el XIX, en que no vive más que la fria materia, la realidad, en una palabra.

Así, entendiendo el carácter de aquella época, fácilmente se aprende, que Labrador llegara á ser un notable artista. Sus padres así tambien lo vieron, y cuando estuvo en disposicion de aprender, lo mandaron á Badajoz, para que el maestro Morales se encargara de su educacion.

Dicen que á Morales le gustó el aprendiz, y tomó su educacion con marcado empeño, haciéndole pintar en muy poco tiempo cuadros excelentes, que en su género no se habian visto igual. Muchos cuadros hay hechos por Labrador, y en lo general todos buenas obras.

Un amigo mio de esta ciudad posee dos hermosos lienzos muy mal conservados, casi perdidos, con algunos pedazos que parecen arrancados á viva fuerza: tie-

nen los cuadros como una vara de alto, por tres cuartas de ancho, y en cuanto al dibujo y los pequeños fragmentos que quedan aun en los ramilletes, es cosa selecta. Aun así y todo no se cree una obra de la primera época de Labrador.

Tambien en la sacristía mayor de la catedral existe en uno de los frentes y entre dos tablas de Morales, un cuadro de mucho mérito, en cuyo centro aparece la Vírgen rodeada de rosas, sin duda en alegoría al mes de Mayo, que está consagrado á María.

Tiene el cuadro una orla de flores magníficamente acabada, que todos los pintores que la han visto y conocen la escuela de Labrador, le hacen autor de ese cuadro, que tendrá cinco piés de alto por uno y medio de ancho.

Y en la parroquia de Santa María hay otro cuadro, por cima del de Múres, que está á la izquierda del altar mayor, y que tambien se obra de Labrador. Su tamaño un poco más pequeño que el anterior, pero el asunto es igual, aunque distinto gusto en la agrupacion de las flores.

En este cuadro que tenemos aquí frente, aun á la altura en que se encuentra, se acierta á ver una cosa muy buena, tanto por lo que toca á las flores y hojas que forman el círculo donde está encerrada la Dolorosa, cuanto por la imágen misma, que quiere parecerse á las de su maestro en estilo, colores y entonacion.

Labrador pintó sobre tabla algunos bodegones y

frutas extrañas que le han dado su mayor renombre; pero no hay en nuestro Museo ninguno de sus cuadros, ni en el Escorial, siendo así que están por cima de los de otros pintores.

Cuéntanse algunas escenas de la vida de Labrador, que por la intimidad que guardan con su historia y la importancia en el arte, quiero referir á V.

Era Labrador muy amigo de los cuadros de efecto, que por aquel siglo se estimaban mucho. Entre los mejores de este género cuéntase una tabla como de dos varas de alta, por seis cuartas de ancha, en la que pintó el gran artista una ventana, sobre su pretil dos macetones de rosa, y entre ellos un jarron blanco con un ramo de varias flores.

Este capricho le fué encargado por la marquesa de Oropesa, que entenderia muy poco de pintura, pues cuando se lo mandó y le pidió doscientos ducados, la señora se enfadó diciendo:

—¿Qué escándalo!... ¡doscientos ducados por una tabla que no tiene más que flores y macetas!...

—Señora, no vale menos; me ha costado mucho pintarlo.

—¡Cá!... esa obra es para V. trabajo de dos dias...

—Es verdad, dice V. bien, á tres no ha llegado.

—Nada, le daré cien ducados y punto en boca.

—Pues me lo llevo otra vez á casa.

—Como V. quiera; pero no encontrará quien le dé más.

—No importa.

Despues de este diálogo, Labrador colocó el cuadro en su taller, sin conocer bien el mérito de aquella pintura. A la mañana siguiente fué á visitarlo el maestro Cincinato, célebre en la pintura, y despues de haberlo saludado, tomó asiento en el taller, mientras Labrador hacia un pequeño boceto.

—Hombre, bonitas azucenas tiene V. en esos macetones,—dijo Cincinato.

—No valen la pena.

—¡Oh! sí, sí que valen; y aquellos claveles... y los rosales que hay más allá.

—Pues no es de lo mejor.

—Sí que lo es; pero lo que más me sorprende es que esas flores prevalezcan con lozanía tan explendente en esta época de invierno tan crudo.

Labrador quedó pensativo, comprendiendo que el célebre pintor tomaba su cuadro como cosa natural, y despues de una pausa exclamó:

—Si V. gusta de ellas, con entera libertad puede disponer de todas.

—Gracias, yo tomaré una azucena y esas violetas, para modelo de un floron que pienso hacer.

Y diciendo Cincinato estas palabras se levantó de la silla y se aproximó á la ventana, extendiendo la mano para cortar con sus dedos los ramos mejores.

Pero ¡cuál seria su sorpresa al ver que era un cuadro, una pintura, lo que habia admirado por tanto tiempo!...

—¡Alabo su pincel de V., maestro!

—Gracias, Sr. Cincinato.

—Es de V., ¿eh?

—Sí, señor; lo he acabado hace pocos dias, y por cierto que pasó con él un lance desagrable.

El pintor le refirió las palabras que mediaron entre él y la marquesa de Oropesa.

—¿Qué sabe esa señora lo que es un cuadro?—le contestó Cincinato;—vale,—añadió despues,—diez mil ducados!...

Pero hay otro episodio de la vida de Labrador que revela su ingénio en el arte, y la sutileza de sus pinceles.

Tenia un cuadro en tabla que todos los amigos celebraban mucho.

Representaba un maceton con un cerezo.

Esta tabla, que es á la que le debe quizá su inmortalidad, estaba colocada en un corredor de la casa del pintor, que formaba una galería cubierta por arriba y unos arcos sin cristales ni puertas que daban á un patio.

Cuéntase que más de una vez vinieron los pájaros á picar las cerezas.

Este hecho hace aparecer ante nosotros, como el mejor de los pintores de su época á Labrador.

Ignoramos hoy el paradero de estas obras que eran dignas de figurar en el Museo de Madrid, al lado de las de su maestro.

Murió Labrador á los 69 años de edad, en Madrid, el año de 1600, estando pintando por órden de Felipe III, para el Escorial, algunos floreros, frutas y bodegones, obras calificadas por Palomino de un modo favorable.

Juan Labrador hacia pocos años que habia llegado á la córte y en la breve vida que hizo en ella, se dió á conocer de una manera notable.

Y hablando así salimos de San Andrés y nos dirigiamos por la calle de Bodegas, á la de Comedias, derecho á la Concepcion, y despues á Santa María. La primera fué, antes de parroquia, convento de frailes Gabrieles, edificado en el siglo pasado, por el modelo de San Francisco el Grande de Madrid; la segunda fué igualmente convento de Agustinos. Esta es la parroquia más antigua de Badajoz. Primero estuvo en el Castillo, donde ahora el Hospital militar; despues en el extinguido convento de padres jesuitas, de donde fué trasladada á donde hoy. Poco ó nada encontramos en estas dos parroquias á excepcion de un cuadro de Morales, en la primera, y tres de Francisco Javier Múres en la segunda. Son indudablemente los mejores cuadros de Múres estos que están en Santa María, y por cierto que el autor del *Diccionario enciclopédico de la lengua*, los atribuye á Morales, como si pudiera haber dudas entre la obra de uno y otro artista. Estos cuadros estaban en dos altares de la iglesia de los Jesuitas, para quienes los pintó Múres. Son de proporciones colosales,

en lienzo y de cuerpos enteros las figuras. Ni Morales pintó en lienzo ni hizo jamás cuadros completos. Además, que ni la escuela es la suya, ni el asunto, aparte de que á primera vista se revela que estos cuadros son de la primera mitad del siglo XVIII.

Scott, que no perdia ni una de nuestras observaciones sobre cuanto veiamos y hablábamos, me decia:

—Usted viene enamorado de todo lo antiguo.

—No será porque me gusten los tiempos pasados.

—Sí, pero al menos rinde V. culto á sus obras.

—Nada más justo. El arte se estacionó en la iglesia y en los palacios, porque desde el Renacimiento era esclavo del sentimiento religioso. Hay que ir á buscar lo mejor de nuestros abuelos á la iglesia. Quizás tengan que buscar las generaciones venideras lo mejor de nuestros nietos en los campos y en nuestros talleres.

—¡Cómo!

—Sí señor, la civilizacion varía con las épocas. La de hoy tiene exigencias diversas á las de otros tiempos.

—No lo entiendo.

—Lo que entonces prosperaba con la proteccion oficial del rey ó del papa, del señor ó del abad, ahora prospera con la libertad. A las artes esclavas han sucedido las artes independientes y libres. Faltarán en la pintura de hoy vírgenes como las de Murillo, dolorosas como las de Morales, y frailes como los de Zurbarán; pero tenemos el *Desembarco de los Puri-*

tanos, *El suplicio de los comuneros* y *El compromiso de Cáspe*; no tendremos torres como la de la catedral de Strasburgo, ni coros como el que hay en la de Badajoz, ni claustros como los de Sevilla; pero tenemos locomotoras y vapores, se construyen puentes colgantes y se perforan las montañas; se unen los mares y se miden los pasos de los astros; se empuña el rayo y se cuenta gota á gota la sangre que circula por nosotros. ¿Acaso hemos perdido entre lo antiguo y lo moderno?

Scott, ensimismado, no respondia; paso tras paso, meditando quizás en la comida que nos aguardaba, nos seguia sin chistar palabra. Y así llegamos á la fonda, cansados, molidos y mojados, porque despues de andar mucho todo el dia y de habernos estropeado los piés el maldito empedrado de las calles de Badajoz, nos llovió y con abundancia, desde la parroquia de San Andrés; así fué que no salimos de casa, y de la mesa nos fuimos á la cama.

Scott antes de acostarse anotó en la cartera sus impresiones de aquel dia. A hurtadillas pudimos leer lo siguiente:—«Badajoz, pueblo de fenicios; grande cuan»do los romanos, mayor cuando los árabes y destruido »por los cristianos y por sus reyes. Morales, el mejor »pintor para una iglesia. Labrador pintor tambien para »los jardines. El puente bueno, la catedral rota, las »calles sembradas de peñascos y las casas infestadas »de pulgas...»

CAPITULO XXX.

El pendon y la caldera.

A las nueve de la mañana me despertó mister Scott.

Habíamos dormido casi doce horas.

Pasamos al comedor y esperamos un momento á que nos pudiesen servir el almuerzo. A las diez y media estábamos ya listos para recorrer las calles de la ciudad.

—¿A dónde vamos hoy hasta la hora de buscar el tren?—me preguntaba Scott.

—Ya veremos... por de pronto, vamos á la calle de San Juan.

Y salimos del brazo desde la fonda, paseando por la plaza de la Constitución, calle de San Juan, Zapatería, derechos á una plaza casi cuadrada, con portales alrededor.

—¿Qué es esto?—nos preguntaba el inglés.

—La Plaza de Abastos.

—¡Pero si no hay aquí puestos, ni quien venda, ni gentes que compren más que nosotros!

—Ha pasado la hora de venta. Aquí, desde las seis de la mañana hasta las nueve está medio pueblo.

—Y estas casas parecen antiguas.

—Son del siglo XV, en su mayoría. Allí, en aquel rincon, donde están aquellos balcones, estuvo la antigua casa Consistorial de la ciudad, trasladada del castillo, cuando en el siglo XIV se construyeron los edificios que constituian el barrio de La Plaza.

—¿Y en esa casa, la del antiguo Ayuntamiento, hay algo de particular?

—Absolutamente nada. Convertida en casa de vecindad desde 1799, en que el ayuntamiento restauró, para acomodar sus oficinas, un palacio antiguo, que más tarde, en 1853, fué demolido y levantado sobre él el nuevo edificio donde hoy está el Ayuntamiento; convertida en casa de vecindad, repito, ha perdido desde entonces el aspecto antiguo que tuvo en su orígen. Abajo, en las habitaciones de la derecha, estaba el tradicional cuarto conocido con el nombre de *el de la caldera del portugués*...

Y dando una vuelta por los portales, volvimos á desandar lo andado, encontrándonos en la plaza de la Constitucion, sin saber qué hacer ni adónde pasar el dia.

—¿Vamos al café Suizo? —nos decia Scott.

—Vamos á donde V. quiera.

Y seguimos maquinalmente á nuestro compañero, entramos en el Suizo, nos acomodamos alrededor de una mesa, y nos sirvieron una botella de coñac. Mr. Scott, al tomar la primer copa, me dijo:

—Tengo una curiosidad.

—¿Qué es ella?

—Saber lo que encierra el cuarto de la caldera del portugués.

—Yo tambien la tuve en otro tiempo como V., y fuí á verlo.

—¿Y qué cuarto es ese?

—Una habitacion estrecha y oscura, toda llena de patatas.

—¡Patatas!

—¡Como pudo haber melones!... La casa está arrendada á los vendedores del mercado, y en aquellas habitaciones tienen el depósito de sus mercancías.

—¿Pero y lo del *portugués*?... ¿Qué significa lo del portugués?

—Eso es una tradicion que corre en la historia de esta localidad, como hecho cierto.

—¿Usted la recuerda?

—Perfectamente... Llene V. de nuevo las copas y comenzaré á referirla.

Y Scott no llenaba las copas, sino los vasos en que nos habian traido el agua, mientras yo comencé diciendo:

—Los pueblos cristianos rendian un culto extremo al cuerpo de Cristo, desde el año 220 en que se introdujo el uso de los altares sin imágenes en los templos; y en 787, cuando el Concilio de Nicea, se creó el culto definitivo á todas las imágenes. Pero no habia una fiesta especial para celebrar á Cristo, y en 1264 creó el Papa Urbano IV, la festividad del *Corpus Christi*, y dos años despues la del Sagrado Corazon de Jesús. Los dias en que se celebraban estas fiestas habia grandes funciones en los pueblos. Las verificadas en esta ciudad, á propósito de la procesion del *Corpus Christi*, por el año de 1438, era cosa digna de verse. Además de la extraordinaria pompa del culto, las músicas, las danzas, las cabalgatas, los juegos de alegría no eran menor incentivo para llamar á la romería á todas las gentes de las aldeas inmediatas. Los buenos portugueses de aquella época, olvidándose por un momento de las rivalidades nacionales, traspasaban alegremente la frontera, y ni siquiera querian recordar si algun dia la habian atravesado en son de guerra.

Entre los muchos festejos que aquí tenian lugar en aquella fiesta, era costumbre conferir un premio al caballero que diese mayor número de vueltas sobre su caballo en torno de una distancia limitada, que ya de antemano se señalaba, sustentando en su mano derecha un estandarte castellano, que era el pendon de la ciudad.

En la víspera de la alegre romería, hallándose re-

unidos varios jóvenes en la sala de armas del gobernador de Elvas, uno de ellos concibió el arrojado propósito de hacer una apuesta de cómo era capaz de robar la celebrada bandera de Badajoz y traerla dentro de los muros de la plaza portuguesa. Y el intrépido portugués cumplió su palabra. Llegado que fué el dia siguiente, entró en Badajoz, y consiguiendo penetrar con otros caballeros en las corridas, empuñó, cuando le tocó el turno, el glorioso estandarte, y dió la primera vuelta de un galope sobre un fogoso caballo, despues la segunda, y á la tercera, en vez de volver, desde el ángulo de la estacada, emprendió una precipitada carrera en direccion á Portugal. Quedaron todos los españoles estáticos y suspensos en el primer momento; pero recuperando en breve la energía, momentáneamente perdida, partieron á la carrera en direccion del caballero. El portugués galopaba, galopaba sin descanso, llevando gran delantera á los españoles... Ya se veian los muros de la ciudad de Elvas... Estando ya próximo á la plaza, el portugués caminó en direccion á una de sus puertas, hostigando á su caballo al último esfuerzo... ¡Estaba levantado el puente levadizo!... Los de dentro, por temor tal vez á represalias, habian cerrado las puertas. El portugués, cubierto de sudor y su caballo nadando en espuma, no se determinó á dirigirse á otra puerta, porque los de encima de la muralla le decian que estaban todas cerradas. El gobernador, que habia visto á gran número de espa-

ñoles caminando en direccion á la plaza, ora por el temor al peligro, ora por envidia al hecho que habia consumado el jóven, mandó cerrar todas las puertas. En vano el jóven clamaba que le abrieran. Viendo que sus súplicas eran inútiles, y que le alcanzaban las espadas enemigas, arrojó el estandarte por cima de las murallas, exclamando al precipitarse con su caballo sobre el foso:

—«¡Morra ó homen, fique á fama!»

Lanzáronse inmediatamente los castellanos sobre el cuerpo del caballero portugués, llevándolo á Badajoz y encerrándole en prision muy segura.

Pocos dias despues de este suceso, se encendia ahí enfrente, junto á la puerta de la catedral, una fogata enorme.

Sobre las llamas colocaron una gran caldera de cobre llena de aceite, y cuando hervia, zamparon en ella al portugués ni más ni menos que si fueran á hacer de él un buñuelo.

—¡Qué barbaridad!

—Sí, una barbaridad es en efecto freir á un valiente... Y desde entonces, y por muchos años despues de esta trágica aventura, se enseñaba en el dia de la procesion del *Corpus-Christi*, el estandarte español en la fortaleza de Elvas, mientras en la plaza de Badajoz tañian, en todo el curso de la procesion, una caldera de cobre que era conducida por cuatro hombres, y la cual recordaba el desgraciado fin del portugués.

Tal es, amigo Scott, la tradicion histórica sobre el pendon y la caldera. La habitacion que esta mañana vimos por fuera, en la Plaza de Abastos, guardó por muchos años la caldera histórica, y bandera y pendon sirvieron para enseñar á nuestros antepasados el arrojo de algunos hombres y la crueldad de otros. Por lo demás, la historia no nos ha guardado el nombre del portugués frito ahí frente, ni el de los españoles que le prendieron. Solo se sabe que iba al frente de ellos el capitan Juan Nuñez, sobrino de aquel valiente Diego Nuñez, el que venció á los galeones árabes en las aguas de Huelva, y por el cual se escribió en su escudo el mote siguiente:

«Por pasar la barra, antes
»Que los otros navegantes,
»Diego Nuñez, el valiente,
»Por sobrenombre la gente
»Dió en llamarle Barra-antes.»

Estos Nuñez son los Barrantes que conocemos desde el siglo XV, y Diego Nuñez era décimo abuelo del que tomaba aquí café con nosotros la otra noche; como su sobrino, el capitan que cogió al portugués, era su octavo abuelo.

Y diciendo esto, Scott consultaba la hora en su reló.

Eran las cuatro de la tarde.

El tren de Madrid venia á las cinco, y á las seis habíamos de salir en el de Lisboa.

—¿Vamos á casa?—le dije.

Y Scott se levantó, me cogió del brazo y nos fuimos á la fonda.

Comimos bien, bebimos mejor y nos marchamos á tomar café á la estacion del ferro-carril.

—¿Cuándo llegamos á Lisboa?—me preguntó Scott, tomando café.

—Tardamos unas once horas, nada más.

—Me parece mucho tiempo.

—Cuando yo fuí la primera vez, que tambien era con la primera locomotora que recorrió la línea, tardé siete horas.

—¿Y no podíamos ir ahora en el mismo tiempo?

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque yo fuí en un tren especial, en un tren mio, que puso á mis órdenes D. José Salamanca, dueño de la línea.

—¿Pero era V. empleado, propietario ó empresario, tal vez, de la línea?

—Ninguna de las tres cosas.

—¿Pues, y cómo pudo V. disponer del primer wagon que inauguró esta línea?

—Cosa sencilla. Salamanca tenia el proyecto de una vía férrea que uniese á Francia con España por los Alduides. El gobierno no aceptó el proyecto, y aunque los interesados en él lo llevaron al Congreso y al Senado, en ambos cuerpos fué desechado. En tanto que el proyecto iba y venia de una parte á otra, Salaman-

ca agitaba su discusion en la prensa. Yo dediqué en un periódico de Madrid nueve artículos en defensa del proyecto de los Alduides, y en otro de esta capital trece.

La línea no se hizo, y el tiempo vino á olvidar este asunto, pero yo recordé á Salamanca mis servicios por su frustrada empresa, en los mismos dias que se terminaba la línea portuguesa. Yo le pedí el favor de que me mandara un tren especial antes de la apertura de la línea, y Salamanca, que siempre ha sido reconocido á los que le han dispensado un pequeño favor, y ha sabido pagar generosamente los beneficios que cualquiera le prodigara, puso á mis órdenes el tren-salon que me condujo á mí y á nueve amigos más á Lisboa, sirviéndonos tambien para traernos á los veinte dias, ocho antes de la apertura de la línea.

—Fué un viaje de placer.

—Y sobre todo barato.

—¡Se supone que de balde!

—Y con algo más.

—¡Cómo!... ¿Dieron algo?

—Al llegar á Lisboa, habia telegrafiado Salamanca á su representante, para que pusiera á mis órdenes un coche, las localidades que pagaba, sin ocupar, en los teatros más principales, y una buena pacotilla de cigarros habanos.

—¡Oh!... Salamanca es una excelente persona.

—Algunas veces le he hablado de este rasgo de ex-

plendidez y.... ni siquiera lo recuerda. El siempre se ha portado bien con quienes le ayudaron en su fortuna. Con la prensa, especialmente, ha hecho locuras.

Por supuesto, el hecho de dársenle un tren especial por Salamanca, se interpretó por las gentes de Badajoz de una manera peregrina. Hubo quien suponia que yo habia engañado á Salamanca, y hasta me habia cambiado de nombre...

No tengo para qué decir á V. que el señor Salamanca me conoce personalmente, que me habla cada vez que nos encontramos, y que hace cuatro años me llevó á Vista-Alegre, una de sus mejores posesiones, en las inmediaciones de Madrid... Pero, son las seis, amigo Scott, y el convoy está pronto á partir. Paguemos, y al wagon, que dentro de quince minutos hemos dejado á España.

. . . . . .

Y Scott y yo salíamos del café de la estacion de Badajoz cargados de bastones, paraguas, sombrereras y mantas de viaje, nos subimos á un departamento de primera y nos colocamos cómodamente.

No hay para qué decir que íbamos solos.

Pocos momentos despues sonó la campanilla por tres veces, y el tren partió con velocidad, como si tuviese prisa por entrar en tierra portuguesa.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

En Portugal.

CAPITULO I.

De cómo pasamos la frontera.

Corria el tren desde que salimos de la estacion de Badajoz como no le habia visto correr nunca. Scott, desde la ventanilla del wagon me decia:

—¿Está muy léjos la frontera?

—Unos cinco kilómetros.

—Quiero verla,—repetia, poniéndose sus gafas de cristal ahumado y mirando en todas direcciones como un loco.

No sé lo que nos parecen las fronteras. Cuando las pasamos contamos los minutos, medimos con la vista el terreno, queremos poner una nota en la cartera y sentimos, en fin, emociones muy diversas. Cuando uno sale de su patria con el alma dolorida por recuerdos

íntimos que le roban el corazon, suele exclamar al cruzarla:

—¡Hasta la vuelta, adios, hasta luego!

Cuando se huye y le van á uno buscando, se suele saludarla con el sombrero en la mano, diciendo:

—¡Adios, la del humo, no vuelvas á parecer más!

Despues de todo, la frontera no es una pirámide como la de Vendôme, ni como la del Dos de Mayo, ni una montaña como la de Montblanch de Balay, ni un túnel como los de Lóndres. A juzgar por la frontera que divide España de Portugal, apenas si la forman unos pequeños marcos de piedra que á veces están escondidos entre hojarascas del monte, ó entre juncias de una ribera. Picado yo de la curiosidad, como Mr. Scott, por ver la frontera, saqué la cabeza por otra ventanilla del wagon y contemplaba la campiña fronteriza.

—Ya vamos á pasarla; ya está aquí,—decia yo.

Y el tren cruzaba pausadamente por un puente que daba paso á una pequeña corriente de cristalinas aguas.

Yo recordé al momento aquellos versos de Barrantes, que recité á Scott, diciendo:

«¡Vedle! Pasó.—Es el Caya,
»Que apenas moja la abrasada tierra;
»Con las campiñas portuguesas raya
»Y las campiñas españolas cierra.»

—¿Conque esa es la frontera?—preguntaba Scott lleno de admiracion.

—Esa línea que establece la corriente del Caya. Ya estamos en Portugal, la patria de Gama, el famoso navegante. La naturaleza no ha puesto aquí ningun obstáculo sério, que justifique la division del territorio. El suelo ya ve V. que es igual al que dejamos en Madrid, como igual es el cielo que nos cubre y la atmósfera que respiramos. España y Portugal son dos pueblos enteramente hermanos. Su historia, sus costumbres, su literatura, sus tradiciones, su idioma, todo, en fin, cuanto se ve en Madrid se vuelve á ver en Lisboa y se repite por todo el trayecto que divide á ambos pueblos. Pero la humanidad camina á pasos rápidos á su unificacion. Portugal y España serán, muy pronto, un solo pueblo unido por la libertad, que es el lazo más sólido que ata á las naciones y une hasta las más distantes voluntades.

Scott que prestaba poca atencion á lo que veníamos hablando, sin duda porque no tenia afecciones por ninguno de estos dos pueblos, miraba la campiña que recorríamos, cubierta toda ella de viejos olivos, y medio iluminada de sombras blanquecinas, que se descomponian á los ténues rayos del astro refulgente que se escondia en su ocaso.

—¿Todo Portugal está lleno de olivos?—nos preguntaba.

—No, señor; por aquí hay más de dos leguas plantadas de este árbol que abunda bastante en todo este país.

—Esto es muy productivo.

—Sí, el aceite es uno de los mejores artículos para alimentar á la industria agraria.

—Es el más positivo respecto á su utilidad real.

—No diré yo otro tanto, y menos hoy en que su importancia cuantitativa y hasta cualitativa ha venido á fijarse de manera clara y precisa. Los números demuestran que, una industria que aumenta en 25 años su importacion, en la proporcionalidad de 700 por 100, y que logra obtener los primeros premios, en el último certámen universal de Viena, es una industria que debe estudiarse, ampararse y perfeccionarse, hasta donde pueda la fuerza humana. Y con efecto, segun las balanzas de comercio exterior de 1849, y segun los datos publicados por la Direccion general de Aduanas, la exportacion de aceite español solo, representó un valor de 7.377,051 de pesetas, mientras que la de 1873 llegó á subir á 52.128,098.

En el gran certámen de Viena, donde concurrieron 31 naciones, solo siete exhibieron aceites. Italia concurrió con 160 muestras; España, con 104; Portugal, con 77; Francia, con 36; Grecia, con 27; Turquía, con 18, y Austria-Hungría, con igual número. De estas muestras se le premiaron á España, el 77,88 por 100; á Francia, solo 72,22; á Italia, 68,65; á Austria, 66,67; á Grecia, 44,44; á Turquía, 27,78; á Portugal, 24,67.

Demostrado está, que la generalidad de los aceites

españoles fueron más dignos de premio que los de las demás naciones concurrentes. Bajo el punto de vista de la calidad, el fallo científico del Jurado fué más glorioso todavía para la nacion española, pues clasificó como superiores las muestras de España, en la proporcion de un premio por cada 7,42 de las muestras presentadas; á Italia solo le concedió uno por cada 13,33; á Francia, uno por cada 18; y á Portugal, uno por cada 33,50.

Estos datos le probarán á V., que los aceites de oliva van tomando algun incremento, por las nuevas plantaciones de olivos que se han verificado en estos últimos años. Portugal no ha sido de los pueblos que ménos ha progresado en este ramo de riqueza pública.

—¿Se dedica aquí la aceituna para la mesa?

—Tambien, pero no es buena, como la gordal sevillana, ni la llamada de la reina, que parece cada una una nuez. La de aquí es pequeña, muy pequeña, con el hueso muy grande, negra casi en su mayoría, y de un gusto insípido. No se exporta del país, como la española, y su mejor empleo es el lagar.

Y hablando de aceitunas y de los aceites, el tren paró, y un hombre gritaba en buen portugués desde el anden:

—¡Elvas, seis minutos!

Nos bajamos á la estacion á beber un vaso de agua y esperar la hora de partir. Por delante de nosotros pa-

seaba un jóven acompañado del jefe de estacion y del gobernador de la plaza. Su tipo no me era desconocido, como tampoco el mio para él. Nos miramos unos segundos, y siguió paseándose. Scott, que observó esto, me dijo:

—¿Conoce V. á ese español?

—No es español.

—¿Pues qué es?

—Portugués. Le conozco muy bien, pero no tengo ganas de saludos. Hace mucho frio.

—¿Y quién es él?

—Uno de los mejores poetas de Portugal.

—¿Cómo se llama?

—Simoes Dias, esto es, Simon Diaz. Este verano pasado leia yo en el Escorial dos libros suyos: *A Hostia de Oiro* y *As Peninsulares*. Simoes Dias que tanto renombre alcanza entre los amantes de las buenas letras, es ya célebre por sus romances y tradiciones nacionales en este país donde tanto se vive de la imaginacion y de los encantos soñados ó verdaderos que hace el artista y canta uno muy fácilmente en la primera edad de la vida, cuando el amor al génio, el amor á todo lo sublime tiene en el corazon de la criatura un lugar seguro.

Muchas veces hemos leido en los periódicos portugueses composiciones de Simoes Dias, y hasta en nuestro álbum particular conservamos con gusto uno de sus más preciosos romances, que el vate, con esa ex-

quisita galantería que lo distingue, nos dedicara sin conocernos; y es la verdad que no desmerecen sus versos de los de Hurtado ni de los de Lopez García; por eso siempre los hemos leido con sumo gusto, y hemos reconocido en el vate lusitano un génio inspirado que dará honra á su patria.

Su libro, *A Hostia de Oiro*, es un precioso poema heróico cómico, en diez cantos, algunos de los cuales son notables por la rima tan perfecta, por su lenguaje fluido, por sus imágenes tan bellas y por sus conceptos tan acabados.

Dedicado todo él á cantar para Dios y para su credo, ensalza las doctrinas evangélicas y pone en relieve el estado actual del alto y bajo clero, la preponderancia de los *argentinos*, y levanta su potente voz en favor de los esclavos del privilegio, condenando la tiranía de los poderes, que siempre han oprimido al débil y han amarrado á la férrea cadena los hijos del pueblo, para conseguir los fines malhadados que se proponen siempre las clases privilegiadas.

Su segunda obra, *As Peninsulares*, es un tomito de poesías populares, que contiene una coleccion de romances, todos á cual mejores y más interesantes. No se puede dudar que el poeta es hijo de estos pueblos meridionales, donde el génio del hombre no tiene límites, en esto de soñar fantasías grandiosas hasta la sublimidad. Por esto mismo Simoes Dias tiene algunos momentos que discurre con la gravedad de Goëthe,

y otros que parece un loco, como Byron; pero en lo general se presenta en sus poesías con la pasion ardorosa y febril de un poeta que siente más que los demás séres que le rodean.

Beethowen y Mendelssohn, no se hubiesen desdeñado de poner música á muchos versos del vate portugués, que tanto promete á las musas para el porvenir.

Tal es, amigo Scott, el juicio que me merecen las obras del jóven Simoes Dias, que paseaba por aquí delante, hace pocos momentos. Con los libros de Simoes Dias leí otro de Mendez Cavalheiros, titulado *Francisco Gonzalvez de Madeiros*, donde se da un precioso bosquejo crítico y biográfico del popular Gonzalves de Madeiros, vate brasileño, que educado en el gusto literario de Garrett, con su estilo, su escuela, sus sentimientos, están íntimamente ligados al estilo, á la escuela y al sentimiento de la literatura portuguesa.

El poeta tiene versos tan buenos como estos:

«Salve, inclyto heroe luso guerreiro
Da patria minha antemural viviente!
¡Salve, teu nome, que amedranta e espanta
Os déspotas nefandos!»

Esta estrofa es ardiente, por el sentimiento bélico que le anima. Estas otras, que no son peores, revelan el ánimo pátrio del vate Madeiros:

«Musas da minha patria, que por vezes,
Suave inspirazão tentes vertido

Na lyra, do trovador que vive ausente
Da terra de seus paes, viude filtrar-me
N'alma uns sons de cadencia harmoniosa, etc.
. . . . . .
¡Salve! Ruinas portuguexas
De meu nobre Portugal.
¡Salve! memorias saudosas
Desse estandarte real:
Fuí lá no Campo d'Ourique
Que ó grande filho de Henrique
Tua existencia firmou, etc.»

Pero dejémonos de poetas y de versos, y vamos al wagon, que el tren va á partir.

—Yo queria llenar la castaña de aguardiente.

—No lo podremos beber.

—¿Por qué?

—Porque en Portugal no hay aguardiente bueno; todo es de madroños, de higos ó de gamonitas.

—¿Pues qué llevaremos para matar la noche?

—Un tarro de Ginebra.

—Aceptado.

Y Mr. Scott entró en la fouda, y volvió á salir trayendo en la mano la ginebra. Nos subimos al wagon. Scott destapó el tarro, y cuando el tren se puso en marcha comenzábamos nosotros á dar cuenta de la ginebra.

—¡Qué rica es!—decia Scott, bebiendo el primer trago, mientras que yo tararcaba aquellos cantares de Simões Dias, que dicen:

«Moças da Iberia, se um dia,
Por meu mal,

Vos disserem que morri;
Podeis crêr que a terra come
O coração mais leal
De cuantos no mundo ví!

«Podeis correr o Oriente
Norte e sul;
Que un amante mais fiel
Não o geraram por certo
As mulheres de Stambul
Nem as filhas de Israel!

«E por mal de meus pecados,
Por meu mal,
A terra tem de comer
O maior coração de homem
Que soube com fe igual
Sorrir, cantar e soffrer!»

CAPITULO II.

El poema de Figueiredo.

Cuando el tren habia partido, Mr. Scott me preguntó:

—¿Hemos pasado el primer pueblo portugués?

—La ciudad, llámela V.

—Bien, esta ciudad, ó pueblo, que para el caso es igual, es la primera poblacion que hemos saludado en Portugal.

—Cierto.

—¿Es poblacion importante?

—Sí, señor. Los romanos la fundaron con el nombre de *Setœras* ó *Sietearas*, dependiente de *Elbura-Castellum*. Las lápidas y restos antiguos, encontrados en sus inmediaciones, demuestran la antigüedad que le atribuyen los geógrafos portugueses. Fué pueblo

importante cuando la dominacion árabe, y en sus campiñas moraban los hortelanos de la poblacion rural musulmana. Reconquistada por los cristianos, hicieron de la ciudad una poblacion notable y una plaza fuerte de las mejores del reino. Cuenta hoy unos 14.000 habitantes, siendo la poblacion más rica y notable de la provincia de Alentejo. Es silla episcopal y comandancia general, con buena guarnicion de todas armas. Su catedral, que tiene tres naves cerradas, con bóvedas de lazo de hermoso aspecto, es bonita. Tiene calles estrechas, pero poco aseadas, con casas altas, elegantes y pintadas exteriormente. Sus plazas son anchas y alegres. Su teatro muy malo, como su plaza de toros, de madera toda ella, con malísimas condiciones. Tiene hospitales, el civil y el militar, buenos templos y establecimientos de enseñanzas. Sus edificios militares son muy capaces. En el interior de la plaza, y tocando á sus murallas, tiene los cuarteles, bajo batería, donde se pueden colocar hasta 4.000 hombres. Estos edificios son obra del siglo XVIII y sus murallas del siglo XVI, aunque se terminaron en el siguiente. Hoy estas murallas, que como las de Badajoz y Olivenza, han costado cuantiosos millones, no sirven, porque están construidas por el sistema antiguo, que no obedece á un plan de defensa como aconseja la experiencia y manda el arte moderno.

Por este sistema de fortificacion están levantados varios baluartes en los alrededores de la plaza, siendo

los mejores el fuerte de Lipe y el de Gracia, que se ven coronados de bocas de fuego que para nada sirven, porque son de un calibre muy inferior.

Su campiña es muy amena. Alrededor de sus muros, en el exterior, hay un precioso jardin, con fuentes monumentales, surtidas de juegos de aguas caprichosamente combinados. En sus olivares cercanos está la iglesia del Cristo de las Olivas, de construccion moderna, como el Buen Suceso de Madrid. Tiene las campanas doradas, los altares elegantes, con buenas estátuas y algunos cuadros muy malos. En el campo de la féria, donde se celebra todos los años en Setiembre un mercado y féria muy concurrida, se ven los arcos del famoso acueducto denominado *Os arcos da moreira*, por recuerdos á los que hicieron aquella gran obra, que se extiende hasta la distancia de tres leguas.

Aquí llegábamos en nuestra historia, sobre Elvas, cuando el tren paró.

—¿Adónde estamos?—me preguntó Scott.

—En Santa Eulalia.

—¿Es plaza fuerte?

—Ni es plaza, ni es fuerte. Es, apenas, una villa pequeña, alegre, como todas las de Alentejo. Tendrá unos 1.600 habitantes. Es pueblo agrícola, que no por lo pequeño se dejaría de ver, sino porque es de noche y está algo distante de la estacion.

En esto el tren comenzó á correr de nuevo.

Scott se acomodaba sobre sus almohadones; exten-

dia las mantas de abrigo, y se colocaba con toda comodidad. Yo, que habia dormido muy bien la noche anterior, no queria más que encontrar un motivo para pasar la noche hablando. Encendí un habano, y le dije á mi compañero de viaje:

—Desde que pasamos la frontera venimos recorriendo la provincia de Alentejo, hermoso territorio, situado al Mediodía del Tajo y al E. de la Extremadura española. Los pantanos que tanto contribuyen al riego de su territorio, hacen esta comarca muy insalubre, por cuyo motivo y á pesar de su dilatada extension, no está ni con mucho poblada como parece que deberia estarlo. Es fertilísima en trigos y produce ganado vacuno, lanar y de cerda. Posee canteras de preciosos mármoles y ricos criaderos de metales. Yo he sido mucho tiempo vecino de estas comarcas, cuando viví en Elvas en 1869 á 1870. Por entonces conocí á un poeta portugués muy notable, jóven lleno de esperanzas, que compartia conmigo la vida monótona que se pasa en los pueblos pequeños como Elvas, donde se vive como el pájaro en la jaula.

—¿Quién era ese poeta?

—Cándido de Figueiredo, el inspirado autor de *Tasso*, poema dramático en siete cantos, basado en sucesos del siglo XIV. La obra de nuestro amigo es un precioso drama donde se da la vida del notable autor de la *Jerusalen libertada*. La vida no, la leyenda de Torcuato Tasso queria yo decir, porque el silencio que

guardan las crónicas con el mejor poeta de la escuela antigua, y las narraciones tan diversas que corren sobre su venerada tumba, nos hace difícil hoy descubrir con entera certeza la vida, hechos y misteriosa muerte de aquel génio predilecto de las musas, cuyo nombre nunca pronunciamos sin sentir un profundo respeto hácia el apasionado amante de Leonora.

La tradicion popular que corre por Italia sobre la vida del Tasso, atribuye su muerte y desgracia á motivos de amor. Fuese ó no esta la causa motriz de sus desventuras, es lo cierto, que la mente del poeta estuvo largos años martirizada por un amor no correspondido. Y los novelistas y los poetas han sacado de aquí un gran partido, inventando mil sucesos que no han existido, y haciendo héroe de mil maneras al poeta italiano en un amor contrariado. Y de este asunto, que tanto partido han sacado los literatos de todas las naciones, se ocupa el Sr. Figueiredo de una manera tan feliz, que su génio y facultades poéticas lucen notablemente en su obra.

Pero el *Tasso* no es una composicion épica; es una cumplida elegía, que por su larga extension y contínuas digresiones, tendria necesariamente que decaer en sus mejores cantos, si el autor del poema, con fuerzas sobrehumanas, no salvara este riesgo con el poderoso auxilio de su ritmo abundante y de su melodía encantadora. Y aun asi y todo, el poema del Sr. Figueiredo siempre se resiente en algunos conceptos, y

los pensamientos, elevados en un principio, decaen un tanto por falta de inventiva. Y es que la vida de un hombre grande, de un génio, á la altura del Tasso, está menos en la intriga amorosa de que fué víctima, que en los servicios prestados á la literatura con la publicacion de la *Jerusalen libertada*. ¿Qué es la vida de un hombre comparada con los siglos de la posteridad, para los cuales comienza á vivir cuando devuelve á la tierra lo que de ella recibió? Nada. Por eso el amante de Leonora, piérdese con la inmortalidad del cantor de Godofredo.

La vida de Cervantes corre un tanto olvidada en la historia; sus amores son ignorados; su muerte un misterio: y es que todo eso es nada comparado con su *Don Quijote*, que le inmortaliza eternamente. Camoes, á pesar de sus desgracias, no seria hoy celebrado si no hubiera escrito su *Os Lusiadas*, libro notable, lleno de preciosos versos líricos, que nadie sino él ha podido escribir.

La biografía del Tasso, metrificada, nunca podria ser un primor artístico, cuando olvidando el Sr. Figueiredo la significacion literaria del poeta, solo por incidente y muy de tarde en tarde, cita las obras y composiciones del Tasso. No fué así Garret, el gran crítico portugués, en su sublime elegía *Camocs*, donde el Sr. Figueiredo pudo aprender, para corregirse de la falta que muchas veces he visto en el *Tasso*. Garret dedica cantos enteros en su *Camoes* á celebrar los ver-

sos que hay en *Os Lusiadas*. De aquí el que la obra de Garret será siempre celebrada, porque á más del mérito literario que encierra, está consagrada á cantar las bellezas de *Os Lusiadas*, que es una obra universal, mientras el *Tasso* del Sr. Figueiredo pasará silencioso á la posteridad, porque solo está consagrado á conmemorar un hecho de la vida de Leonora, que no es nada, comparado con el cantor de Godofredo y el autor de *La Jerusalen*.

Aparte de todo lo expuesto, si V. me pregunta por el mérito del poema *Tasso*, diré que es la mejor obra de Figueiredo; que se distingue de la vulgaridad de los poetas en Portugal, que no saben hacer sino *verzas*. Los versos de nuestro amigo son correctísimos, su rima variada, la armonía de un efecto sublime, su decir muy portugués y su inspiracion inmejorable. Figueiredo es un lírico de los más autorizados que tiene Portugal: irá más allá si continúa escribiendo, porque su talento es robusto, y su edad, que apenas cuenta 29 años, le hace esperar un porvenir muy venturoso. Por supuesto, que Figueiredo ha vuelto á escribir más obras, y siempre le encontramos mejor, corrigiendo los defectos y creciendo como el génio, que en los poetas no puede estar oculto el talento, y á cada momento muestran cuanto saben. El autor del *Tasso* es de estos génios que se hacen grandes sin saber por qué.

—Cierto, cierto,—repetia Scott maquinalmente, sin prestarnos gran atencion.

El tren paraba de nuevo.

Eran las ocho y cincuenta de la noche.

Estábamos en la estacion de Assumar. Desde su anden gritaban los vendedores:

—*¡Diario da Noite!... ¡Jornal das Noticias!*

El tren comenzó á rodar de nuevo, mientras Scott hacia mil comentarios sobre mi juicio de la obra de Figueiredo...

—Pero dejémonos ya de literatura,—prosiguió Scott, —y dígame V. algo de Assumar, si sabe.

—Assumar es una pequeña villa, peor que Santa Eulalia. Portugal tiene muchos pueblos pequeños, y en esta provincia más que en ninguna otra, porque es la más despoblada y la de ménos pueblos importantes, y porque en Portugal como en España los intereses materiales están muertos, y la agricultura y la ganadería, que dan vida á estos pueblos rurales, no progresa. Sin embargo, el gobierno ha de hacer variar pronto la faz del país. Ahora se acaba de inaugurar el ferro-carril de Begoa á Villareal. Se ha decretado tambien el establecimiento de los caminos de hierro de Castello-Branco; el de Coimbra á Figueira da Foz y el de Lisboa á Torres Vedras. Próximamente se inaugurará tambien el de Oporto á Povoa de Varsim. Con este motivo los periódicos portugueses se complacen en hacer resaltar el vuelo que van tomando en este país las mejoras intelectuales y materiales, como no puede menos de suceder en toda nacion donde se hace política franca y es-

pansiva, y se atiende al mejoramiento de los intereses públicos, más que á las estériles luchas de los partidos. A esta provincia, más que á ninguna de Portugal, le conviene el aumento de vías, para dar salida á los inmensos frutos que produce. Ojalá pudiese mejorar sus condiciones de salubridad, pues el Guadiana, Hervedal, Zatas, Odivor, Ladao y otros rios que la bañan, perjudican bastante á la higiene.

—Esto tiene remedio.

—Ya lo sé: plantaciones de árboles.

—Mejor seria canalizar los rios y abrir cáuces á los pantanos.

—Esto en segundo término. El arbolado es lo más recomendable para sanear los terrenos. Cada dia vienen nuevos experimentos á descubrir, en el incomparable árbol el *Eucaliptus globulus*, propiedades nuevas que hacen de él, bajo todos conceptos, uno de los más estimables de cuantos se producen en las diversas floras que pueblan la tierra.

El doctor Mr. Gosson, uno de los botánicos más celebrados en Europa, ha leido en la Sociedad geográfica una curiosa monografía sobre los *Eucaliptus* y su plantacion en los viñedos atacados por alguna enfermedad, monografía que Mr. Cortamber completó con algunas noticias inesperadas. Mr. Cortamber, hijo, hizo plantar *Eucaliptus* en sus propiedades, sitas en el Mediodía-provenzal, y casi en seguida desaparecieron las calenturas y los insectos, se saneó el aire y cesaron

su obra destructora los parásitos que aniquilaban las viñas. Hace muchos años que dura el experimento, siempre con los mismos asombrosos resultados; en vista de los cuales, varios propietarios franceses plantaron *Eucaliptus* en sus viñedos, con lo que desapareció inmediatamente la *phylloxera*... Pero, no me oye V?...

—Estaba distraido deletreando este soneto que trae el *Diario da Noite*.

—A ver, es de Cándido de Figueiredo: le titula «Despues del baile,» y dice así:

«No baile, eras formosa, e cheguei quasi a amar-te,
uma illusão fatal cegou-me n'esse instante:
traiu-me o pó de arroz, branqueando-te o semblante,
e emprestando-te alvol com certo engenho e arte.
Se nos cabellos teus alguem fosse oscular-te
beijaria um chinó em calva deslumbrante!
se os dentes fossem teus!... E pedes que eu te cante,
ó sombra que eu maldigo, e vejo em toda a parte!
Eu nunca te fiz mal, nao me persigas tanto;
nao me fales de amor em torta garatuja;
tu nao pódes amar, só poder dar quebranto!
O teu nome assentei no rol da roupa suja;
pediste versos meus, e envio-te este canto;
deixa-me em paz agora, e sóme-te, coruja!»

—¿Lo ha entendido V.?

—Muy bien. Sabiendo el español se entiende el portugués.

En esto el tren paraba nuevamente.

Un hombre con un farol en la mano gritaba desde el anden de la estacion:

—¡Portoalegre, cinco minutos!

CAPITULO III.

De cómo llegamos á Bemposta.

El tren estaba detenido en la estacion y frente á nosotros, á nuestro costado, se levantaba una alta sierra sobre la cual se veian algunas lucecitas.

—Allí está Portoalegre, en aquel alto, amigo Scott.

—Está bien situado.

—Ciudad que, como dice su nombre, asentada sobre un *puerto muy alegre*, goza de buena salubridad; es grande y pintoresca, tiene elegantes edificios, iglesia-catedral, cuyas naves están sostenidas por bellas columnas góticas, casa de misericordia, hospicio, seminario, un colegio, escuelas y biblioteca pública.

Y el tren corria de nuevo.

Yo continué hablando de la ciudad, y decia:

—Portoalegre tiene una rica comarca rural, donde

viven unos 12.000 habitantes, contando los 8.000 de la ciudad, fundada por los romanos en tiempo de Augusto, con el nombre de *Ammœn* y destruida despues por los árabes, en el siglo XI. En la Edad media, cuando por Don Alfonso Enrique se formó el reino de Portugal, Portoalegre fué restaurada, y engrandecida notablemente en tiempos del rey Don Manuel. Sus muros no son muy sólidos, así fué que en 1704 tuvo que rendirse á las tropas españolas de Felipe V. Es pueblo agrícola, pero tiene tambien algunas industrias sostenidas por la fabricacion de paños y jabones.

—¿Qué estacion viene ahora?

—La de Crato. Por estos sitios que ahora recorremos, en 1580, se batian portugueses y españoles.

—¿Por qué?

—Por la sucesion de la corona entre varios príncipes que la disputaban. Portugal desde 1139 se habia separado de Castilla, formando un reino independiente; y cuatro siglos más tarde volvia á pertenecer á España, pues muerto su último soberano, D. Enrique el Casto, lo heredó Felipe II, que era nieto materno del rey D. Manuel. Disputáronle el cetro los duques de Braganza, de Parma y de Saboya, y el Prior de Crato, D. Antonio. Todos los príncipes aprestáronse con sus huestes á defender cada cual sus derechos. El Prior don Antonio reunió un numeroso ejército que acampó entre Portoalegre y Crato. A su lado estaba la nobleza del país. El derecho del rey de España fué sostenido vale-

rosamente por el gran duque de Alba, que á la primeras batallas dispersó las huestes del Prior, siguió su marcha triunfal hasta Lisboa, que se le rindió muy luego, y aunque derrotado el pretendiente, que obtuvo el apoyo de las armas francesas, la poderosa escuadra del marqués de Santa Cruz, despues de haber deshecho la armada enemiga, se apoderó de la isla Tercera, que habia servido de refugio al ejército portugués, quedando desde entonces Portugal y sus vastas posesiones en ambas Indias, en poder del rey de España. Desde aquella lucha, Crato fué célebre en la historia de Portugal, y el Prior D. Antonio, que fué vencido por el número de los de Alba, ocupa un puesto de honor en la lucha que sostuvo Portugal por su independencia.

—Hablando así, el tren paró de nuevo.

Estábamos frente á Crato.

Yo continuaba diciéndole á Mr. Scott:

—Por lo demás, este pueblo no tiene nada de particular, si se exceptúa su antigua iglesia, obra del siglo XV, aunque restaurada, y restaurada mal, en los tiempos modernos. Crato, pues no tiene más que su historia, mejor dicho, su nombre, porque de ese puñado de casas salió el grito de guerra contra España, que venia á conquistar el país, so protexto de que la corona de D. Enrique le pertenecia á Felipe II.

Y el tren comenzó á correr de nuevo.

Scott me preguntaba:

—¿Felipe II fué un gran rey para España?... Paréceme que lo celebraban mucho los españoles.

—Para mí fué uno de los monarcas más fatales. Con su funesta política dió principio á la decadencia y empobrecimiento del gran reino que habia heredado de sus mayores. Su proteccion á la liga católica francesa, costó á España todos los ahorros que guardaba en sus ricos tesoros, para que Felipe II tuviese al fin que ajustar la paz con Francia en 1598. Por favorecer á los católicos de Irlanda malogró aquella famosa armada llamada la *invencible*, que no la ha visto igual ningun pueblo. Por sostener la unidad religiosa emigraron de España hasta 7.000.000 de habitantes. Su política nos trajo al empobrecimiento, y él mismo tuvo que acudir á la limosna (como cuenta el cronista Gonzalez Dávila), «por medio de algunas personas religiosas; y fué más lo que se perdió de reputacion, que lo que se juntó de donativo...» Su hijo Felipe III, como su nieto Felipe IV, á quien sus aduladores cortesanos le daban el dictado de *grandes*, siguieron su fatal política, que nos trajo á la ruina, pues tras de haberse perdido para España el Rosellon, los Paises Bajos, la provincia de Artoa *(Artois)*, la Alsacia, Cataluña, todos los Estados de Italia y el Portugal, y de haberse dado cuarenta batallas, las más de ellas perdidas, en que se sacrificaron millares de hombres, quedó el reino sin dinero, sin soldados, sin agricultura, sin fábricas, sin comercio, sin marina y su poblacion reducida á 9.000.000 de habi-

tantes. La política de los Felipes ha sido para España muy fatal y no mejor para Portugal, donde el recuerdo de la dominacion española es altamente odioso. En el curso histórico general que á los escolares les enseñan en la Universidad de Lisboa, hay una muestra de esta verdad. Cuando Felipe II entró en Lisboa se habia trasladado la Universidad á Coimbra, y aparentando interesarse por la enseñanza y por las glorias de la primera Universidad de Portugal, ofreció favorecerla en todo cuanto él pudiese. Confiado el claustro de profesores en las palabras del monarca, pidióle un dia que le cediese los palacios de Alcazovas, para trasladar á sus espaciosos salones las cátedras. ¿Y sabe V. qué hizo el rey?

—¿Demoler los palacios, tal vez?

—Otra cosa peor.

—¿Prenderlos fuego?

—Hizo otra cosa más mala aún: «Felipe II negó esta »peticion tan justa, segun carta suya de 30 de Setiem- »bre de 1583, diciendo que aunque deseaba hacer mer- »cedes á la Universidad, no *convenia á su servicio* »*darla sus palacios*, antes por el contrario, que los »desocupase en aquello que tenia la Universidad, pues »determinaba mandarlos concertar para poder ir á ellos »algun tiempo como deseaba..... Algunos años des- »pues resolvió Felipe II ceder los palacios; pero fué tan »*vil*, que dijo no los entregaría gratuitamente y que los »cedería mediante la suma de *treinta mil ducados* (!!!)

»La Universidad tuvo que satisfacer esta exigencia, y »la transaccion se verificó por carta de venta, otorgada »en Setiembre de 1597...»

—¡Qué infamia!

—Como estas hizo Felipe II muchas más. Y lo peor de ello es que todas ellas forman la historia de la dominacion de los Felipes en Portugal, historia que todos los escolares dan de memoria al pisar las áulas universitarias, siendo tambien así todos los recuerdos que Portugal guarda de la dominacion española y haciéndonos partícipes á los españoles todos de esa odiosidad que conservan á los Felipes, como si los españoles, más que los portugueses, no hubiéramos sido víctimas de la tiranía de los príncipes austriacos...

Y en esto el tren acortaba el paso. Momentos despues parábamos frente á una estacion solitaria y silenciosa.

Habíamos llegado al gran pueblo de Chanza.

—¿A dónde está aquí la ciudad?—nos preguntaba Scott.

—No es ciudad, sino un lugar de cuatro vecinos, que ahora no se ve, porque está la noche nublada, aunque de dia se ve menos, pues todo el pueblo cabe en el bolsillo del gaban de V., y claro está, una cosa tan pequeña no se puede ver desde aquí, ni aun con sol claro.

Y el tren corrió de nuevo.

Ibamos en derechura á Ponte de Sor. Por las cam-

piñas que recorria la locomotora se veian cruzar en distintas direcciones, aldeanos que guiaban sus carros tirados por pequeños burros. Aquellos vehículos formaban un singular contraste con la locomocion que arrastraba la máquina de nuestro tren. Un mundo de ideas cruzaba por nuestra mente al considerar la distancia que separaba, en el órden progresivo, al vehículo de la locomotora. Aquel, el tiempo de nuestros abuelos, la posada, la jornada de cuatro leguas, los viajes interminables, las fiambreras, la bota de vino, los vuelcos en los caminos y las sorpresas de ladrones; esta la rapidez instantánea, la economía, la comodidad, las buenas comidas de las estaciones, y la seguridad individual garantida de los salteadores. Pensando tambien en lo mismo, tal vez, Scott, miraba el paso lento que traian aquellos vehículos, y exclamaba:

—¡Parece que estamos en el Japon!

—¿Por qué, amigo Scott?

—Por el género tan raro de trasportes que hay en este país.

—En los pueblos rurales los aldeanos tienen un pequeño carrito de dos varales, donde enganchan á un burro, y ya lo ve V. como les sirve. No tienen necesidad de caballerías mayores, que les costaria lo que no pueden gastar.

—Pero esto no se ve ni en el Japon.

—Cierto. En el Japon no se enganchan los animales á los vehículos.

—¿Pues quién tira de ellos?

—Los hombres.

—¡Qué barbaridad!

—Por barbaridad que á V. le parezca, es verdad. Los japoneses van mucho en carruaje; pero los vehículos son casi todos arrastrados por los hombres, y en este caso se llaman *ginrikiska*. Su velocidad es grande y rivaliza con la de los coches tirados por caballos. Numerosas paradas de hombres están establecidas en los diferentes barrios de la ciudad y aun de los caminos, de tal suerte, que el servicio se hace con una precision y una rapidez notable. Segun el censo de 1873, existian en Tokío: 4 *ginrikiska* de cuatro ruedas, 44 de tres ruedas y 100 de dos, pertenecientes á particulares; 6.600 *ginrikiska* públicos de tres ruedas y 12.500 de dos. Total, 19.248 *ginrikiska*.

Las carrozas tiradas por caballos eran solo 102; los palanquines, servidos tambien por caballos (sistema ya casi desusado en el dia), son 100, y los caballos de silla 1.450.

Por último, para completar la idea de lo que son los medios de trasportes de Tokío, diré á V. que los expresados vehículos terrestres, las barcas y los juncos que hacen el servicio de las grandes canales, los cuales surcan en todos sentidos la capital, sumaban en 1873 hasta 495 barcas de servicio público y 18 de lujo pertenecientes á particulares; 378 juncos chinos de servicio, y 9, tambien chinos, de servicio privado. En junto, 601

embarcaciones: tal es el material empleado por los bateleros, públicos ó privados, de la capital del Japon.

Y segun las cifras oficiales que acaban de publicarse, el censo de poblacion revela que, en 1872, el Japon tenia 33.110.825 habitantes, estando casi equilibrados los sexos, lo cual es bastante raro en un país donde existe la poligamia, y deberia por lo tanto preponderar el femenino.

Ahora dígame V., amigo Scott, si cabe comparacion entre los medios de trasporte de los japoneses y el de estos aldeanos de Portugal. Allí el hombre es el animal que arrastra el peso del vehículo, ni más ni menos que si fuese un buey ó un caballo; aquí el hombre guia á la caballería, y está lejos de confundirse con la bestia feroz. Allí el hombre es un mulo de carga, aquí el hombre es hombre.

—Cierto.

—Lo que pasa es que nosotros, acostumbrados á la vida de los grandes centros, desconocemos las costumbres de las aldeas y de los pueblos rurales, y nos parece una cosa atroz ver en el siglo XIX á un burro tirar de un carro de dos varales, sin tener en cuenta que ese vehículo basta y sobra para llenar las necesidades de una familia, de un vecino rico tal vez, de un labrador acaudalado.

—Cierto.

—En Portugal hay una poblacion rural que no guarda proporcion con la urbana. Todo el reino mide una

superficie de 8.962.531 hectáreas, y de estas 26.100 son ocupadas en poblacion; 29.094 por carreteras; 91.335 por las corrientes de rios y riberas; 93.500 por las sierras y montes, y 60.000 por arenales. La superficie total de los territorios de la nacion hoy son 2.011.640 kilómetros cuadrados, habiendo sido en el siglo XVI de 10.000.000.

De los actuales 2.011.640 kilómetros cuadrados, 89.625 son de la Península; 2.597 de las Azores; 550 la isla Madeira; 2.929 Cabo Verde; 8.400 la Senegambia; 1.025 San Tomé y Príncipe; 600.000 Angola; 1.284.000 Mozambique; 5.400 Goa, y 17.000 Timor. La poblacion urbana del reino se calcula en 706.500 habitantes y la rural en 3.583.500, en relacion de 1.970 por 10.000 habitantes.

En Inglaterra esta proporcion es de 5.003 y en Francia de 2.316.

Ahora diré á V. más. La poblacion rural en este país está fraccionada en muy diversas comarcas, que á su vez están divididas en caseríos pequeños y aldeas agrícolas, donde se hace la vida del labrador, que no tiene aspiraciones ni otro deseo que el de que venga buen tiempo para coger abundantes cosechas. Por eso vemos por aquí todo al revés que en Madrid ó en Lóndres. Las mujeres van descalzas, los carros tirados por burros, y el rostro de todos los aldeanos quemado por el sol. Si hubiéramos parado en Ponte de Sor y nos hubiésemos ido al pueblo, veríamos una aldea pequeña y

alegre, donde vive muy cómodamente un pequeño vecindario entregado al trabajo y penalidades de la vida campesina.

En esto el tren paraba.

Habíamos llegado á Bemposta.

En el anden habia un chicuelo cantando á los acordes de una guitarra, las *Cánligas do fado*, cancion popular de las gentes del pais. Scott y yo aplicamos el oido y pudimos oir en buen portugués, el siguiente cantar:

«Contradizer a um doutor,
Bem sei que é temeridade,
Porém com uma verdade
Quero pagar um louvor.
Nem instrumento, nem fior
Sou, porém se o posso ser,
Ninguem trate de emprehender
O que não ha-de elcançar,
Pois nenhum me ha-de tocar,
Pois nenhum me ha-de colher.»

—No lo hace mal el *rapaz*,—decia Scott.

CAPITULO IV.

Entre Bemposta y Abrantes.

El tren habia partido de nuevo. Scott, tomando una posicion más cómoda, me preguntaba:

—Bemposta será un pueblo importante.

—Una villa de escasa poblacion. Su iglesia, sus calles, sus plazas, todo aquí es vulgar. Solo tiene este pueblo un recuerdo para la historia de Portugal.

—¿Cuál?

—El del conde Sampaio, que era señor de esta villa.

—¿Quién era este conde?

—El primer título de su nombre, D. Antonio Sampaio, gentil-hombre de cámara del infante D. Pedro, en tiempos del rey D. José I, coronel de infantería, alcalde mayor de Moncorvo, *fronteiro* mayor de Freixo de Espada y Cinta, señor de las villas de Mós, Villa-

Flor, Villas-Boas, Frechel, Cachins, San Paio, Parada de Pinchao y Bemposta, y señor de los derechos reales en dichas villas y de los de las tierras de Braganza.

—Y este hombre que se llama tantas cosas, ¿qué hizo para ser célebre?

—Nada casi. En 1759, el 27 de Febrero, se casaba con la hermosa jóven doña Teresa Violante Eva Judith de Daun, hija del marqués de Pombal, ministro universal del rey D. José I. Con ocasion de este casamiento, recibió D. Antonio Sampaio el título de conde, y fué desde aquel dia el más importante y el más influyente de todos los políticos que rodearon á Pombal hasta la muerte de D. José I, uno de los reyes más liberales que ha tenido Portugal.

—¿Qué hizo este rey y qué hicieron el marqués de Pombal y el conde de Sampaio en favor de la libertad?

—Grandes cosas: en 1534, tuvo orígen la Compañía de Jesús, fundada por el español Ignacio de Loyola que la Iglesia canonizó en 1652.

El siglo XVI fué tan célebre por los acontecimientos extraordinarios que en él tuvieron lugar.

La Europa oia ya la voz de Lutero, que condenaba al papado.

Esta rebelion del espíritu religioso despertó una lucha formidable en toda Europa.

Le era preciso á la Iglesia sostener una resistencia poderosa contra las conquistas que las nuevas ideas iban logrando; y con los propósitos de defender el prin-

cipio de la autoridad papal y de mantener las tradiciones romanas, fundó Ignacio de Loyola la Compañía de Jesús, que el Papa Paulo III aprobó lleno de entusiasmo.

El fundador le ofreció una milicia organizada, con el espíritu de autoridad y obediencia, tan necesarios entonces para resistir al torrente impetuoso de las nuevas ideas.

Esta milicia tenia en sus estatutos la obligacion de propagar la fé, convertir herejes y educar la juventud.

Con esto último contaba ella, como elemento importante, para salir victoriosa del combate que iba á trabar con quienes se opusieran á sus fines.

Pero olvidándose del objeto para que fueron creados los jesuitas, ambicionaban dominar al mundo y poseer todas sus riquezas, atentando contra la vida de los reyes y mereciendo por todo ello los anatemas de Clemente XIII y de Clemente XIX. Así el jesuitismo, en pugna abierta con los hombres y las ideas de sus últimos tiempos, habia necesariamente de sucumbir. Y el siglo XVIII, destinado á ser el precursor de la revolucion política y social de los pueblos, debia tambien arrojar de su seno á esta Compañía, atrayéndose de paso los esfuerzos que los hombres más ilustrados del siglo hacian para hacer triunfar la libertad y todas las grandes reformas que traia consigo el movimiento enciclopedista de las nuevas ideas democráticas.

La lucha que entonces sostuvieron los principios

ultramontanos con el nuevo siglo, fué atroz. Por una parte, la filosofía adelantaba en su triunfo por medio de sus nuevos problemas sociales; por otra, la Compañía quemaba sus últimos cartuchos, y era vencida por la razon primero, por la corrupcion de sus costumbres despues, que todo ello influyó muy poderosamente para destruirla.

Y en el trabajo empleado por toda Europa, para derrumbar al jesuitismo, Portugal cooperó como uno de los mejores obreros, guiado por el noble espíritu del audaz ministro Sebastian José de Carballo, marqués de Pombal y conde de Oeiras.

A las excitaciones de Roma, que ora concedia los Breves de reforma, ora restringia estas concesiones, por medio de pretextos infundados y de quejas ridículas contra Carballo, respondió el ministro con la famosa ley del 3 de Setiembre de 1759, que expulsaba á la Compañía de Jesús de todos los estados de Portugal, y en la noche del 15 al 16 del expresado mes fueron todos los jesuitas conducidos á bordo de los navíos que les debian trasportar á Civitta-Vechia, de donde tambien los expulsara el mismo Papa.

Así acabó Sebastian José de Carballo con la Compañía de Jesús, que contaba más de doscientos años de residencia en el país, y llegó á ser la órden religiosa más rica y más poderosa en Portugal y en todo el mundo. Y en este suceso, como en todos los que tuvieron lugar en Portugal, durante el reinado de Don José I,

influyó muy poderosamente el conde de Sampaio, señor de Bemposta. Por eso le decia á V., que en esta villa no habia más recuerdo que el del conde, célebre estadista que trae á la memoria los tiempos de la restauracion política y social de Portugal.

Y hablando íbamos largo rato de los buenos tiempos del marqués de Pombal, cuando Scott, asomando su cabeza por la ventanilla del wagon, me preguntaba:

—¿Qué luces son aquellas que se ven allá lejos?

—Las de las calles de Abrantes.

—Tiene alumbrado de gas?

—No, señor; de petróleo, y aun creo que de gas de este líquido, pues en Portugal se usa con muy buen éxito.

—¿Es mejor que el de carbon?

—¡Ya lo creo! En Covilha, Mangualde, Viceu y Coimbra, se está empleando hace mucho tiempo, y la excelencia de su luz, la baratura y superioridad sobre el gas de cualquier otro orígen, están probadas por los numerosos experimentos que se vienen haciendo en Bélgica y en los Estados-Unidos. La municipalidad de Calw, ciudad importantísima del reino de Wurtemberg, lo emplea desde 1871, que encargó al doctor Hirzel, de Leipzic, el establecer una fábrica de gas de los resíduos del petróleo. En Julio del referido año se aplicó este gas al alumbrado público, y de sus buenos resultados se puede certificar:

1.° Que la fábrica fué establecida para su consumo de 1.200 luces, en la iluminacion pública y particular, y con una extension de 20.000 piés de tubería.

2.° Que la fábrica alimenta hoy unos 70 ú 80.000 mecheros, tanto en el interior como en el exterior de la ciudad.

3.° Que las luces, tanto en las calles como en la estacion del camino de hierro, á pesar de los excesivos frios y vientos que reinan, no oscilan.

4.° Que para esta iluminacion se emplean los mismos aparatos y tubos del gas de carbon.

5.° Que los resultados del gas de petróleo son completamente satisfactorios, y que la intensidad de la luz es preferible, en todos sentidos, á la del carbon de piedra. Es muy posible que esas luces, que de aquí vemos, sean de gas de petróleo.

Scott, me miraba atentamente, escuchando mi apología del potróleo, pero sin decir palabra.

—¿Qué se le ocurre á V. sobre el nuevo gas?—le decia yo.

—Sobre el gas, nada. Pensaba en las patatas.

—¿Por qué?

—En la estacion de Bemposta, he visto varios wagones cargados de sacos de estos tubérculos.

—Bien, ¿y qué?

—¿Es fruto del país ó viene de Escocia?

—Es cosecha de estos pueblos, donde se dan diversas variedades.

—Me parece que no.

—Con seguridad que tanto en España como en Portugal, no se come otra patata que la que da el país.

—¡Oh! yo creí que toda la patata venia de Escocia, en cuyo país se da con mejores condiciones que en parte ninguna.

—Eso sí que no es cierto. Desde mediados del siglo XIV, en que los españoles importaron su cultivo en Europa, la patata se ha venido aclimatando en la Península mejor que en ningun otro país. Hoy se conocen en España y Portugal hasta 150 variedades, que pueden referirse á tres tipos principales: la patata redonda-blanca, la redonda-amarilla y la colorada-larga.

La patata, descubierta por los españoles en las montañas de Chile, fué introducida en Europa en 1552, bajo el reinado de Cárlos V. Llevada á Inglaterra por Daker en 1573, y trasplantada en Francia 1587, halló en aquel país su más decidido abogado y propagador en Mr. Parmentier.

Este bienhechor de la humanidad, humilde farmacéutico militar, dedicó su vida á vulgarizar este precioso tubérculo y á disipar el error, general en su época, de que la patata era impropia para el alimento del del hombre y engendraba la lepra.

Cultivada en grande escala en España desde 1560, en Inglaterra desde 1580, en Francia y Bélgica desde 1590, en Austria desde 1680, y desde 1720 en Alemania, las patatas, cuyos primeros sembrados tuvieron lu-

gar en las cercanías de Moguer, ocupa hoy en Europa una superficie de más de un millon de hectáreas.

Esas que se cargaban en la estacion de Bemposta son de las que comunmente se crian en la Península; esto es, blanca-redonda.

En esto el tren comenzó á acortar su rápida carrera, y algunos minutos despues parábamos en Abrantes.

Eran las 10 y 50 minutos de la noche.

Un frio glacial tan sutil se dejaba sentir en aquel momento, que no nos atrevimos á bajar del wagon.

Yo comencé á encender un puro, y Scott apuraba la ginebra, en tanto que el tren rompia de nuevo á correr en direccion á Tramagal.

CAPITULO V.

De cómo llegamos al Entroncamento.

El tren volvió á rodar de nuevo sobre la férrea-paralela. Su andar era pausado. Parecia que la máquina iba temerosa de llegar á Tramagal, ó que el frio no la dejaba el paso expedito para correr. Scott, aunque iba vestido de primavera, apenas si sentia el frio, y frotándose las manos, como satisfecho por el feliz viaje que haciamos, me preguntaba:

—¿Hemos salido de Abrantes?

—Sí, señor.

—¿Adónde vamos ahora?

—A Tramagal, si no descarrilamos.

—Pues si no me equivoco, hay otro Abrantes en América.

—En el Brasil; á cuatro leguas de Bahía. Este otro

Abrantes, de donde partimos ahora, está á veinte leguas de Lisboa y es una ciudad importante, con más de 10.000 almas, con calles anchas y aseadas, plazas alegres y buenos edificios. Diferentes hombres notables llevan el nombre de esta ciudad, como el duque de Abrantes, título que dió Felipe II á uno de los hombres que más influyeron en el siglo XVI para su proclamacion en Lisboa. Hubo tambien otro hombre público, en primeros del siglo actual, el marqués de Abrantes, partidario notable y decidido del rey D. Miguel de Portugal. Este título, acérrimo absolutista, fué uno de los hombres que más guerra hizo á los principios constitucionales que se habian iniciado, cuando, despues de la expulsion de los franceses de la Península, se restauraron las nacionalidades de España y Portugal, y con ellas volvieron á ocupar el trono los Borbones y los Braganzas. El marqués de Abrantes habia nacido en 1783 y estuvo siempre al servicio de los príncipes de Braganza hasta que murió el año 1826.

—Me parece que tambien ha habido una célebre escritora de Abrantes, muy célebre en toda Europa.

—Ya sé; esa era la duquesa de Abrantes.

—Cierto, la autora de *El Almirante*.

—Pero ni era duquesa ni habia nacido en Abrantes.

—¿Pues quién era esa literata?

—La esposa del célebre general francés Junot. Esta mujer supo hacerse notable con su pluma, bajo el pseudónimo con que cubria su nombre en el mundo literario.

Sus obras literarias, sus novelas y sus poesías son muy buenas. Murió en 1833, contándose entre sus producciones *El Almirante de Castilla* y otras de no ménos importancia literaria.

En esto el tren detenia lentamente su precipitada marcha, y poco despues paraba frente á Praia. Eran las dos y cuarenta de la noche.

—Bajemos por un momento uno de estos cristales, para que salga el humo del tabaco,—nos decia mister Scott.

—Hombre, hace mucho frio.

—Sí, pero nos vamos á ahogar.

—El humo del tabaco es agradable siempre; yo no sé cómo V. puede resistir sin fumar. ¡Entretiene tanto el cigarro! ¡Da tantas ideas el humo! Consuela al triste, alegra al afligido y acompaña al hombre lo mismo en la prision que en el desierto.

—¡Ah!... eso dicen los fumadores.

—Y decimos bien. Un buen cigarro es á veces mejor que ciertos amigos.

—Yo no sé aun lo que es fumar, porque fumé corto tiempo, siendo estudiante, que comprábamos tabaco de Escocia en el colegio. Pero apenas si tengo recuerdos de ello.

—Pues, hombre, hágame V. el favor de fumarse ese puro, si no le ha de servir de grande violencia.

Y Scott cogió el cigarro entre sus manos, lo miró bien por ambas extremidades y lo encendió en el mio.

El tren partia de nuevo, yo volví á cerrar el cristal de la ventana, y Scott paladeaba el habano con notable atencion.

—¿Qué tal el tabaco?—le pregunté.

—Muy fuerte; me gusta más el de Escocia.

—¿El de pataia?

—No lo sé yo de qué será, pero más suave y más grato que este es el que fumaba yo siendo niño en Lóndres.

—Más suave es cierto, pero es más dañido y peor, por consiguiente, á la higiene.

—Eso es lo que yo no sé,—decia Scott dando una enorme chupada al habano.

—Pues felizmente ya está depurada la verdad, y gracias á recientes experimentos, no puede confundirse la hoja de la patata, ni la del malvabisco, con la del tabaco.

Han publicado los periódicos de Lóndres y Paris, y reproducido algunos españoles, la noticia de que un académico francés, apoyado tal vez en las teorías del cultivador Parmentier, que en el siglo pasado propagó las buenas condiciones de la patata, ha sostenido ante una corporacion científica, que la hoja de aquel tubérculo, convenientemente desecada, puede reemplazar, hasta con ventaja, á la del tabaco, porque tiene las mismas cualidades excitantes que esta planta, y pertenece á la misma familia.

Animadas algunas personas de lo que el académico

francés sostuviera, no vacilaron en hacer experimentos para procurar descubrir la verdad: en efecto, tomando ramas de plantas verdes las colgaron al aire libre donde no pudiesen mojarse, y secas las hojas algunos dias despues, hicieron unos cigarros de papel, y notaron con gran satisfaccion, que fumados, tenian el mismo gusto que los de tabaco cogido verde, secado del mismo modo, y fumado tambien sin ninguna preparacion, pareciéndoles notar, que la hoja de patata en este estado es más excitante aún que la del tabaco en el mismo, y de combustion más fácil. Y no hicieron esto solo, que algunos fueron más adelante. Alentados por tan feliz resultado, prensaron la hoja de patata como se prensaba la del tabaco, y la rociaron con una infusion de la misma hoja, habiéndose notado que preparada así aumentaba en fuerza y aroma.

Tales experimentos circularon por todas partes, y algunos creyeron muy posible que la hoja sola de patata repentinamente sustituiria á la del tabaco, no siendo el gobierno español de los últimos, pues por un documento oficial publicado en Marzo de 1868, se tomaron las medidas necesarias para prohibir el tráfico ó negocio de la hoja de patata, empleada en idéntico uso que la del tabaco de América.

Algunas consideraciones sobre el empleo de la hoja de la patata, en sustitucion á la del tabaco, refutando las palabras del académico francés, bastará para que sepa usted la verdad científica.

Absorbido el humo del tabaco por un fumador automático, y sometido al análisis químico, resulta de la combustion del tabaco, que penetran en la garganta las siguientes materias:

Agua salinosa, una parte;

Carbon, dos;

Amoniaco, tres;

Acido carbónico, cuatro;

Un principio alcalino, llamado nicotina, cinco;

Una materia empireumática, seis;

Y un extracto amargo resinoso, siete.

El agua se presenta en el estado de vapor, y tiene suspensa la materia carbonífera, dando entre ambas al humo el color azulado.

El amoniaco, más conocido bajo el nombre de álcali volátil, se presenta en el estado de gas, combinándose con el ácido carbónico.

La nicotina, materia volátil, se queda en la pipa ó en el cigarro, adherida á las paredes de aquella ó de este.

La sustancia empireumática es volátil. Su naturaleza es amoniacal, pero mal determinada, dando al humo el olor que le caracteriza, y se adhiere fuertemente á las materias textiles de lana.

El extracto amargo es una sustancia resinosa, de color oscuro, que existe en el tubo de la pipa bajo forma fluida.

Los doctores Descaisne y Richardson, sostienen que

las diferentes especies de tabaco producen variaciones notables en los resultados de la combustion. Como el tabaco natural ha tenido poca fermentacion, presta muy escasa cantidad de carbon libre, mucho ácido carbónico, poca agua, ninguna nicotina, y casi nada las otras sustancias accesorias.

El tabaco turco y el de Bristol, contienen mucho amoniaco y poca nicotina.

El de la Habana desprende todos los productos.

El de Suiza, dá cantidad considerable de amoniaco.

El de Cavendisch, varía constantemente.

El de Manila, suministra poco amoniaco.

Es evidente, dice Richardson, que el vapor de agua es ofensivo, y el carbon se adhiere á la membrana mucosa é irrita la garganta.

El ácido carbónico es narcótico si se introduce en los pulmones.

El ácido deseca y ataca la membrana mucosa de la garganta; por eso los que lo sorben por la nariz están gangosos; aumenta el derrame de la saliva, que absorbe la sangre, la fluidifica demasiado, y produce irregularidad en la formacion de los corpúsculos sanguíneos, y absorbido en gran cantidad causa además la supresion de la secrecion biliosa, pone amarilla la piel, excita primero, luego disminuye, la accion del corazon, y de ahí las náuseas en los fumadores principiantes.

La sustancia empireumática parece ser la más ne-

gativa á sus efectos, pues sola ella da el color al humo.

Estas sustancias, todas dañosas, se señalan más en el fumador si tiene el estómago malo, y nunca si fuma en pipa ó tira el cigarro á la mitad, ó antes de que se vaya apurando.

Tales son las condiciones del tabaco, amigo Scott.

Otra cosa nos enseñan los experimentos ó análisis sobre la hoja de la patata, con que adulteran las elaboraciones de la industria cigarrera.

Los que pretenden, como el académico francés, que es de mejores condiciones para fumarse que el tabaco, citan á Mr. Parmentier, en sus razonamientos, como autoridad muy del caso.

Pero están muy equivocados. Todo el mundo sabe que á mediados del siglo pasado se promovió una especie de guerra contra el cultivo de las patatas, diciendo que engendraban fiebres perniciosas, y dejaban agostados y pobres en poco tiempo los terrenos dedicados al cultivo.

En España algunos salieron á la defensa de aquel fruto.

En Francia lo hizo Mr. Parmentier, y probó prácticamente, que el cultivo de aquel tubérculo no solamente no esteriliza las tierras, sino que daba fecundidad á las más estériles, y que por otra parte, lejos de ser dañoso á la salud, la conservaba.

Y hasta aquí, y nada más, Mr. Parmentier, que ja-

más habló de las hojas, sino del fruto, de los tubérculos, que serán á la alimentacion animal muy buenos, sin que esto se oponga á que la hoja sea mala para fumarse, ó cuando menos no igual á la del tabaco. La hoja de la patata sometida á un análisis químico, nos ha dado la siguiente proporcion:

Agua vaporosa, media parte;
Un extracto amargo venenoso, tres partes;
Acido carbónico, siete partes;
Carbon, nueve partes; y,
Una materia volátil muy irritante, doce partes.

Comparada esta planta con la del tabaco, se observa la diferencia que existe entre una y otra.

Las siete partes de carbon más que la del tabaco, las tres de ácido carbónico, y la materia volátil tan irritante, hace perder á la hoja de la patata mucho, en comparacion á la del tabaco, y no puede negarse la controversia que se origina entre las dos plantas tan diferentes, donde ya existe una razon bastante poderosa para negar que de las dos se obtengan idénticos resultados, como ha querido sostener el académico francés. Pero aparte de todo, hay que considerar que, en la hoja de patata, no puede hallarse, en pequeña ni grande cantidad, ninguno de los elementos constitutivos y esenciales del tabaco, cuales son la nicotina y la nicotiniana y las sales que le dan carácter y condiciones de tal.

Sin estos elementos no puede formarse el tabaco, y

la hoja de patata, careciendo totalmente de ellos, no puede sufrir sin podrirse las fermentaciones que aquel necesita para purgarse de la parte narcótica, sin las que ninguna otra planta, inclusa la del verdadero tabaco, se disipa, se seca, y en último resultado se pulveriza, ó es pasto de la polilla.

No hay que olvidar tambien, que cualquiera hoja seca que se fume, inclusa la de la patata, produce grandes irritaciones en la mucosa de la lengua, de la laringe y del tubo respiratorio, de donde pueden originarse más graves dolencias, y que todo el que tenga costumbre de fumar debe huir de semejantes mortificaciones, cualquiera que sea tambien la preparacion de la materia fumada, diga lo que quiera el académico francés, pues sobre él están los resultados de la experiencia y las demostraciones de la ciencia, que hablan tan alto como la verdad, porque es la verdad misma.

En esto el tren paraba de nuevo.

Estábamos frente á Barquinha, otro pueblecito como Tramagal y como Praia, de escasa importancia y de pocos recuerdos históricos.

La luna era clara, propia del mes de Enero. Sus refulgentes y blanquecinos rayos se extendian por aquella solitaria campiña que teníamos á nuestra derecha, y sobre las turbulentas y juguetonas aguas del Tajo que corrian á nuestra izquierda.

El Tajo, el turbulento Tajo, que habíamos dejado

en Aranjuez humilde y modesto, deslizándose por las llanuras de aquellos campos poblados de frondosa arboleda, se presentaba á nuestra vista grande y majestuoso para acompañarnos hasta Lisboa, donde le veremos á 15 kilómetros de ancho. Siempre será célebre este rio para españoles y portugueses por los pueblos que bañan sus aguas y por la inspiracion que ha prestado á nuestros poetas peninsulares. Fray Luis de Leon le hizo un dia hablar, en su preciosa profecía, cuya primer estrofa recordábamos á Scott, diciéndole:

«Folgaba el rey Rodrigo
Con la hermosa Cava en la ribera
Del Tajo, sin testigo,
El rio sacó fuera
El pecho, y le habló de esta manera:»
.....

Y estas reminiscencias literarias, el misterio que siempre rodea al hombre en estas noches silenciosas, las sombras fugaces que aparecen y se disipan bajo los ténues resplandores del astro plateado, nos recordaban el tiempo de las ilusiones, los dias en que el amor primero inflamaba nuestro pecho y enloquecia nuestra mente. Scott, que tambien sentia agradables impresiones bajo las bellezas que contemplábamos, porque era al fin hombre y tenia tambien corazon para sentir, asomó la cabeza por la portezuela, y mirando al caudaloso rio exclamó:

—¡Qué hermoso es esto!

—En efecto, es lo más pintoresco de cuanto hemos visto, desde nuestra salida de Madrid.

—¿Y ese castillo, es una sombra proyectada por algun fenómeno del espejismo?

—No señor; no es fantástico ni mucho menos, aunque siendo real y verdaderamente una obra de piedras labradas, lo parezca. Ese es el castillo de Almorol, obra del siglo XIV. Es una miniatura preciosa, rodeada por las aguas y coronada por unas almenas moriscas que recuerdan á los hijos de Mahoma, que antes poblaron estas fértiles márgenes.

Y el tren comenzó á rodar de nuevo, mientras yo continuaba diciendo:

—Me da pena partir de aquí.

—¿Por qué?

—Porque no podemos llevar con nosotros ese juguete, esa fortaleza miniada que más parece hecha para encerrar amores que para resistir agresiones del cañon y del fusil. Petrarca, si hubiese visto este castillo, lo hubiera elegido para sepulcro de Laura.

—Cierto; aquí no deben vivir más que las golondrinas que saben amar y cantan desde la hora del alba al amor y á la libertad.

Y hablando de otros recuerdos que despertó en nuestra mente el pintoresco castillo de Almorol, llegamos, sin darnos cuenta del tiempo que pasaba, al *Entroncamento*, donde se encuentran las líneas que parten á Porto y Lisboa.

Eran las cuatro y cincuenta minutos. Una gran estacion rodeaba el convoy. Bajamos y fuimos á tomar café.

En el *Entroncamento* hay café y café muy bueno.

Scott lo saboreaba como un manjar raro, y me decia:

—Desde que salimos de Madrid no hemos vuelto á probar café como este.

Yo, como distraido, vacié la botella de ron en los vasos y en muy pocos minutos dimos cuenta de cuanto nos habian servido.

CAPITULO VI.

De cómo llegamos á Santaren.

A las cuatro y sesenta minutos nos volviamos al wagon. Mr. Scott estaba pálido como la cera. Su mirar era triste como el de un hidrófobo. El tren comenzó á rodar de nuevo, mientras nuestro amigo se dejaba caer de espaldas sobre su manta de viaje.

—¿Está V. malo?—le pregunté.

—La cabeza me anda alrededor y la vista se me nubla.

Yo sonreia viendo á Scott sudar como si estuviésemos en el mes de Agosto; y, abriendo las ventajas del carruaje, para que entrara el aire, le decia:

—El cigarro, amigo mio; el cigarro le ha mareado á usted.

—¿El cigarro habano?

—Sí, señor; pero eso pasa pronto: antes de quince minutos estará V. bien.

—Hacen muy bien los griegos y los turcos en no fumar tabaco. Mejor les va con el ópio.

—No lo crea V. El funesto hábito de ese narcótico causa muchas víctimas, mientras que el tabaco no causa ni una solamente.

—Se conoce que V. es apasionado decidido por el cigarro.

—No tal; conozco muy bien lo que es para la vida el tabaco y el ópio, y he visto en Egipto y en Siria los estragos que el ópio causa en el organismo. Las tiendas donde se expenden esos narcóticos son unos miserables tugurios sin aire y sin luz, abiertos al público desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche. A lo largo de las paredes se hallan varios asientos de piedra cubiertos con esteras. Un rayo de luz penetra por la puerta: en algunos casos la estancia está alumbrada por una lámpara de petróleo.

Los fumadores de ópio, parroquianos de la expendeduría, llegan generalmente por parejas y se tienden sobre las esteras. Uno de ellos toma un poco de *tombeki* (tabaco hecho con los nervios de las hojas), lo amasa adicionándole una ligera cantidad de uvate, introduciéndole esta pasta en el *narghilé*.

A dicha mezcla se añade una pequeña cantidad de ópio en polvo, sobre el cual se echa un poco de tombeki, colocando algunas áscuas encima de todo ello.

Despues de haber aspirado cinco ó seis veces el fumador, pasa el *narghilé* á su vecino, quien luego de haber aspirado á su vez, lo devuelve, continuando esta operacion hasta que se duermen. Se aspira el humo como se aspira el aire, y se respira por la nariz.

Al principio, los fumadores hablan mucho, su conversacion es animada, pero luego va decayendo hasta que se detiene del todo y acométenles entonces accesos de risa sin saber por qué.

A estos síntomas sucede un estado de aniquilamiento y de entorpecimiento á la vez, que se refleja en los rostros que mudan de color y se cubren luego de una palidez mortal. Entonces es cuando el fumador cae en un sueño profundo que suele durar algunas horas.

Los fumadores de haschisch mezclan una parte de esta sustancia al tambeki de su narghilé, y le fuman del mismo modo.

Muchas son las personas que toman el haschisch y el ópio en forma de píldoras y mezclado con miel ó azúcar.

Se hace tambien con haschisch, miel y otras especies, una pasta que se llama *magun* ó *barhs*, cuyo consumo es muy considerable por las personas de ambos sexos.

Cuando un árabe se ha entregado al abuso del ópio ó del haschisch, le sucede lo mismo que á los que toman arsénico y á los bebedores de alcohol; les es su-

mamente difícil romper con la costumbre: la proximidad de una expendeduría de ópio le pone en un estado de sobreexcitacion inexplicable y ejerce en él una traccion á la cual no puede resistir.

Toda persona que quisiera abandonar repentinamente el uso de esas drogas perniciosas, podria sofrir consecuencias lamentables.

Cuando el hábito es ya antiguo, las facultades morales y físicas se debilitan, y los fumadores no retrocederian ante el crímen con tal de hallar el medio de satisfacer su funesta pasion.

Al principio los fumadores no toman más que la cantidad suficiente para sumirles en un estado de soñolencia, de insensibilidad á las impresiones exteriores y producirles un sentimiento de bienestar y exaltacion de la imaginacion; pero la dósis necesaria para poder producir esos efectos va aumentándose poco á poco, llegando á ser muy considerable.

Los efectos de este envenenamiento lento se revelan por síntomas característicos.

Los comedores de ópio se distinguen ordinariamente de los fumadores, por un gran abatimiento en su persona, por su rostro amarillento y lívido, por su inapetencia y por el temblor de sus miembros.

La inteligencia desaparece tambien en esta ruina general del organismo. La memoria y el juicio se pierden igualmente. La indiferencia hácia las impresiones exteriores, es cada vez más completa, acabando

por caer el enfermo en un estado de idiotismo. Unicamente con el empleo repetido del narcótico, es con lo que puede aún procurarse un rato de bienestar moral y físico.

Los consumidores de ópio, despues de un tiempo más ó menos largo, caen en un marasmo general que solo termina con la muerte.

Los efectos narcóticos del haschisch son mucho menos funestos que los del ópio. El fumador ó mascador de haschisch se halla á menudo trasportado en sueños á un mundo encantado, y su cuerpo se encuentra en un estado de bienestar indecible, sin que su organismo resulte tan afectado como con el ópio.

Los síntomas de la narcotizacion por el haschisch difieren segun la constitucion del indivíduo. En unos, cinco ó seis aspiraciones bastan para ocasionar una sobreescitacion nerviosa y un temblor en los miembros, que dura hasta que llega el sueño, mientras que otros gozan de la tranquilidad más perfecta.

Los árabes, en caso de enfermedad dolorosa ó incurables accidentes, recurren muy á menudo al haschisch, en humo ó en dulce, para procurarse, con el olvido momentáneo de sus penas, una insensibilidad dichosa.

El consumidor de haschisch no tiene la apariencia miserable y raquítica del consumidor de ópio.

Muchos son los que han usado el primero de estos narcóticos durante treinta años y más, y alcanzan sin embargo, la edad de sesenta á setenta años. Pero es

evidente que el abuso contínuo del haschisch acaba por ejercer una influencia perniciosa sobre el organismo.

Ahora dígame V. si el uso del tabaco puede jamás producir tantos males al hombre.

—No, tanto no; y á juzgar por el que me ha producido á mí no tiene comparacion el tabaco con el ópio, ni con el haschisch.

En esto el tren paraba en una estacion, y gritaba un hombre con un farol en la mano:

—¡Torres-Novas, cinco minutos!

Scott bajó á beber agua y á tomar el aire para refrescar su cabeza, aun no muy segura, por el efecto del habano. El tren se puso en marcha nuevamente mientras yo decia á Scott:

—Torres-Novas es uno de los pueblos más antiguos de Portugal. Los romanos lo fundaron con el nombre de *Célsis*, y en él habitaron godos y árabes hasta la conquista de Portugal por Don Alfonso Enrique. A principios del siglo XV se celebraron en este pueblo Córtes generales, para constituir el pais, á la sucesion del rey Don Duarte. Sobre este hecho histórico, hay grandes discusiones entre historiadores y cronistas, pues mientras unos niegan que dichas Córtes se efectuaron, otros sostienen que existieron realmente, y que sus acuerdos fueron respetados por el pueblo y los reyes. Felizmente, la opinion de los que esto sostienen ha triunfado ya desde que los condes de San Lorenzo

han presentado las actas originales de estas Córtes reunidas en Torres-Nuevas el año 1438.

El gobierno portugués ha comprado estos originales auténticos con otros muchos libros raros, manuscritos y códices, que constituyen entre todos 897 documentos, con que afortunadamente se han enriquecido las bibliotecas de Lisboa, algunos de ellos muy curiosos y de gran valor para la restauracion de la historia de Portugal. Entre ellos se encuentran hasta 64 cartas de D. Juan de Castro y autógrafos del conde de Castanheira, de D. Gerónimo Osorio, del cronista Juan de Barros, de Andrés Rezende, de D. Juan Mascarenhas, de Martin Alfonso de Sousa, de D. Alvaro de Castro, de D. Aleixo de Meneses, de D. Lorenzo Pires de Tavazo, de Luis Falcon y de otros hombres célebres en la historia de las letras, de las artes y de las armas en Portugal. Pero lo más importante que se encuentra en esta magnífica coleccion, son los documentos relativos á las Córtes generales de Torres-Nuevas, reunidas en 1438, para proponer quien habia de gobernar el reino portugués á la muerte de D. Duarte. Estos documentos son quizás los más notables, porque despues de ser auténticos, vienen á poner en claro el hecho histórico, hasta hoy sembrado de dudas, de la existencia de aquellas Córtes, que siguen en la historia portuguesa la misma suerte que las de Lamego.

Toda la coleccion estaba tasada en el inventario en 4.500.000 reis; pero el marqués de Sabugosa, que

pudo alcanzar una cantidad más elevada por estos originales, si los hubiese querido vender en el extranjero, en Lóndres, por ejemplo, donde le ofrecian 8.000 libras, prefirió cederlo al gobierno portugués por una cantidad más baja de la que figuraba en los inventarios, por la satisfaccion de que no saliesen de Portugal. Este honroso procedimiento es muy loable.

Con la adquisicion de estos originales están de enhorabuena los historiadores peninsulares, pues tienen un nuevo arsenal donde acudir á proveerse de armas para sus batallas literarias.

Y hablando de estos originales paraba el tren en Mato de Miranda. Scott bajó á llenar su castaña de aguardiente, mientras yo compraba bollos. La estacion estaba llena de maderas cortadas y preparadas para trasportar. El pueblo no estaba lejos de nosotros. Era una aldea pequeña que apénas si tiene 600 vecinos. Arropados con nuestros abrigos volvimos á ocupar el wagon, y el tren partió de nuevo para Valle de Figueira.

—¿Esta madera que hay en la estacion,—nos preguntaba Scott,—¿es del país?

—Sí, señor; de los pinares y montes que rodean estos pueblos cercanos.

—¿Y á dónde la llevan?

—A Lisboa.

—¿Por el ferro-carril?

—No, señor; por el Tajo, que está á nuestra izquierda.

—¿Qué sistema hay aquí en el trasporte?

—El comun hasta hoy: las lanchas y pequeñas embarcaciones.

—Así lo hacian los romanos hace XIX siglos.

—No conozco otros medios, al menos por aquí no se emplean.

—En la América se ha adoptado un sistema tan fácil como sencillo y económico. En las regiones del Oeste de dicho país, se usa con éxito, hace tres años, un económico medio de trasporte, que consiste en un acueducto-túnel de madera triangular y tres piés de fondo la canal en el centro, por la cual envian toda la madera de construccion que se corta en aquellos inmensos bosques.

De dos en dos millas hay un guarda encargado de quitar los obstáculos que puedan presentarse, y desde la creacion del acueducto no se ha ofrecido un solo caso de obstruccion séria: estos canales tienen muchas millas de largo, exigen una cantidad muy reducida de agua para producir la presion que imprime el movimiento de acarreo, y sobre ellos viajan á veces los mismos cortadores y traficantes de madera montados como en las balsas que se forman en nuestros rios.

No hace aun dos años que presencié en la Nevada, yendo yo en ferro-carril, un envío de madera sobre un canal de este género, tendido sobre la nieve, que tardó una hora y 20 minutos en recorrer 29 millas.

—¡Prodigiosos resultados!

—Pero eso no quita para que bebamos un trago de vino de Mato de Miranda.

—¿Pero no tomó V. aguardiente?

—No lo habia; mejor dicho, era muy malo.

Y Scott se empinaba la botella despues que yo la habia dejado medio vacía.

—¡No es mal vino!...—exclamaba Scott.

—Como que no es de Mato de Miranda.

—¿Pues de donde es?

—De Porto, que es el mejor de Portugal, y al que cantó Byron en preciosos versos.

—Cierto: el gran poeta inglés era partidario del vino portuense.

—Eso va en caprichos. Para el emperador Napoleon I el mejor vino era el de Chambers; Pedro el Grande preferia el de Madeira; Rubens el de Marsala; el mariscal de Saxe el de Champagne; Cromwell la malvasía; Balzac el de Vouvray; Goethe el de Johannisberg; Cárlos V el de Alicante; Francisco I el de Jerez y lord Byron el de Porto.

En esto el tren paraba. Habiamos llegado al Valle de Figueira. Dos minutos despues partiamos de nuevo en direccion á Santaren.

—¿Por dónde vamos ahora?—nos preguntaba Scott.

—Comenzamos á recorrer la rica comarca de Santaren, que tendrá unos 90.000 habitantes, situada en la provincia de Extremadura, á una y otra parte del Ta-

jo, que la corta oblicuamente. Tiene diez leguas de largo por cinco de ancho, y produce muy abundantes frutos, donde se cria mucho ganado. Ahora vamos cortando por el centro de esta comarca, y la locomotora nos lleva en línea recta, como un hombre honrado, hasta Santaren.

—¿Los hombres honrados caminan en línea recta?

—Siempre, mientras los canallas caminan en línea mista, y los hipócritas y embusteros por la doble curva. La vida del hombre es un conjunto de líneas, de las cuales no nos podemos separar. El matrimonio, por ejemplo, es un ángulo perfecto. La virtud de la mujer y el talento del marido consiste en que ese ángulo no se convierta en triángulo. Otro ejemplo de igual género. Si fuese posible convertir á los acreedores y á los deudores en líneas paralelas, se habria resuelto el gran problema social que nos habia de dar la paz más perfecta.

—Comprendo sus matemáticas,—nos decia Scott, y sonreia maliciosamente, mientras continuábamos exponiendo otros ejemplos análogos, en tanto el tren paraba frente á una estacion.

Habiamos llegado á Santaren, donde una mesa muy bien surtida nos esperaba para tomar café y coñac.

CAPITULO VII.

Borda d'agua Santaren.

Veinticinco minutos teníamos para descansar en la estacion de Santaren. Nos sirvieron café primeramente y coñac despues. Frente á nosotros habia un hombre de aspecto raro y con traje argelino, esto es, jaique y gorro encarnado. Scott, así que se fijó en aquel hombre, corrió hácia él á saludarlo, y momentos despues estaba á nuestro lado tomando una copa de coñac.

—¿Quién es este hombre tan raro?—le preguntábamos á Scott.

—El *chauch* árabe.

—No sé lo que es eso.

—Como si dijéramos en español: el verdugo.

—¡El verdugo!... esto es, el *carrasco*, como se llama en Portugal al ejecutor de la justicia.

Y el *chauch* se despedia de Scott para tomar el tren

que pasaba hácia Madrid. Nosotros continuábamos dando buena cuenta del coñac y hablando mucho.

—He vivido en Paris cuatro meses con ese hombre, en el hotel Rousseau,—me decia Scott. Y despues añadia: Es una buena persona.

Yo, que oia como espantado á Scott, exclamé:

—Pero es realmente ese señor el verdugo árabe?

—El mismo; Abdalah-ben-Rudi, que viaja por Europa y es obsequiado por los primeros hombres del mundo: Ben-Rudi, el *chauch*, ó sea verdugo árabe, ha estado largo tiempo al servicio de Abd-el-Kader, y es célebre en toda la Argelia por su esquisita habilidad en el arte de separar una cabeza de un cuerpo.

Al contrario de lo que hacen los otros verdugos, Abdalah-ben-Rudi no corta nunca de un cimitarrazo vigoroso la cabeza del condenado. Coloca con el mayor cuidado el corte del instrumento de muerte sobre el cuello de la víctima, y con tal fuerza lo apoya, que la ejecucion se verifica satisfactoriamente.

De este modo decapitó Abdalah-ben-Rudi un dia treinta y nueve hombres en ménos de cuarenta minutos, cambiando siete veces de cimitarra.

Tal prontitud admiró á Abd-el-Kader, que regaló á su verdugo favorito una lujosa gumia.

Desde que el jefe argelino dejó cesante á Abdalah-ben-Rudi, por no necesitar ya de sus servicios, el ejecutor de altas obras *operó* durante tres años por cuenta de las diferentes tribus árabes.

Recorria á caballo el desierto, y cuando encontraba un campamento, preguntaba si habia algun trabajo que darle. Enriquecido con su *arte*, se retiró á vivir tranquilo á Mostagamen, de donde ha salido para visitar á Europa, y ya le ve V., viaja como un príncipe. Ahora viene de Lóndres y se dirige á Roma. Por lo demás, Abdalah-ben-Rudi tiene ya cincuenta años, su tez es casi negra, sus proporciones hercúleas y habla bien el francés, el inglés y el español. Es querido de todo el mundo y tiene condiciones que le hacen apreciable por quien le trata.

—Por mi parte, puedo decir á V. que no le daré jamás la mano.

—¿Por qué?

—Porque me causa horror. Yo siempre he creido que el verdugo, ese mónstruo que mata á sangre fria á sus semejantes, es el tipo más degradado que vive entre nosotros.

—Así, poco más ó ménos, dicen todos los moralistas.

En esto el tren se disponia á partir. Pagamos cuanto habíamos tomado en la fonda y nos subimos al wagon. Sonó el pito del maquinista, tocaron la campana en la estacion, y dejamos á Santaren, uno de los pueblos más pintorescos de la Extremadura portuguesa. Sus campiñas son un jardin primoroso, mejor que las cercanías de Valencia. El viajero que recorre los pueblos portugueses, asentados en las márgenes del

Tajo, se extasía ante el bello panorama que la rica naturaleza ofrece en el monte, en el valle, en la pradera y en las mismas turbulentas olas que se estrellan en las alegres arenas que bordan ambas orillas. Y á estos pueblos, que desde Santaren hasta Lisboa no pueden contarse, llaman los portugueses *Villas da Borda d'agua*, y más que villas merecen el nombre de aldeas, porque lo forman un caserío precioso, desde el histórico castillo de Almorol, hasta Casillas, frente á Lisboa.

Pero lo mejor de esta poblacion agrícola, que vive á orillas del mar y se mantiene á la vez de la agricultura y de la pesca, está en las inmediaciones de Santaren. Un cantar popular que repiten frecuentemente los hijos del país, lo dice mejor que nosotros podríamos hacerlo:

«Borda d'agua, borda d'agua,
Borda d'agua Santaren,
Mais valle á borda d'agua
Que cuanta á Beira tein.»

Dice muy bien este cantar popular. Los pueblos de *Borda d'agua* valen más que cuanto tienen la alta y baja provincia de Beira. Recordando íbamos nosotros las bellezas de esta parte de Portugal, cuando Scott nos sacó de nuestra meditacion preguntándonos:

—¿Santaren es pueblo importante?

—Es una ciudad muy bonita, con unos 9.500 habitantes, en la provincia de Extremadura, asentada á

orilla del caudaloso Tajo. Capital de la provincia de su nombre, con fábricas, comercio, industrias y sobre todo buena agricultura y ganadería, pues en su dilatada campiña, que se extiende á más de 10 leguas, pastan numerosos rebaños de corderos, piaras de cerdos y de vacas, todo lo cual constituye la principal riqueza de estos habitantes. En el Brasil hay otra ciudad denominada Santaren, á 12 leguas S. O. de Pará, en las orillas de las Amazonas, y un canal lleva el mismo nombre de estas ciudades: el que está en el estrecho del archipiélago de las Lucayas, formado por el gran banco de Bahamá y otros, midiendo 17 leguas de largo por 14 de ancho.

Scott no prestaba mucha atencion á nuestras noticias sobre Santaren. Bostezaba repetidamente y cerraba sus ojos de sueño. El tren corria, y apénas si se detenia en las estaciones. Pasamos, pues, con la ligereza del aire por el Valle de Santaren, San Ana, Reguengo y Azambuja. El panorama que nos ofreció aquel largo trayecto era arrebatador. Campiñas animadas por las sombras que la luna proyectaba entre los árboles y las madreselvas, el ruido de las campanillas de las vacas y las ovejas que se movian recogidas en sus rebaños, y las campanas de las torres que desde lejos parecian llamarnos para saludar el convoy que despreciaba sus metálicos ecos. Todo parecia misterioso, todo sobrenatural. Por otra parte, aquellos pequeños pueblecitos nos despertaban recuerdos histórí-

cos que nos eran gratos á la imaginacion, como gratas son siempre las memorias del bien pasado. El tren paraba á proveerse de agua. Estábamos en Azambuja, el pueblo de los pinos altos y copudos. Scott despertaba y bajaba conmigo á estirar las piernas. Nos sentamos á la puerta del cuarto del jefe de estacion, y fumábamos tranquilamente un habano que no pudimos acabar sino dentro del wagon, pues el convoy se puso en marcha y continuamos, sin hablar palabra, hasta Carregado, donde un hombre gritaba:

—¡Parada y fonda!

Entramos á tomar café y coñac. Al levantarnos para marchar, nos encontramos con la novedad de que habian pagado por nosotros.

—¿Quién es ese buen caballero que nos obsequia?—pregunté yo al criado de la fonda.

—Soy yo, señor;—me respondió un jóven que tomaba café á nuestro lado.

—¿Usted aquí?... ¡Mi buen amigo y compañero!

—No he podido alcanzar al tren que salió para Santaren y he de esperar aquí hasta que pase el de la madrugada.

—Siento mucho que no nos acompañe V. á Lisboa.

—Allí estaré en Febrero.

—Pues nos damos cita para ese tiempo, y hasta entonces, que el tren va á partir.

Nos colocamos en el wagon, y el tren partió para Villa-Franca.

Scott, así que el tren empezó á andar, me preguntó:

—¿Quién es ese amigo de V.?

—Un literato portugués de mucho talento. Teophilo Braga, el autor de la *Historia de la literatura portuguesa*, una de las mejores obras publicadas en estos tiempos. Este libro, que gracias á la amistad que nos une al autor hemos podido leer, en manuscrito parte é impreso los primeros tomos, en 1872, cuando se publicaban, es un trabajo que por su importancia y cuantas noticias encierra, no tanto como por ser la única obra de su género que tiene Portugal, y á donde necesariamente tendremos que acudir para consultar los que nos dedicamos al cultivo de las letras, está llamado á señalar época en la historia literaria de este país tan rico en génios como en epopeyas gloriosas.

Su autor no se ha propuesto hacer un ligero estudio del movimiento literario de su país, sino que ha ido más allá, y en los doce tomos de su obra pretende dejar escrito, para el porvenir, un precioso monumento para las letras portuguesas, en el cual se vea reflejado con madurez y buena inteligencia la historia general de la literatura lusitana, señalando convenientemente, bajo un plan bien estudiado y con un método regularizador, los caractéres distintivos de las letras en las épocas pasadas, desde los primeros trovadores ó cancioneros de los tiempos de D. Alfonso Enrique, primer monarca portugués, hasta nuestros dias.

Así solamente, abrazando un plan tan vasto la obra

del Sr. Teophilo Braga, podia llenar el vacío que se siente en Portugal, por no tener escrito un libro de esas condiciones; y ya la literatura portuguesa podrá ser conocida y estudiada de todos sin necesidad de visitar las bibliotecas y archivos de Lisboa, Santarem, Porto y Braga, donde se custodian preciosos originales y obras importantes que abren el camino á la investigacion, para venir en conocimiento de lo que fueron las letras en el país de Camões y Gil Vicente, en la esclarecida patria de Vasco de Gama y de Garett, génios preclaros que honran siempre al pueblo que les vió nacer.

Pero hacer un exámen detenido, considerando bajo el punto de crítica la obra del Sr. Braga, es una tarea demasiado larga para que yo, un tanto cansado por la expedicion que hemos emprendido juntos, pueda hacer ahora, amigo Scott; por otra parte, como hasta hoy no se han publicado más que los primeros tomos, daré á usted algunas noticias muy sucintas del plan de la publicacion, tal como aparece en la distribucion y órden de los libros hecha por el autor, para que así tenga usted conocimiento de la obra que se está publicando en Lisboa.

En el tomo primero, y bajo el epígrafe de *Introduzaom á historia da literatura portuguesa*, se da un exordio muy interesante, para venir al conocimiento de las letras en Portugal, teniendo doble interés este tomo para los españoles, porque en él se trata, como no

podia ser por ménos, de los poetas y literatos españoles en aquellos primeros tiempos, donde comienza la reconquista, y dá principio con ella nuestro *Romancero*, que es la verdadera *Iliada* española.

Divídese la obra en cuatro partes: la primera, que abraza los tomos II, III y IV, trata de la influencia que prestaron en los primeros albores de las letras portuguesas (1112-1495), los trovadores y cancioneros; la segunda puede llamarse la *Edad de oro* en la literatura de Portugal, porque abarca el período más grande, la época gloriosa, por los génios preclaros que brillaron en el país lusitano. Se conocen estos tiempos en Portugal, como los mejores para el arte y para las ciencias, y los hombres que figuraban entonces se les llaman *os quinhentistas*, sin duda porque son los que dan fama al siglo décimo quinto (1496-1578), para quien dedica el autor los tomos V, VI y VII.

La tercera parte, no ménos interesante que las anteriores, ocupa los tomos VIII, IX y X, y se trata en ellos del período más importante, cuando las letras en Portugal, habiendo logrado formar escuela, entran en un período regularizador y se organizan y dividen los gustos literarios, ya en el teatro, ya en las academias, ya en los diferentes géneros de poesía. Esta época, que señala el autor bajo el epígrafe de *Academias literarias* (1640-1820), es la más importantísima para todos, para españoles y portugueses.

La parte cuarta y última, señalada con el nombre

de *O Romanticismo* (1833-1870), comprende los tomos XI y XII, en los cuales se dá á conocer la época contemporánea.

Esta division de la obra nos agrada sobremanera, pues en ella están señaladas convenientemente las cuatro épocas en que se deberán apreciar distintamente las letras en Portugal, por los caractéres tambien distintivos que dividen unas de otras.

Diré á V. algo del contenido de cada tomo:

Ya he dicho que en el primero se hace una larga introduccion á la literatura portuguesa.

En el II se dá la historia detallada de la poesía provenzal lusitana.

En el III se describe la historia de la formacion de *Amadis de Gaula*, aquel famoso caballero cuya fama refieren mil historias peninsulares.

El IV sirve para relatar la escuela española del Cancionario general y su influencia en la literatura portugnesa.

En el tomo V se dá á conocer la poesía dramática, con Gil Vicente, su vida, su muerte y su escuela.

En el tomo VI, la poesía lírica con la aparicion de su maestro Sá de Miranda, de quien se dá su escuela y se refiere su vida y muerte.

En el VII, la poesía épica con Luis de Camoes, el autor de *Os Lusiadas*, el génio indudablemente más grande que ha tenido Portugal en las letras.

El tomo VIII sirve para conocer al teatro portugués

en los siglos XVII y XVIII, en que sus autores lograron sostener á gran altura la fama de los teatros de Lisboa y Coimbra, por las obras importantes que para ellos escribieron.

El tomo IX es donde entran los literatos y escritores, sucesores á Camoes, Gil Vicente y Miranda, por lo que les llama el autor *os seis centistas*, como pertenecientes al siglo XVI.

En el tomo X se hace la historia de la Arcadia.

En el XI se da la vida del famoso crítico Garrett, señalando á este génio como el regenerador de la nueva escuela romántica.

Y el XII sirve para conocer la decadencia de las letras en Portugal.

Tal es la obra del Sr. Braga. Nuestro amigo ha hecho un trabajo, que está llamado á señalar época en la historia de la literatura peninsular.

—Creo como V.

En esto el tren paraba de nuevo.

Habíamos llegado á Villa-Franca.

CAPITULO VIII.

Desde la orilla del Tajo.

Al parar el tren en Villa-Franca, la mayoría de los pasajeros se bajaron al anden y rodearon á una pequeña colonia china, que esperaba allí la hora de tomar el convoy para Lisboa. Un chino en Europa es objeto raro que todos lo miran y nadie le comprende.

Los hijos del celeste imperio estaban sentados en el suelo, sobre sus mantas de viaje, dando enormes chupadas en sus pipas y mirando con pasmosa serenidad á los curiosos que les rodeaban. Al sonar la campana todos los chinos se levantaron con la mayor agilidad como movidos por un resorte, y se abalanzaron á los wagones.

El tren se puso en marcha en direccion á Alhandra.

Mr. Scott nos decia al salir de Villa-Franca:

—¿V. cree en la inferioridad de la raza india?

—No, señor. La raza humana es toda igual. Sus costumbres, los climas en que habita, su educacion, sus instintos, en fin, le dan un carácter peculiar que ora aparece superior, cómo en la vieja Europa, ora inferior como en la India ó en América.

—Por lo visto, ¿para V. es igual un chino de esos que se han embarcado con nosotros en este tren, que un europeo?

—Exactamente igual. La marcha de la civilizacion explica nada más que el grado de cultura de los pueblos. La China tiene una historia anterior á la de los demás pueblos, y sus hombres han influido muy poderosamente en la civilizacion.

—¿Cómo explica V. esta afirmacion?

—Por la historia misma. Allá por los siglos VI y VII, anteriores á la venida de Jesucristo, brillaron dos filósofos chinos, llamados Lao-Tseu y Koung-Tseu, los cuales pretendian provocar la reforma social que ya en aquellas épocas remotas las circunstancias exigian con imperiosa necesidad. Para que V. vea y conozca las razones sobre que basaban la justa crítica que á los potentados de aquel imperio dirigian, reproduciré á V. varios de los argumentos que empleaban, y que vienen como de molde en los presentes tiempos, sirviendo á la vez de leccion severa á nuestros *liberales* gobernantes.

«Si el pueblo tiene hambre,—decia Lao-Tseu en su

libro titulado *De la razon pura y de la virtud*,—es porque grandes impuestos pesan sobre él.

»Ve ahí la causa de su miseria.

»Si el pueblo ve llegar la muerte con indiferencia, es porque le cuesta grandes sacrificios y fatigas el procurarse la vida.

»Ve ahí por qué muere con tan poco sentimiento.»

En el mismo libro da una leccion elocuente á los gobiernos, sosteniendo que el poder de los que quieren gobernar por la fuerza no puede tener más duracion que la de una mañana.

Hé aquí sus palabras.

«El soberano que se sirve de Tao ó de la razon para gobernar á los hombres,

»No recurre nunca al empleo de las armas para oprimir á su imperio;

»Sus acciones son recompensadas con el reconocimiento.

»Allí donde los grandes ejércitos hacen su descanso,

»Crecen bien pronto los abrojos y las espinas.

»Por donde pasan estas grandes armas,

»Sobrevienen necesariamente años de calamidades.

»El hombre virtuoso llena sus deberes y se detiene allí;

»No se atreve nunca á recurrir al empleo de la violencia;

»Porque las cosas violentas tienen poca duracion.

»Estas cosas son las que se llaman *opuestas á la razon suprema y absoluta*;

»Siendo opuesta á la razon suprema absoluta, no tienen más duracion que la de una mañana.»

Así se explicaba hace más de dos mil años uno de los filósofos chinos, al que los partidarios de la fuerza, como *suprema ratio*, dieron en llamar utopista, por aquello de que todo cuanto es bueno y tiende de una manera más ó ménos directa á las mejoras sociales, es una utopia.

Difícilmente se puede hallar en la historia leccion más severa para aquellos que extraviados por la ambicion, por el fausto y por el brillo, vienen siendo los opresores del pueblo, viviendo en medio de la abundancia y de la ociosidad, en cuanto que esas mismas clases, á las que oprimen, mueren á sus piés estenuadas por la miseria, por las privaciones de todo género y agobiadas por los trabajos más rudos del campo.

—¡Magníficas teorías las de Lao-Tseu y Koung-Tseu!

—Indudablemente que son notables.

—Pero eso era hace veinte siglos.

—Pues la moral es hoy más perfecta en China que en Europa. Y referiré á V. un ejemplo:

Cuando la guerra de los Taepinkgs, tuvo que abandonar un chino de Nanking á su mujer, tardando bastantes años en darla noticias suyas, hasta que esta lo creyó muerto y contrajo segundos lazos matrimoniales, plenamente autorizada por la ley.

En estos últimos tiempos volvió el primer marido á turbar con su presencia la completa dicha que gozaba su mujer con el segundo, y, no aviniéndose éste á cederle la mujer, fué llevada la querella ante los tribunales.

El magistrado chino llamado á pronunciar el fallo, reclamó el depósito de la interesada por plazo de quince dias, y ántes de espirar llamó á los dos maridos para notificarles la defuncion de la mujer disputada y la conveniente necesidad de proveer á los gastos de entierro, que reclamó como derecho al primer marido.

Pero éste se desentendió de la peticion, alegando el tiempo que habia estado separado de su mujer, miéntras que el segundo marido, no obstante su pobreza, reclamó el cuerpo de la fallecida para honrarlo debidamente, á lo que el magistrado contestó levantando una cortina y entregándole la mujer viva y llena de reconocimiento, por haber podido apreciar el cariño de cada uno de sus esposos.

—¿No es verdad que hay asunto aquí para un drama del género de *La huérfana de Bruselas*, ú otra cualquiera huérfana?

—Cierto, como tambien lo es que muchos maridos se harian una y mil veces los mortecinos, con objeto de quedarse sin mujer por segundas nupcias.

En esto el tren paraba en Alhandra, pequeña poblacion, como Villa-Franca, aunque de orígen más antiguo. Alhandra, de fundacion árabe, ya existia en

el siglo VIII, con el nombre de *Al-hambar*, y tuvo alguna importancia hasta el siglo XIV, por cuya época se poblaba Villa-Franca, llamada un tiempo *de los Caballeiros*.

Mientras cargaba la máquina agua, nos bajamos al anden á desentumirnos. Toda la estacion estaba colmada de fardos de lana. M. Scott, mirando aquellos inmensos sacos, me decia:

—¿Esta lana es del país?

—Es española.

—¿A dónde irá?

—A Inglaterra, á donde vá casi todo lo mejor que se produce en España, para alimentar la industria inglesa.

—Pero, ¿no tiene industria España?

—Poca. Todos nuestros productos mineralógicos se llevan al extranjero; lo mejor de nuestras materias textiles se exporta de España: la hirudicultura, la piscicultura y ostricultura apenas son conocidas entre nosotros, y á pesar de que nuestro suelo es rico y fecundo en sus producciones, no sabemos aprovechar aun la mayor parte de las plantaciones; y la castaña, la calabaza y la remolacha, que apenas se cultivan, podrian darnos una riqueza grandiosa si nos propusiéramos emplearlas en la fabricacion del azúcar, lo mismo que la retama, planta que no se le dá empleo provechoso por nuestros industriales, mientras en otros países sacan de ella una hilaza que sirve para telas or-

dinarias. Y así puede comprenderse muy bien el atraso de nuestra agricultura y el empobrecimiento de nuestras manufacturas, que no progresa, porque en España no hemos querido trabajar cual debiéramos, para que la industria se hubiera elevado á un gran estado de explendor, y poder entonces aprovechar con doble producto todas cuantas materias llevamos al extranjero.

De aquí indudablemente lo poco que progresamos en la industria, porque torpes y rutinarios como en el siglo XVII, giramos en la indiferencia, y apartándonos del movimiento que se siente en otras naciones más civilizadas, cerramos los oidos á cuantos quieran regenerar el estado pobre de nuestra industria, y nos resistimos con todo el poder de nuestra ignorancia, á dar participacion directa entre nosotros á las ciencias mecánicas, que están importando á la industria, y á la agricultura un sinnúmero de aparatos y descubrimientos tan útiles como prodigiosos.

La industria lanar es una de esas clases que está hoy peor que ninguna, á pesar de que en los tiempos remotos España era la nacion que en lanas habia conseguido progresos admirables. Y no se crea que es porque el ganado lanar se extingue, pues que España cuenta hoy con 22.468.969 cabezas, distribuidas en esta forma:

Al consumo, 4.128.454.

A la reproduccion, 18.340.515 cabezas.

De aquí se deduce que el 18 por 100 de nuestra ga-

nadería lanar se emplea en el consumo, mientras el 82 se destina á la reproduccion.

Estas cifras, comparadas con la riqueza que contaba España en el siglo pasado, arrojan el aumento de una mitad de cabezas. Pero no corresponde la calidad de sus lanas á los deseos de todos, porque nuestros labradores, olvidándose de mejorarlas, no se han cuidado de cruzar las razas, de importar á España el ganado sajon, para que con el nuestro merino consiguiéramos unas lanas superiores á todas las de Europa. No obstante, Extremadura está haciendo esfuerzos supremos por conseguirlo, y el Marqués de la Conquista, uno de los labradores y ganaderos más ilustrado de las comarcas de Trujillo, ha probado cuánto podríamos conseguir con el mejoramiento de nuestras lanas.

Cuando en 1861 dicho señor importó á su país el ganado sajon, muchos creyeron que sus esfuerzos se estrellarian en la imposibilidad de poder aclimatar en nuestro pueblo una raza extraña; pero hoy que han trascurrido diez y seis años, y el ganado vive en las agrestes sierras de Extremadura, como en su propio suelo, los temores han desaparecido y todos se proponen secundar los trabajos del ilustrado marqués, haciendo esperar de todo ello mucho, pues si las demás provincias secundan, pronto obtendremos resultados felicísimos. Por lo demás, el ganado lanar en la actualidad guarda la siguiente proporcion en España:

Badajoz (cabezas)	1.689.661
Leon	1.441.697
Teruel	978.901
Soria	956.085
Zaragoza	918.531
Búrgos	862.248
Salamanca	778.247
Cáceres	762.901
Zamora	760.437
Navarra	753.541

Y si consideramos el número de cabezas por 100 kilómetros cuadrados, nos encontramos con la siguiente demostracion, que nos enseña claramente las provincias más principales en la riqueza pecuaria:

Soria cuenta con 9.193; Ávila, 9.121; Logroño, 8.975; Guipúzcoa, 8.539; Segovia, 8.414; Pontevedra, 7.873; Palencia, 7.663; Badajoz, 7.511; Navarra, 7.192; y Leon, 7.148. Este estado nos enseña, que España tiene condiciones muy buenas para la ganadería, siendo más doloroso por tanto que la industria lanar no prospere como era menester, y no salga del estado pobre en que está desde los tiempos antiguos.

Apenas se comprende lo que puede producir un solo vellon de lana hilado y tejido con arreglo á los más avanzados procedimientos de la maquinaria. Alemania, Suiza, Inglaterra y Francia han aceptado todos los adelantos que la mecánica ha importado á la industria lanar.

Hace algunos años, una libra de lana merina dió en Nowich 39,200 metros de hilo, cerca de siete le-

guas. En otra ocasion, una señora de Spouloin sacó de igual cantidad de lana, sin otro aparato que un torno, 68,000 metros hilados, ó lo que es lo mismo, doce leguas de largo. Prodigios son estos que solo se consiguen combinando el trabajo del obrero con la fuerza de la maquinaria; protegiendo, mejor dicho, el brazo del obrero con los adelantos de la ciencia.

Y no obstante la necesidad que hay en que la industria progrese, es de todo punto interesante el mejoramiento de nuestras lanas y el refinamiento del ganado lanar. Todos los que en 1863 han visitado el palacio de la Exposicion de París, se fijaban en una casita de madera contigua al pabellon de España. En ella tenia establecida el Sr. Gilbert de Wideville una exposicion de carneros merinos, la cual pudo haber servido de escuela á los ganaderos españoles, para decidirse á sacar de su reconocida postracion una de las mayores riquezas del país. Cuando en 1787 por D. Cárlos III se mandaron á la granja de Rambouillet unos cuantos merinos de nuestro país, con objeto de propagar su excelente raza, el abuelo del referido Sr. Gilbert, adquirió dos de ellos en mil cien reales y se dedicó á aclimatar y mejorar en lo posible la especie en sus posesiones.

De qué modo lo haya conseguido, se demostrará con solo decir que, pesando en aquella época nuestros carneros ciento treinta libras á los tres años, y produciendo nueve libras de lana, hoy sus hijos, á la misma edad,

pesan doscientas cuarenta libras, y producen veintidos de vellon.

Como se vé, la diferencia es muy crecida en favor de la industria francesa. Pero ¿cuánto más no ha de serlo comparando lo que pesaban los carneros españoles en 1802, y lo que pesan hoy los trashumantes de Leon y Extremadura? ¿Qué peso tienen los miserables carneros que se destinan al degüello en Madrid? ¿Cuál es el de los demás que se matan en nuestras provincias agrícolas? Y por otra parte, ¿qué producto es en la actualidad el de nuestras lanas? ¿Y cuál es su calidad comparativamente con 1787-1800 y 1812?

Todos estos milagros que el Sr. de Wideville y otros muchos ganaderos del vecino imperio han patentizado en el Campo de Marte, se deben indudablemente á la estabulacion en primer término, y al forraje y á la remolacha despues. Donde la ganadería es una industria séria que exije cuidados y cavilaciones, allí progresa de un modo fabuloso como está sucediendo en el Norte de Europa: donde es simplemente una propiedad entregada al acaso, y lo que es peor, á los riesgos é inclemencias de la trashumancia, allí se extingue y se debilita como entre nosotros, ya que no pueda perecer por circunstancias que debemos á la naturaleza, que nos ha prodigado con su generosa mano un caudal de fertilidad muy estimable.

Algunos de estos carneros se han vendido hasta 7.600 rs., habiéndose dado uno en París por 8.000 rs.,

lo cual se comprende muy bien, cuando se sabe que en los diez últimos años le han arrebatado á grandes precios, para aclimatar en diversas naciones 446 morruecos y 1.052 ovejas, hijos todos de aquellos dos merinos españoles que el ya dicho abuelo de M. Wideville compró en Rambouillet, cuya casta produce hoy una renta aproximada de 262.000 reales anuales.

—Todo esto lo comprendo muy bien; lo que no me explico es que Inglaterra importe las lanas de su industria de las provincias todas españolas.

—¿Por qué?

—Porque la tiene en la Australia muy buena y tal vez más barata. Daré á V. algunos datos sobre el particular y opinará conmigo en este punto. La importacion en Inglaterra de las lanas de carnero y cordero de las colonias australianas presenta este año un nuevo aumento. Las importaciones hasta el 31 de Octubre de 1874, arrojan la cifra considerable de 220.345.702 libras contra 181.058.275 en el período correspondiente de 1873, y 166.213.543 en el mismo período de 1872.

El valor de estas dos últimas importaciones, para los tres años, ha sido respectivamente de 13.569.390 libras esterlinas á 11.483.139. Los pagos hechos por Inglaterra para adquirir las lanas de la Australia, se aproximan á 1.400.000 libras esterlinas por mes; es decir, cerca de 30.000.000 de pesetas, y cerca de 400.000.000 por año. ¿Consume tanta lana de España mi país?

—Cierto que nó.

—Además, en Inglaterra se está introduciendo un nuevo producto, hasta hoy desconocido, para alimentar la fabricacion de las telas de lana.

—¿Con qué?

—Con trapos viejos. La utilizacion de los trapos de lana constituye hoy una industria importantísima, de tal suerte, que un producto que antes no tenia valor alguno, ha aumentado de precio y se recoge cuidadosamente. Los perfeccionamientos conseguidos en las máquinas que deshacen los trapos de lana han aumentado de una manera indecible la importancia de esta industria, habiéndose efectuado en casi todas las naciones de Europa notables esfuerzos para importarla, porque se ha averiguado que es más ventajoso escojer y deshacer los trapos de lana en el punto en que se producen, vendiéndolos despues á los paises que, como Inglaterra, cuentan con fábricas de lana artificial.

Le esplicaré á V. brevemente las operaciones á que se someten los trapos antes de exportarlos. Pasan desde luego al aparato mecánico denominado *limpiador*, cuyo objeto estriba en despojar á aquellos de las materias estrañas que contienen, constando el mencionado aparato de varios golpeadores y de un ventilador que arroja á la atmósfera, por medio de una corriente de aire, las suciedades contenidas en los trapos. Esta máquina efectúa cuatrocientas revoluciones por minuto, exige la fuerza de un caballo de vapor, y en poco tiempo limpia por completo los trapos.

Terminada esta operacion, se estienden en capas, regándose con aceite, cuidando de que sea de buena calidad y de que se reparta de una manera uniforme.

Preparado los trapos, se introducen en un aparato que los deshila por medio de tambores provistos de dientes de acero, que contienen de ocho á once mil de aquellos, pudiendo moderarse la velocidad de los cilindros alimentadores, que van presentando los trapos á los dientes de los tambores y que pueden alejarse ó aproximarse de estos para conseguir fibras más ó ménos cortas.

La velocidad de este máquina es portentosa, puesto que efectúa 800 revoluciones por minuto, lo cual exige tanto que su construccion sea muy esmerada, como que sean de excelente calidad los materiales que en la misma se empleen.

Cuando los trapos se encuentran deshilados por completo, se secan completamente antes de someterlos á la accion de una prensa de gran potencia, para que al exportarse disminuya su flete, reduciéndolos á un pequeño volúmen.

Así han podido lograr en mi país lana artificial.

El procedimiento, para ello, no puede ser más sencillo. Sus resultados sorprendentes. Hoy pagan en las fábricas á 30 rs. la arroba de trapo de lana.

En esto sonó el silbato y entramos de nuevo en el wagon, para continuar la marcha.

CAPITULO IX.

El mar.

El tren comenzó á rodar de nuevo. La luna de Enero alumbraba con sus esplendorosos rayos aquella campiña tan pintoresca que recorria la locomotora. A la izquierda las aguas del turbulento Tajo arrullaban nuestro insomnio de toda la noche. A la derecha una masa disforme, monstruosa, seguia á nuestra expedicion. La campiña, iluminada por el astro blanquecino, parecia que se movia tras de nosotros, como queriéndonos acompañar hasta Lisboa. Así pasamos por Alverca, Povoa, Sacaven, Olivaes y Poxo do Bispo, estaciones que están antes de Lisboa. La vista de aquellos pueblecitos pintados de blanco, y más blancos aun por los rayos de la luna que les iluminaban, era sorprendente. Por otra parte, los pequeños barquitos que cru-

zaban las aguas del Tajo, enarbolando su velámen, daban al paisaje mayor animacion. Un poeta hubiera soñado. Scott, hombre frio, que apenas si le conmovian las sensaciones más fuertes, nos preguntaba:

—¿Tiene Portugal marina?

—De guerra dos ó tres pequeños buques; mercantes algunos más.

—¿Más que España?

—No admite comparacion la marina de ambos paises.

En España, desde muy antiguo, ha habido una buena marina. A mediados del siglo pasado, en 1745, tenia España: navíos de guerra, 53; fragatas de rey, 20; jabeques, 13; bombardas, 4; brulotes, 4; paquebotes, 4; tripulaciones, 37.690. Pertenecian además al mar: alabarderos, 100; guardias marinas, 150; guardias de coros, 450; carabineros reales, 360; real artillería, 1.500; brigadas, 1.000; real marina, 5.782: total de hombres, 47.032; buques de todas clases, 98; cañones, 4.509.

Cuarenta y cuatro años despues, en 1789, contaba con 285 buques de todas clases, á saber: 73 navíos de línea, 45 fragatas, 6 corbetas, 13 urcas, 16 jabeques, 10 balandras, 28 bergantines, 5 paquebots, 2 lugres, 7 goletas, 5 pataches, 4 galeras, 4 galeotas y 67 lanchas de fuerza.

En 1852 tenia Inglaterra, descontados los 183 vapores de diferentes dimensiones, que como invento moderno no pueden entrar en paralelo con nuestra an-

tigua armada, 72 navíos, 80 fragatas y 85 bergantines y buques menores, ó sea un total de 237, esto es, 48 ménos que aquella.

Los Estados-Unidos contaban el mismo año 11 navíos, 14 fragatas, 21 bergantines y 7 goletas, resultando con 232 buques ménos que España.

De tal manera y con tanta rapidez vino en decadencia la marina de guerra española, que en 1853 solo poseiamos 3 navíos, 5 fragatas, 9 bergantines, 2 bergantines-goletas, 5 goletas y pailebots y 8 urcas: ¡38 buques! es decir, 247 ménos que en 1789. Este dato arroja contra los gobiernos que se sucedieron desde aquella fecha una censura cruel, con tanto más motivo cuanto que en el apogeo de nuestra armada, apenas se conocia en el país la fatídica palabra *contribucion*.

Actualmente tenemos los buques de guerra siguientes: 9 fragatas blindadas, 10 de hélice, 2 vapores de ruedas de primera clase, 14 de segunda y 99 entre vapores de hélice, cañoneras y barcos de vela y de otras categorías; total, 136.

Mejor estamos hoy que en el citado año de 1853; sin embargo, existe aún la diferencia de 159 embarcaciones con respecto á la marina de 1789. Mucho resta que hacer en favor de esta institucion, que debiera marchar en nuestro país á la cabeza de todas, pues por las especiales condiciones en que nos encontramos, así como por las colónias que aun nos restan, España, á semejanza de Inglaterra, necesita aumentar su prepon-

derancia marítima, y valiera más que, en vez de destrozarnos en luchas intestinas, hijas de locas ambiciones, nos preparásemos para resistir al empuje de alguna convulsion ó cisma europeo que pudiera envolvernos por nuestra debilidad, cuando la situacion geográfica que tenemos nos favorece tanto para conservar nuestra independencia y nuestra nacionalidad.

—Observo que no guarda relacion el número de vapores que tiene España, con los buques que cuenta.

—Pues esta desproporcion existe aun más en nuestra marina mercante.

—Al contrario de lo que pasa en otros países marítimos de Europa y América. Lóndres, Liverpool y Glasgow son los tres puertos del Reino-Unido que poseen mayor número de buques de vapor.

Lóndres emplea para el servicio de su comercio, 472 vapores de 3.000 toneladas en adelante, con una capacidad de 262.935 toneladas, y entre cuyos buques se cuenta el famoso *Great-Estern*, que él solo mide 19.000 toneladas. Además hay 192 vapores, cuyo porte varía entre 50 y 3.000 toneladas, que miden en junto 5.024. En resúmen, la matrícula de Lóndres cuenta 664 vapores, con una capacidad total de 267.059 toneladas.

Liverpool viene en segundo lugar por la importancia de su tonelaje. Su puerto registra 357 vapores de capacidad superior, y otros 62 menores; en junto 419, con un porte total de 238.000 toneladas.

Glasgow posee 134 vapores grandes, con 44.942 toneladas, y 68 pequeños, con 18.000, ó sean en todo 303 buques, con 63.942 toneladas.

Despues de estas dos ciudades principales, se pueden citar Southampton, donde los *Union Company Steamers* registran 56 vapores con 14.942 toneladas.

Worthshields y Southshiels poseen uno y otro gran número de *steamers*, la mayor parte destinados al trasporte de hulla. Se cuenta en estos dos puertos 184 buques inferiores á 50 toneladas y 15 mayores, que entre todos miden 14.294 toneladas.

Dublin y Cork tienen, entre los dos, 26.000 toneladas en barcos de vapor.

De modo que, entre los puertos mencionados, que son los de mayor importancia, la marina mercante de vapor reune la enorme cifra de 524.237 toneladas de porte.

En esto el tren paraba. Habiamos llegado á Pozo do Bispo. Unos cuantos minutos más y ya estábamos en Lisboa. El tren partió de nuevo, dejando á la espalda Pozo do Bispo, pueblo agrícola, mejor dicho, vinícola, que sostiene el principal comercio de vinos con Lisboa.

En él está la célebre posesion llamada la *Mitra*, finca que era del patriarca de Lisboa, y que en 1858 compró D. José Salamanca. Hoy es propiedad de la poetisa doña Carolina Coronado. La *Mitra* es una posesion notable, rica en objetos históricos, con preciosos azulejos y buenas caballerizas, donde se custodia una carroza

triunfal del patriarca. Contaba yo á Scott cuantas curiosidades conocia de la *Mitra*, cuando el tren paraba de nuevo. Los mozos de la estacion gritaban:

—¡Lisboa, parada!

Estábamos en la gran Plaza de Santa Apolonia, estacion central de los ferro-carriles portugueses, en Lisboa, á orillas del Tajo. La animacion que allí reinaba era inmensa. Nos rodearon los mozos, disputándose conducir nuestro equipaje. Los agentes de fondas y hoteles nos abrumaban con tarjetas, nos ofrecian coches, cuartos baratos y mesa opulenta. Yo cogí á Scott del brazo, y práctico en Lisboa, le dije:

—Vamos á que nos despachen el equipaje, y despues resolveremos la cuestion de hotel.

CAPITULO X.

¡En Lisboa!

Listos una vez nuestros equipajes, y desentendiéndonos de tanto protector que nos ofrecia sus auxilios, tomamos un carruaje, trasladamos á él nuestros baules, y Scott, cargado de la caja con la cabeza de Cromwell, y nosotros de sombreros, mantas y bastones, nos metimos en el coche, mientras decíamos al lacayo:

—Largo do Carmo, hotel de Gibraltar.

El carruaje partió á la carrera. Atravesamos la calle de Cáes dos Soldados, en direccion á la de la Alfandega, entramos en el Terreiro de Passo, pasamos por el arco de la rua Augusta, hasta tomar el Largo do Carmo, en la entrada de la plaza de D. Pedro IV, y paramos á la puerta del hotel. Los criados

de la casa trasladaron nuestro equipaje al principal, y nosotros tomamos posesion de nuestro cuarto.

—¿Nos acostamos?—le pregunté á Mr. Scott.

—Yo no vengo cansado, ni tengo sueño; además, los tres dias que he de pasar en Lisboa, dormiré poco si he de ver algo de lo que tiene la capital del reino lusitano.

Abrimos las puertas de los balcones de nuestro cuarto, y nos asomamos á la calle. Eran las seis de la mañana, de una de esas mañanas de Enero que en Lisboa son tan hermosas, y solo comparables con las mañanas de Mayo en Sevilla. Teníamos frente á nosotros el *Chiado*, una de las calles más céntricas de Lisboa, que formando una cuesta inmensa principiaba en la puerta del hotel y terminaba en la pequeña plaza de Camões. La agradable temperatura que se esperimentaba desde el balcon, nos encantaba. Habíamos salido diez dias ántes de Madrid, entre nieve y lodo; cruzamos más de ciento setenta leguas entre pueblos que nos parecieron ciudades de la Siberia, y de pronto nos encontramos con una atmósfera tan agradable, que nos hizo olvidar cuanto habiamos gozado pocos meses ántes en las campiñas y en los puertos de Andalucía.

Scott no se explicaba tan brusca mutacion entre Lisboa y Madrid, y hablamos largamente del tiempo, de la ciudad, de su historia y de algunas circunstancias de los portugueses. Scott, que me escuchaba atentamente, me preguntó:

—¿Allá enfrente hay un paseo con árboles?

—La plaza de Camões, dónde está su estátua.

—¿La del poeta?

—Se entiende, porque en Portugal no ha habido ningun otro Camões, que merezca la celebridad del inmortal autor de *Os Lusiadas*.

—¿Era portugués?

—Habia nacido en este pueblo en 1525, de una nobilísima familia de Santaren, por su madre Ana de Sá y Macedo, y de España por parte de padre, pues su bisabuelo era gallego, natural de Pontevedra, y emigrado aquí en 1470 tuvo un hijo, padre del poeta.

La historia del poeta lusitano es notable por más de un concepto. No pudieron los padres cuidar de su educacion, pues muerta su madre, Simon Vax de Camões, dedicado al oficio de marino, encomendó á personas extrañas el cuidado de su hijo. En 1537 comenzó á estudiar en la universidad de Coimbra, sin que se sepa hasta hoy dónde terminó sus estudios, que la vida de este genio anda un tanto oculta en la historia, y solo la tradicion, la memoria trasmitida de unos para otros, refiere algo de su pasado.

Cuéntase, que como el Petrarca, se enamoró de la señora de sus pensamientos en dia de Viernes Santo y en una iglesia. Inútiles han sido hasta hoy las investigaciones del nombre de esa señora. Quieren algunos colegirlo de las varias composiciones de Camões, donde dejó indudables huellas de su pasion; pero en sus com-

posiciones amatorias, escritas en portugués, en castellano, y algunas en gallego, andan esparcidos los nombres de Violante, Natercia, Dinamene, Belisa, Nisa, Gracia, Beatriz, Inés y Oritia, opinando algunos que la dama se llamaba Isabel, nombre que Camões encubrió con el anagrama de Belisa. Otros se fijan en el nombre de Beatriz, parienta del poeta; pero la version más generalizada supone que la dama de quien se prendó el poeta, en la iglesia das Chagas, fué Doña Catalina de Ataide, hija de D. Antonio de Ataide, primer conde de Castañeira y favorito del rey D. Juan III.

Este amor correspondido, decidió de la suerte de Camões, que en 1547 fué desterrado de Lisboa por influencia de los padres de su amada. Los dias pasados en este destierro, que le fué levantado en 1549, los empleó Camões en escribir varias composiciones en prosa y en verso, tres de ellas para el teatro. Segun cuenta el morgado Matteus, y Lope de Moura, los mejores biógrafos de Camões, comenzó entonces á meditar y preparar su obra maestra, que habia de hacer inmortal su nombre.

Luchando con la diferencia de clase y las preocupaciones de la época, que le separaban del objeto de su pasion, Camões resolvió emprender la carrera de las armas, y en 1550 se inscribió como voluntario y se embarcó para Goa.

Mas se detuvo en África, con esperanzas de que le sirviese de alguna influencia la amistad que tenia con

Pedro de Meneses, que estaba allá de gobernador. En la campaña de África, perdió el ojo derecho en un combate naval, desgracia que le aconsejó regresar á Lisboa en 1552. ¡Vana esperanza la que alimentaba! Ni consiguió premio alguno á su valor, ni adelantó en probabilidades para su soñado enlace.

Contrariado bajo todos conceptos, pues Doña Catalina estaba ya casada, Camões se embarcó en el *San Bento*, llegando á Goa en el mes de Setiembre de 1553, recibiendo á su embarque el socorro de 2.400 reis, ó lo que es igual, 56 reales. Tomó parte en una importante expedicion, distinguiéndose, como siempre, por su valor.

Mas como en medio de su vida aventurera no le abandonasen un punto sus aficiones á la poesía, hubo de ocurrírsele escribir los *Disparates na India*, viva censura de las rapiñas y disolutas costumbres de sus conciudadanos. Esto le valió enemistades. El gobernador, F. Barreto, le desterró á las islas Molucas. En esta triste situacion se acibaró la pena de Camões, recibiendo la noticia de haber muerto la mujer que amaba.

Más de tres años anduvo vagando por Malaca, las Molucas y Macao, hasta que nombrado virey Constantino de Braganza, levantó el destierro al poeta y le nombró comisario de difuntos y ausentes de Macao, cargo tan socorrido como honorífico. Todavía se denomina *Gruta de Camoes* una solitaria cueva donde, se-

gun narra la tradicion, se retiró el poeta para escribir su poema.

En 1561 regresó á Goa, y habiendo naufragado la embarcacion, Camões se salvó en una tabla, junto con un esclavo de Java, llamado Antonio, criado leal que desde aquel momento no lo abandonó jamás.

Cambiado el virey, Camões vió prevalecer la influencia de sus enemigos: preso por acusacion de haber malversado fondos, hubo de sufrir esta tropelía hasta que justificó su conducta.

Desde entonces, la vida de Camões es una série no interrumpida de contratiempos. Al marcharse á la India, habia formado propósito irrevocable de no regresar á su patria; pero con los años y las desventuras se quebrantó la firmeza de esta resolucion. Más que todo, podia en él la idea de imprimir su gran poema, que habia salvado del naufragio de Goa.

Primer contratiempo fué el de verse preso por una antigua deuda de *doscientos cruzados*, que le reclamaba un tal Rodriguez, de apodo *Fios-seccos*. Fué el segundo contratiempo la carencia completa de recursos para embarcarse; y aunque un tal Pedro Barreto ofreció llevarle en su compañía, dejó incompleta su palabra y le abandonó en Sofala, por no poderle satisfacer 20.000 reis que le reclamaban, como precio del pasaje. Unos amigos socorrieron á Camões en tan grave apuro, y el inmortal poeta regresó á Lisboa en 1569, en ocasion en que la peste diezmaba á sus moradores.

En 1572 publicóse por vez primera su celebrado poema, siendo tal el éxito obtenido, que en el mismo año hubo de procederse á su reimpresion.

—¿Y qué le dió el gobierno en pago á sus justos merecimientos?

—En recompensa de diez y seis años de campaña, el gobierno le concedió el *gran* sueldo de dos mil reales anuales, con obligacion de residir en la córte. Aun este mezquino sueldo dejó de percibirlo á los últimos años de su vida.

Proteccion y subvenciones de otra clase no las recibiria, cuando consta que su fiel criado Antonio salia de noche á mendigar para su pobre amo. El leal criado murió, y Camões, enfermo y privado de todo auxilio humano, hubo de refugiarse en el hospital, donde exhaló su postrer aliento.

Enterrósele á la entrada de la iglesia de Santa Ana, de Religiosas franciscanas, y en su modesta sepultura grabóse, algunos años despues, un lacónico, pero elocuente epitáfio.

En 1755 un terremoto destruyó la iglesia, como toda la parte baja de Lisboa, y al reedificarla, nadie se acordó del inmortal poeta, que ni en su tumba el infortunio le dió reposo!

La generacion presente ha querido volver por el nombre del inmortal poeta, y levantó un monumento á su memoria, en esa plaza que tenemos al final de esta calle.

—¿Vamos á ella á contemplar la estátua del poeta?

—Vamos allá.

Y abandonamos el balcon del hotel, nos pusimos los abrigos y salimos por el Chiado arriba soplándonos las puntas de los dedos.

El Chiado es en Lisboa lo que para Madrid es la Carrera de San Gerónimo: punto de cita para los jóvenes de buen tono, y donde las mujeres más elegantes son atraidas por los vestidos que exponen los comerciantes en sus escaparates.

El Chiado á aquella hora estaba desierto.

CAPITULO XI.

La estátua de Camoes.

Estábamos dentro de la plaza de Camões. Nos habiamos sentado frente á la estátua del poeta. Scott estaba ensimismado mirando aquel grupo de figuras que rodean al autor de *Os Lusiadas*. De pronto, se vuelve hácia mí diciendo:

—¿Qué se le ocurre á V. sobre esta estátua?

—Nada, despues de cuanto le he dicho de Camões.

—Poco es.

—Oh!... sí; se me ocurre hacer la historia de este monumento.

—¿Qué historia tiene?

—Una muy interesante. La diré á V. en muy pocas palabras. Es la siguiente:

El dia 9 de Octubre de 1867 será siempre celebrado en los anales de la literatura portuguesa.

Desde las doce de la mañana de este dia, la ciudad coronada de Lisboa se encontraba rodeando á una plaza que está situada entre el Chiado, el largo de San Roque y la Calzada do Combro por una parte, y de la rua de Alherin por otra.

Ya comprenderá V., amigo Scott, que me refiero á la plaza en que estamos ahora, formada por un paralelógramo en forma de óvalo en los estremos, rodeada por esta modesta verja de hierro que custodia á la alta arboleda que nos cubre, entre la cual se destaca majestuosamente ese pedestal de mármol blanco, base de la estátua de Camões.

La fiesta solemne, la fiesta popular que fostejó Lisboa, Portugal entero, en aquel memorable dia, era la de inaugurar una estátua, ese premio que en loor al genio elevaron los hijos de la presente generacion al cantor popular, al poeta que durante el siglo XVI gemia en el olvido.

¡Sencillo y grande espectáculo era este!

Notable importancia ofrece á las leiras ver á mas de cien mil almas agrupadas para dar un entusiasta *¡Viva Camoes!* al descubrirse la estátua del mejor vate de Portugal.

Yo, que presencié aquella fiesta, sentí correr las lágrimas por las mejillas al oir los himnos de las bandas militares.

A las tres de la tarde apareció en medio de la plaza la corte entera, para la ceremonia oficial.

El gentío era inmenso. El dia estaba sin nubes. La muchedumbre se empujaba. Aquello era un océano de cabezas humanas.

En el corazon de cada uno de aquellos séres latía el sentimiento nacional, el amor á la pátria, la gloria del país.

Yo, sin ser portugués, sino del pueblo de Cervantes, esperimenté una sensacion extraña, un deseo de reir y de llorar.

Pero apartándonos de la fiesta que festejó Portugal en dicho dia, busquemos qué la produjo; veamos á Luis de Camões tal es en sí, tal nos lo presenta la historia.

Cuando el Tasso y Torres Naharro, dos sábios, arrancaban aplausos en la Roma del Papa Leon X; cuando Lope de Vega hacia representar sus mil comedias ante la corte de Felipe II; cuando la Francia de Francisco I despertaba de su atonía literaria, ofreciendo á la faz del mundo sus mejores obras, en Portugal, donde mandaba D. Juan III *el Marino*, monarca débil que no se atrevió á estirpar las raices que por el cardenal Enriquez empezaba á echar el tribunal del santo oficio, lucía pobre, mísero y hasta haraposo, como Cervantes en España, el inmortal Luis de Camões; esto es, un hombre todo génio, todo saber, todo grandeza para las letras, el cual vino al mundo para luchar constantemente, desde la cuna hasta el sepulcro, con la desgracia y con la miseria.

¡Singular contraste del mundo!

Ofrecer hambre al génio, dar miseria al saber, y vestir de harapos al más grande poeta que ha tenido el suelo portugués... ¡Es una infame tiranía!

Pero conozcamos detenidamente la época de Camões, su génio y su siglo, juntamente, y disculpemos cuanto cabe á los hombres que no quisieron, que no pudieron, ó no supieron premiar en vida al talento, al saber.

Nació Luis de Camões en Lisboa, de una familia mesócrata.

Su infancia corrió oscura y miserable, entre la privacion y el abandono, pues como dije á V., ya muertos sus padres, su educacion corrió al cuidado de unos parientes.

A la inspiracion divina con que le dotó Dios, el poeta portugués, aunque educado en la desgracia, encontró toda la grandeza que le ofrecia el mundo armónico en el hermoso pueblo en que vivia, en los campos que le circundan, en la mar que los baña, en el cielo que le cubre, en la luz que le ilumina, en los pájaros que cantan entre sus árboles y en la brisa que se mece entre sus flores.

Y allí en los jardines de Cintra, en los pintorescos alrededores del encantador Belen, en las alegres campiñas de Cacilhas, en las márgenes deliciosas del turbulento Tajo, nuestro poeta soñó un dia cuando niño, el mundo ideal que supo cantar, en todas sus poesías, cuando hombre.

Pero la época de Luis de Camões no era á la verdad la mejor, ni la más á propósito, en Portugal, para que diera rienda suelta á sus ideas, pues estaba aquel pueblo, como él cuenta en sus obras:

No gosto da cobiça é na rudeza.

Bien que esto lo traia consigo el fanatismo religioso de aquel siglo, en que el tribunal del Santo Oficio, á imitacion del de España, se habia posesionado de Portugal, obrando de una manera violenta, amenazando esterminar á todo aquel noble pueblo, pues llegó á prohibirse, como principio de herejía, la filosofía pagana y se espulsó del reino al famoso Cosme Séneri, escultor excelente, que fué acusado de admirar las estátuas desnudas, aquellas excelentes estátuas de Bernardo Ruiz, que tuvo el gusto de confundir en sus obras la mitología idólatra con la teología cristiana.

Quizás por esto, ó porque el amor pátrio inflamase el pecho del poeta, Camões corrió á empuñar las armas, para retirarse despues á las frondosas alamedas de Lisboa en busca de la quietud y la calma, con la muestra del valiente, pues su ojo derecho lo perdió peleando como un valiente, frente á los inespugnable muros de Ceuta.

Contaria Camões entonces veintiun años, y en su corazon ardiente dió entrada á las pasiones amorosas, amando, como Rafael á su Fornarina, como Petrarca á su Laura, á una Catalina de Ataide, sobrina de aquel

conde de Castanheira, que tanto persiguió al poeta, y por el cual quizás exclamó un dia Camoes:

¡D'um inimigo crú, jurado, injusto,
que jamais eu offendi, j amais!...

teniéndose que ausentar de su patria para correr tristes aventuras en las Indias, dejando en Lisboa como reyes de las musas á Alfonso de Alburquerque, trovador renombrado, á Francisco Saá de Miranda, poeta clásico, y al español Jorge Montemayor, compañero y admirador de la *Sigea*, nuestra ilustre tolentina.

La suerte de Camões en el Nuevo-Mundo corrió oscura, como las peripecias de un soldado vulgar. Su nombre estaba olvidado de propios y estraños, hasta que ya viejo regresó á reposar el sueño postrero en la cuna que le meció en su infancia. Y entonces, despues de haber combatido como Sóphocles y Schillo en las guerras de Grecia, como el Dante en las de Italia, como Cervantes en las de España, entonces Camões nos dió mejor obra, *Os Lusiadas*, que es la verdadera *Iliada* portuguesa, por la cual dijo un crítico moderno, el Vizconde Almeida Garrett, que «desde que enten»dia, desde que leia, desde que admiraba *Os Lusiadas*, »se enternecia, lloraba con la mejor obra del ingenio »humano que ha aparecido desde *La divina comedia*, »hasta el *Fausto*.»

En ese libro, reflejo del feliz ingenio de Camoes, se vé confundida la mitología con la filosofía, esto es, la mentira con la verdad, lo maravilloso, lo genérico

de la escuela pagana, con los graves, con los razonados símbolos del más refinado cristianismo.

¡Heterogénea mezcla!

Pero se esplica bien tan estraña confusion.

Camões se vió rodeado, envuelto mejor dicho, entre las creencias peninsulares y las brillantes tradiciones de la poesía clásica, que tenia por muestra y estudiaba como modelo.

Y hé ahí la confusion; de ahí la mezcla de las doctrinas de la escuela teológica con las bellas tradiciones paganas del mundo antiguo.

Por otra parte, entre los hombres de aquel siglo no se conocia á los románticos. El romanticismo no habia asomado la cabeza aún por el mundo literario.

La literatura portuguesa estaba hasta entonces en mantillas, puede decirse muy bien, puesto que las Crónicas de Damian de Goes apenas eran conocidas, y las obras de Gil Vicente, ese gran hombre, de quien dijo Erasmo «que era el Plauto portugués,» ni las del inmortal Bocagio habian sido conocidas.

Y, en la literatura castellana, que tanto ha influido en la portuguesa, las comedias de Lope de Vega no habian concluido con el teatro primitivo, con las tragedias de Virúes y sus contemporáneos, las cuales predominaban en los teatros de la Península; ni Cervantes nos habia dado su *Don Quijote* para matar las fatales tradiciones de la pedantesca y andante caballería.

Esto es por lo que toca á la literatura peninsular.

Si estendemos la vista á otros pueblos, veremos que faltaba Bacon para vencer con su filosofía á Aristóteles; pero Víctor Hugo no habia desbancado las tristes odas de Horacio, ni, en fin, se habia conocido á un Voltaire que todo lo depurase, ni á un Schiller que todo lo idealizara, ni á un Quintana que todo lo cantase, ni á un Lamartine que todo lo poetizara, ni á un Byron que todo lo odiara.

Así Camões se vió desconcertado, y tuvo que mezclar, tuvo que confundir sus creencias religiosas, que alentaban su corazon con el misticismo del siglo XVI, y su credo poético, que inspiraba su alma en la escuela antigua.

Y hé aquí, pues, la falta que los antiguos, mas que los modernos, encuentran en *Os Lusiadas*.

Pero Camoes no escribió sus poesías para aquellos tiempos en que él vivia.

El valor literario de sus libros no se puede apreciar hasta hoy, en que la escuela moderna todo lo depura y analiza con la fina crítica de la razon.

Por eso Camões es hoy más grande que ayer.

Por eso le consagran en su pueblo el nombre de la mejor plaza, y le elevan una estátua colosal, mientras el pueblo del siglo XVI le dejaba morir, en este mismo sitio, de hambre y de desesperacion.

Hoy, sus versos son citados como modelo y estudiados por los mejores poetas, pues no pueden pedirse mejores conceptos en la versificacion que los guarda-

dos en sus obras, donde se encuentran estrofas como estas:

A canora tambeta embandeirada
Os corazones á paz acostumados
Vai as fulgentes armas incitando,
Pelas concavidades retumbando.

Os ventos brandamente respirabaon
Daos naos as bellas concavas inchando.

No son peor estos otros, que están en la elegía tercera de las obras del poeta y cuya poesía escribia encerrado en un oscuro calabozo:

So sua doce musa ó accompaha
Nos soisdosos versos que ecrevia
E nos lamentos com que ó campo banha.

Dest'arte me figura á phantasía
A vida com que moro, desterrado
Dó bem que en outro tempo posseia.
. . . . . .

D'aquí me ven com passo carregado
A um onteiro erguido, é allí m'assento,
Saltando toda rédea ó á meu cuidado.
Depois de farto ja de meu tormento.
. . . . . .

¿No es verdad, amigo Scott, que esto es bueno? Aquí hay genio, arranque, belleza, y todo, en fin, cuanto un poeta necesita para que lo retraten sus obras, aparte de que llena aquel precepto de Horacio, que no debe olvidar ningun vate:

Acer spiritus ac vis
nec vervis, nec rebus inest, etc.

El canto tercero de *Os Lusiadas* está sembrado todo él de estrofas escelentes.

Dedicado á cantar la historia pasada, refiere los hechos gloriosos de cada época con una verdad y expresion tan marcadas, que sus versos parecen cuadros ajustados al espíritu de la verdad histórica.

Hablando de D. Pedro I, aquel valeroso monarca portugués que en el siglo XIV sostuvo una lucha incesante contra la grandeza, que habia invadido todos los poderes principales del Estado, dice con admirable elocuencia:

As cidades guardando justicoso
De todos os soberbos vituperios,
Mais ladroes, castigando, á morte deo
Que o vagabundo Alcides, ou Theseo.

Esto es: protegió justiciero las ciudades contra los soberbios, é hizo perecer mas ladrones que Alcides y que Theseo, mientras daba impulso y brio á las clases pobres, «domando os soberbos vituperios.» Esto es, sobre todo, la verdad histórica, porque el monarca portugués hizo en su reino una cosa muy parecida á la obra que llevaba á cabo en Castilla otro Pedro I, y ambos parecian estar concitados con otro Pedro, el IV de Aragon.

Y así, juzgando Camões los hechos pasados está en gran razon, y contado todo ello con la galanura y entereza de su lenguaje peculiar, consigue hacer *Os Lusiadas*, el libro eterno que estudiarán todas las generaciones.

Tambien observo que Camões adoptó en su forma

algo de lo que ya se habia aprendido en Petrarca, muy especialmente en sus sonetos, que los tiene muchos y muy buenos el poeta portugués, distinguiéndose de entre todos este que diré á V. en español, para que lo entienda mejor:

La imágen á pintar de la tristeza
Diz que se convocaron dos pintores,
Y tomando pinceles y colores,
Principio dieron á tan árdua empresa.

Ignoro al que mejor naturaleza
Prestó su inspiracion y sus primores;
Pero sé que uno y otro son autores
De un cuadro sin igual por su belleza.

Mas si lánguidos sauces retrataron,
Si siguieron cual pájaro agorero,
Si de sombras la atmósfera llenaron,

Quedóles lo mejor en el tintero;
Pues que en medio de todo no pintaron
A un hombre muy de bien y sin dinero.

Es lindo este soneto, que su autor llama *La imágen de la tristeza*, no desmereciendo los demás que figuran en sus obras.

Pero, basta ya, amigo Scott, de poesías: que los críticos prosigan en sus análisis. Miremos al poeta portugués en su último período, en el ocaso de su vida.

Vagaba mísero y solitario, y como el barco perdido en alta mar cuando hay borrasca pelea con las olas, así el infeliz vate lucha con la sociedad que le rodea; y náufrago en ella, cautivo de la miseria, siempre padeciendo trabajos sin cuento, hasta que débil quizás por falta de pan, achacoso tal vez por el trabajo, medio

ciego por los años, acude á las puertas del *Hospital de Santa Cruz de Lisboa*, el dia 5 de Octubre, pide una cama, y muere en ella cuatro dias despues, como el hombre mas vulgar de la tierra...

El año de su muerte fué el de 1579.

Cumplia, pues, sesenta y dos de edad, cuando, envuelto en el sudario que le prestó la caridad, fué entregado á los sepultureros para que lo echasen á la fosa comun.

. . . . . .

¡Ingrata sociedad aquella que abandonó en momento tan supremo al hombre mas grande que ha dado Portugal en el siglo XVI!

Por lo demás, en ello no veo otra cosa que cumplida la sentencia del mejor poeta de la antigüedad.

«Urit enim fulgore suo... extinctus amabitur.»

Luis de Camoes abrasó con los rayos de su buen ingenio, y solo fué estimado despues de su muerte. (1)

¡Es la suprema ley de las grandes inteligencias!

Camoes no podia haber muerto en la opulencia de los príncipes. El génio siempre está torturado por la

---

(1) *¡Cincuenta reales!* recibió Camoes el dia de su partida á las Indias, cuando se *vendió*, por un *Fernando Casado*. En el libro de Registro, de la Casa de Indias en Lisboa, leyó el Cronista Faria la siguiente nota:—«Fernando Casado, filho de Manoel Casado, é de Branca »Queimada, moradores em Lisboa, Escudeiro: foi em seu lugar Luis »de Camoes, filho de Simao Vaz, é Anna de Sá, Escudeiro, é recebeo »2.400 reis como os de mais.»—Camoes se embarcó en 1553.

prosperidad. Aquí está la estátua del poeta, del génio que nunca muere. Su historia es una epopeya gloriosa que no se le parece á la de ningun magnate.

—Cierto; pero observo que V. se ha entusiasmado.

—Siempre que recuerdo á Camoes y á Cervantes, su digno hermano, me entusiasmo de igual manera.

—Pues basta ya de poetas y de literatura... Son ahora las ocho,—continuó Scott, consultando su reloj, —y no será malo que demos un paseo hasta la hora de almorzar.

Y ambos abandonamos la plaza de Camoes, corriendo sin norte ni guia por cuantas plazas y calles encontramos.

A las diez estábamos en la plaza de Santa Apolonia, estacion del ferro-carril. Nos entramos en un coche del tram-vía y nos bajamos en el Terrero do Passo, de donde pasamos al muelle.

Los barcos cruzaban en todas direcciones.

—¿Vamos hasta el embarcadero?—nos preguntó Scott.

—Hasta donde V. quiera,—le respondí,—y fuimos á la rua do Arsenal, en direccion al embarcadero. Los vapores se veian correr de un extremo á otro del Tajo, y al partir uno entramos en él, para correr la ciudad desde su pintoresca costa.

Estos vaporcitos son iguales á los que en París recorren las enturbiadas aguas del Sena, y que los franceses denominan con el gráfico nombre de *moscas*, que

más pertenecen á los vapores de Lisboa, esos elegantes buquecillos que recorren las aguas del Tajo, para comodidad del movedizo pueblo portugués que pasa á la *banda de allá*, esto es, al otro extremo del rio.

Pero estos vaporcitos no tienen nada de extraño más que el tamaño. Dos saloncitos interiores, con una máquina de hélice en medio, y un puente con bancos para los aficionados al aire libre, una campana que se toca en las estaciones, una multitud á veces apiñada hasta el punto de no poder dar un paso, un empleado que cobra el pasaje á cambio de una chapa de laton, y que no deja desembarcar á nadie en las estaciones sin que le devuelvan la chapa; hé aquí la más rápida y sucinta descripcion que se puede hacer de las veloces navecillas.

Scott y yo recorrimos toda la costa, desde la Plaza del Comercio hasta Belen. ¡Qué bonito panorama ofrece Lisboa desde su ria! El cielo claro que la cubre, las doradas arenas de aquella playa, siempre alegre, y los edificios todos, con sus torres, con sus escudos, con sus miradores, reflejándose en la superficie de las aguas, es más encantador que Venecia y que Moscow. Admirando tan bello panorama, volvimos á desembarcar para regresar á nuestro hotel en busca del almuerzo. A las dos de la tarde saliamos de nuevo á recorrer las calles. Fuimos á la plaza de D. Pedro IV, á tomar café al Suizo.

Cuatro dias permanecimos juntos Scott y yo en

Lisboa; cuatro dias mortales en que no descansamos un momento. Vimos todos los monumentos, los paseos, los templos y los palacios, el museo arqueológico, establecido en las ruinas del antiguo convento del Cármen, que vale bien poco; el arco de la calle Augusta es magnífico, como lo son tambien el monumento de José I, la columna de la Plaza de Pelourinho, La-Sé, el Cármen viejo, la casa de los condes de Almada, la Torre de Belen, la Concepcion vieja y los palacios de las Necesidades y el de Ajuda. Lisboa tiene algunos monumentos elegantes y de bonita perspectiva, y hoy mismo hay otros dos en proyecto para conmemorar dos sucesos notables en Portugal. Es uno el llamado de la Independencia, y el otro el del duque de Terceira.

La circular publicada en *El Diario do Goberno*, por la Comision Central del 1.° de Diciembre, publica el programa para sacar á concurso esta obra, que se dedica á los restauradores de la independencia portuguesa, en 1640. El monumento se ha de erigir en una plaza proyectada, próxima al paseo público, que medirá 197 metros de frente por 87 de largo, de naciente á poniente, y tendrá de elevacion una altura de 30 á 35 metros, comprendiendo el obelisco y el cuerpo en que este descanse. La obra está presupuestada en 20.000.000 de reis, esto es, 400.000 reales, aparte de las obras del paseo que completan el monumento. El obelisco será construido de mármol blanco rayado de

azul, extraido de las canteras de Montes Claros, donde se dió la última batalla por la independencia de Portugal. En suma; el monumento ha de ser una obra notable, que superará al del rey D. Pedro, que está en la plaza del Rocío, y al de D. José I, que está en el Terrero do Pazo.

El otro monumento, dedicado á conmemorar la memoria del ilustre duque de Terceira, se erigirá en la plaza dos Romurales.

Con estas obras, con el derribo del castillo de la Abufera y con el ensanche que van dando á las nuevas construcciones, Lisboa ha de ser muy pronto una preciosa ciudad, la mejor y más pintoresca de la Península.

Aun hoy, con todos los caractéres de sus construcciones antiguas, y con todas sus calles casi siempre desiertas, tiene encantos que no conoce Madrid. Los paseos, la campiña, Casilhas, Cintra, Cascaes, los cementerios y los templos, son otros tantos puntos de recreo y esparcimiento para el viajero y el desocupado.

Los teatros son tambien muy buenos.

El San Cárlos, el de Doña María II, como el del Príncipe Real, son de primer órden.

El jardin botánico, las Larangeiras, los arrabales, Collares, todo, en fin, cuanto rodea á Lisboa, es bonito, es agradable.

Scott y yo recorrimos juntos y en poco mas de treinta y cinco dias todo lo mejor de la córte portuguesa, y

ya cansados de ver y dispuestos á regresar uno á Lóndres y otro á Madrid, nos separamos para siempre.

Scott es para nosotros una memoria, que vivirá eternamente en las notas de nuestra cartera.

Su nombre jamás lo olvidaremos.

Hoy que estamos separados, que no nos vemos, comprendemos la necesidad de tener á nuestro lado un hombre tan raro, tan escéntrico como Scott.

CAPITULO XII.

Epilogo.

Tres meses habian trascurrido desde nuestro regreso á Madrid. El recuerdo de Scott no se separó ni un solo momento de nuestra mente. Un dia, dia feliz, llamó el cartero á la puerta de nuestro cuarto y nos entregó una carta.

—¡Viene de Inglaterra!... ¿Si será de Scott?—exclamábamos al mismo tiempo que la abriamos.

Y en efecto, era de Mr. Scott que nos decia:

«Chislehurst, 15 *de Abril de* 1875.

»Mi buen amigo: Escribo á V. desde el palacio de »mi hermano, para participarle que le espero en Mayo »próximo. No debe V. perder la ocasion de visitar este »edificio histórico. Ya recordará V. que aquí vivió Na»poleon III, cuando estuvo emigrado. A mi llegada me

»lo he encontrado restaurado, estilo de Enrique II. El »salon grande, que corona una gran montera de cris- »tales, está hoy destinado para museo. En él verá V. la »cabeza de Cromwel y varios cuadros de pintores es- »pañoles.

»Me faltan trajes de toreros, astas de los toros más »notables, y una capa española de las de Sevilla.

»Supongo que V. vendrá, y supongo tambien que »me traerá algo de estos objetos de arte con que pueda »enriquecer mi naciente museo.

»Cuando venga, le he de leer mi libro sobre Es- »paña y Portugal, que me quieren comprar los edito- »res. Es lo mejor que se ha escrito de viajes en la »Península.

»Pruebo en él que en España no hay apenas obis- »pos, ni catedrales; que los ferro-carriles andan á paso »de carreta y los hombres se matan á navajazos; que »los toros es la funcion nacional y que á nadie le im- »porta los adelantos y los progresos que la humanidad »logra en el mundo científico. España es un país sin »ambiciones, vive al dia. ¡Qué felices son VV!... Mi »libro será leido con avidez porque tiene exactitud en »todo.

»Véngase y se lo leerá su afectísimo,

»*I. W. Scott.*»

Cuando leimos estas líneas nos dieron ganas de reir.

Parecia que Scott no se habia aun curado de sus

excentricidades en el tiempo que estuvo á nuestro lado.

Doblando la carta pensamos contestarla, citándolo á Lisboa para Mayo próximo.

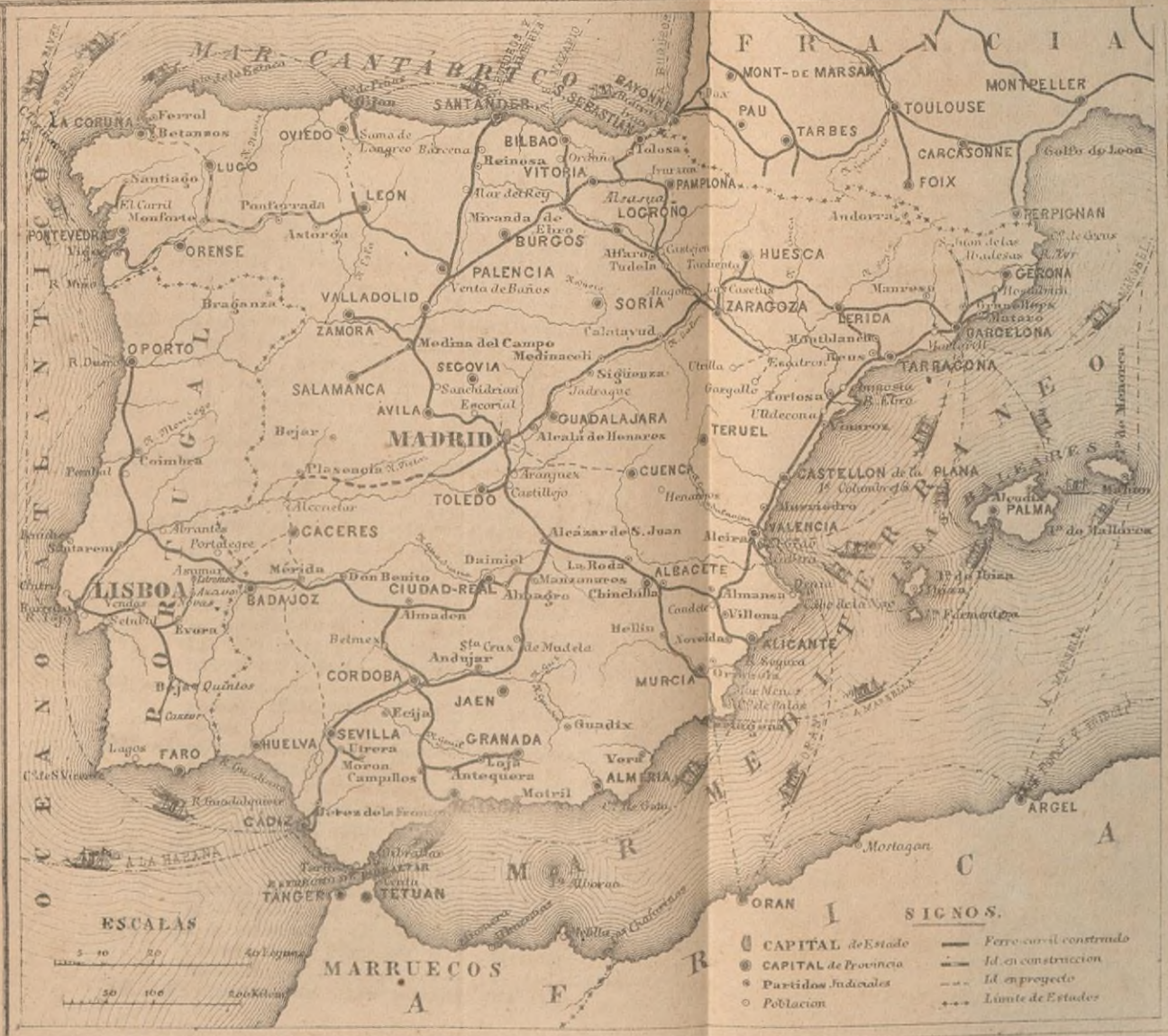
Y como lo pensamos se hizo.

Posible será que Scott venga á buscarnos para la fecha citada, al *Hotel de Gibraltar*, del largo do Carmo, como tambien lo será que nosotros publiquemos otra obra titulada *La Córte de Lisboa*, que no será más que la continuacion del presente libro.

FIN.

LA CORUÑA
PONTEVEDRA
R. Miño
R. Duero
Pombal
Santarem
Vendo
Lago
OCEANO ATLANTICO
ESCA
5 10
50
Formado por

MAPA DE LOS FERRO-CARRILES DE ESPAÑA Y PORTUGAL



Formado por M. Ferreiro — Año de 1875 — F. Alvarez grabó

INDICE

de las materias que contiene esta obra.

PRIMERA PARTE.—EN ESPAÑA.

	Páginas.
DEDICATORIA.—Carta á Alexandre Herculano.....	5
CAPÍTULO I.—*Desde Madrid.*—Aspecto de Madrid.—La plaza de la Paja.—Poblacion de Madrid: parásitos y productores.—El Vapor.—Vamos á viajar.....	7
II.—*En casa y en la estacion.*—El equipaje.—La cédula de vecindad.—El impuesto de guerra.—En el wagon.—Mr. Scott y su quinta en Chislehurst.....	17
III.—*Desde un wagon.*—Getafe y Pinto.—Valdemoro y Ciempozuelos.—La mujer bicéfala.—Excentricidades de Mr. Scott.....	28
IV.—*En Aranjuez.*—La instruccion primaria y la enseñanza agrícola.—Historia de *Aranz.*—Las acacias.....	39
V.—*Los toros y el pugilato desde un wagon.*—La plaza de toros de Aranjuez.—Los toros en Nueva-York.—Un pugilato en Ormaby.—Los espectáculos de fuerza.....	53
VI.—*De cómo llegamos á Alcázar.*—Las máscaras.—La industria papelera.—Los eclipses.—Las dimensiones del globo.—Valdecarábanos.—La guerra.—Villacañas y Quero..	65
VII.—*Desde Alcázar de San Juan.*—Los ricos ingleses.—Historia de *Alces.*—El pauperismo.....	78
VIII.—*De cómo llegamos á Manzanares.*—Las líneas férreas inglesas.—La cabeza de Cromwell.—*La ciega de Manzanares*.....	88
IX.—*De cómo llegamos á Daimiel.*—El hierro.—Los cañones Krupp.—La nieve.....	101
X.—*Hasta Ciudad-Real.*—El hombre de los puñales.—Daimiel y Almagro.—Las universidades de España.—La industria encajera.—Miguelturra.—Las notas de Mr. Scott.	109
XI.—*En la estacion de Ciudad-Real.*—Mimice Clarece.—La Pinchiara y la Alverá.—Boccolini.....	119
XII.—*En Ciudad-Real.*—Los parásitos del siglo	

Páginas

XVII y los del siglo XIX.—Historia de los toros 129

XIII.—*Todavía en Ciudad-Real*.—Una corrida de toros.—Dos relojes distintos.—El reloj de Habrecht 137

XIV.—*Un paseo por Ciudad-Real*.—Historia de Ciudad-Real.—El vino manchego..... 150

XV.—*De Ciudad-Real á Argamasilla*.—El ganado ovino español.—Los árboles.—Productos forestales.—*El Siguoia gigantea*..... 159

XVI.—*La Argamasilla de Cervantes*.—*D. Quijote de la Mancha*.—Cervantes.—Ediciones de su libro.—Su memoria..... 176

XVII.—*Desde Puerto-llano hasta Almaden*.—Las aguas de Puerto-Llano.—Almadenejos.—Riquezas de la Mancha..... 183

XVIII.—*De cómo llegamos á Almorchon*.—Historia *Laminium* ó de *Sisapo*.—Produccion del azogue.—Belalcázar y Cabeza del Buey.. 190

XIX.—*Despues de la comida*.—El castillo de Almorchon.—Belmez.—Las minas de carbon.—Castuera 203

XX.—*Desde la estacion de Campanario*.—Los wagones de las líneas americanas.—Locomotoras eléctrico-magnéticas.—Las casas de viaje..... 213

XXI.—*De cómo llegamos á Magacela*.—Vicenta García Miranda..... 220

XXII.—*Magacela y Villanueva de la Serena*.—La tela de volátiles.—Plantas insectívoras.—El *glacium* de la Celedonia.—Produccion vinícola española.—El *oidium*.—Las bodegas alemanas.—El vino de Bremen.... 229

XXIII.—*Don Benito y Medellin*.—Recuerdos pasados.—Hombres ilustres.—Los árboles viejos 246

XXIV.—*De cómo llegamos á Mérida*.—Descendientes de D. Alvaro de Luna.—El Guadiana.—Ruinas.—Mérida antigua.—En el *Círculo Emeritense*..... 255

XXV.—*Desde Mérida á Badajoz*.—Un paseo por Mérida.—Arqueología.—Profanaciones.—Religiosos y religiones.—Talavera y el *carnauba*.—El volcan de S. Cristóbal.... 266

XXVI.—*Una cena en Badajoz*.—Meneses y Barrantes.—Los cafés de provincia.—El hijo del *Sapo*.—Historia de un crímen.—Las pulgas 288

XXVII.—*La catedral de Badajoz*.—Luis de Morales.—Su escuela y sus cuadros.—Su muerte. 302

XXVIII.—*La historia de Badajoz*.—El puente de Pal-

Páginas.

mas.—*Civitas Paces.*—Guerras peninsulares 316

XXIX.—*Los cuadros de Labrador.*—Iglesias y monumentos notables.—Juan Labrador.—Sus cuadros, su vida, su época.—El arte útil y el arte bello 328

XXX.—*El pendon y la caldera.*—La plaza de Abastos.—La bandera robada.—Un portugués frito 342

SEGUNDA PARTE.—EN PORTUGAL.

I.—*De cómo pasamos la frontera.*—El Caya.—Los olivares de Elvas.—Un poeta portugués.—Otro poeta brasileño..... 353

II.—*El poema de Figueiredo.*—Historia de Elvas.—Tasso.—Progresos materiales en Portugal.—Un soneto 363

III.—*De cómo llegamos á Bemposta.*—Portoalegre y Crato.—El Prior Antonio.—La dominacion de Portugal por los Felipes.—Vehículos raros.—Poblacion de Portugal..... 373

IV.—*Entre Bempostas y Abrantes.*—La familia de Pombal.—El alumbrado de Abrantes.—Las patatas..... 384

V.—*De cómo llegamos al Entroncamento.*—Abrantes.—La hoja del tabaco y la de la patata.—El Tajo.—El castillo de Almorol..... 392

VI.—*De cómo llegamos á Santaren.*—Efectos de un cigarro.—Los fumadores de ópio.—Libros antiguos del marqués de Sabugosa.—Trasportes fluviales.—El vino de Porto.—Valle Figueiro..... 405

VII.—*Borda d'agua Santaren.*—El verdugo árabe.—Los pueblos ribereños.—Santaren.—Historia de la literatura portuguesa..... 416

VIII.—*Desde la orilla del Tajo.*—Los chinos en Villa-Franca.—Filosofía y moralidad china.—La produccion de las lanas.—El trapo viejo y la lana de la Australia.—La máquina prodigiosa..... 427

IX.—*El mar.*—La luna de Enero.—La marina española.—La marina inglesa y Norte-americana.—*Mitra* y Santa Apolonia.... 441

X.—*¡En Lisboa!*—El Hotel de Gibraltar.—El *Chiado*.—Camoes desde nuestro Hotel. 447

Páginas.

XI.—*La estátua de Camoes.*—El 9 de Octubre del año de 1867.—*Os Lusiadas.*—Camoes y su siglo.—La escuela del poeta.—*La imágen de la tristeza.*—El 5 de Octubre de 1579.—Los vapores del Tajo.—Lisboa desde el mar.—Un paseo por Lisboa 455

XII.—*Epílogo.*—Una carta de Mr. Scott.—La cita.—Un nuevo libro..... 472

Mapa de los ferro-carriles de España y Portugal..... 475

FIN DEL ÍNDICE.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

(PUBLICADAS.)

La Marina española contemporánea (1868).
Literatura extremeña, desde los tiempos de Roma hasta nuestros dias.
La reforma de la Iglesia romana.
En alta mar.—Recuerdos de un marino (novela).
¡Bandera negra!—Leyenda en verso.
La Constitucion de 1869, comentada, anotada y comparada, con un prólogo de Adolfo Joarizti.
El Eucaliptus glóbulus-jigante.—Memoria acerca de este árbol.
Opúsculo de la Historia general de Talavera la Real.
El segnovia jigantea.—Memoria acerca de este árbol.
Memoria acerca del ante-proyecto de la Exposicion universal de Madrid para 1874.
Memoria acerca de la fábrica de D. José Soldevilla (segunda edicion).
Historia de Talavera la Real, villa de la provincia de Badajoz, precedida de las noticias biográficas del autor, por D. Gregorio García Meneses.
Los Jesuitas, novela histórica: Dos tomos.
José Mazzini, ensayo histórico sobre el movimiento político en Italia, precedida de un prólogo por D. Francisco Pí y Margall. (Segunda edicion.)

(PARA PUBLICAR).

La córte de Lisboa (continuacion De Madrid á Lisboa).
Un año en Portugal (continuacion de La córte de Lisboa).
Del movimiento religioso contra el Papado, con un prólogo por D. Tristan Medina.
El Papado y la Iglesia romana, con un prólogo por D. Gregorio García Meneses.
Nuevo manual del magnetizador práctico (traducido de A. Regazzoni).
Pintores extremeños.
Los tiempos que pasaron.—Estudios histórico-políticos.
Historia general de Badajoz, desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias, con un prólogo por D. Francisco Díaz y Figueroa.—Dos tomos en fólio mayor.
Recuerdos perdidos.—Coleccion de artículos y poesías varias.
Documentos inéditos de la Inquisicion en Portugal.
Ensayo crítico-histórico, sobre autores y poetas extremeños.
El crímen del P. Amaro.—Novela de E. Queiroz.

EL MUNDO CÓMICO,

SEMANARIO HUMORÍSTICO ILUSTRADO.

Quedan á la venta seis colecciones completas de esta notable enciclopedia festiva, única en su género en España, que ha publicado caricaturas iluminadas y dado á sus lectores cerca de tres mil grabados. En su escogida parte literaria, figuran las firmas de nuestros primeros literatos. Véndese cada coleccion, que consta de 1.328 páginas en 4.° prolongado, al precio de 150 reales encuadernada á la rústica y 170 en pasta. Los pedidos: Manzana, 21, Madrid.

GUIA OFICIAL

DE LOS

FERRO-CARRILES

DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL

Y DE TODOS LOS SERVICIOS MARÍTIMOS.

Unica publicacion mensual aprobada por todas las compañías de ferro-carriles.

Precio en España, 2 reales; en Portugal, 100 reis; en Francia, 1 franco.

AGENTES.

Exclusivo para los anuncios de la *Guia* en Paris, Mr. Clavey, 4 Rue Bellefond, Ofice général de publicité.

En Lisboa. *D. Joaquin F. de Mattos*, Largo do Corpo Santo, 17, 2.°

En Barcelona. *D. Eudaldo Puig*, Plaza Nueva, 2.

En Burdeos. *A. Oliveau*, Quai de la Douane, 7.

Madrid: Administracion, Infantas, 30, segundo izquierda.

Esta obra se vende en las principales librerías de Madrid, Ciudad-Real, Mérida, Badajoz y Lisboa. Hay ejemplares lujosamente encuadernados á la holandesa, con el retrato del autor en fotografía, al precio de 7 pesetas en Madrid y 8 en provincias. Los pedidos al autor, Manzana, 21, Madrid. Se rebaja el 25 por 100 al que pida más de 12 ejemplares.

JOSÉ MAZZINI,

ensayo histórico sobre el movimiento político en Italia,

POR D. NICOLÁS DIAZ Y PEREZ,

CON UN PROLÓGO POR

D. FRANCISCO PÍ Y MARGALL.

El autor de esta importante obra hace la defensa de las ideas democráticas bajo los más severos principios del sistema federativo. Está excomulgada por varios prelados españoles, é incluida en el *Indice Romano*. Se vende á 4 rs. ejemplar en las librerías de Madrid. Los pedidos al autor, Manzana, 21.

HISTORIA DE TALAVERA LA REAL,

(VILLA DE LA PROVINCIA DE BADAJOZ,)

por

D. NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

El autor ha escrito una importante monografía de la Evandriana Túrdula de nuestros primitivos pobladores y presenta la historia de este antiguo pueblo celta desde su origen hasta nuestros dias, con datos inéditos, inscripciones, monedas y objetos antiguos, como fósiles, piedras y restos aparecidos en las escavaciones practicadas en 1870. Al final se dan varios apéndices, todos á cual más importantes. Es el único libro escrito sobre la Historia de Talavera la Real. Se halla de venta al precio de 30 rs. en Madrid, en casa del autor, Manzana 21, donde se pueden hacer pedidos, acompañando su importe y se recibirá certificado.